

Cibersade
seis piezas narrativas

ALBERTO GARRANDÉS

Edición: Ana María Muñoz Bachs
Dirección artística: Alfredo Montoto Sánchez
Diseño de cubierta: Flavia Sopo Arzuaga
Ilustración de cubierta: fotografía tomada de *The Customized Body*,
textos de Ted Polhemus, fotos y entrevistas de Housk Randall.
London, 1996.
Composición computarizada: Ana María Yanes Suárez

© Alberto Garrandés, 2002
© Sobre la presente edición:
Editorial Letras Cubanas, 2002

ISBN 959-10-0700-0

Instituto Cubano del Libro
Editorial Letras Cubanas
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba

E-mail: elc@icl.cult.cu

*Desire is raw,
and silly,
and awkward
and incomprehensible.*

Sex and the City

CIBERSADE

un síndrome vertiginoso en estudio

*El emperador Napoleón decretó en 1803
la reclusión del Marqués de Sade
en el asilo-manicomio de Charenton.
Sade murió once años después.*

Tengo mil doscientos sesenta años...

He creído conveniente que nos situemos aquí, en este ángulo, de modo que la escena no *escape*, por así decir. Que el escenario no se diluya en la muerte de la imaginación, como antes. Pues lo que vamos a ver —imaginen— no admite observadores morosos. Yo quiero que ustedes sepan cuánto ha costado traerlas aquí, a ellas, viles esclavas, para después seleccionar tan sólo a una. La que, perdiéndose en muselinas y hechuras de *fleece*, subirá

una dulcísima ninfeta

al tablancillo bajo mis órdenes. Me han transportado en andas, dentro de un caldero de lata que los jefes de la Misión Alimenticia, ¿verdad, Pim?, dejaron en el borde de la calle por inservible. Me trajeron ellos, los Exploradores, porque ya están convencidos de quién soy en verdad. Poseo un turbio rostro de fiera. Sin embargo, mi nombre no importa ahora. Vamos a ver qué ocurre allí, arriba. Miren.

Salta, salta, cangurita, la noche es una diadema de brillos negros y no necesitas más, no necesitas sino saltar. No puedo acompañarte porque no tengo pier-

nas. Hace tiempo me las cortaron, se veían muy mal —deficientemente hechas— y alguien dijo *córtenselas, rebánenle esas porquerías hidrópicas*, y lo hicieron sin preámbulos de ninguna especie, antes de que el bobo generosísimo de la colonia —un hombrecito leporino y casi sagaz, experto en canjear patatas dulces por huevos de gallina, mantequilla y pescado seco— me dijera: *sssh, no haga ruido, hay un número, el 112, y voy a discarlo, señor Marqués*. Bueno, es preciso declarar que me hicieron un favor. Ya no dependo de mi esfuerzo personal. Me buscan, me traen y ya. Ellos cuidan mucho de mí, o sea, de mi cabeza. Se comenta que poseo una mente tan monstruosa que es necesario preservarla, admirativamente, a cualquier precio. Mi testa es blanca, sin arrugas, pero muy blanca y sin pelos, y muestra coágulos venosos, perfectamente azules y visibles. Qué quieren ustedes.

¡Ah, pero ya empieza, mírenla! No se pierdan ese reconcentrado fervor. Y ahora, mi primer secreto: yo mismo la he rasurado. Y con mi propia navaja, una toledana inmejorable que me sirvió de mucho. Gracias a ella, preso aún en la Bastilla, entre ratas de agua y mancebos impíos, brujas y petimetres seminales, siguieron llamándome: *Señor Marqués, Señor Marqués...*

Alguien, no recuerdo si un hombre o una mujer, me pidió ejercer una fineza. *Algo muy suyo*, dijo esa persona. Yo acababa de rasurar a la elegida, y la escuadra que nos había escoltado hasta llevarnos ante Él ya estaba dispersándose. Esa persona y yo estábamos solos y era obvio que me admiraba. Después me lo dijo: *no sabe el Señor Marqués cuánto estimo su... su...* Y se quedó trabado en un cochino balbuceo de aprendiz. Por fortuna se destrabó y me pidió la fineza. Me la pidió góticamente,

ocultando sin la menor gracia detalles de una absoluta depravación. Yo asentía de antemano, no necesitaba de sus explicaciones. *Busque mi brocha de afeitar, un frasco con miel y mi bolsa de pimienta molida*, le ordené. Los ojos de él o de ella, no me acuerdo, se agrandaron. Sonreía. Qué aburrimiento.

Fue entonces cuando determiné que, luego del afeitado, cuidadoso y a fondo, vendría el paso y el repaso, de pelo y contrapelo, de mi brocha empapada en miel,

Esta técnica la aprendí en los *American Notebooks* de mi fiel amigo Sir William Stephens, en quien he visto una devoción extraordinaria al estudiar las costumbres de los nativos de Puerto Chico, quienes viven en armonía con los portugueses de esa región de la Amazonia.

en busca de una tersura mayor. Y que después me traerían la pimienta, soplada de mi mano mecánica, o más bien puesta —un montoncito— sobre el guante de piel que disimula los hierros de esta única mano. El efecto, al soplar yo, es indecible, y ella nos pide entonces, a mí y a la persona que me acompaña, la gracia de una lengua suficientemente experta. Y no porque mi proceder le resulte doloroso, sino más bien porque esa lengua logrará dar fin a lo que mi brocha y la pimienta habían desatado. Por eso, mi pequeña, salta así. Salta, salta siempre, no dejes de saltar. Papá te mira hacer. Papá siente orgullo, vas siendo ya mi obra. (Por más que lo nieguen, estremecidos y saturados de esa envidia comprensible.)

Ahora viene Fritz con sus perros y va atándolos, uno a uno, a las asas de mi caldero. Le digo que no lo haga,

que me molestan los aullidos, pero él sonríe y se rasca la barba perfecta con el cabo de su fusta. Después, adormecido en una parsimonia rural, enciende un puro y arroja las primeras bocanadas de humo sobre mi cara. Le pregunto por qué anhela tanto molestarme y torna a sonreír. Luego dice: *usted no tiene ni el perdón de Dios, lo cual es ya una hazaña para la imaginación. Quedo callado, pensando. Por supuesto que no lo tengo, Dios no va a perdonarme nunca, eso lo sé; he ofendido duramente a los ángeles, aunque no hice más que expandir los límites de lo angélico.* Tal vez a causa de esa decisión suya me resulta en extremo difícil morir. Si fuera por Dios me quedaría aquí para siempre, hasta el Día del Juicio y un poco más aún, durante las reparticiones del fin de los tiempos, cuando de verdad todo haya terminado. No le intereso a Dios, sencillamente.

Voy palpando a mis niñas con la cautela de mi experiencia, sin precipitación, no sea que cometa un error y elabore un juicio lamentable. Me sucedió ya una vez, con la señorita Keller...

La señorita Keller vivía a pocos metros de mí, en una casa bien pobre, junto a damas irresolutas que olían a polvos baratos. Rondaba los trece años, era una dulcísima ninfeta, y ya le permitía a Monsieur Destouches, novelista de galanteos y episodios domésticos (hombre falaz y desaseado) ciertos excesos que hacían de ella una cortesana. Madame Flora, a un ruego mío, me condujo a una pared en la que ciertas grietas daban buenas monedas; tantas, que se le salían del escote —aceitado de jazmín, pero sucio—, dentro del cual morían sus ubres de jamona. Me aproximé y vi a la señorita Keller

su sexo olía a vainilla y vetiver

mientras se bañaba en presencia de un Monsieur Destouches tembloroso, sin peluca y muy turbado. Luego de recuperar el aliento, le dije a Madame que era imposible que la muchacha rondara los trece. Debía de estar ya a la altura de los dieciséis o diecisiete. Madame dijo: *si a Su Señoría le parece que miento, puedo devolverle su dinero sin más*. Qué sedición le estaba ocasionando yo a Madame en aquel momento. Se veía roja; la cara encendida, incluso, por debajo de sus polvos de arroz. Era la viva estampa de la virtud no recompensada. *Discúlpeme usted, pero no se trata de incredulidad, sino de asombro*, le dije. Madame entonces cambió la expresión y me preguntó, con mejor aire, qué otra cosa deseaba. *Mons veneris* *harto piloso* —observé—; *envíemela a casa mañana en la noche, pero bien depilada; ¿puedo confiarle estas cosas a Madame?* La jamona armó con los labios un visaje primaveral, pero no le hice el menor caso. Era capaz de propasarse y, como todas las de su especie, se encontraba en la obligación de reconocer siempre su bajo y estrechísimo rango. *El Señor Marqués sabe que puede confiarme eso y más*, dijo. *Tenga usted* —dije sin mirarla, como era de rigor, mientras le extendía una preciosa suma—; *sea puntual, acuda a las diez*.

Ahora que me han encontrado y que han vuelto a construirme, no vale la pena que me empeñe; sin embargo, ya ve usted: ocasionalmente me entusiasma alguna (esa jovencita, por ejemplo, o Cinderella, la impar Cinderella) y concibo para su carne una interminable conjunción de figuras devotas de las llamas.

Aquí yace
la sigla
de indignación,
Alphonse D. ,
Marqués de Sade.
¡Fuera tu paz,
chama desdichada!

Alma, alma. Y por qué no el cuerpo, mi cuerpo ajetrezado, el de la mutilación y el delirio. Los escuché llegar, eran ellos, los posesos míos, mis posesos aplastados por un agobio vivo, un agobio que, empero, no les restaba energía. Sabían que estaban cerca de mis huesos, me olían como perros en el aire muerto del bosque. Los dejé hurgar por los alrededores, hambrientos de mí, con esa hambre sublime que hace del conocimiento una religión, una deidad masculina, sodomizante, una deidad experta, implacable, debidamente anticristiana, con su falo de mármol...

Me la pidió
góticamente, ocultando
sin la menor gracia
detalles de una absoluta depravación.

Hurgaban. Habían traído equipos extraños, cajas brillantes, cosas, lentes prodigiosos, muchas cosas, y cuando hallaron la lápida rota, con la inscripción, y descubrieron la tapa de piedra azul y egipciaca de mi sarcófago, algunos vacilaron, temblaron, apretaron los dientes y tragaron en seco. *Está aquí*, recuerdo que dijo el hombre anciano, el que parecía dirigirlos a todos. *Levantemos la losa ahora mismo, señor*, dijo una voz joven, atravesada

da por una claridad romántica. Poco después lo hicieron. Con temor, creo. Y allí estaba yo, allí estaba mi cuerpo inmortal.

Pero Justina, amarrada al mástil de la embarcación de los piratas, había pedido, haciendo honor a su propio nombre, justicia a Dios, y Él le hizo justicia a Justina, que ya para entonces era apenas una jovencita muy usada: Dios le envió a Justina un rayo y la mató.

¿Cómo se llama usted? ¿Albert? Pues le voy a decir algo, Albert: usted es muy joven, evite los discursos fríos y biliosos, pero no sienta temor de la llamada incorrección ni de la barbarie. Son las únicas maneras de alcanzar la fama y el genio. Aunque el genio sea postreramente maligno al barajar las cartas del porvenir. Por suerte usted no escribe versos, no es lo que se dice un poeta. Recuerde que en un poeta vive siempre una mujer. Y una mujer, créame, de la peor especie...

Cinderella, apodada la sinhuesos, lograba doblarse de tal modo que era maravilloso verla ejecutar aquel peregrino acto de valentía. Se afanaba sin sudores indeseables de meretriz, y lograba introducirse el pie derecho hasta el tobillo en lo más profundo y caliente de su raja. Luego empezaba a agitarse traspasada por unos brillos parecidísimos a ese barniz que envuelve, seco ya y delicado, las réplicas varoniles de Kornarak. ¿Ha visto esas imágenes, Albert? No se las pierda. Sea usted curioso e implacable. Nunca sienta lástima de nadie. Realizar la obra es lo único que verdaderamente nos une,

sin que lo deseemos, al impostor Jesucristo. Nada menos que todo un hombre, Albert, ¿no crees?

¡Ay, ay, pero si yo soy una bailarina!

Entonces los compañeros de Cinderella, los contorsionistas, amantes suyos fuertes e ingenuos, jóvenes de semen abundoso y percutiente, de grumos saltarines en hervor, enarbolaban sus vergas jónicas, arboladuras pétreas y rollizas, y danzaban hasta que Cinderella les ordenaba cumplir las distintas posesiones. Siempre quedaba algún infeliz sin espelunca donde saciarse, pero ella lo invitaba enseguida a disparar su chorro en el ombligo.

Todo lo que le cuento a usted sucedía delante de un agraciado pintor cuyo estudio /oh, no sé cómo seguir/

Mire las fotos, son dos. Hay un asunto ahí con el texto, con la piel. Observe el garfio de la otra foto: no hay sangre. Y queda bien, hay que ver la expresión atenta de la cara. La lengua de quien lo erotiza cosquillea allí donde se le ve. Pero no se engañe: la sensación verdadera ha venido a producirse justo en la salida del metal. ¿Si hay sinapsis? Pero claro. Y cuando el garfio ya ha entrado, el semen se arremolina. Y por supuesto que el lenguaje no obra allí. No *acaeece* allí, no es un *suceso de la observación*. En fin, mire. Mire las fotos. Con eso basta, creo. Mirar y dejarse mirar tan sólo allí.

Me sacaron cuidadosamente y me llevaron a un sitio cercano. No exagero si digo que aquel sitio era mi casa, mi nueva propiedad, porque entonces mi cerebro soñaba, desde su lobreguez de frases y palabras antiguas, sueños donde una gran alcoba de diorita se alzaba llena de estatuas titánicas y chimeneas monstruosas. Me habían puesto sobre una mesa de cuarzo, una lujosa mesa de estudios anatómicos. El hombre anciano me miraba con dubitación y les decía, con insoportable humildad, a los otros: *vamos a reconstituir lo que se pueda; su cerebro en primer lugar, y después lo que le falta del cuerpo.*

Tengo mil doscientos sesenta años...

(Escucha, Fritz, te daré algo de dinero si tiras ese puro y te alejas. Y más aún si guardas tus perros. ¿No ves que me han olido y, dentro de poco, querrán lamer mis muñones?)

Eres, hija mía, algo parecido a la perfección. Tal vez porque me recuerdas a la señorita Keller saliendo de su alberca, envuelta en gasas, poco antes de que mi navaja diera cuenta de su vello selvático, testarudo. Se veía tranquila

la señorita Keller
acostada en mi lecho, a merced de la toledana
que iba
acariciándola.

mi fallo es la negación de la negación...

Cuando acabé, yo mismo (no mis criados) lavé su sexo, que olía a vainilla y vetiver; le pregunté la edad y me dijo *tengo trece años*, así de simple, tan sólo trece, una ninfeta deliciosa, como para Mr. Nabo. Su boca era una breve borrasca en aquella trepidación. No podía ser de otro modo porque mis dedos, brillantes de miel, se movían en círculos alrededor de su capullo.

Yo quiero que ustedes sepan cuánto ha costado traerlas aquí, a ellas, para después seleccionar tan sólo una, la que, perdiéndose en muselinas y hechuras de *fleece*, subirá al tabloncillo bajo mis órdenes.

A ver, hija mía, alza un poco más esa pierna a la derecha; has de quedar expuesta, que tus entrañas sean una promesa y que tu rodilla acaricie el borde inferior de tu labio más grueso, el de abajo, para que entonces estos señores, ya sabes, los de la Restauración, puedan sentirse orgullosos del resurrecto Marqués, de su sapiencia, y te vayas por fin con ellos a gozar de la comodidad de sus casas periféricas. Vamos, mueve esa pierna, álzala con levedad.

**Encima de la mesa mi cuerpo flotaba.
Mi cuerpo transhistórico.
Mi cuerpo vespéral.
Soy una epopeya de la voluntad.**

Me decía: *voy a discar el número de emergencias, el 112, sirve para toda Europa, no se preocupe*. Infeliz. La Unión Europea. Qué sabía él. Más allá, al fondo, junto a una fila de tablonces forrados con telas de colores diversos, había un joven rubio y desnudo de la cintura hacia arriba. Me llamaron la atención el cabello —cobre pulido— y su espalda quimérica, que se definía con la suavidad de los músculos que no se demarcan. Con la suavidad de un Ganimedes discreto. Daba, sin embargo, unos martillazos demoníacos encima de la estructura que yo mismo había sugerido realizar. Trabajaba, pues, para mí. *Ganimedes* —lo llamé—, *Ganimedes; oye, hijo mío, deja tu martillo un instante...*

Y quise alcanzarlo con mi brazo.
Y quise ponerme de pie.
Ir a su encuentro.

**EL SIGLO DIECIOCHO POSEE
UNA DOBLE APARIENCIA:
LA ENCICLOPEDIA Y LA SENSUALIDAD.**

Y no pude. Sólo se escuchó mi voz y se vio, en la paradójica lejanía, su mirada como de miel oscura, estupefacta e insensible, simplemente ajena a lo que yo, el

Divino, sentía entonces: saberes ciclópeos y humores centrípetos. Monsieur Thibaudet dice que soy la Cloaca Máxima...

Me han pedido la concepción de un Espectáculo que sea capaz de estremecer al mundo, un Espectáculo que reproduzca blasfemamente las ideas sobre el Juicio Final, y me hablan de no sé qué transmisiones. Para lo que me importa el Espectáculo... Si se tratara de escribir. Me gusta escribir. Especialmente novelas. Recuerdo lo que me hicieron hace pocos meses para atraerme no sólo a la vida, sino en especial a este ámbito... El milenio acaba y entonces pienso otra vez en los aparatos. Hay problemas con la imaginación, de eso se trata. Les falta la imaginación. **Phantasmata.**

La mirada de oro del carpintero es lo único intemporal aquí.

El cuarto milenio va a empezar y quieren martirizar otra vez a Jesucristo.

Ven, Ganimedes —torno a llamar—; *sírveme un vaso de agua; tengo sed, hijo mío.*

¿Ve usted ahora por qué vuelve mi esperanza a nacer? Siempre hay un amor. Una mirada desde la Acrópolis. Si pudiera escoger la fábula de mi representación, la fábula donde esas figuras mías han de caber para las llamas del sueño, escogería la leyenda *¡Ay, ay, pero si yo soy una bailarina!* de Tristán e Isolda; pero a mi modo, porque, mire usted: ellos, los amantes, discurren por un espacio tenazmente operístico, del canto y la teatralidad, de la música y las palabras grandilocuentes, y yo, Sade, odio la ópera, detesto esas maceraciones afeminadas.

*Oye, Ganimedes,
hagamos un pacto:*

*te daré consejos de amor
si me enseñas
algo más que ese torso...
mastúrbate conmigo
quiero verte
no tocaré tu cuerpo
no puedo tocarte...
¿Oyes, Ganimedes?*

Ahora un acólito, el que siempre va desmayándose como una flor en el fondo de un vaso, se avvicina a mi

Entró un mariconcito, tipo el más insulso del mundo, quien después de arrancar unos gemidos a unas palmadas descoyuntadas, nos soltó una canción:

*Acá, venid acá ahora, lascivos bujarrones,
apretad el paso, venid a la carrera, volad con plantas
y con zancos ligeros, con nalgas ágiles y con manos atrevidas,
vosotros, blandos, cascados, voluntarios capones de Delos.*

Petronio, SATIRYCIÓN.

caldero, lleva su pañuelito rosa a su nariz y, en una entonación de fagot, me explica lo que quiere decir la palabra tango. *Hace falta un tango y he venido a describirle los movimientos*, señala. Lo miro fijamente unos segundos y cierro los ojos. *Haga lo que desee, digo. Pero usted es el jefe aquí, dice. Haga entonces lo que sea preciso y váyase, digo. Es que el Señor Marqués deberá bailar esa pieza con ella* —dice apun-

tando a la joven que yo había elegido—; *¿acaso no lo sabía?*

Ganimedes resopla al acabar su faena y se sienta a descansar. Como hace un poco de frío y no puedo sino estar todo el tiempo inmóvil, alguien me tira encima unas telas ásperas con las que deberé cubrirme. Ah, Ganimedes, te pareces a mi *valet* en las *120 Jornadas*. Si beso la curva de tu pecho, estaré besando tu corazón, el desorden de tu sangre, las válvulas, el ruido. Pero de un modo gozoso, mediterráneo...

...una deidad masculina, sodomizante, una deidad experta, implacable, debidamente anticristiana, con su falo de mármol...

Todo lo que le cuento a usted sucedía delante de un agraciado pintor cuyo estudio daba al mar. Entre el mar y la desnudez existe un vínculo encrespado, el mismo que mantendría una ciudad en sitio con sus sitiadores. Al pintor, viajero incansable, solían interrogarlo en los puestos de aduana de media Europa. Y si le preguntaban la nacionalidad, o le pedían papeles, respondía: «Soy ciudadano del universo», luego de lo cual venían las amenazas de los oficiales. Entonces él rectificaba. «Vengo de la ciudad de Troya», decía. Y lo dejaban ir. Nadie comprendía. Pero también es necesario pensar en un hecho que modifica, tanto entonces como ahora, la comprensión del episodio: había un brote de peste.

Y él no cesaba de pintar a Cinderella.

Estaba enamorado.

Más bien de la imagen que ella constituía en sus refriegas.

Pintaba desnudo, muy excitado.

Nunca se masturbaba.
Hasta que aparecí yo.
«Qué sorpresa, Señor Marqués», comentó alguien,
un adlátere sin memoria.

VOY A DECIRLES A ELLOS, A QUIENES ME TRAJERON, QUE BUSQUEN EN HIGHGATE UNA CADENA DE PLATA Y UN COFRECITO CON UNA CRUZ DE OCHO ZAFIROS Y DOS CARTAS MÍAS. NO PUEDE HABER CONFUSIONES. ELLA ESTÁ AHÍ. NO SERÁ DIFÍCIL TRAERLA, COMO A MÍ. NO SERÁ DIFÍCIL QUE GANIMEDES, LUEGO DE VERLA, ANHELE APODERARSE

—PALPA SU *MONS VENERIS*—

DE MI NIÑA PERVERSA.

No, no lo sabía; así que bailar..., digo. Su doble mecánico, dice. Mi yo mecánico, digo. En efecto, dice. Acérquese, le voy a confiar un secreto, digo. La ira me ha puesto muy blanco, con toda seguridad. Pero qué le voy a hacer. El acólito inclina su cabeza luchando contra un asco que no alcanza a disimular. Ya me lo han gritado: hiedo como las tripas de una mula muerta. Cuando se halla lo suficientemente próximo muerdo, furioso, su oreja. Tiro con rabia, cierro la mandíbula, vuelvo a tirar y logro desprendérsela un poco. En un último esfuerzo, antes de que me lo quiten, logro arrancarla completa, incluido un trozo en forma triangular de la cara.

Me miran atónitos.

Nadie se atreve a acercarse al caldero. El hombre anciano se dirige a mí y contempla mis ojos sin reparar en la masticación a que, para infundirles terror, me de-

dico. Baja la mirada y llama a uno de los Restauradores. Este se adelanta marcial y cruza los brazos detrás. *Ese sí es el verdadero Marqués*, dice el hombre anciano. El otro empieza a sonreír.¹

No me dejó enseñarle cómo se baila un tango,
y, sin embargo, cuando trajeron al figurín
cibernético, todos vimos que sabía bailar muy
bien.

EN ESE MOMENTO LOS CARGADORES SUBEN AL ESCENARIO CON UNA MARIONETA CUYO ÚNICO PIE ES UNA SUERTE DE GARRA METÁLICA. LUEGO DE FIJARLA EN LA MADERA DEL ENTARIMADO, ALGUIEN DESENVUELVE EL PAPEL METÁLICO Y APARECEN EL BUSTO Y LOS BRAZOS CON SUS HOMBROS. EN EL SITIO DONDE VA LA CABEZA HAY DOS FIJADORES PARA UNA *MOTHERBOARD*. EL ÚLTIMO CARGADOR, EL QUE TRAE UNA MALETA CIRCULAR, ES QUIEN VA A CONECTAR LA CABEZA SINTÉTICA DE SADE A LA *MOTHERBOARD*. DESDE ABAJO, EL MARQUÉS MIRA.

Los movimientos de la joven resultan harto rápidos en relación con la capacidad del cibernético. El de la oreja devorada, ahora con una mejor que la original, da ins-

¹ La hipótesis de un Sade caníbal es tan improbable como la de un Sade homicida. En estos terrenos la duda en relación con el Marqués no prospera. Los reparos esenciales son de orden moral. Obsérvese, por ejemplo, el juicio de Albert Thibaudet al referirse al Sade más peligroso, el escritor. Lo llama la Cloaca Máxima.

trucciones a la bailarina desnuda. Un operario sugiere que la vistan un poco, para que el efecto sea erótico. Pero como aún ignoran —todos— las posibilidades del cibersade en el tango con una ESCLAVA DEL ARTE, juegan a explorar el sistema antes del establecimiento del programa correspondiente a esa zona del espectáculo. Con regocijo exagerado el de la oreja devorada activa la mano-pene del cibersade y programa ciertos gestos con celeridad. El operario, subalterno hábil, piensa: *este marica va a arruinarlo todo*. Y, en efecto, el tango queda arruinado. El cibersade sujeta la cintura vibrante de la joven y palpa su *mons veneris* con firme resolución. Es entonces cuando todos corren a auxiliarla al ver, con el debido horror, cómo la marioneta introduce buena parte de su mano en la vagina de la dulce escogida del Marqués.

El acólito me dio náuseas.

Cinderella lamía la barra achocolatada y violeta de un etíope impávido.

La dama de compañía se acercó empuñando un candlabro.

Había arruinado la disposición de las luces y él le dio una bofetada muy enérgica. «Estúpida mujerzuela», dijo. Entonces el etíope empezó a eyacular sobre la alfombra.

¡Ay, ay, pero si yo soy una bailarina!

—¿Estás ahí, Albert? Voy a negarlos a todos. Yo los niego a todos. Y niego también a la ilusión y a la muerte...

—Estoy aquí, a su lado.

—Bien, escucha esto: hay una dosis de inmaterialidad en lo que hemos visto, ¿no te parece?

—Alce su voz, Señor Marqués. ¿No es usted quien nos dirigirá en el Espectáculo? Es el Juicio Final...

—Yo mismo, hijo. Pero tengo que escribir... o sea, dictar. He pensado en Isolda para mí y en Tristán para ese jovencito... Ganimedes.

EL SIGLO DIECIOCHO POSEE UNA DOBLE
APARIENCIA:
LA *ENCICLOPEDIA* Y LA SENSUALIDAD

—Y el robot, Señor Marqués, ¿no le molesta?

—Al cibersade le llegará su hora, como a mí. Sin embargo...

—¿Sí, Señor Marqués?

—El cibersade va a sobrevivirme, Albert. Ellos, todos ellos, me asesinarán seguramente. Una vez Sade, sí. Pero dos veces... lo dudo.

—Pero usted va a dirigir el Espectáculo, el que cierra este milenio. Las naciones lo admiran, los políticos, los poetas...

—Lo haré, lo haré, pero tú tomarás mi dictado. Ellos no deben saber que aún puedo escribir. La humanidad es una raza tardía, provisional y no merece sobrevivir. Lo más seguro es que no sobreviva. ¿Me prometes que tomarás mi dictado? Promételo, jura que serás un aliado fiel... oh, ha llegado un mensaje de Björk la Resucitada, vendrá a cantar...

—Tengo una novia, Señor Marqués. Nació en Pekín...

—¿Lo juras?

—Lo juro, Señor Marqués. Mi novia...

—Déjala a ella ahora. Presta atención: tienes sólo diecisiete años y puedes cometer errores. Pero yo no puedo darme ese lujo; por eso debes conducirte con exactitud, sin excesos... Bien, ¿qué querías decirme sobre tu novia?

—Ella es más hábil que yo, Señor. Si usted me diera algún consejo... ya sabe, me veo obligado a impresionarla. Ella es de Pekín, ya le dije. Tiene más o menos mi edad, es una experta...

—Esas chinas laberínticas...

—¿Me ayudará usted?

—Qué chinas más laberínticas... ¿conoces al señor Morimura?

—¿Señor?

—Deja, Albert. No te preocupes y escucha: cuando todo acabe, ellos vendrán a mí y tú te robarás el cibersade. Si no te gusta robar, imagina que se trata de mi recompensa, que te lo he obsequiado yo, el Marqués. Guarda al cibersade, él te ayudará íntimamente.

—¿Y no me dirá usted nada, tendré que esperar a tener el cibersade?

—Bueno, Albert. Veamos. Compra veinte metros de cuerda de cáñamo. Ata tu pequinesa a un poste. Pero ácala con las piernas alzadas, bien altas. Ella estará desnuda y su sexo se abrirá al instante. Cuando esté atada, pasa la cuerda por sus ingles, su vientre, las articulaciones y las nalgas. Entonces fijarás los extremos de la cuerda a un tensor. Pero para eso necesitas al cibersade...

—No, prefiero hacerlo solo. Por favor...

—Bien, Albert. Usarás entonces una brocha como la mía, una brocha que sea suave. ¿Sabrás cómo y para qué usarla?

—Me he dado cuenta ya, Señor Marqués.

—Entonces, si lo sabes ya, deberás saber también que el tensor sirve para regular la intensidad y la duración de su orgasmo. ¿Necesitas alguna otra explicación, hijo mío?

—No más, he entendido perfectamente. Ya aprenderá ella a no ser petulante.

—Cuidado con esas chinas laberínticas, Albert.

—Tendré cuidado, señor.

Pintaba desnudo, muy excitado.

Es entonces cuando todos corren a auxiliarla al ver, con el debido horror, cómo la marioneta introduce buena parte de su mano en la vagina de la dulce escogida del Marqués.

Monólogo de Isolda

(texto de D. A. F. de Sade)

Yo, Isolda, la del lento navío hacia Cornualles, he cortejado los peligros y cedido a los instintos más puros de mi alma. No de amor, sino de pasión he muerto. Y ahora, sobre esta mesa de nogal que se pierde en la blancura de mi limbo, diré la verdad. Debo hacerlo rápidamente porque unos seres de gasa y niebla han venido a advertirme. Seré transportada al lugar donde Tristán dormita y espera. No es un lecho, no. Me mostraron la imagen y he visto, con impropia resignación, unos muros de basalto y un cerco de puñales lavados por la falsa sangre de mis menstruos.²

² ¿Por qué falsa? De toda la historia de Tristán e Isolda según Sade, se desprende una serie de interrogantes similares. Mi de-

Al principio yo estaba en los cantiles, frente al mar, acurrucada protegiéndome del frío y la llovizna. No era invierno aún, pero la segunda visitación de la primavera había traído aquellos grises de agua difunta. Mi capa oscura me convertía en una estampa bárbara de la muerte, y ella, la muerte, atisbaba por mis ojos fijando la mirada en las rocas y la espuma. Llena de ofrendas, una barcaza espectral se balanceaba delante de mí. Las cosas de los muertos son siempre algo inquietas. Llevan en sí la parte sombría de los vivos.

—Lo que yo llamo el *sentimiento* resulta tan femenino que parece amanerado. ¿Estaré exagerando, Albert?

—Es posible, señor. Pero el *sentimiento* no tiene que ser ni masculino ni femenino. Con tal que sea y nada más...

—Aprendes rápidamente las nociones fundamentales, Albert. El cibernete te envidiará, así que cuídate.

Entonces una figura leve y desnuda, un muchacho que parecía la letra mística de la primera página del mejor Evangelio, se acercó irresoluta a la barcaza. Traía en el semblante la disputa y el desamor, pero debajo de esa máscara alcancé a ver una expresión de soldado tracio,

ducción es escandalosa, pero no tengo más recurso que traerla a cuento: Isolda no es una mujer. O, para ser más exacto: se trata de un transexual incompleto, con una SRS —*SEXUAL REASSIGNMENT SURGERY*— a medio hacer.

con sus ojos escandalosamente húmedos, del color de la avellana. Yo era la mujer invisible, la muerta audaz regresando a los orígenes del caos. Él profetizaba en silencio la dulzura y el hervor. Así, mojado por el polvo aciago de un mar que jamás me daría su aprobación (a mí, a Isolda, la hija del agua y el reposo), evadió las brusquedades de aquel arrecife interminable. Sin mirarme, tan lejos del pudor de su carne azotada por la brisa. Absorto. En pos del atardecer.

¿Qué patetismo misterioso se introdujo, como un temblor de música, bajo mis sábanas? ¿Las manos del sueño acariciaban tantos episodios de la vida posterior a mi encuentro con él?³ Yo veía sus pasos en el fuego y en el resplandor de los yelmos. Los miraba arder en las piedras de los caminos, en los charcos rosados del matadero, en la alberca taraceada que mis padres me habían asignado allá, entre dos torrecillas, encima del abismo que me separaba del foso. El relato de las glorias impías, que entonces escuché en los banquetes, me devolvía a la cara del errante. Yo era la visionaria sin lenguaje, un amasijo de palabras condenadas al triste ejercicio del pensamiento, a la mudez irrisoria. *¿Te ocurre algo, hija mía?* Mi cabeza negaba en desmedro de mi lengua quieta y doliente.

Soñé una vez con un desierto de Arabia y una luna que reía sobre las dunas, haciéndoles burla a los moribundos de la sed. Saltaba la luna agraviosa de un extremo al otro del cielo. Soñé que era yo quien dormía en la arena helada y que un león apocalíptico olía mi sexo sin decidirse a terminar con mi pobre vida de esclava. También soñé con un mercader de fina gentileza, un mercader hermoso que me regalaba joyas abstractas y que me

³ Masturbación, obviamente.

poseía a la manera de los ciervos⁴ para después venderme a unos bandidos del Hebrón.

—Parece la descripción de un cuadro, señor.

—¿Eso crees, Albert?

—Un cuadro conocido, señor. De *El Aduanero*.

—Aduanero...

—El artista Rousseau, señor.

—Bah, no debe de ser tan importante. Oye, Albert, el único aduanero que conozco se llama Georges Rapaccini. Un prestamista del Bois. Tipo de los duros, frente escasa, mirada bronca. Un malvado perfecto.

Desperté tibia de fosforescencias. Hecha como de miel y humo.⁵

Aquellas jornadas desapacibles se alargaron tras él, se convirtieron en la mazmorra de mi ilusión. Y yo sabía que la ilusión era un murmullo articulado por alguien desde la frontera de mi ignorancia. Los condenados al duermevela de la muerte jamás llegan a saber. En el silencio no se sabe.

En el plomo roñoso de las gárgolas sembró su nido una alondra carmesí. Me llamó la atención el color de sus plumas y recé para que el desvarío no acallara mi entendimiento ni arruinara mis sentidos. Pero, en efecto, se trataba de una alondra carmesí, y el prodigio de verla allí, en mi compañía —la única que entonces ella habría deseado tener— constituyó una señal imprecisa,

⁴ Paul Bowles, *The Sheltering Sky*, tercera parte.

⁵ A miel y humo huele el sexo de las vírgenes carolingias.

como la campana que dobla, sin motivo, en una tierra lejana y misteriosa. Las bocas de las gárgolas escupían sedimentos horribles y ella entonó su canción.

Cierta noche, bajo otra luna que me devastaba, sentí a la alondra estremecerse junto a mí. Me permitió una caricia, sin el susto habitual de los pájaros. Estaba húmeda. Por la mañana descubrí que el lino de mi vestido tenía manchas. Eran de sangre.⁶

Después de aquella visitación umbría, cuando del vestido quedó tan sólo un puñado de cenizas hirvientes, la realeza de un soplo me atrajo nuevamente al océano. El oro del alba había desaparecido y en su lugar combatían las nubes extrañas de una estación muy deslucida. Pensé en los tapices que adornaban la cámara de mis señores y recordé en particular una escena graciosa, la de la modistilla torpe contemplando la cara de Dios en un ventanal cuyo marco encerraba los gestos del anochecer. Esa cara, con su boca como un estallido de flores, no era sino la forma de otra boca que yo había deseado ya encima de mi piel. Otra boca⁷ que me atrevería a dibujar con los ojos cerrados sin equivocarme, porque la miré tantas veces como puede una mujer mirarse en el espejo de sus interrogaciones, o en el agua irreal de un sueño que la empapa.

¿Por qué una alondra ensangrentada? ¿Por qué ese compuesto de naturaleza y artificio, esa figura tan ajena

⁶ Este es el símbolo, algo impreciso, de una desfloración. Los *pamorinios* de Nueva Zembla —se entiende que las hembras en edad de concebir— usan a veces un pájaro macho la víspera de la boda. Así se eliminan todas las posibles discusiones de carácter tribal en torno a la virginidad de la novia.

⁷ Es la boca de Tristán. *Grande passion*.

a las piedras del castillo y feliz en un hogar que coronaba la testa —infame, ruidosa— de una gárgola? Me había hecho estas preguntas sin mirar atentamente la desnudez en calma de las aguas: una alondra, un tapiz ignoto, un mar de ceniza en primavera. Fue entonces cuando lo vi. Era él. Su contorno. Tristán.

Me delataba la belleza trémula que debió de expandirse como un aura a mi alrededor. Nada me cuesta decirlo, pues ahora voy a yacer con él. Nos confinaron a un santuario lleno de alegorías sobre el amor. Pero se trata de un tipo de radicación demasiado congruente con el paganismo de las cosas que, sin ser efímeras, tampoco alcanzarán a inscribirse en la cualidad de lo eterno. Ahora que, en rigor, nos queda sólo esta carne de luz amasada por la disolución y la memoria, ¿será lícito emplearla en el estilo de los vivos?

Se paseaba absorto bajo la capa. Después, mucho después, en el lento navío hacia Cornualles, el embreador, mi confidente, llegó a decirme: *esa delicadeza es en él muy compatible con la precisión de la forma y del pensamiento, pero excluye las condiciones normales y la materialidad de la vida.*⁸

Aquí el Marqués de Sade interrumpe por primera vez su manuscrito. Estruja los papeles, emborriona la labor. Toma una hoja limpia y escribe:

⁸ Para llegar a decir tales palabras, sería necesario que el embreador fuera un impostor y no quien ella supone. Resulta más lógico pensar en un Sade evaluador de alguno de sus contemporáneos. Lady Amezúa diría: *it lacks heart...*

EL CUERPO LESBIANO
(CASANDRA, EL ESPEJO Y MARÍA)
PRESUPUESTOS

0. El cuerpo lesbiano, tal como aparecería enunciado aquí, puede ser una reflexión desde varias tipologías de la sexualidad lesbiana, y puede ser, además, la auto-imaginación de un cuerpo que se explora a sí mismo en relación con otro. Ese *otro* puede ser real, imaginario o poseer ambas condiciones al mismo tiempo.

1. Contrastes sucesivos de **silencio** y **sonidos callejeros**. La parte del **silencio** corresponde a imágenes conceptuales, mientras que la parte de los **sonidos callejeros** corresponde a imágenes concretas, *reales*.

1.1. **Silencio**: un cuerpo desnudo de mujer enfrentado a otro cuerpo desnudo de mujer. Estas imágenes no poseen sonido. El encuentro y los rebotes de cada mirada. Cuadrícula de los cuerpos por sectores, como si fuesen zonas miradas.

1.1.1. **Sonidos callejeros**: imágenes diversas, con sonido. Un alud de imágenes aparentemente inconexas, pero que, en secreto, o de modo evidente, reproduzcan en cierta medida el proceso de la seducción (mutua o no) de una mujer por otra mujer. Cuando se habla de otra mujer, cabe introducir, incluso, la mujer del espejo (el regocijo de una mujer contemplándose en su espejo íntimo).

2. Las alternancias anteriores —imágenes conceptuales/imágenes reales— constituyen un diálogo entre el yo con respecto a sí mismo, y el yo con respecto al mundo y la naturaleza.

3. Si pensamos que se trata de un sujeto-mujer que *se piensa a sí misma*, en primer lugar, que *se piensa en relación con otra*, en segundo lugar, y que *se piensa en relación con la naturaleza y el mundo*, en tercer lugar, se estará en condiciones de diseñar una estructura de imágenes bastante compleja en torno al cuerpo lesbiano.

4. La estructura, por sí misma, muestra la coherencia básica de cualquier expresión reflexiva hecha mediante imágenes y sonidos. Sin embargo, puede utilizarse un soporte sobre el cual dicha estructura se inscriba de un modo más directo. Un soporte que garantice la *legibilidad paralela* del cuerpo lesbiano. Ese soporte es la **historia contada**.

5. Adición, pues, de una voz que cuenta los hechos del cuerpo lesbiano. El timbre y la forma de esa voz deben, como es natural, escogerse cuidadosamente. La historia es, en sí, bastante ambigua.

6. Se introduce el *Bolero* de Ravel, cortado por el propio ir y venir de las imágenes, o disminuido por el mayor o menor volumen de la voz que cuenta. El *Bolero* de Ravel dura doce minutos y algunos segundos.

LA HISTORIA CONTADA

*/fascículos de Sade al renunciar a una
estética germana de lo romántico/*

La metamorfosis de mis amantes es la última revelación que he tenido de mí. Si me decido ahora a contar algo de lo que podría contarse, es porque puedo ver el conjunto. Puedo verlo a salvo del peligro de perderme en los he-

chos sin entenderlos. Pero yo entiendo. Soy capaz de entender al fin porque mi cuerpo sabe.

Alguien me dijo que mis amantes eran mis espejos. Creo que mis espejos son las formas que mi cuerpo usaba para convertirse en otros cuerpos. Ahora recuerdo la primera vez que me miré de veras en un espejo. El espejo estaba delante de mí, había venido inadvertidamente a sorprenderme y era redondo y grande. Yo no tenía ropas. Me temblaba la carne.

Durante mis últimos sueños he soñado que un gato se dormía encima de mi sexo. La respiración del gato movía su piel, y aquella suavidad de pelo y huesos blandos, de una cola cimbreado encima de mí, me enardecía hasta que despertaba. El gato, por supuesto, no está. Pero hay un cuerpo —un ser humano— a mi lado. Qué extraño. Mi cama está siempre sola... Yo habría preferido la presencia del gato y su cola que azota.

(Puedo profetizar... puedo profetizar y sin embargo nadie me cree.)

Mi vida adulta empezó muy mal: Charles, Ricciardo, Udolpho, John, Filippo... un embarazo, dos, tres, nada. Desórdenes menstruales y domésticos. Desórdenes en mi vagina. Desórdenes siempre.

Mi trabajo consiste en cantar. De día soy una mujer ordinaria. De noche, entre las once y las cuatro de la madrugada, canto en un club vulgar y poco visitado. Viudas alcohólicas, parejas taciturnas, hombres oscuros me escuchan no sin cierta devoción.

Después, mucho después, aparece Livia. Y, por último, María llega a mi casa.

Pensándolo bien, no sabría decir de dónde vino María, ni por qué se presentó aquella tarde en la sala de mi casa, ni cómo supo que era allí, y no en otro sitio, donde debía tocar. María es igual a mí. Cuando digo igual a mí lo que estoy tratando de indicar es precisamente eso, la igualdad física. Aunque no se trata de consanguineidades.

Caminando por la ciudad yo me reconocía en otros hombres como si fuera la sombra que les faltaba. Sombra y hombre son palabras parecidas. Sombra, umbral, hombros, hombres. Algo similar a la relación de las tinieblas con el amor.

Una vez desperté en brazos de Udolpho y sentí que las cosas iban mal, muy mal. Udolpho estaba dormido. Lo desperté y le dije que las cosas iban mal, muy mal. Pero él estaba dormido, estaba desnudo y dormido. Tan dormido que parecía un muerto suntuoso y cálido, con aquel aroma de sueño y cigarrillos, con aquel glande aventajado y corpulento, medio húmedo aún.

Entonces me dediqué a mirarlo dormir y lo imaginé realmente un cadáver. Porque después de tratarme de manera humillante en presencia de unos amigos...

Julia casi lloró, supongo.

Al final tengo la impresión de que empezó a abrazarme. Creo que olía un poco a mujer sola.

El olor salía de su boca y estuve a punto de preguntarle qué había comido.

«¿Has comido algo extraño, Julia?»

Cuando una mujer mastica absorta, imaginando las formas de aquello que ama, su aliento cambia.

Los perros de la ciudad están atentos a las modificaciones, muy furtivas, de la densidad del aire, o a la entrada, por el puerto, de cierta masa de aves (gaviotas) que desafían el peso de las nubes... Yo examino mi sexo desde el butacón de mi cuarto, enfrentada al espejo que me dice —insolente— cómo he de colocarme si quiero saber las verdades de mí misma, las verdades de mi carne saturada de gritos. Y veo bosques, lugares comunes, regicidas huyendo por los arenales de Troya, marineros trinchanto grasa de ballena. E imagino lo que me espera cuando atravesase los parques oscuros de la ciudad, donde un amante brutal acabará con mi pobre vida de esclava, con mi pobre vida, con mi pobreza, la merma, el menoscabo.

La sola fila de mis amantes bastaría para comprometer el crédito que merecen mis actuales preferencias. Si yo describiera los gestos de mis amantes, si yo contara qué le han hecho a mi cuerpo mis amantes, si yo revelara la fórmula de la simultaneidad de mis amantes...

(Nadie tendría paciencia suficiente para creer en lo que mi ser proclama hoy.)

María me escucha y sonrío mientras escucha.

Me besa mientras escucha.

Sabe escuchar mientras lame mi boca.

Para cortejar a una dama que nos abrumba, que impide nuestro sueño, sería perfecto —la situación ideal de la

que tanto depende la felicidad—, sería perfecto que ella estuviese sentada, sola, en un banco del Zoológico, por ejemplo, y que esté próxima —ella, la dama— al foso donde se mece el elefante, o, mejor, donde el avestruz pasea su mirada idiota y asustada.

Pensar en la testa del ave como glándula.

La vagina de la loca ocupada por la testa.

(La cefalosodomia.)

Aquí Sade interrumpe por segunda vez la escritura. Alza los ojos, examina con odio a sus asesinos, que ya vienen a su encuentro, y, con suave lentitud, le dice a Albert:

—Nunca, hijo mío, confíes en la perduración. La humanidad no merece ni necesita sobrevivir.

Mire las fotos, son dos. Hay un asunto ahí con el texto, con la piel. Observe el garfio de la otra foto: no hay sangre. Y queda bien, hay que ver la expresión atenta de la cara. La lengua de quien lo erotiza cosquillea allí donde se le ve. Pero no se engañe: la sensación verdadera ha venido a producirse justo en la salida del metal. ¿Si hay sinapsis? Pero claro. Y cuando el garfio ya ha entrado, el semen se arremolina. Y por supuesto que el lenguaje no obra allí. No *acaece* allí, no es un *suceso de la observación*. En fin, mire. Mire las fotos. Con eso basta, creo. Mirar y dejarse mirar tan sólo allí.

EN EL GRAND HOTEL (diorama de sueños viejos)

La aventura comienza adecuadamente allí donde un ama de llaves prospera con libertad representando a una gobernanta sudada que apenas disimula sus apetencias. Me ha dado las hojas de papel timbrado que yo le había pedido, y, al traerlas, empieza a mirar dentro de mis ojos de forma rara.

Nos hallamos en una oficina calurosa cuyo único adorno es una reproducción de una acuarela de William Blake.

Vete, bruja, le dije, y al instante removi6 su concebible pestilencia. La seguí con la vista hasta que se perdió entre los autos del parqueo, mirando de arriba abajo al custodio, un joven muy apuesto, de bozo pertinaz, que trabajaba por las noches en el bar del *roofgarden*.

Muchas veces he seguido el curso inestable de mis pensamientos, que toman por callejuelas bastante torcidas para llegar a ti. Por las mañanas, luego de desayunar, pongo en práctica un ritual que, incluso a solas conmigo mismo, ha llegado a parecerme insensato. Lo primero que hago es ir a la cama otra vez y sentarme a recordar cómo se endurecen tus pezones cuando los muerdo. Inmediatamente después me acuesto sin quitarme la ropa y cierro los ojos tratando de imaginar la estructura de mi desolación —mi literaria desolación—,

mientras evoco las palabras con que alguien me describió ciertos acantilados del norte de Escocia, en los que la belleza es un sinónimo irreprochable de la muerte.

Era febrero. Llegué aquí por la tarde, empapado, pues se mantuvo lloviendo y no me gusta esperar. Cuando al fin entré, luego de correr con desafuero, un hombre me preguntó la hora mediante un gesto y me encogí de hombros. Mi reloj se había humedecido. Después me registré —uno de aquellos tipos me suplicó que mostrara algún documento de identidad, pero no tenía y tuve que desprenderme de uno de los billetes— y subí al piso con un jovencito de aspecto radiante que me enseñó la habitación. Fue entonces cuando le pedí papel y me dijo que el ama de llaves me lo suministraría con mucho gusto. Maldito sea. Si le hubiese dado algún dinero, él mismo me lo habría traído.

Esa misma tarde soñé con un testículo gigantesco y un campo de cerezos. El testículo, respunteado de gris y rojo, era levemente traslúcido. Podía adivinarse en él la presencia de una criatura que, cada cierto tiempo, agitaba sus miembros espasmódicamente. El testículo presidía, por su tamaño y altura, el campo de cerezos. Eran arbustos asombrosamente iguales, alineados, de un verde pálido hasta la obstinación, y en uno de ellos estabas tú, de pie, como si sostuvieras una rama vacía. Y estabas inmóvil, muy quieta, observando algo indefinible con extrema placidez. De pronto el testículo empezaba a estremecerse y pequeñas grietas iban apareciendo hasta que una cosa semejante a una mano alargada y negruzca, del color de las alas de las cucarachas, salía del testículo y apresaba unas cerezas. Así apretadas, las cerezas empezaban a soltar un jugo que caía sobre la tierra. Pero tierra no había, sino nubes muy densas y

blancas. Y entonces me acerqué y di una fuerte patada en el suelo y advertí que nos encontrábamos a gran distancia del planeta, flotando en un espacio lleno de tristeza e impiedad.

Percepciones oscuras las mías, atisbos del porvenir, pues ese testículo inmenso de repente es, acaso, la imagen de mi cléricatura. Y como no sé por dónde empezar a buscarte, y como por otro lado tampoco querría sucumbir otra vez, quedo en suspenso, con mi bolígrafo supurador arañando las hojas que, en cantidad inesperadamente generosa, me ha dado la puta global y circense.

Yo soñaba sueños de estirpe ritual, parecidos a éste.

El italiano de Roma es un chico apuesto, con dinero, de hablar dulce y falo pompeyano. Hay un súbito furor. Se traga todo mi vergajo hábilmente y eyaculo en su boca. Le dije que era mi primera vez y no me creyó. Me dijo que el hombre estaba hecho para el hombre. Era un gay de militancia anarquista.

No quedaban restos de su perfume en mi cuerpo cuando te fui a buscar. Me enfrenté a la calle, procurando regresar a un reducto de la razón. El angosto pasillo, sin embargo, se estrechaba cada vez más y me vomitó, con sus paredes ondulantes (era como la garganta sucia de un animal), a la acera. Tú no estabas, pero tampoco había calle, ni casa, ni árboles. Nada. Había una especie de pradera requemada, un campo donde la tierra se mezclaba con piedras y ceniza de diversas piras, hechas por quienes, al parecer, combatían con un denuedo muy liberal la propagación de cierta epidemia. Hasta donde alcanzaba la vista se distinguían tan sólo aquellas fogatas —libros, carretadas de libros, montañas de libros— que incendiaban el cielo de la noche. Y como mi cansancio procedía de la emoción, del dolor y las visiones

espantosas de aquel primer día, resolví pernoctar sobre el suelo tibio de otro mundo, revolcándome en la suciedad y los residuos. Me acordé de los argivos, de Jasón, de los héroes que sufrían. Ayudé a los hombres temerarios a acarrear cadáveres de monjas y pordioseros, transeúntes súbitamente fulminados por la sigilosa enfermedad, animales que agonizaban con furor, jovencitas de piel muy blanca y vestidas de noche, pero que ahora habían sido despojadas de todo ornamento por los ladrones de ocasión y mostraban, con el agravio de esa impudicia que suministra la muerte, una desnudez multiplicada hasta el escándalo. Todas, incluso a pesar de los estigmas de la enfermedad y la horrible evidencia de las pústulas, se veían bellas. Un pubis rasurado es siempre bello.

Te escribo sentado en el suelo, las persianas semicorridas y cerca del aparato de aire acondicionado. No me atrevo a abrir la ventana porque abajo hay siempre tumultos variopintos. Es una pena que las visiones no se mantengan por mucho tiempo y que el verdadero espacio que habitamos no sea el de nuestro corazón.

El Satán de Milton transmite siempre una esperanza que se halla fuera del sentido común.

Soy un hombre del deseo prolongado, y siempre renovado, de una Eva terrestre.

Tengo un concepto novelesco de la muerte.

Ayer la gobernanta, a quien muchos observan con indiferencia a pesar de su semblante zarino, se percató de mi nerviosismo y empujó la puerta del *piano bar*. Ya sabes cómo me gusta oír a La Morocha en compañía de sus marionetas. La gobernanta me localizó y se acercó a mi mesa. Yo me encontraba solo, oyendo los boleros que suele prodigar La Morocha entre lágrimas y

recitativos, oyendo la tibia voz mientras la personalidad maciza de la gobernanta se iba imponiendo como un espectro maldito.

Supongo que necesita usted más papel, me dijo. Apenas se le entendía, a causa de la ebriedad. *Estoy necesitando más, ya lo creo*, accedí a decirle. La Morocha silbaba entonces de un modo muy significativo, casi como si aquel bolero no fuera un bolero. *Puedo darle otro paquete, si cree que va a necesitar tanto*, dijo. *Es impropio decir otro paquete, ya que usted no me ha dado ni siquiera la mitad de uno*, dije. *Se equivoca, de poquitos en poquitos ha consumido usted dos*, dijo. *Lo dudo, he escrito muy poco*, dije. *Qué bobo me está saliendo usted, yo reviso su basura y me entero de todo, hasta de lo que usted considera desechable*, dijo. *Entre usted y un cerdo sacrificial no hay diferencia alguna*, dije. Empezó a reír en silencio, descaradamente. El barman la vio pegada a la mesa y se aproximó a nosotros solícito. *No voy a repetir, gracias*, dije. Ella lo agarró por la manga de la camisa y él, temeroso, echó hacia atrás la cabeza. Olía a lilas muy suaves.

Ay, por favor, déjeme, gritó con un manierismo que me irritó. La gobernanta sostenía la cara del joven y le daba cachetadas lentas, que le permitían acariciar el lustre de un afeitado muy reciente, maculado sin embargo por una gota de sangre seca en la fina piel del bigote. *Déjelo ya, no abuse*, dije. Ella me miró extrañada y soltó al otro. *No me diga lo que tengo que hacer, puede costarle caro*, dijo. *Si vuelve a amenazarme llamo al gerente del hotel y ya verá usted*, dije. Armó una sonrisa defectuosa que la hacía parecer más temible de lo que en verdad era. *El gerente del hotel no puede prescindir de esto*, dijo, y se tocó el sexo con una tamborileante

discreción, un movimiento de dedos como una masturbación japonesa.

Cuando llegué a mi piso me di cuenta, por el olor del pasillo, de que la mexicana encargada de hacer las habitaciones desestimaba la única petición que yo había hecho, en forma de súplica, después de registrarme. *Ahorita le arreglo las cosas, caballero*, solía decirme. *Por favor, no entre aquí si no se lo pido yo expresamente*, recuerdo que le dije. *Muy bien, caballero, la arreglo ahora*, dijo. Cuánto horror, qué manera de no entender nada.

Porque allí, encima del cobertor, había puesto ella un flamante paquete de papel. En los sellos que envolvían el sobre se destacaba la huella vivísima, en rojo bermellón, de la boca de aquella cerda. La burla me sublevaba a causa de la impunidad con que la gobernanta se introducía en mi existencia. Como si vivir no fuera ya chapotear en una ciénaga podrida.

He vuelto a salir del tiempo con una elegancia que me causa asombro y regocijo. Puesto que raras veces experimento alegría, el hecho de poder escapar de mi Enorme Mazmorra es ya una bendición. El procedimiento no puede ser más sencillo ni más sospechoso. Me paro delante de las fotografías del vestíbulo y voy mirándolas una a una. Saboreo cada detalle, intento saber algo sobre el carácter de un rostro de los años veinte, una pared inundada de letreros y avisos comerciales, una calleja repleta de tarimas y muchachas blancas. Recorro las fotografías y descubro entonces ciertos puntos de unión, ciertos puentes secretos que vienen a ser como el tono de una época, o quizás como el sombreado sepia que lava algunos ojos perdidos en la ciudad. Y así, cuando pienso en lo que ella fue, cuando imagino la silueta de un apache lamiendo el cuello de su francesa rosada, o

el bigote con gomina de un señor que observa con salacidad enseriada a su sirvienta, ocurre una especie de conmoción agradable. Los ojos empiezan de momento a cerrárseme y necesito, durante unos segundos, sostenerme de la reja del elevador. A poco siento como si penetrara de golpe en una cámara refrigerada, y esas figuras amables y permisivas se aproximan a donde estoy, me dan la bienvenida y es entonces cuando abro los ojos y veo la calle en un día cualquiera de mil novecientos veintitantos.

¿Y esta morena es de Nueva Orleans, dice usted?, pregunta el Gran Puto. *De allí, sin duda; y cómo sabe*, contesta Zorro Gris haciendo girar su tabaco. *Un poco flacucha, Zorro*, duda el Gran Puto. *A ver, Geannot, sube esa falda y enseña lo que tienes*, ordena Zorro. A la vista de la tonsura en forma de corazón, el Gran Puto exclama: *me la llevo*. Y después, muy cerca de la oreja de Geannot: *imagine my big lipstick on your clit, my dear Geannot, polishing you all up and down, up and down...*

El contenido del paquete es suculento: papel timbrado de color hueso, con una céltica viñeta en carmelita ocre. Todo un lujo que Doña Elefanta se permite no sé con qué intenciones. He reflexionado despacio acerca de ese enigma y no hallo respuesta. Es obvio que se refocila con el gerente y que éste le corresponde casi en público, con una fatuidad deslumbradora. Yo, por otra parte, no tengo dinero suficiente que ofrecerle e imagino que no soy su tipo. El otro sí que lo es: árabe, entre los cuarenta y los cincuenta, con un *Bugatti* dorado que en Milán reconstruyeron según los planos originales, piel morena, dos metros y varias pulgadas de estatura, priapo colérico, y todo fornido, como un camellero de Marco Polo.

El papel huele a menta dulce y a leche. Deben de ser las tintas que se usan en su fabricación. Para un escribano como yo, que ha venido a dar aquí gracias a una casualidad hartamente confusa, ese paquete de quinientas hojas y el misterioso haz de lápices de creyón blando son dones que conllevan algunos otros tributos todavía en tinieblas.

Esta tarde La Morocha ha conseguido armar ciertas expresiones que te evocan. Por ejemplo, cuando termina de cantar eso que dice: *mi zoquetico del puerto, no te vayas a la mar*, de inmediato recuerdo la fiesta en casa de Pauline. Me gustaría que te acordaras de todo lo que hiciste allí porque, si lo haces (si lo haces con cordura razonable, quiero decir), no tendría yo que poner en duda dos o tres cosas.

Odio tener que ser comedido y misterioso, pero no soporto la idea de una invasión.

La Morocha había estudiado canto y composición según la escuela de las vírgenes de Tikal. Se especializó en recitativos ceremoniales, pero derivando siempre hacia el bolero roneado. Sin nada que hacer al respecto, ahora se desfleca en el hotel como un demonio.

Doña Bola de Grasa planta, mientras salgo, su culo apestoso en mi taza de baño y lee estas palabras acaso en voz alta, para que el camellero fundamentalista disfrute con mis cuitas al tiempo que tal vez ella le indica al *ricohombre* cómo endurecer su lengua de manera que pueda entrar en su vagina y circunvalar después el retoño del capullo sin acalambrarse.

Doña Bola tiene, sin embargo, nada más que treinta y ocho años. Cualquiera diría que supera la cincuentena.

Todavía no entiendo cómo pudiste orinarte en el comedor de Pauline, delante de tantos invitados. (Ahora ella, la gobernanta, se preguntará cuáles son los antece-

dentes y las consecuencias de ese suceso, si tu orificio uretral está correctamente hecho, y, además, si tu exglande, ahora neoclitoris, no interfiere en las otras funciones: pero no la voy a complacer, ni al otro, el nómada abstruso de su amante, preocupado por dolencias prostáticas al por mayor.)

Hablábamos de marcas de vinos, tienes que acordarte de eso. En la pared, frente a la mesa, Pauline había colgado una fotografía enorme de Albert von Bülow, en la que un tipo desnudo vertía el contenido de una botella de *Courvoisier*, sostenida en lo alto de su brazo, encima del sexo de una jovencita rubia y en exceso delgada. El coñac hacía, al caer, una espuma incongruente, como si fuera semen de una *masturbatio dimorata* o champán. *Pero es champán*, dijiste. *No, es coñac*, dije yo con la mirada fija sobre los oscuros pezones de la modelo. Atractivo modo de manejar la anorexia. Te diste cuenta de mi interés en la fotografía y una ira sorda vino a enturbiarlo todo. Te levantaste, me tomaste por la barbilla con violencia y después, como si tal cosa, te abriste la blusa. *Supongo que aquellos no son mejores que éstos*, dijiste. La modelo, me dijo Pauline después, se llamaba Paprika Johnson. Fingí que no me importaba lo que hacías y entonces ocurrió aquello. Fue, querida mía, algo muy feo.

La confusión, el no poder, no poder escapar de esas palabras. La red y la paranoia. No todo tiene relación con todo, pero y si algo te impulsa a la red siempre...

Hace unos días he venido pensando seriamente en ahorrarme toda esta peroración inútil, de la que nada quedará. Sin embargo, hay una especie de certidumbre sosegada en el paso de mi lápiz por la superficie porosa de los papeles (*couché* berlinés). Puedo atiborrarme de

esperanzas y permanecer quieto, como me gusta, en mitad de esta habitación, elaborando el antes, el ahora y el después. También puedo ir a donde la ciudad se muestra vestida de océanos, después que mi mano redacte estos informes confidenciales sobre el vacío y los huesos de humo del amor.

Tengo una lista de personajes. P. —es un ejemplo— anhela torsos trigueños de pescadores furtivos y muy portugueses, al tiempo que enarbola un abanico perlado mientras dialoga con R., el Hipócrita Edecán, ex-amante de una poeta o poetisa: La-de-los-Flujos-Abundosos. El primero no es culpable de nada: en él anidó para siempre una mujer de la peor especie. El segundo sí es culpable: repite como un palomo adulador lo que escucha por ahí. En la pelvis de P. se adivina el vacío de un miembro emasculado, el miembro que él querría constantemente tener en su recto como si fuese un bolo fecal que busca la petrificación.

Otra vez he visto la mirada bovina de la gobernanta, a cuya conformación se añade un toque de fingida indiferencia. Nos tropezamos dos veces en la entrada del *roofgarden*, lugar que me gusta visitar especialmente por las mañanas, pues siempre me levanto antes de que lo hagan los alemanes ruidosos del segundo piso. Es entonces cuando puedo trabajar allí, aunque sea durante una hora. Tropezarme con ella no habría sido gran cosa si no fuera por la hora, hartamente inusual en una mujer de su calaña.

No se empeñe en ocultarme los papeles, sé muy bien qué se trae usted entre manos, dijo. Quedé absorto, contemplando su boca nociva y pequeña. *Váyase con su gerente, son tal para cual*, dije. *Qué carácter*, dijo. *Su presencia repugnaría a un buitres*, dije. Sonrió. *Apuesto a que se quedaría muy confundido si lo invito a irse*

conmigo a la cama, dijo. Increíble, pensándolo bien no soy apuesto. Tengo, sin embargo, otras cualidades físicas que no debo ir exhibiendo por ahí como si tal cosa. Mi falo es elegante. No grande ni grueso, sino elegante. *Usted no me va a confundir*, dije. *La curiosidad pica bastante en usted, estoy segura*, dijo. *No tengo el menor interés en verla desnuda, cuido mucho mi salud*, dije. *Se lo pierde, no sabe usted lo que es naufragar en mi carne*, dijo susurrando. *He naufragado de verdad muchas veces*, dije. *Pero no en mí*, dijo. *Acabe de irse, tengo que escribir*, dije. *Qué pena, creí que le interesaba vernos en la faena*, dijo. *Verlos en la faena...*, repetí desdeñoso, pero hipnotizado. *Vernos, sí*, dijo. *No me embrome*, dije. *Hablo en serio, he arreglado con Alí una cita especial*, dijo. Alí era el del Bugatti glamoroso. Después de todo, la proposición tenía gracia. *No sé por qué tendría yo que aceptar algo semejante*, dije. *Porque usted es un cochino pervertido, como yo, y no quiere reconocerlo*, dijo. Aquello me irritó sobremanera. Estaba insinuándome que yo era un mirón disimulado, un mirahuecos. No sé por qué motivo se me ocurrió pensar que los mejores mirones se hallaban lejos, en otra época, en otros lugares. *Déjeme tranquilo, se lo suplico*, dije. *Vamos, vamos, no finja, que usted no es hombre de súplicas*, dijo. Se aproximó tanto a mi cara, que una gota de su sudor perfumado cayó encima de mis papeles. Una pequeña zona de la escritura quedó emborronada, lista para la duda. *¿Será verdad lo que comentan por ahí?*, preguntó. La miré aterrorizado, pues tengo secretos, como cualquier mortal. *Si no me dice lo que se comenta, no le puedo contestar*, dije. *¿Es cierto que usted es escritor y que padece del mal griego?*, preguntó. *Más o menos, pero no se haga ilusiones en cuanto a lo segundo; ade-*

más, lo que usted ha visto no es literatura, dije. Yo creía que sí, dijo. Pues se equivoca, escribo para ganarme la vida, la literatura es un hecho banal que no sirve sino para celebrar su propia existencia, dije revelador y filosofante. Ah, dijo. Resopló de un modo, lo he dicho ya, bovino. El barman se colocó a mi lado con una bandeja. Traía mi jugo de frutas y mi vaso de ginebra con hielo. Sus gustos son muy atractivos, querido, dijo. Si no se va ahora mismo, llamo al oficial de seguridad del hotel, dije. Está bien, pero, ¿y lo nuestro?, preguntó. Mi mal griego se iba y regresaba como cualquier gripe de invierno. El barman se había quedado de pie junto a nosotros, irresoluto. Trabajaba por las noches en el parqueo. Se rumoraban cosas muy turbadoras sobre las incongruencias somáticas de su timidez. Puedes irte, Javier, dije. La gobernanta disfrutaba de su propia perspicacia. No, definitivamente, determiné mirándola. Se va a perder un espectáculo maravilloso, hombre; imagínese que me voy a depilar enterita, dijo. Por mi parte, ya había resuelto beber mi ginebra mirando las flores del techo. Necesitará una buena navaja, dije. Uso una toledana auténtica porque tengo una pelambre selvática, amazónica, incluido el Bosque Siniestro de la Bella Durmiente, con espinas y todo, dijo. Las flores de la enredadera se tornaron amarillas. Y va a afeitarse toda, hasta las inmediaciones del clítoris, dije. Estaba teniendo una erección. Dejo siempre un bigote superior muy hitleriano, dijo. Sentí lo inevitable. Dejé de mirarla. Usted sabe dónde encontrarme, añadió al marcharse con aquel taconeo soez. Ya lo creo, dije. No podía escucharme ya.

Por supuesto que sabía dónde hallarla. Sin embargo, aunque las gordas me irritan hasta causarme pavor, no dejan de seducirme. Y todo a causa del misterio que

enaltecen. Una mujer gorda en una cama, con un tipo adecuado, puede resultar anonadante. Una gorda equis *prepara la inmersión en el arquetipo de la suciedad*. (O bien de la limpieza, entre colonias refrescantes, talcos específicos y las ignotas ceras vegetales de un *Aveda lipstick* con proporciones adecuadas.)

Tenía, lo he dicho, treinta y ocho años. Quién sabe si su sexo no sería una sorpresa, como esos higos muy maduros y esplendentes, réplicas de otros en la Hélade de mis sueños.

Aguas siempre así, paz sigilosa, en las calles más o menos húmedas, los días que el otoño —palabra sin uso ya— significaba algo de llovizna, asfalto espejeante, resbalones. Aguas siempre así, y pocas nubes: olor de ozono y algo de vapor como el aliento de un dios sobre la tierra virgen. Aguas siempre, por siempre así, en este negro desamparo de pasos y zancadas, trancos esquizofrénicos, para llegar, todavía llegar, a la Gran Puerta de los Anhelos.

La Morocha torna a asediarme por las noches, mientras duermo. Se me aparece en sueños rarísimos. Ahora mismo te cuento uno. Figúrate que estábamos sobre un césped de color violeta, a punto de desayunar. Tú habías servido ya el chocolate (era, lo recuerdo bien, un chocolate espesado con miel y harina de maíz) y, como quemaba, todos soplábamos. Cuando digo *todos* estoy queriendo decir, exactamente, que no estábamos solos, pues nos acompañaban La Morocha, un tipo bastante parecido al James Mason de *Lolita* y dos niñas vestidas

con cintas abundantes, el pelo suelto y ropas de 1906 o 1907. Artemis y Cloé tendrían unos diez u once años respectivamente. A punto de beber el primer sorbo de chocolate, un viento fuerte se levantó por el sur y las niñas, sin soltar sus tazas, empezaron a sonreír de manera siniestra. El viento iba adueñándose de todo y ellas, con sus atuendos muy descompuestos, se miraron muy serias. «¿Es verdad que nos iremos al cielo, hermanita?», preguntó la que parecía algo menor. «Ahora mismo, hermanita, pero antes termina tu chocolate», contestó la otra.

Mientras las niñas ascendían en una levitación graciosísima, durante la cual advertimos que no usaban ni sayuelas ni pantaloncillos, para mayor gloria del mirón en que yo me había transformado, La Morocha cantaba una especie de salmodia aprendida en Tikal y con la que pretendía calmar la furia del viento. «Adiós, adiós», gritaban las niñas agitando los brazos. Iban bien sujetas, con las tazas de chocolate todavía en las manos. Los vestidos batían y el tipo parecido a James Mason se llevó la palma de su mano derecha a la boca. Y así, con ella tapada, susurró unas palabras. Pero no entendí lo que decía. Tú preguntaste si no íbamos a consumir nuestros chocolates. Recuerdo que te miré como si no comprendiera. «Este sujeto acaba de hacer una observación indecente, pero no sé con exactitud qué es», dije. «Pues yo sí lo oí», dijo La Morocha repentinamente, interrumpiendo su salmodia. Quedamos en silencio. El hombre nos escrutaba. La Morocha apuró el contenido de su taza. «Ha dicho que las niñas tienen las rajitas al aire y que merecían una buena mamada», dijo. «Pues, de ser así, deberíamos comernos ya las empanadas, ¿no creen ustedes?», preguntaste. Asentimos vivamente y pretendimos que el asunto del tipo y su comentario había dejado

de incomodarnos. Arriba, contra las nubes grises y aisladas, se recortaban los cuerpecitos de las niñas.

Las empanadas, de aspecto cilíndrico, tenían un relleno de queso fundido y jalea de remolacha. Guardaban aún el suave calor del horno. Recuerdo que comimos muchas.

En ese instante algo sucede.

La Morocha comienza a gemir.

Alguien pone delante de mis ojos una reproducción fascinante de *Las Cuatros Estaciones* de Man Ray y empiezo a masturbarte con una de las empanadas, procurando que penetre bien, pero sin romperse. Mete, saca, mete, saca, mete, saca, plum / reguero de jalea.

De pronto La Morocha detiene su canto y, con las manos sobre el vientre, vomita dos empanadas de aspecto lamentable. «Qué mala educación», digo metiendo y sacando mi empanada. «¿No ves que he estado a punto de morir envenenada?», grita dirigiéndose a mí. Aprietas la boca (te gusta el caliente trozo de harina) y te levantas. «No voy a aceptar que pongas en duda la calidad de mis empanadas», dices en voz baja, pero violenta. La Morocha, desde una expresión de dolor auténtico, riposta. Pero no se le escucha bien. «Tiene cólicos, evidentemente», dice el doble de James Mason. «Toma, bebe esto», le dices a La Morocha. Ella levanta la cabeza y mira el vaso. «Es un simple vaso de leche», digo. Su mirada está saturada de sospechas.

Me acuerdo ahora de un segundo y casi virgen episodio. Nos hallamos en casa de Pauline y en medio de una conversación interesante el teléfono suena. Vas al cuarto y descuelgas. Se trata del novio de Pauline. Todo esto lo sé con posterioridad a la visita, que en rigor no experimentó ninguna turbación. Jorge te pregunta si Pauline está en casa. Le dices que no, que no la has vis-

to. Jorge se extraña y supone, irónicamente, que *alguien* ha tenido que abrirte la puerta. «La encontré abierta y subí hasta su cuarto», le dices. «No me gusta ese tipo de bromas», advierte Jorge. Y agrega: «por favor, dile a Pauline que se ponga al teléfono». Quedas pensativa, aspirando el aroma del cuarto. «Te lo dije ya, la casa está vacía», repites pausadamente. Del otro lado del teléfono se escucha una maldición y, después, una breve frase en tono conciliador. «Dile a Pauline que la llamaré en otro momento», dice Jorge neutramente, con una voz agrisada. «Si la veo», dices. Respiración fuerte, como un fuelle. «No tienes remedio, eres una loca de mierda», grita Jorge. «Es verdad, pero tú no te quedas atrás, porque si yo soy loca Pauline es una infeliz: ha venido a hacerse novia de un afeminado hijo de puta», dices. «Conozco esa variante de la envidia», dice él. Ríe por lo bajo. «¿Envidia? ¿Tener yo envidia de alguien cuando he visto la Gran Pirámide y entrado en la Cámara del Caos?», protestas. Jorge cuelga, lleno de estupor y pensando en algo muy remoto.

¿Por qué lo hiciste, por qué tenías que hacerlo? Todo se encontraba bien. Pauline estaba incluso dispuesta a aceptar desentendidamente tus relaciones con Jorge. Yo, que lo sabía desde antes, sentí una especie de vergüenza retrospectiva. Una sensación de desesperanza que se mezclaba con la ira y con unos celos diluidos en mi vieja y peculiar indiferencia.

Puedo imaginar la trenza incómoda de los cuerpos, el hedor, las cremas, un caballito al que hay que engordarle las patas (la postal que cuelga encima de un lecho matrimonial), los tajos escénicos, la apariencia de la sangre, la acritud, el espeluzno. Por todo el elíptico borde de su ano, Jorge había hecho poner diminutas argollas de aceroníquel.

Ciertamente, entonces en la Ciudad ya no había redención, ni siquiera la extraña redención que proporcionaban los vómitos debidos a la falta de dignidad. Y como Jorge era un sujeto de la decencia, prefería entrar en habitaciones separadas del mundo de todos los días. Prefería el dolor momentáneo, la sangre, el insulto que significaba un culo (el suyo) lleno de aros brillosos. Le había pagado al Enfermero una cantidad modesta y el Enfermero era bueno en eso de las perforaciones y la colocación de adornos asépticos.

Doña Tocineta hace una insólita aparición esta mañana en el *lobbybar*. Me hallaba ocupado observando el ir y venir confusos de una dama pelicorta, dos metros, tacones elevados y ojos azules de gata. No sé si te acuerdas de la suavísima gata blanca que vivía cerca de nosotros, frente a la bodega. Pues bien: la dama pasaba por delante de mí a gran velocidad, de la carpeta a los cuadros, de éstos a una mesa reservada, de la mesa (la más recoleta, servida con *tomcollins* y mejillones de Sumatra) al baño, y de éste a la carpeta. Súbitamente entró en escena una vieja muy delgada y con una sombrilla abierta. Parecía confundida, a juzgar por la irregular manera en que lo miraba todo. «¡Estoy aquí, mamá!», gritó la dama y se adelantó a recibir a la vieja. De pronto esta se estremeció, sacudida por una fuerza ignota. Nadie había visto la cadenilla que la anciana señora sostenía con la misma mano que usaba para no perder su quitasol (de papel de China). Nadie tampoco reparó en el perrazo que tiraba de la vieja, gruñendo de modo siniestro. «Llá-malo y oblígalo a entrar, el muy cabrón anda tras el antifonario de una sata cochínísima», dijo la vieja. Los que presenciábamos el episodio quedamos como en una pausa eléctrica al oír aquella frase. «¡Por nuestro Dios,

mamá, qué lenguaje!», dijo la pelicorta. Sus cabellos eran, por cierto, de un rojo sangriento.

Fue entonces cuando doña Tocineta se presentó, bajo el aspecto de una agitación complicada. «¡Suelte la cadena, abuelita, que el perro la va a derribar!», gritó. La vieja apretó la boca, achicó los ojos y esquivó el contacto de la gorda masticando un insulto. La hija de la vieja apartó de un manotazo un rizo cosquilleante que le molestaba (como molestaban, en la boca de Gertrude, los rizos púbicos de Alice) y, con ojos de una dura e instantánea reflexividad, calibró el aspecto de doña Tocineta. Esto le tomó un par de segundos, suficientes para que el perro tumbara a la vieja, la pelicorta exclamara por lo bajo: «¡no toque a mi madre!», y la gorda agarrara la cadena y halara al perro hasta la entrada del hotel, donde un niño vestido con ropas de marinero (un traje de gala deliciosamente azul) comenzó a azotarlo con un gajo. «¡Este perro desobediente!», decía. Luego doña Tocineta le arrancó el gajo de la mano, para congraciarse con la madre y la hija, y todos vieron que se trataba en realidad de una larga rama de guayabo, lo más apropiado que existe para azotar a mujeres mandonas. Ni la vieja ni la pelirroja agradecieron a la gorda el haberle quitado al canallita su dolorosa fusta.

Este curioso incidente prodiga algunas lecciones muy útiles. En primer lugar, que hay que mantener la distancia *social* en todo momento, incluso en situaciones de extremo peligro, aunque sepamos que la adversidad es un hecho inminente. Y, en segundo lugar, que aun en medio de la desgracia una mente aristocrática no debe perder jamás esa *helada* estructura que hace del amor propio un escudo.

Lo he dicho ya: soy un hombre profundamente humillado. Qué duda cabe.

Las dos mujeres se encaminaron al elevador y desaparecieron. La pelicorta me dedicó una mirada rosácea a continuación de la cual me levanté, como movido por un resorte, e hice una discreta reverencia. Ella no se inmutó. Más bien fingió no darse cuenta de mi saludo.

Ya para entonces doña Eumea de Augías, dignamente erguida, se había percatado del coqueteo. Avanzó unos pasos que no se oyeron y detuvo la marcha en el borde mismo de la mesa. Antes de dirigirme la palabra metió el dedo índice de la mano derecha en mi café. Francamente no me importó. Y, para demostrárselo, bebí a continuación un sorbo generoso. ¿Ves que tengo razón al decir que soy un hombre humillado? Con el dedo metido aún en la taza, y mirándome fijamente, sacó la lengua de tubérculo aplanado y la meneó en una circunferencia imprecisa. Chorreante, el dedo entró en su boca. Paladeó. Ojos semicerrados. *Buen café*, señaló neutramente. *Es bueno, sí*, dije. *Esa flaca pelicolorada revienta unas tortillas deliciosas*, dijo como si el sabor del café continuara siendo el asunto que la acuciaba. Permanecí callado, pensando en aquella variante del verbo reventar. Uno nunca sabe. Recordé tu cuerpo desnudo, aprisionado por los brazos de Connie en la playa un anochecer de invierno. Ustedes estaban muy seguras de que nadie las vería. Pero yo las vi. Me había quedado dormido entre los arbustos y los demás se habían marchado. Poco después, aún en medio del mareo, desperté y las vi a ustedes en lontananza, mordiéndose las peludas bocas de abajo como dos alimañas. Al final me masturbé según la técnica del capullo, una usanza sabrosísima, e imaginé que estábamos en Saint Barthelemy.

Así que lesbiana de las buenas, dije. Apuré los restos del café y pedí una botella de agua. *Me trata así*

porque no quiere que la vean en público conmigo, dijo con animosidad. Entonces ya se conocían, dije. Qué cree usted, dijo. Bríndeme un poco, dijo cuando me trajeron el agua. Rompí el sello y llené mi vaso. Gracias, tenía sed, dijo. Bebió ávidamente. Nunca está completamente fría, me lamenté. No es elegante servirla completamente fría, dijo. Qué extraño, dije. He notado que le interesa la joven, dijo cambiando abruptamente de asunto, como quien hunde un puñal un poco más. No es su problema, dije. Sonrió con distinción. Usted pensará que yo insisto demasiado, pero lo quiero ayudar, dijo en un inaceptable tono de perdonavidas. No tiene idea de lo que necesito, así que váyase, dije. Se equivoca, yo sé que usted busca a una mujer, una mujer que se le ha perdido como esa manzana que hace llorar al niño del cuento, dijo. No trate de ser ingeniosa, le queda mal, dije. Está bien, pero yo no estoy equivocada, dijo. Ya sé que continúa leyendo mis cosas, pero qué remedio, dije. Insisto en ayudarle, dijo. Me levanté y dejé sobre la mesa un billete. Qué fastidio: hable ya, dije. ¿Me va a escuchar?, dijo. Tarde o temprano me verá obligado a hacerlo, dije. Bueno, dijo. Miró en derredor, por si alguien venía por el billete. Puedo arreglar un pastelón de paraíso, dijo sin bajar la voz. Solté la risa. Ella también rió, pero nerviosamente. Así que un pastelón, seguramente entre usted, el árabe, la flaca y yo, dije. Exacto, dijo. ¿Y qué tal ella?, pregunté. Estupenda, tiene labios menores muy extensibles y se pone húmeda casi al instante, dijo.

Me marché sin darle mi respuesta y la gorda quedó roja de vergüenza y sola. Aquello debió de ponerla muy furiosa.

Entré en mi habitación poco después y me encerré. No quería enfrentarme a sorpresas desagradables. Sin

embargo, alguien había hecho la limpieza habitual del día y una especie de música perfumada ribeteaba agradablemente el espacio. Como sabes, adoro las atmósferas violetas, y, no sé por qué, las cosas empezaron a irme bien, pues se había realizado un cambio de cortinas y recordé aquella última y misteriosa cámara del palacio de Próspero, el disipado aristócrata de Poe, con sus drapeados en negro púrpura que admitían la suave iluminación crepuscular de la muerte. Era entonces que aparecía ese violeta rojizo, en algo quizás próximo al morado obispo, cuya atmósfera es la más espléndida que existe para un cuerpo atractivo, un cuerpo que nos llena de turbación y que sería como el solitario pistilo de una flor invisible.

De la música no voy a hablar.

No me gusta hablar de lo que me arrebató.

Tienes que acordarte: *Coco Jambo*.

Paprika Johnson había determinado suicidarse, pero comprendió que necesitaba la ayuda de un hombre para hacerlo. Paprika vivía usurpando identidades como si tal cosa. Su nombre, claro está, no era ése, pero se desconocía (se desconoce aún) el auténtico.

Mi primer sueño con la criatura Abdelslam produjo la siguiente composición: casona intramural, música de cámara y paseos largos a través de estancias ricamente ornamentadas.

Era una tarde plomiza, fría, visible a través de los anublados cristales de la mansión, desde cuya terraza se podían contemplar, próximos a una vehemencia desagra-

dable, los seres que iban de excursión a la playa. Uno de ellos, apellidado Morissette, accedió a la terraza calculando con ojos vagamente exploratorios el tamaño de la casona. Dado que su intrusión era muy obvia, con mi mejor sonrisa le pregunté si deseaba algo, a lo que repuso: *estaba pensando en comprar este local para empezar a construir el balneario a su alrededor*. Mi sonrisa se heló de inmediato y, ya sin interés, le dije al tipo: *su pretensión es encomiable, pero siento comunicarle que el local, como lo llama usted, no está en venta*. Entonces (los labios sin esfuerzo) cerró en puño la mano izquierda y comentó, mirando hacia el firmamento: *está bien, pero le enviaré a mi asociado, el señor Abdelslam, que es hábil en eso de convencer a los renuentes*. Clara e irritante amenaza. *No me diga* —dije—. *Fíjese* —le mostré las manos—: *estoy temblando de miedo a causa de ese Abdelslam, mostrenco*.

Sonriente aún, y despreciativo, el sujeto se alejó de la terraza, mirando a ratos hacia arriba, con el puño hecho una furia. Cuando le conté lo sucedido a mi mujer, fingió creer en mis palabras. Hizo un esfuerzo enorme por creerme, sé que lo hizo de veras, pero la pobre nunca ha podido mentir correctamente.

Estábamos a punto de irnos a la cama cuando la puerta sonó. El toque era discreto y muy corto. Poseía la sequedad de esos perfumes helvéticos que recobran el aura de un bosque y la adjudican, sin vacilación, al empaque de un caballero educado con ascetismo. Al abrir topé con el dueño del toque, un árabe esmerado, de rostro fino, oloroso a *Ámbar*. Me observaba desde una arrogancia demasiado evidente, aunque en ese mirar había una especie de regocijo compartible, o que él deseaba compartir. *Usted dirá, señor*, comenté con indulgencia.

No tengo nada que decir, amigo, dijo. ¿Ni su nombre?, dije. Abdelslam, para servir a usted y su señora esposa, dijo. Qué sospechoso me parecía aquel individuo. Me comentan que usted va a convencerme de algo tan importante como la venta de esta casa, en la que he vivido desde mi nacimiento, hará ya unos treinta años, dije. Abdelslam dulcificó su sonrisa. El bigote se extendía, amoldado, más allá de las comisuras, como dos cuernos negros y malvados. Tengo, para usted, unas proposiciones irresistibles, dijo. Vaya, se nota que usted no sabe cuántas veces he pasado por esto; intentan comprarme con los ofrecimientos más disímiles y peregrinos, dije. Le haré una oferta que usted no podrá rechazar, dijo. Qué mafioso. ¿Por ejemplo?, dije. Una visita al sepulcro del Santo Varón, dijo. Hizo una mueca que significaba, más o menos: «veamos, ¿qué me dice usted ahora?» Reí por lo bajo y él se dio cuenta de que yo intentaba ganar tiempo u ocultar un desasosiego. Antes, cuando aún no me había destabaquizado, hubiera encendido un cigarrillo (Marlboro medium) para disimular el gesto por medio del humo. Le voy a preguntar a mi esposa si le interesa cambiar la casa por una visita al sepulcro del Santo Varón, dije. Ya me disponía a desaparecer cuando Abdelslam me retuvo por el brazo. La visita, que es gratis, más una suma muy hermosa, dijo. ¿Cuánto?, dije. Cincuenta mil, dijo. ¿De los reales o de los irreales?, dije. Por Alá, qué pregunta me hace usted, dijo. Déjeme saber qué opina mi esposa, dije exaltado.

Tú me esperabas en el dormitorio, debajo de aquella fotografía de Albert von Bülow. Te habías vestido como Paprika Johnson, tenías el perfil de una cabeza de Brancusi y empuñabas una botella de *Courvoisier*. En el sueño yo te había regalado un estuche de dieciséis

nebulizadores Kodak Pantone y, en verde fosforescente, tu sexo brillaba como aquel celenterio marciano que cayó en Estambul en 1508. *Al fin vienes*, dijiste. *Imagínate, ahí está el odioso de Abdelslam*, dije. *Despídelo*, dijiste. *Le prometí que te consultaría, tiene una oferta que hacernos*, dije. La botella resplandecía. Recuerdo que aún estaba cerrada. *Mi oferta es mejor*, dijiste con intemperancia y sensualidad de perdiz cuitada. *Vamos a malgastar sólo un par de minutos*, dije. *Despídelo ya*, dijiste. *Contestémosle al menos*, dije. Se hizo un silencio bronco.

A mi esposa no le interesa su oferta, señor, comenté con vacilación a mi regreso. Abdelslam me miró incrédulo, devastado. *Le propongo el doble*, dijo. Empecé a desesperarme. *Tengo hambre*, comentó a continuación, de improviso. *En la nevera hay bocadillos de pepino y atún blanco*, dije. *¿Y no tendrá, además, unas cervezas heladas?*, dijo. *Pero más bien hace frío, le convendría un brandy*, dije. Aun así insistió en beber cerveza.

Regresé al dormitorio. *No he podido hacerlo, querida*, dije refiriéndome a su deseo de que yo despidiera a Abdelslam. *¿Por qué?*, dijiste. *Porque ha elevado su cifra*, dije. *Sea lo que sea, ni pensarlo*, dijiste. *Nos ofrece cien mil y una excursión*, dije. *Aunque te ofrezca el oro del Rhin; ¿o es que no sabes que ese mentecato es un adulator engañabobos?*, dijiste. *Vaya, no me salgas ahora con que lo conoces*, dije. *Cualquier mujer sabe quién es*, dijiste. *No veo el motivo*, dije. Y entonces, sudoroso, desperté.

Es preciso que diga ahora algunas cosas acerca de una noche secreta en el salón donde canta, prodigándose tré-

mula, La Morocha. *Aquella* noche, la de mi actual revelación, me hallaba un poco pasado de tragos, pero con una lucidez diabólica. Los ayudantes iban subiendo las sillas luego de pulir las sacras caobas roneadas. Me había llamado la atención el redondel perfecto de la madera y su vejez conservada, una vejez que olía a monturas napoleónicas.

Los ayudantes subían las sillas y un frufú de telas acartonadas se oyó cerca de la barra. Miré a los cargadores y me convencí de que estaban sinceramente sordos a causa de los diversos alcoholes de la noche, o que disimulaban muy bien. Cuando acabaron su trabajo, me aproximé a la cafetera italianísima de la caja contadora—objeto de terminación brillante, acerada, impecable como un sillón de barbería inglés— y los sonidos se oyeron todavía más altos. Fue entonces cuando trepé y, casi cabeza abajo, pude registrar el reverso de la barra. La Morocha había dejado allí sus marionetas. Humedecidas de alguna forma, ya que se encontraban en el suelo asqueroso y frío, junto a los cubos de hielo caídos del *barman*, despedían sin embargo un olor inusual que resulta, a no dudarlo, de la mezcla del polvo de un ático de Salem con la canela que usaba en el *Euryanthe* Panchita Drake, la cocinera de un negrero gallego apellidado Fernández de Trava. Ese olor misterioso, tan lleno de palabras y de olvidos, de prestigios atentos a la *ficción*, fue lo primero que me impacientó antes de oír frases tremendas de un diálogo que no lo era menos. Feliz quien como Ulises lleva la memoria intacta.

La Morocha usa dos marionetas: Micomicona y Corsicurba. Naturalmente, estos nombres no aclaran nada en absoluto: son cervantinos y esotéricos. Ella lo mezcla todo durante sus *shows* eróticos.

Este es el diálogo:

—¿Me decías, Micomicona, que ella registró dentro de ti?

—Así mismo. Registró. Hurgó, más bien. Y con qué deleite, Corsicurba.

—Por la manera en que lo dices, parece que te gustó.

—No te olvides de que soy una princesa. El hecho de que me gustara o no su dedito malo, siempre vendría después de declararle yo mi condición.

—Así que el dedito...

—Y cantando constantemente, sin parar un segundo.

—Me imagino la escena. Y... dime... ¿te ocurrió algo?

—La bendición de los títeres, la vida, la conversión.

—Te ocurrió, claro. Se nota.

—Un orgasmo riquísimo, Corsicurba. Si supieras...

—Pero yo sé.

—No te ofendas, querida. Conozco tu experiencia.

Madame Oleína, la gobernanta, rió mucho cuando terminé de contarle el diálogo que yo había escuchado tras la barra. Cuando paró de reír, el rostro enrojecido como un tomate listo para la asadura, tosió brevemente y dijo: *pero usted no pretenderá que yo crea en la existencia de esas dos diablas*. Qué suspicaz y prevenida.

Los días pasaban, o más bien el tiempo sin días, y ya me resultaba difícil saber si esas débiles marcas de nuestro viaje a la nada se encontraban grabadas a cuchillo en mi corazón para ofrecerme un poco de alivio y de cordura, o si alguien las había escrito artificialmente con el ánimo de confundirme y causar en mí esa definitiva precipitación que suele llevar a la locura.

No hay duda: soy un hombre profundamente humillado.

No tengo otra salida que la de llenar estas páginas con una caligrafía temperamental y redondeada.

Ayer me visitó, con el pretexto de una nota que decía «entrega personal», el jovencito del *roofgarden*. Venía sudoroso, con la sombra de la barba oscureciéndole la cara y los ojos muy abiertos a causa de un esfuerzo cuyo origen yo no acababa de descubrir. Se detuvo de espaldas a la puerta, recto y serio como un milico obediente, y extendió su brazo izquierdo. En el extremo del brazo, prensada entre el índice y el pulgar, se hallaba la nota. Ya me inundaba el malestar de las interrupciones, ocupado como me solía hallar, sacando en limpio el contenido de mis papeles, pero cuando me levanté él subió la mirada casi hasta el arquitrabe, evitando así enredarse en malentendidos que no iban a conducir a parte alguna, pues todos en el hotel sabían (y él mismo el primero) que su mirada, llena de una inocencia bárbara, producía sensaciones bajo las cuales una mera inquietud podía convertirse en remolino de extravagancias, esas que, luego de cumplidas, ya no vale la pena demonizar.

Espero, muchacho, que hayas venido por algo realmente importante, dije. Me pareció que mi voz sonaba a cine negro, a un Bogart lleno de fermentos. *La señora le envía esta tarjeta*, dijo con un laconismo refunfuñón, pero marcial. Dentro del sobre había un óvalo de cartulina rosa. Se trataba de una invitación impresa en letras cursivas, pero unas cursivas *Shelley Allegro* y, para colmo, en dieciocho puntos. *Se nota que tienen dinero los muy cabrones*, dije para mí. El joven, sin embargo, alcanzó a oírme. *A manos llenas, señor*, dijo. Lo miré. Musculatura sumisa, dócil, manejable. Seguía con los ojos obstinadamente encaramados en la cornisa. «Es una fiesta», dije para mí. *La*

señora me invita a tocar el arpa, señaló él inopinadamente. *¿Por qué sudas tanto?*, le pregunté. Me daba igual si era el arpa o la corneta. *Han interrumpido el servicio eléctrico*, explicó. *Qué bárbaros, con lo que cuesta que los turistas accedan a hospedarse en un sitio como este*, dije. No me había dado cuenta del desperfecto. Era poco decente sudar de ese modo. *Y el elevador no funciona, por supuesto*, añadió. *Has venido por la escalera*, dije. *Por la escalera, y corriendo; la señora me recalcó que era urgente*, dijo. Me acordé de su delicadeza, de sus miedos. *Puedes quitarte la camisa*, dije. *Es impropio, señor*, dijo. En verdad era un Licenciado Vidriera. *Si me vuelves a decir señor, vas a ver de lo que soy capaz*, dije. Me miró a los ojos por primera vez, asombrado. Empezó a quitarse la camisa.

Sin embargo, por algún motivo, cuando se hubo quitado la pieza —usaba un uniforme de algodón hindú— siguió zafando cosas: la corbata *Balenciaga* de cenefas grises, el broche de los tirantes, el nudo marinero del bombacho, los cordones de los zapatos, las medias. Hasta que el bombacho descendió suave y el mensajero se quedó tan sólo con un breve traje de baño oliváceo, a rayas negras. *¿Le parece bien así, o quiere que también me lo quite?*, preguntó. Aquella interrogación me asustó agradablemente. Aunque su cuerpo era delgado, en el abdomen llevaba la inefable trazadura de unas fibras suaves, como un Caravaggio de los Martirios. *Como deseas, hace calor ahora*, dije. Tenía tremendo bulto, la cuestión medio zaraza. *Hace calor, señor*, dijo. *No me digas señor otra vez*, dije. Había olvidado cómo se llamaba. *Es que no puedo evitarlo*, dijo. *Está bien*, dije. *Me llamo Marco*, dijo. *Mi nombre no importa*, dije. Ese era mi sentido de la reciprocidad. *Marco Pérez Díaz*,

subrayó. *Así que tocas el arpa*, dije mirando sus tetillas atezadas y mórbidas.

La electricidad había sido restituida, pero no nos percatamos inmediatamente. Él sintió un tiro de aire frío y me lo dijo. Escuchamos el ronroneo débil, discreto, del acondicionador. *Bueno, ya tenemos restablecido el servicio*, dije. *Efectivamente, señor*, dijo. Qué impaciencia me causaba. *Dime una cosa, ¿por qué no puedes dejar de llamarme señor?*, le pregunté. *Porque usted es mi Señor y puede hacer conmigo lo que quiera*, susurró. Casi se ahoga al decir aquella frase turbia, opaca, húmeda.

En la llanura el sol violeta iba escondiéndose detrás del bosque, lejano y casi azul; Propter vio la sombra del Dragón sobre la bola semiextinguida y revisó el filo de su espada. Sabía que el Dragón no podía matarlo, pero sí robarle el alma. Entonces Propter decidió que era mejor acabar de una vez con aquella remota ambición y agitó la Numinosa, cortando el aire entenebrecido de la llanura y llamando al Dragón.

Siéntate, Marco, dije. Delante del acondicionador estaba mi butaca, la que yo usaba cuando veía mis videos pornográficos o la TV por cable. Marco se dejó caer en ella a lo Verlaine, como una brizna de hierba recién cortada. Al sentarse abrió las piernas —tenía huesos muy largos y vellos de copero tracio— y puso indiferentemente los brazos a lo largo del cuerpo. Me miró.

Propter, en medio de un fugaz desánimo, percibió el vuelo del Dragón en busca de la línea del horizonte, pero un instante después la sombra regresó a su andadura de asedio. El Dragón había visto el brillo de la Numinosa y olido a Propter, en quien reconocía a uno de sus hijos. El guerrero adoptó la postura de acometimiento y esperó, en guardia, la espada en alto.

Marco dijo *acérquese* y yo me acerqué, hipnotizado. *Tómeme ya, no puedo aguantar más*, dijo. *Qué extraño todo, Marco*, dije. *Mi Señor*, dijo y cerró los ojos dulcemente. Al descorrer el bañador vi, espantado, que no carecía de testículos y que el pene estaba muy bien, pero debajo de su raíz, al sur del tensado fundamento, junto a un arranque grueso y varonil, Marco exhibía un pan de higos como cualquier otro.

Torpes actos. El borde de su glande se trabó por un instante detrás de mis dientes. Yo no sabía cómo empezar a satisfacer a un hermafrodita.

Tengo vagina; si me la llena y después me sodomiza y me masturba, quedaré tranquilo, dijo con impaciencia. Mi erección parecía salida de un masaje con aceites aromáticos. E hice paso a paso (para no equivocarme) lo que me pedía.

Los días transcurrían, y la persona que me había dado dinero a cambio de mis servicios y que me había instalado, lejos de toda vacilación, en el hotel, continuaba ausente, sin telefonar siquiera para decir, digamos: *estoy a punto de volver*. O subrayar su superioridad financiera, acordarse de un falso axioma —las personas que tienen dinero son avaras— y sugerir al fin: *lárgate ya, aprovechado; no me esperes*.

Cierta noche de fiesta, en el *roofgarden*, La Morocha ofreció un show durante el cual accedió, ebria como estaba, a desnudarse.

Hay mujeres que, al mostrar su desnudez, hacen pensar en ciertas ideas de Platón sobre el amor.

Pero La Morocha no era originalmente una mujer y eso la hacía más interesante.

Se quedó sólo con los dediles blancos, tamborileando sobre una pandereta rusa. Después, cuando todos se hubieron marchado, me contó la increíble existencia desconocida de Marco, una historia que, en su momento de mayor intensidad, había transcurrido en una casona de aspecto churrigueresco, próxima a la playa, y habitada entonces por seres arcádicos, sin contornos fijos, casi *medievales* por su gratuita propensión al símbolo y sumergidos en su totalidad dentro del círculo vicioso de un claro objeto de deseo, un objeto que era *una mujer de veinte años* poseedora —aquí La Morocha emplea un tono muy pasmado— de *un ombligo hondo y peludo, apto para hacer, a causa de su rara profundidad, las cochinas más ricas que usted sea capaz de imaginar*.

Tengo que decir que me contó esa hilera de episodios galantes y extraños porque yo le confesé mi irresolución en cuanto a Marco (jades y basaltos y tigres: mi falo afinado entrando y saliendo de sus orificios). Me nos mal que mi situación era ciertamente única y me hallaba en condiciones de reciprocación.

He imitado el texto con la conveniente inexactitud, ya que quien habla o perora —la mujer de veinte años— lo hace con una desdichada pretensión que se acerca a la literatura.

Esta Morocha me cuenta los sucesos entre sorbo y sorbo de una copa de vodka con hielo y limón. Yo los reproduzco *desactivándolos y desviándolos hacia formas poemáticas y teatrales*. Quien habla es ella, la mujer apetecida. Nada que hacer con la autoconciencia del texto.

MARCO , FINAL DE UNA VIDA (antífona para el Rey de Cornualles)

Siempre hubo este clamor abrumado por las lluvias o la música de Marco, este ruido de voces que ayer eran tímidas y que ahora exigen toda mi desnudez, todos mis sueños, para entrar en su boca tensa, la boca que sopla su altivo discurso en mi cabeza. Allí se cuecen los signos ilícitos del crepúsculo.

Aunque dócil, Marco rige el destino de las presencias sin proponérselo; mi destino de pez ahogado por las insurrecciones del miedo, cuando el que oficia y cambia cada tarde, o nos despierta cada mañana, acude a las habitaciones y muerde mis hombros. Este clamor podría comprenderse mejor si yo lo hubiese querido así, gritar en mi aposento como si fuera cierto que la víspera estaba por llegar. Entonces acudirían todos a escuchar mi grito, mi profecía, y después, fijos los ojos en el espacio de esa música, atraer a Marco a mi alcoba exhausta, al coto de mi nueva esperanza; impedir que mi sospechosísima condición siguiera su ruta de hospedajes y metamorfosis.

Hay tantas servidumbres aquí, en este lugar de migraciones que el azar organiza. Pero qué hacer si las presencias van a codiciarme ahora, por extraña y perversa. Qué hacer si me apresto al sigilo y no logro apercibirme para cuando vengan a visitar mi cuerpo los irascibles y dulces emisarios, seres que espían el perfume que comunico a la atmósfera de la mansión. Todas las puertas pertenecen a Marco, pero él se desdibuja repartiéndose como el dolor de una vieja y principal

herida, o a semejanza de una hoguera asediada por almas cuyo frío no se apaga.

A veces duermo en lugares que no puedo describir. Siempre me hallan y me conducen ante él. Entonces castiga mi podredumbre, la perfidia de mis actos. Otras veces, cuando el clamor se yergue y parece que va a aplastarme, busco refugio en la biblioteca, convencida de que mis estigmas se borrarían si abandonara esa provincia inventada. Luego, cuando acceden a mi petición, comparezco en el umbral del jardín. Veo las caras del exterior, sorprendidas de encontrarme allí, a unos pasos del mar. Esbozo mi vuelta.

Marco dice, con esa voz que imita a un tragal en espontánea combustión: no es nada, no es nada. Entonces se repiten las imposturas y los emisarios abrevan. Agradecen esa comunión. Pienso que quizás ven la imagen de una perra santificada por súbitos e interminables chubascos de decencia. ¿Qué es ser decente?

Creo que las manos van a amortajarme sin asco ahora, pues el regreso, uno de tantos, acontece en un gran ruido, en una zozobrante fiesta de música que se engendra en la alianza de su corazón con el mío. De algún modo soy la cortesana que escapa de antiguas complicidades con las palabras. Una cortesana no debe retirar sus favores tan pronto, sobre todo si en los pórticos, los lechos, los murmullos, hay frases de invitación a la gracia y odas al silencio. Yo sé que después del amanecer y de los gritos he repetido esas frases que alargan el período de mi estancia, pero no quisiera huir a la soledad sin Marco.

Es preciso que sonría otra vez para mí solamente. Sus inútiles seducciones, lejos de tocar ese otro estado que él anhela para todos como un amoroso mentor, vie-

nen ahora a constituir un imposible, una cerrada densidad de gestos que perturban. ¿De dónde ha podido sacar esos sentimientos? ¿Qué motivo de goce encuentra en no esperar más que miserias sin recurso? Nada hay más real ni más terrible. No hace falta tener un espíritu muy elevado para comprenderlo. Esta es una naturaleza muerta, más bien una quieta vida que, sin alcanzar la congelación total, tampoco exhibe la suficiente movilidad para que pueda ser juzgada una forma de devenir.

No hay centro. Marco se encierra y distrae su ánimo en conversaciones que juzga sagradas. ¡Era tan distinto cuando, con paso singularmente firme, me llevaba de la mano al quimérico reino de la gruta! Entonces bastaban la linterna y la imperial hojarasca.

De repente, a lo lejos, un silencio adormecía los mil puñales del agua y las fábulas del alba entraban en la escena de la noche. Marco sobre mi cuerpo increado. Marco halagando las piruetas que se adormecían en la madrugada, a punto de respirar esa pobre fascinación. Era tan distinto, sí. Hoy envió al Arlequín. Entiendo que su rostro es el resultado de una tosca idea de la comicidad, y que su disfraz imita los rasgos que se advierten en quienes visitan a diario el mar. Vino sobrecargado de fosforescencias y blasfemias, tempranamente culpable. He visto en su cara los destellos de un encubramiento que él querría manifestar sin dificultades, pero me ceñí a mi trabajo y no le dejé hablar. Es de esos hombrecillos que se fatigan al menor esfuerzo, aunque siempre insiste en dominar la situación por medio de circunloquios ingeniosos.

Lucas hizo de las suyas junto a un hipocampo revoltoso bajo el cual se escondía Mateo. Cuando el disfraz cayó, los demás pudimos admirar la coloración, verda-

deramente inusitada, de su hinchadísimo pene, un tibio instrumento que ostentaba todos los matices del violeta empurpurado, y que me introdujo no me acuerdo dónde como si tal cosa.

Marthe apareció puntualmente después, como de costumbre, y le hizo salir de la estancia, burlándose de sus ineficacias y obligándole a reafirmar el bermellón de sus labios. Se enfrentó a mí y me comunicó que Marco le había rogado no lavarse, para que yo pudiera gozar a distancia el aroma de su irrepresentable acto, las moléculas de su música divididas por todos los buscadores y arrastradas hacia su propio anonadamiento.

Temo, a veces, despertar vieja un día a causa de tanta irreal evacuación de pensamientos. Fueron amasados por las horas de un fácil deliberar. Pero me alegro de que esa irrealidad se desmorone, en lo que a mí respecta, durante el descanso. Empezar otra vez resulta difícil. Mis acumulaciones se descargan y se borran. El nuevo enviado busca el solaz y se pierde entre convulsiones y dictámenes. En el fondo, sólo Marco domina la forma en que se robustecen sus experiencias, la materia a que dan origen cuando, por una variación repentina del clamor, las figuras logran ser golpes de silencio, pausas, contornos inflamados. Entonces nos sorprende una luz de intensidad anormal y Marco nos asegura a todos, sin interrumpir nuestras labores del momento, que la nuestra es una libertad oscura.

¿Qué hará, pues, sino barruntar el aspecto de las cosas? ¿Podré seguir esas andanzas?

He aquí un hermano del Cielo y del Infierno.

Ahora que me acuerdo: Cécile llegará en pocos segundos y tendré ocasión de escuchar su dulce voz, para luego expresar yo misma, a cambio de esas palabras

solemnes y cariñosas, la fatalidad del ritmo y del desorden en que Marco nos ha sumido.

Debajo de este fuego en equilibrio, cuya morosidad es extrañamente plástica, existe un conjunto de ademanes que intimidan y que llegan a abatirnos en tierra como a pájaros disueltos por una rústica y amistosa canción. Ademanes que se abandonan a la tentativa de contrarrestar los lugares vacíos y que se entronizan en ellos hasta obligarnos a un comportamiento aún más enloquecido. Marco lo sabe o ha debido imaginarlo, pero se niega a prestar atención a ese notorio desperfecto de su sistema. Su soberbia se delata en las prescripciones que hace cuando le requerimos, sin que él deje de entregarse a las oquedades de las arpas. A grandes trancos cruza la habitación que suele ocupar. Se acerca al cristal del ventanuco y escruta el vasto lodo azulenco del océano.

La interrogación, sí. La visible interrogación de aquel amargo semblante, dueño de las sentencias y de las alianzas, morador ubicuo de la mansión que el Arlequín ha dispuesto diligente.

Santuario que en el alba se apresta a satisfacer todas las codicias, cuando se disputan miembros y órganos blandos de mi cuerpo. Demonios. Demonios.

Abren las bocas hinchadas, los dientes van siendo sustituidos por otros que salen con una irregularidad obscena y complicada, los labios se cuarteán bajo una erosión purulenta, a veces hay sangre allí. Demonios. Demonios. Garras.

Qué hacer si Marco apaga las lámparas y toca mis manos. Qué hacer si se va a sus cámaras de ablución, taciturno en su lenguaje. Lavará sus partes, una a una, distinguiéndolas en sus jerarquías.

Voces-catafalcos allí pomposamente.

Él expele las redondas palabras sin sustancia. Así nos deja, en este légamo que descarga sus burbujas en forma de sueños atentos a la proximidad de la noche, sueños inexactos ahora, pero que más tarde serán fecundados por el humo de la soledad.

Marco en el ventanal viscosamente, suscitando la escritura muerta de cada designio, endureciendo nuestras imágenes. Al final, lo que era sólo suyo vino a ser como la reliquia de esta horda gárrula, la diadema común de la impudicia que nos gusta compartir.

Hoy he visto la relación mágica y atroz que hay entre sus enviados y el peligro, he visto la perspectiva vertiginosa por donde se pierde la verdad y se quiebran los encantamientos.

Demonios. Demonios.

—¿Y quién es usted?

—No tema. Soy un amigo.

—Ah, el escritor...

—En efecto.

—Pues entonces venga. Ellos lo esperan.

—Menos mal, creí que era tarde ya.

—Lo han estado esperando toda la mañana.

—En ese caso he llegado tarde.

—Vamos, no se preocupe. Ellos se divierten siempre. Usted lo sabe...

—Sí... y me obligan a hacer lo que no quiero.

—Bueno... mírelo desde cierto punto de vista y comprenderá que todos, absolutamente todos, hemos estado alguna vez bajo obligaciones parecidas.

—No intente consolarme, por favor.

—¡Avermaría, Jesucristo bendito! ¡Yo no estoy intentando nada! Yo sólo quería decirle que hay cosas que son inevitables.

—Como éstas, ¿verdad?

—Sí, como éstas.

—En fin, el mar...

—Sea práctico, use la imaginación. En ocasiones no viene mal un poquito de cinismo.

—No entiendo.

—Le explico: escúcheme bien: *ellos* lo esperan. Y no suelen hacerlo. Aprovechese de las circunstancias. Juegue con *ese* poder. Diga una cosa y haga otra, lo que le convenga más a usted.

—Pero... yo no podría hacer eso. Me costaría mucho esfuerzo.

—¿Fingir? ¿Tanto le cuesta fingir durante unos minutos preciosos para su vida misma? No le creo...

—Vea usted, amigo. Soy un escritor...

—Muy bien. ¿Y qué?

—Un escritor tiene una ética.

—Todos tenemos una ética.

—A estas alturas...

—A ver, siga...

—Mire, no sé si usted entenderá esto que le voy a decir, pero el asunto es que a estas alturas sólo me interesan las afinidades que yo pueda encontrar en los hombres libres.

—Oh, usted está perdido. Como todo un romántico. Qué pena.

Un clamor de blasfemia sopla en mi cara intimidándome y haciéndome dudar del camino que él nos ofreció. Esta

concurrancia de libertades carece de contradictores y me doy, efímera aunque alegremente, a la perpetración de las búsquedas en la casa. Recorro la mansión atisbando en los detalles. Ablando mi tristeza si le veo en compañía de alguien, atento a la música de las arpas.

De repente, a lo lejos, el silencio. Y Marco que se acerca desnudo. Cécile ha abierto con el pulgar y el índice el bosquecillo carmesí de sus labios mayores. Mano de pobre a recibir, mano de copa que se crispa.

Era tan distinto, sí. Grumos que hervían en mi boca o en mi ombligo. El cuenco que colma el Arlequín en su frenesí de argucias. Y Marco evaluando ese acto, procurando amansar el miedo y la violencia del hombrecillo falaz.

Siempre hubo ese clamor de voces lentas, lluvias muy finas y música de espectros, el clamor de la imagen que Marco desea fragmentar cuando nuestros sedosos sueños compartan la furia del paisaje anhelado por la escritura que ha de convertirlo en una cuarta e inimaginable Persona, después que el Espíritu Santo reduzca su círculo de fuego a un signo ilícito del vacío.

Pero esta es una divagación incierta y yo voy otra vez al encuentro de quien oficia y cambia, sin descanso, sus estancias por otras nuevas, combinaciones opuestas a una sola servidumbre, pues el azar organiza la ruta de los días y nadie ha preferido abandonar el sitio de esta esperanza. Sé que me codician e ignoro la razón. Quizás mis movimientos resultan atractivos y fáciles de imitar.

Qué hacer si me apresto al sigilo y hallo que en el silencio las cosas fluyen, no están fijas, se mezclan en una espesa lámina de colores que oscilan derrumbándose, como emisarios airados a causa del perfume exis-

tente en el aire de la casa. El acicalado Marco abre la puerta y empieza a desdibujarse. Adivino su vieja y principal herida. Consiste en aquella vez que intenté huir y no supe adónde. Recuerdo que resolví esconderme en lugares indescriptibles de la mansión, en espera de la noche y de la momentánea disolución de mis amantes. Pero lograron darme caza y me condujeron ante él, mi señor, calificativo que nadie se atreve a proferir, pero que es justo. Supongo que define al enjambre de su clamor. Nos dejaron a solas. Él dijo siéntate y ya no supe resistir sus sílabas. Palabras trucidadas. Encuentro cuya forma se avenía mal con su idea del amor, la alianza anómala de su corazón con el mío. Creí que sus manos iban entonces a amortajarme sin asco, ese asco que había surgido cuando dimos fin, entre tantos y tantos papeles, a la historia de Paprika, Abdelislam, Anna Livia y los otros. Después abrió su bata japonesa y me tomó con una extraña dulzura por el cuello. Abrí la boca.

(Lo creí así. Yo, la perra gastada por la decencia. El llanto de la incertidumbre como un chubasco.) Pero no. No me acogió de aquella manera imposible de recuperar ahora. Pensé en la espontánea combustión de un trigal. Y en el trigal un tamiz para mi devoción.

Porque lo esencial de la epopeya es un doble registro en el que los dioses representan la aventura del instinto.

No se olvida con facilidad un sufrimiento equívoco. Es la fiesta llena de zozobras. En el umbral había dicho siéntate y yo percibí mi humedad, la gota que le permitiría entrar sin obstáculos, aposentarse sin el riesgo de una expulsión hacia la periferia, lejos de mis entrañas. Cenizas, cenizas, cenizas. Resbaló y se detuvo en mis tobillos, todavía marcados por los dientes del Arlequín, y tomé su mano y le hice palpar aquel

reducto, el que guardaba lo real, lo que yo siempre debería perder. Él lo llamaba el espacio del pájaro, donde sucumben los signos.

Entonces hubo un murmullo que parecía una invitación a la gracia, pero que no era más que los pequeñísimos átomos de una oda al silencio. Y retiró la mano susurrando la frase impía que me hizo retroceder y anhelar la compañía de algún otro emisario. Sé que después del amanecer he repetido esa frase que alarga el período de mi estancia.

Había un extraño corcel que anunciaba la llegada de la luna, y tras sus arengas y razones marcharon al alcázar con las pupilas fijas en la luz rítmica del Faro de las Tormentas. En la distancia de los baluartes todo se volvía oscuro, menos los cascos del Caballo Vencedor. Alrededor de él, no muy lejos, una tonalidad púrpura ascendía y se confundía con las olas en la áspera profundidad de la caída. Este paisaje no sembraba dudas en ninguno de los dos.

Sé que después que amanezca repetiré la frase, sí. Pero no quisiera huir otra vez sin él, aunque sepa muy bien que ya transcurrió el esplendor del reino de la gruta, cuando bastaban la hojarasca y la linterna. Me refiero a una llama pasada, lejos en la mano de mi señor allá lejos, buscando el sitio en que el alma hace su trayectoria en pos de un centro.

Siempre sucede, Paprika, que buscarte acaba siendo un pretexto, una excusa por medio de la cual mis fugas adquieren realidad. Cuando empiezo a buscarte, y sabes que no es la primera vez, tengo ante mí un montón de recuerdos y soy capaz de conducirme ordenadamente. Pero después los recuerdos se me acaban y mi tendencia natural es la de inventar a Paprika Johnson. Por el amor de mi Dios, ¿dónde estarás metida ahora? (¡Y esta Morocha, que no para de hablar!)

Es preciso que sonría, que mi sonrisa me alimente, pues la seducción se torna inútil y no alcanzo a evocar el estado denso y suficiente que antes se producía tan sólo con un gesto obsceno. Pero qué es un gesto obsceno. Muchos movimientos se cruzan en ese mecanismo frágil, la pantomima que va a descoyuntarse en palabras razonables.

De repente, a lo lejos, el silencio. Y Marco, en la música, atisbando. Arpas que no le separaban de sus ejercicios. La saturación. Culpabilidad, regocijo, fosforescencias, esbozos. El juego de interrogar un misterio en el que había puñales de agua y adormecimientos súbitos. Eran la antesala de un despertar al escenario de la noche. En el mar un joven tan distinto. Ahora es el mentor de las quietudes disparejas, animadas por quienes hacen del halago un oficio mayor.

¿Qué temporal locura es esa?

Dialogan incesantes sobre cosas que parecen sagradas.

He vuelto a mi habitación con paso singularmente firme, a pesar del rechazo, del castigo. Ahora voy a ocu-

parme de Marthe y de Cécile, cuyos rostros son de una tosca comicidad. Nadiezshda cubre el suyo con un antifaz escarlata y mueve los dedos despacio, buscando en las sombras de la pared formas que una vela le regala. No me observan a mí, sino a la figura que nace de esa pobre fascinación que les ocasiono. Ignoro por qué. No soy particularmente bella. Se enfrentaron a mí y me dijeron que todavía estaban sucias, pues Marco les había prohibido lavarse. Hice una mueca sin significación e intenté despedirlas, pero se mantuvieron inmóviles, saboreando quizás las últimas moléculas de Marco, incendiadas ahora por mi renuncia. Hubo un instante de solemnidad. Luego nos sorprendieron una luz intensa y el clamor de la mansión.

Resuello que ha de abatirnos en tierra como a pájaros de una acuarela excesivamente delicada.

En el aire ha de flotar un inmenso papel traslúcido.

Más tarde, ya recuperadas, ocuparemos con resignación mi lecho escueto y empezaremos a ordenar —a calcular— el sonido de nuestra lascivia.

El renuevo de los cuerpos en la escritura es la totalidad de la escritura. Marcha de signos allí pomposamente. Un fragor bajo. Afuera se hallaba el océano plomizo, esperándonos en el otoño que yo había contribuido a inventar.

Hoy es la víspera y en el aire persiste el zigzag de las arpas. Son raros instrumentos. Arpas de hierro que se pulsan sólo una vez. ¿Evocaría él aquella experiencia del músico sin plectros, con los dedos ensangrentados?

El sonido me recuerda los golpes del agua en la oquedad de la poza al mediodía. Por las noches hay calma y acecho. Concluyen los preparativos de la trampa. Las medusas se aquietan en su duermevela.

Entonces la imagen que yo tenía de Marco era una suposición razonable, pues un joven como él (incierto y permisivo) no iba a confundir los hilos que más tarde desordenaría en un rapto así. Ya desapareció el pequeño paraíso. Ahora alguien rasguea las arpas. Se trata de un acto que nada significa. Es una vibración lastimera la que empieza a seducirme. Aquel fue un tiempo hermoso. Pero hoy es la víspera y no sé cuáles son mis sentimientos. No he tenido oportunidad de reflexionar. Carezco de sosiego y estoy sola con ese ruido que acaso pertenece al mar. Los líquidos frustran la necesidad de conjurar la representación de nuestra marcha hacia la podredumbre. Hay un lenguaje astuto que obliga a decir frases sobre cuerpos y contornos. Las identidades van a barajarse ahora, qué insólito. ¿Qué consecuencias tiene poner en práctica esa idea según la cual toda sensación muere en las palabras? ¿O es que se congela toda sensación allí pomposamente? Las cosas ocuparían otra vez su posición diurna. Cómo anular las palabras y los gestos, cómo llegar a la felicidad de los objetos. Se trata de una felicidad incomunicable. Los objetos conocen la totalidad de ellos mismos. ¿Será cierto que el único lenguaje real es el silencio de la naturaleza? Tal vez las arpas producen enunciados más ricos que las articulaciones de la boca. Viles minucias, sí. Una boca halaga mis órganos blandos y quiere probar que las palabras son inútiles. Una irradiación estática. Imaginar la zona intermedia. Construir un pasadizo claustral que nos

permitiera las andanzas por la línea divisoria. Entre las palabras y los cuerpos a veces no hay nada. O hay una altiva densidad de sentidos. Un chorro de sentidos que viajan adónde dispersándose. El ruido del agua golpea los bordes de la poza, o el sonido de las arpas en el aire de la casa. Un boceto aceptable.

Me he puesto al corriente de Dios, pero confío en el azar. Forma en la que se manifiesta su rotundidad, su fracaso, su desinterés. Ahora callan las arpas y el agua. ¿Qué clase de criaturas eran el Arlequín, Cécile, Marthe y Nadiezshda? Es importante forjar una hipótesis. Me pregunto si se dirigía a mí este Marco, o si el confuso laberinto de vivencias no había potenciado el trueque de mi identidad, obligándole a una posfiguración de la que se excluían los instantes anteriores al confinamiento. Pero voy a interrumpir aquí este penoso discurso. La puerta de mi estancia se ha abierto y me enfrenaré al Marco disuelto en ademanes y semblantes que no sirven para rescatarlo del torbellino. Aquella sombría agitación que lo posee y que se revela en el clamor de los corredores. Esta jornada será de perplejidad y de tristeza. Cómo evitar el abatimiento si lo que amamos se metamorfosea de pronto en un silencio duro y lejano, en una persona que se ausenta haciéndonos recorrer un itinerario en el que predominan ruidos inspiradores de una vaga repugnancia. Cómo prevenir la corrupción del espacio que ocupa la felicidad si, en los susurros de un paisaje paralizado por la insatisfacción de su propia belleza, nos convencemos de que el acontecer se despoja de nimiedades. Nuestra vida aquí dejó de ser lo que había sido para convertirse en una abominación. Los actos irrisorios y placenteros de la horda han tocado a su fin. Ahora Marco me pregunta si no escucho esa

música. Qué fatal desenlace. Me adelanto a recibirle como corresponde a una cortesana. Soy patética y grácil, lo dije ya. Me besa el rostro con cuidado. Dice eres la estatua, eres la estatua. Y le sacudí por los hombros hasta que cayó en el camastro, asombrado por mi furor. Después se volvió hacia el umbral y gritó: «¡coloquen las arpas de frente a la estatua!». Fue entonces cuando entonó aquellas desaprobaciones y nos reconocimos en la soldadesca de una estirpe salvaje, en seres de una fidelidad incorruptible. Nadie, ni siquiera yo, traspuso las puertas. Pero no merezco crédito alguno. Estoy hecha de signos carentes de verdad.

¿Adónde querría llegar la transpirante Morocha con su peroración y sus ficciones? Eso que, guitarreando como una loca, contaba de Marco, el deseado varón hermafrodita, ¿sería cierto? Pero ya aparece, ya entra en el círculo de luz azul; ya el pianista merodea, después de arreglarse la cola del frac, con sus frases introductorias, sus cotorreos elásticos y dulzones como melcocha tibia, y ella, sin dejar de mirarme, entona la verbosa continuación de su historia. Son, ahora, locuciones sometidas a las desmembraciones.

Ignoro por qué Marco no los ha depuesto, no los ha sometido.

*¿Adónde van los signos cuando entran en lo negro?
Es difícil renunciar a las galanterías que proporciona el ocio.*

He señalado que no merezco crédito. ¿Puede merecerlo alguien en quien es excesivamente sólida la espe-

ranza de estar reservada a otro fin, a una fragmentación abismal, a una especie de rotar en fuga? Marco prescribe que el sonido de las arpas ha de ser dócilmente incorporé. Tal es mi sangre. Me hace comprender que soy, aquí, no la presencia que se supedita a un propósito hermoso, sino cierto contorno transmutable en una máscara, la que entonces, cuando dice eres la estatua, se vuelve con pasiva desesperación hacia los limbos de la casa.

He pensado que son masas de colores y acaso constituyen una manera de favorecer la ilusión de bienestar. Así prosigue el discurso. Lo he dicho ya, creo. El Arlequín retoma esas palabras. Marthe se sumaba desde atrás, insuflada, gravitando. Nadiezhda zafa el antifaz con pudor, para recibir la música del otro rasgueo, el de las piedras. Cécile gobernaría el flujo de los acordes. Hasta que no existe más que una voz única y monótona, la mezcla saciada.

Granos de sésamo.

Granos de arroz.

Libres ya de aquello que los hacía distintos.

Esto es una impresión, sí.

Nada más efímero que una impresión. No me cansaré de repetirlo.

Y voy otra vez a su encuentro.

Gorjeo.

Descenso. Las piernas se agotan en la palabra piernas. O no, no se agotan. El vidrio en el agua se hace invisible. Me acomodo allí, conozco eso. Algo hay en eso. Pero las piernas escapan. Algún tiempo después renacen en mis hombros.

Un mutilado y mucho semen. Ríos de semen azul, cuando el Caballero de la Lira rompa las cuerdas y me posea como vicuña.

Su glande choca en mi garganta.

Hay dos aves dormidas. He de concentrarme un poco más, pues siento el aura fría e irrespirable de su disgusto.

Los brazos de Marco caen cercenados. Reptan y envuelven. Luego, cuando consumamos la fragmentación, alguien gritó que de los rotos torsos manaba un humillo en cascada.

La náusea es un buen recurso.

Hemos visto entrar (ahora que las arpas callan) la ráfaga del negro tiempo que ruge.

Que yo le explique a la gorda ahora mismo —ahora que se acerca a nuestra mesa y esgrime, triunfal, su champán versallesco— por qué debería elegir entre el fin del mundo como representación y el fin del mundo como proceso imperceptible, no quiere decir nada. Vamos a suponer que se lo digo, que estoy dándole razones y más razones. Nada ocurre. Entonces el camellero es solicitado por ella. *Qué quieres ahora*, le pregunta. Es obvio que la gorda no espera una actitud así. *No quiero nada, vete, gracias por haber venido*, dice ella. Él duda. Mira en dirección a la mesa de donde se había levantado. El grupo de hombres entre quienes él es una especie de Rey chifla, ríe, hace señas y lo envuelve en frases de reto y de sentencia. De pronto le pellizca una oreja a Doña Tocineta y se la retuerce. Doña Tocineta se queda sin aire, a causa del dolor. Yo estoy a punto de intervenir, no me gusta la violencia. Pero no lo hago. *Por si no entendiste*, le dice el árabe a la gorda, y alza majestuoso un dedo —el índice— sobre el que reluce un topacio engastado en plata del Cuzco.

Transcurrió el día de la víspera.

Rocas erráticas y homéricas conspiran.

Resulta gratificante escuchar eso.

Es hermoso ver que la casa está sola ahora.

Otra vez el mar en los trancos.

El grupo en el crepúsculo del atardecer.

Es efectivamente satisfactoria la imagen de esa arboleda empapada.

Evitaré las medusas si es posible.

Ignoro el lugar exacto donde se encuentra la poza.

Marco con su música. Habla su ríspida ordenanza.

No voy a decir mucho del último viaje. Dejaré en silencio los nombres de los cuerpos más discordantes y me aplicaré al relato de lo que aconteció con aquellos malvados espectros que quisieron impedirme volver.

Entono ahora mis maldiciones.

No pienso renunciar.

No deseo otra cosa.

Estoy convencida de que perdí su alma.

Modificaciones y encubrimientos allí pomposamente.

No es este el momento de despertar incredulidades.

Me excuso. La frase no es exacta. Quién sabe si merecía ser dicha sin ambigüedad. Qué peligrosa disyunción.

Por un costado entra un hombre que se difumina. Se sorprende y nos saluda con entusiasmo. Dice que somos muchos. Marco le explica y el hombre desaparece detrás de unas rocas de cartón. Después acude una anciana de rostro de perra ovejera. Viste una larga blusa de un azul neutro, casi plomizo. Me observa entristecida por el agobio de sus piernas enfermas. Deduzco que

sabe a qué vamos a dedicarnos ahora, cuando la marea suba y la noche nazca. Marco se aproxima a la vieja. Se miran. Se separan. La vieja vuelve su combada espalda al mar y salva la breve cuesta que da al terraplén junto a la casa. Entonces un pájaro traspasa el aire sobre el grupo y gira en un amplio círculo. Se aferra al borde del acantilado y guarda las alas. Allí se está quieto hasta el fin. Es húmedo y gris.

—Me dijo que el pájaro atacó a Cécile.

(Esta Morocha mentirosa.)

—No te creo, cómo va a ser.

—El propio Marco me lo contó. Parecía alucinado. Caminé unos pasos en derredor.

—Pero él, ¿no dices que se tiró al mar y murió?

—Oh, nadie ha dicho que haya muerto. Ya lo has visto, te hizo confesiones y te mostró su cuerpo.

Mi copa se estaba vaciando y ella, en el intervalo antes del próximo número, mandó que me sirvieran una jarra de vodka con hielo y zumo de naranjas. Ni siquiera preguntó si aquella mezcla me gustaba. Y la verdad es que sí me gustaba y se lo dije después.

—Pero el pájaro no pudo haberla atacado.

—Su sexo era muy bonito, según él. Un sexo dibujado.

—¿Hubo pelea? Las mujeres siempre pelean... y un hermafrodita ha de ser muy atractivo para un grupo de placer.

—Un poco de pelea. Pero sólo un poco.

—Entonces el pájaro...

—Atacó a Cécile. Se aferró a su sexo y devoró su vagina... todo. Se desangró, la pobrecita.

Marco se asoma al mar y alza los brazos como quien va a zambullirse. Sin prisa. Yo grito ¡espera! y los demás se vuelven airados. El Arlequín se ha permitido el placer de redoblar sus afeites con trazos oscuros. Para que, en poco tiempo, no se le vea el rostro deformado por el regocijo. Marthe trae un fulgurante cántaro de latón y se abraza a él, como si alguien la amenazara con arrebatárselo. Cécile hace gestos obscenos. Va buscando la forma de un decir sin decir, pues sabe que ahora toda impureza consiste en decir. «A veces el silencio es también impuro»; he aquí la frase que desconoce. Hablar de cuerpos y de trayectorias, por ejemplo. Nada. Hemos de disputarnos el último contorno de Marco. Pobre fascinación. Me dispongo a una lucha singularmente cruel. El grupo se retira, se escinde más bien, y los tres quedamos en una especie de hilo moribundo que castigan las olas sobre la línea de rocas.

Los tramoyistas agitan la pesada carpa desinflada. Es de color azul. Una voz ordena silencio. Marco dice «allí» y un círculo opaco aparece en los brillos del agua. Es la poza de quienes nos miran, sentados en lujosas sillas al filo del acantilado, a poca distancia del pájaro picoteador. De repente, a lo lejos, el silencio. Voy hacia Marco y Cécile se adelanta atónita y resuelta. Empezamos a desnudarnos con morosidad, complacidas, pues como algo accidental y superfluo nuestros dedos se detenían en zonas desprovistas, aparentemente, de la riqueza que Marco anhelaba en la mansión de ayer, y entonces el patetismo del combate desaparecía, sustituido por cierta solemnidad. Ya desnudas, escuchamos el clamor de las medusas. El Arlequín dijo «mátalas aho-

ra» y Marco, despreciativo, le hizo observar que hacía tiempo habían muerto.

Comprendí que aquel cuerpo, increado como el mío y junto al cual me habría gustado yacer hasta la podredumbre de mis huesos, iba a cumplir su ruta en la poza. Salté derribándolo. Cécile hizo lo mismo. Los tres nos fundimos en una sustancia falaz.

Se alzó temblando, haciendo sus molinetes allí pomposamente. El silencio a lo lejos. «Todo es impúdico», dijo Marco. La estupenda parábola y el salto. Bajó el escalón. Cinco naturales peldaños. E hizo la parábola. En otros lugares los brazos hoscos, cerrados y pálidos. Le vimos entrar. Una espada en el mar.

Pensó en hablarle a la mujer, calculó la magnitud de las que serían las últimas frases oídas por Paprika, pero decidió morderse la lengua.

Palpó sus bolsillos: los alambres estaban listos, llenos de una frialdad cerebral. Y comenzó la faena de atar los pies y las manos de Paprika, según sus propias indicaciones y de acuerdo con las fluctuaciones de su temor.

Aún creía que no creía.

—Tengo que estar muy chiflado para hacerte esto, Paprika —decía.

Ella lo miraba y sonreía dulcemente.

—Las personas a veces necesitamos morir y ya —le explicaba.

—Debería desatarte e irme.

—Eres bueno, estás ayudando a una loca que muy pronto se echará en el suelo para que tú le des la extremaunción...

Aunque envueltas en la risa, esas palabras eran bastante definitivas. Cuando terminó de atar a Paprika con los alambres se dio cuenta de que estaba excitándose

cada vez más. Ella se tocaba el ensombrecido nudo de su músculo. Abriase al pavor del falo vandálico y renegado. La poseyó prolongadamente, con una rusticidad lírica y repleta de chillidos, en medio de un amanecer algo lento.

Entonces ella le dijo (no se sabe bien si antes o después de su orgasmo, o del orgasmo de él) que se fijara en una caja plástica. Una caja diminuta encima de la poca hierba, junto a sus pertenencias.

Terminó de quitarse el pantalón y, con el pañuelo, se secó los restos de semen. Se preguntaba por qué ella jamás había consentido en enseñarle su raja sucia de babas, la que él querría lamer. También se preguntaba por qué lo había inducido a sodomizarla.

(Una erección sostenida y asaz resuelta.)

Bocabajo, el culo al aire, Paprika reía:

—Dame la caja, no la abras todavía. Y guárdate eso, que ya terminamos.

Era droga. Polvo de hongos chinos.

—Toma un poco, es una buena mezcla.

Dudaba. Los alambres de la atadura brillaban en la piel. Se guardó trabajosamente el miembro. Doblarlo (aplastarlo debajo del calzoncillo) le producía incomodidad y cierto dolor.

Probó una pizca de polvo. Le dio a ella.

—Vírate, Paprika.

Otra vez.

No se veía bien, noche de demonios píos, y la palpó en contra de la voluntad de ella. Se trataba de un orga(ni)smo irresoluto.

Palpaba desesperadamente.

—¿Eres una mutante, o qué?

Respiración anhelosa, fría.

Ya sabía él, ya lo había sospechado: aquellos bultos...

Un águila dorada pasó de pronto a un metro escaso del suelo y dejó de respirar.

—¿Viste eso, la viste? ¡Y dorada!

—El cielo se está poniendo rojo, rojo y malva...

Él nunca la había escuchado cantar. Más bien le parecía una mujer agriada, llena de ripostas.

Entonces sintió vértigos centrífugos. Pensó que caía de bruces y que antes resbalaba como una serpiente dormida sobre la piedra de los baluartes. Pero no cayó ni resbaló. A tientas, entre risas bobas y miradas a lo alto (ya todo se había glorificado con la presencia de tantas águilas doradas que pasaban), se aferró a las tibias nalgas de Paprika.

—Oh, estás llena de semen, mi semen... ¿no te has limpiado todavía, muñequita de pimienta?

Otra vez la risa. Paprika se balanceaba:

—Hazlo ya.

En eso apareció, figura inesperada, el Dios Cabeza de Chacal. Dijo tras una reverencia que olía a sándalo, no a sabandijas podridas:

—Bienvenidos.

Él (se conocían ya del territorio de los sueños) lo vio a pesar de la noche. Su glande apenas había entrado y el Dios reparó en la parálisis del enclavamiento.

—Tú eres yo y yo soy tú. Cierra los ojos y mírame. Estamos en la Glándula.

Se apartó dócilmente y cerró los ojos. Sentado junto a Paprika, la cabeza de ella no hacía más que buscarlo. Ella empezó a succionar y lamer con fuerza.

El Dios Cabeza de Chacal (Anubis El de la Báscula) abrió la garra y una esfera de ámbar resplandeció mo-

mentáneamente. Allí, sobre la garra caliente, la esfera empezó a derretirse y a soltar su efluvio anterior a la aparición de los hombres sobre la tierra. Frotó ambas garras (el olor era de una violencia lírica) sobre el ano de Paprika y penetró en el embebido recto con su monstruosa escobilla de pelos. Al hacerlo no podía evitar la fiereza del placer, y por eso había cerrado sus mandíbulas en torno a la nuca de la mujer, pero sin hierirla demasiado para no causarle la muerte.

Fue entonces cuando, desde la poca sangre, vieron a lo lejos la Gran Pirámide.

Todo era ámbar, ámbar y deseo, ámbar quemante. Las águilas doradas volvían a pasar.

Entonces me dije: así comenzará a disiparse mi juventud. Así, desde este punto, avanzaré increada, buscando el centro de la red. Unida al recuerdo. Términos insensatos que se esconden. Son los mismos que ya he utilizado, sin embargo. Hay huecos ahí, insatisfactoria representación. Pero Dios tiene una idea completa de lo que es. Voy a pedirle que me deje vivir mucho todavía. Soñar las palabras. Buscar el centro de la red. No me inquieta hallarlo en la vejez o en la muerte, esas alcobas que conocemos prematuramente en los sobresaltos del corazón y que me empeñaré en ocupar cuando pierda el miedo, sepa de las enfermedades del pensamiento y de los órganos, y experimente la disolución de mi belleza. Y me dije: voy a avanzar. Es bastante. ¿Será cierto que en el vacío disfrutará del consuelo de fortalecer la vanidad de mi sufrimiento? Creo haber anunciado que no carezco de buen gusto.

Ya termino. También me dije (pero esto ocurrió mucho más tarde) que era preciso descubrir el secreto de las medusas que coreaban en la orilla. Ese secreto es característico de otros misterios de género dispar. Voces oscuras. Me agobiarán luego, como la perenne claridad grisácea en los ojos de Marco. Son precisiones agobiantes, sí. Pero qué voy a hacer. Desde entonces las palabras, los objetos y los actos fueron reduciéndose a un leve centelleo traslúcido.

Todo provenía de la sombra, del sueño y de una voz como piélago de imágenes. Miraba un punto fijo en la pared blanca de la necrópolis, y empezó a jugar con las formas de las letras, las inscripciones, las fechas y los nombres en el metal desleído de los túmulos. Suponía cuál habría de ser la forma de la historia, y se dispuso a modelar las figuras de aquel barro invisible, hecho como de rocas plutónicas. Cerró los ojos y el barro se ofreció, con una sumisión elemental, a las manos que entonces también había forjado para sí. Y ahora ese todo de manos y ojos iba a reengendrarse sin contratiempos. Porque las puertas del Templo se hallaban abiertas. Glandularmente.

El borrador de ese ensayo de poética, escrito en soledad y desde el sabor de abatida blasfemia que dejan los recuerdos no vividos, poseía aún cierto encanto. Luego de pasarlo en limpio y darle mi versión a la atribulada y ávida Morocha (quien, a su vez, se la mostraría a Marco, para que éste se reconciliara con un pretérito tan elusivo y aceitado como palmario y seco), tiré lo pres-

cindible al cesto de los papeles del servicio sanitario, con la ya obvia intención de que Doña Sebo Roñoso, entre martinis y humo de *cannabis*, leyera su contenido bajo humillación y malos efluvios elementales. Eso fue un martes al mediodía. El miércoles por la noche, algo tarde para su insaciable curiosidad, se presentó en el *lobbybar* acompañada de la flaca reventadora de tortillas, su madre (la de la flaca) y el camellero marcopolino, que había acudido a regañadientes y se había vestido, a fin de despistar, con un carísimo juego *Benetton* de camisa, gafas iridiscentes y *short-pants*. Mamaba de un puro grueso —Cohiba Lancero— que asocié con un pudendo congestionado y destructivo (*a mandingo's violet bar*).

Venían a interrogarme, no cabía duda. Pero lo enfadoso de aquel empeño se atenuaba o desaparecía bajo las expresiones de admiración que ninguno de los cuatro podía dejar de mostrar. Se produjo, en consecuencia, un diálogo tenso, conceptista, laminado como por un cuchillo inteligente que no paraba de lasquearnos. Me acordé de ti, Paprika, cuando te acompañé a visitar la Comisión y, de frente al tribunal —médicos de catadura eclesiástica—, respondiste el cuestionario. Un año después ya hablaban de esquizofrenia.

No sé por qué insistes en que mamá nos acompañe precisamente hoy, dijo la flaca a la gorda. Se notaba su incomodidad. *Tu madre tiene clase, espiguita, y al señor le hará buena impresión, te lo aseguro*, explicó la gorda cariñosamente. Espiguita (menudo apodo) montó en una cólera divina y, arpada la voz, le preguntó a su compromiso cómo se atrevía a ser tan fresca delante de mí. Me contuve para no decirle una obscenidad. Qué hipócrita. Como si su mierda oliera a jazmines. Miré a

los ojos de la flaca y los encontré muy atractivos. *Esta señora* —mi pronunciación se había hecho mordaz— *la habrá puesto al corriente de todo; para algo lee mis cosas*, le solté a la pelirroja acordándome además de mi servidor de correo electrónico. *No se preocupe, ella terminará con esa fea costumbre*, contestó. Tuve la impresión de que no me entendía bien y que, al fin y al cabo, no podía sino defender a su amante. *¿Usted cree?*, le pregunté con risible inocencia. *Ese joven que habla contigo, hija, te mira con una grande passion*, comentó de pronto la vieja. *Por nuestro Dios, mamá, qué dices*, susurró la flaca. Creí ver una especie de rubor en ella. *Tiene la misma boca emporcada del difunto Florito*, declaró la vieja. La flaca no sabía dónde poner la mirada. *No se apene* —le dije—; *los ancianos son así, a veces*. Alzó la cara. *Usted está insinuando que mi madre desvaría y eso no se lo voy a admitir*, dijo. *Yo no insinúo nada, más bien afirmo*, sostuve en un tono algo más pronunciado. *Oye, espiguita, deja eso; este señor es el cuarto elemento*, anunció la gorda. La flaca abrió la boca y se le escapó un aliento delicioso. *Su boca huele a té con anís, a ámbar, a paraíso recobrado*, le dije entre veras y bur-las. Me arrepentí de aquella frase horrorosa, por la que seguramente el Dios en quien confío me castigará a su debido tiempo. La flaca sonrió. *Vea usted* —intervino la gorda—, *hasta hace muy poco esa boca estaba aquí*. Se tocaba el pubis con un gesto bien disimulado. De aspecto atónito (la cara redondeada por calores inhóspitos), el árabe arregló nerviosamente sus anillos. Uno de ellos nos regalaba la visión de una auténtica esmeralda. *Las manos de este señor son peligrosas*, le dije a la flaca olvidado de la alusión, algo complicada, a su aliento. Pero ella estaba realmente ofendida. *Mi madre es una*

de las personas más lúcidas que conozco, ¿sabía usted que ella lee a Milton sin dificultades?, dijo. *Ya lo creo; sé de mujeres muy lúcidas*, dije. Pensé en el *Paradise Regained*, que, a diferencia del *Paradise Lost*, es de lo más aburrido. *No sea socarrón; debería aprender a respetar a las damas*, dijo de pronto el camellero. *¿Qué, las va a defender usted?*, le pregunté sin el menor gesto. *Yo siempre defendiendo a las mujeres, no importa si tienen o no la razón*, insistió. La frase fue entonada con un afeminamiento exagerado, muy británico. *No obstante esa mullida explosión de plumas, sus dedos son peligrosos*, dije acercándome a la gorda. *¿Sus dedos?*, dudó. *Precisamente*, dije. *Es verdad, son peligrosísimos*, terció la flaca. *Y todo porque no se quita los dichosos anillos, ¿sabe usted?*, comentó distraídamente la vieja. *¡Eso es, no se los quita!*, dije. *Cada vez que me mete un dedo (cualquiera) en el culo, experimento sensaciones inenarrables*, susurró la gorda. Se había quedado prendida de los ojos de la pelirroja. Aquella mirada doble era como un torrente de lava atravesando un campo de girasoles. *Bueno, y hablando de todo un poco —intervino el árabe—, ¿y a qué se dedica el señor?* Pensé en hacerle un disparo de los míos: *«me dedico a solazarme con el coño de tu madre»*. Algo así. Pero sólo le dije: *soy escritor, invento situaciones*. A lo que él repuso, demostrando una inteligencia de la cual no lo creía poseedor: *ustedes alegran o ensombrecen la vida, son como pequeños dioses enfrascados en mostrar la rara complicación del mundo*. Quedé pasmado. *¿Lee usted mucho?*, le pregunté. *Algo, algo*, dijo riendo, con pena de adolescente. *En realidad lee muchísimo*, rectificó la gorda. *No sabe cuánto me alegro de que ame usted los libros*, dije arrobado, contemplando el brillo fervoroso de

su esmeralda. Él se dio cuenta. *Soy un exclusivista, detesto leer por acumular*, observó. *A estas alturas, yo también lo soy; sin embargo* —insistí, fascinado por la esmeralda—, *mi trabajo exige a veces conocimientos del hoy, del ahora mismo, y tales minucias sólo podría hallarlas en la dispersión de ciertas lecturas acumulativas*. El árabe me miraba casi con ternura. *Le creo, amigo*, comentó ensimismado, antes de añadir, en una especie de sobresalto: *leo continuamente a Homero, Borges, al Platón de los Diálogos, al ilustre Petronio, a Cervantes, a Rabelais y a Quevedo*. Su lista me pareció sensata, y clásica por añadidura. Se lo comuniqué. *¿Ves lo que te digo, escritor? Las apariencias engañan*, intervino Doña Sebo Roñoso. *Así que usted escribe*, pronunció la pelirroja con aire de vacilación, pero en un tono de suspicacia muy dañino. *Haz memoria, espiguita; tienes que acordarte de los papeles aquellos que yo te leía*, dijo la gorda. Un toque de vergüenza dominaba su expresión. *Papel couché berlinés, del mejor, ¿se acuerda?* —me dirigí a ella—; *me preocupan los límites de la realidad*, solté de improviso, hartado doctoral. Todos me lo agradecieron, pues la circunstancia del espionaje, con sus correspondientes fisgones, era una mácula irremovible, difícil de perdonar. *Ha dicho usted algo que, en mi opinión, constituye uno de los centros del pensamiento postmetafísico*, dijo la vieja. Su señalamiento no podía ser más perturbador ni más contrastante. En verdad nada tenía ella que ver con aquel tema. El camellero ilustrado se aproximó a la oreja más cercana de la gorda y le dijo (todos lo oímos): *dile a Marco que traiga la bebida, queridita*. A mí me pareció demasiado. Qué era eso de meter a un quinto en el pastelón, ¿estaría loco? *No me mire así, reprochándome algo de lo cual no soy respon-*

sable; él manda y yo ejecuto, rugió la gorda por lo bajo. *Ya sé —dije—, pero esto es un arreglo entre varios, no una decisión unipersonal.* Me irritaba y asustaba la idea de introducir a Marco. *Él tiene sus días medio tiránicos, y hoy parece que le ha dado por eso,* dijo la gorda. *De tiranías, democracias falsas y absolutismos estoy hasta aquí,* grité llevándome las manos a la cabeza. *Yo siempre doy paso a la vulneración de mi espíritu,* susurró la vieja enigmáticamente, lo cual era, de cierto modo, una noble variante del «relájate y goza» popular. La frase admitía determinados exámenes, y a continuación de ellos quedaría probada la índole obscena del alma de la viejita. *¡Ay, mamá, qué inteligente eres!*, gimoteó la pelirroja desde un exagerado semblante de placer, mientras acariciaba la cabeza de la anciana como quien valora una taza de té hecha en el Japón ocupado de la Segunda Guerra. Yo sentía ya un agobio mortal a causa de toda aquella gentuza parlanchina, con su hueste de cavilaciones idiotas, y comencé a deprimirme mientras mi ánimo se perdía en suposiciones sobre el ano como canal de parto de los varones amadamados en los Tiempos Oscuros. Y cuando iba a preguntarme, en mitad de aquel laberinto, cuál sería el aspecto de la criatura *concepta*, imaginándomela con su cabezotita triangulosa, los ojos uno azul y el otro amarillo, los pies con membranas, la gorda alzó su culo monumental y, zigzagueante, arrastró el cuerpo hacia el elevador en busca de Marco. Quedé a expensas de la vieja, la flaca y el árabe. Me miraban ávidos. *Sin embargo, yo sé que en usted hay tela por donde cortar,* masculló sonriente el camellero. Empleaba una confianza que yo no le había dado. Opté por permanecer en silencio. *No lo tome a mal, de todas maneras es usted quien elige sus encuentros,* dijo la pelirroja.

Tener ojos verdes y ser pelirroja —le dije mientras la miraba— *es una clara forma de elegir*. Abrió la boca y se concentró como quien va a articular una frase que necesita ser dicha con toda la exactitud del mundo. *No tienes que decir nada, ya tendré ocasión de probarte*, la atajé. *Mons veneris color de fuego*, advirtió la vieja. *Ya lo estaba suponiendo*, dije estremecido, sin mirarla. No podía dejar de pensar en ese preciso momento: mi boca comiéndose su pubis abierto, llorón y encendido de corales y rubíes modernistas. Ella, imperceptiblemente, movió su silla hacia la sombra del bargueño, que estaba pegado a la pared, y quedó junto a mí. Fue entonces cuando la vieja abrió su sombrilla, hecha de un encaje malva a ratos calado, no de papel de China, y pidió, en un italiano muy correcto, que le trajeran un servicio de café con crema de vainilla y tostadas de canela. *Pida también un té Irish Cream con un surtido de galletas de coco*, le dije. Me complació encantadísima, poco antes de susurrarme, en actitud de confesión, que leía a Proust todos los años y en francés.

Cuando Marco llegó con los licores un silbido de aprobación se escapó de la mesa que daba a la calle, a esa hora recorrida por atlantes de verga gruesa, alacranes azules, monas de bajo costo y paramencios con capotes. Una prostituta muy joven —quince años a lo sumo— asomó la cabeza liosa y enseñó su lengua a Marco. La escena era fuerte y, sin embargo, carecía de esa pujanza que llama nuestra atención cuando algo excepcional está a un tris de acaecer. Aun así Marco hurgó ralentizado detrás de la cintura y, con expresión de serena aquiescencia, caminó el intervalo de alfombra que lo separaba de ella.

Se hacía llamar La Pontificia y usaba una prótesis palatina. Dialogaron brevemente, como dos enamora-

dos que se despiden, antes de un largo viaje, en el crepúsculo —imaginémoslo— de un prado anglosajón o portugués, y entonces, luego de acariciarle sin recato la perinola a la joven, mientras recitaba tres *haikús* encadenados, extrajo con apresuramiento una navaja, metió parte de su mano derecha en la boca de la prostituta, agarró fuertemente su larguísima lengua, que manifestaba restos de semen y parecía (sólo parecía) un objeto hecho de pétalos, y, después de sacarla, cortó una generosa porción sin pestañear.

De inmediato comenzaron los gritos y la sangre. La Pontificia, sostenida a lo Fragonard por dos hombres llorosos y cuatro mujeres atónitas, cayó desmayada junto a un rimero de prótesis dentales de distintos colores y tamaños. Marco no tenía expresión en la cara. Lanzó al aire el pedazo de lengua, que se aplanó como un solomillo encima de la mesa, ante mí. Al camellero se le iban engrandeciendo los ojos. Abrió con lentitud las fauces, sin dejar de mirar el pacífico trozo de lengua, y un estremecimiento efímero le recorrió el cuerpo. Entonces se levantó y anunció que había tenido un orgasmo inevitable y necesitaba ser excusado unos minutos, pues debía lavar sus partes. Y era verdad, porque una mancha nevada y jabonosa empezaba a oscurecer la corpulencia de su entrepierna. No le quitábamos la vista de encima, y por ese motivo no pudimos reparar en la súbita desaparición de la lengua. Yo, sin embargo, me guardé muy bien de decirles que a ésta le habían crecido, por la zona del tajo, unas veloces paticas, muy parecidas a las de ciertos artrópodos de color negro humo. Alcancé a distinguir la última parte de la huida, cuando la lengua brincaba, de escalón en escalón, en busca de un indefinible destino en lo más encumbrado —la azotea— del hotel.

Cuando Marco llegó con los licores, del brazo de Doña Crasa Tripona, vimos que en la ordenada composición de la bandeja —cristal cameo oval, con el dibujo de un Beardsley *muy* guarro— había un frasco de orujo, otro de manzanilla y un tercero de crema de avellanas, todos acompañados por filas circulares de galleticas de miel y coco, puestas también en el platillo de mi taza de té saborizado (*Irish Cream*). *La verdad, y no sospechosa, es que el muchacho* —comentó el camellero mirando a Marco de reajo— *obliga al pecado irremediabilmente*. Marco no se movía de su sitio, con los ojos altos. Recordé su aventura con Cécile, el Arlequín y Nadiezshda, en la ignota mansión de las aguas. *Es una criatura especial*, dije. Me disgustaron aquellas preferencias alcohólicas, demasiado ibéricas. Un whisky maraqueado habría sido ideal. *Ya lo sé*, dijo el camellero. *¡Cómo! ¿Y lo sabe usted íntimamente?*, me atreví a preguntarle, bajando la voz. *Bah, no tiene idea de cuánto daría yo por meterlo en mi cama*, suspiró. Mi asombro se abolió luego de aquella ansiosa y displicente declaración. *Amigo Abdelslam* —me dirigí a él con palabras que subrayaban un trato absolutamente hipócrita—, *no se complique la vida*. Me quedé callado, esperando su reacción. *Y usted, ¿por qué me dice eso?*, preguntó molesto. *Se ve que le incomoda no estar en el secreto, amigo Abdelslam*, farfullé teatral, burlón y repetitivo. Su cara cambió al instante. Parecía muy dolido.

Después, a una hora muy griega de la madrugada, subimos todos a la cama redonda, bajo una gigantesca y amenazante reproducción de *Las Cuatro Estaciones*, de Man Ray.

Febrero, día oncenno, fiesta del vino nuevo.

Algo más tarde comencé a quedarme dormido. Ya todos habían usado mi cuerpo con una liberalidad colosal, fabulosa, immoderada, y, sin quitarme aún el disfraz de Simbad que la gobernanta me había regalado como prueba de nuestra reconciliación, soñé con un extraño paraíso donde se erguían monumentos y estatuas, bosquecillos y promisiones antiguas. Y dentro del sueño estabas tú, Paprika, yendo y viniendo tan ligera, tan descalza, por los caminos de aquella comarca silenciosa.

Por último, unos segundos antes de la precipitación definitiva, alguien me ató a una camilla de hospital y unos seres de neón hundieron dos agujas en mi piel. Por el brazo derecho se me inculaba un suero bermellón que me encabritaba el pudendo. Por el izquierdo entraba un líquido tal vez dorado, quién sabe si amargo, quizás tranquilizante.

Cuando deje de escribir, cuando deje de soñar buscándote y abandone mi condición de arácnido, cuando estos papeles se separen de mí y vuelen, muertos, por sobre la Ciudad llameante y en ruinas, por sobre la mar violeta, por sobre las nubes locas, me dedicaré a la trata de blancas pensando que quizás siempre anhelé ver, simplemente, los grises árboles del otoño. Pero un hombre vil no debe inmiscuirse en la poesía ni intentar hacerla pública. Un hombre vil se marcharía en busca de oro y diamantes. Y los caballos de Cromwell entrarían en las catedrales.

DURANDO

(salmos paganos)

Unidades de sentido pretendiendo contar una historia que carece de hechos, sin que ello sea un obstáculo para su *representación*. Lo que se dice observar las reglas de una escritura cuya *representatividad* se sostiene en su *irrepresentable* discurrir hacia meras sensaciones de significado, o nivel primario de un proceso de significación que se vuelve contra sí mismo.

Durando si es el eco en el estanque un invisible rayo. El pájaro cantaba moviéndose sin prisa sobre las hojas muertas. Contornos allí, si es una humilde respiración en la ceniza. Durando la calma, el aire enfermo, la luz del silencio en el fondo sin destino.

Soplan después cuando las plagas. Desección del sentido, ¿aferrará, crispará? Música que se mueve perdurando allí. Se desliza o se resbala en el polvo del estanque, cantaría dilatándose antes y después. Nieve sin prisa sobre la reja ahora. Lúcida piedad.

Durando si es de lodo refractario, rústicos y solemnes los del fondo sin destino. El pájaro cantaba, moviéndose a picotazos en el estiércol. Criaturas de ceniza lavadas por la nieve. Tras el sol la bruma y todos van hacia lo oscuro. Soplos marchitos, respiración durando entonces.

Antes y después la caída de las hojas, el sudor abajo, la espera. A veces en los contornos la ceniza, los lamentos, es el frío. Sube de los pies a las rodillas, gorjeos imprecisos, es el frío. Esquema complejo, moribundos que no cesan. La asfixia si es un eco en el estanque.

Aire marchito y callado, musgo genuino allí. Huesos en la hojarasca que se lava si es un eco de la nieve. ¿Goteará, cernirá? Durando si un invisible rayo, si respiran todavía, es la renunciación. Los del fondo se agitan, contornos allí, el frío cede. Es un espacio del canto, el lodo en el estiércol.

Antes y después el vagido inusual, es la protesta de la nada, acaban de infligirle la existencia. A lo lejos el eco, un enterrador cavando tumbas. Largos deslizamientos si la paz, es la paz. De los cuerpos, documentos de ceniza, el pájaro cantaba. Catástrofe de la nieve que se filtra y escuece.

Durando ellos, la reja, es el estanque final. Pues todo está ahí, perdurando, es eso, ver los signos. Todo está

ahí para comprenderlo, y por encima de todo es eso, ver, comprender. Durando el sudor en las hojas, caverna ciega, oquedad del sueño. Desecación del significado, llega el día en que las sombras pesan.

Vaga imagen de un contorno vago, cuerpo central, uno de ellos. ¿Crispará, aferrará? Es el aire marchito si se alza y disemina. Fondo baldío y sin destino, ruta de cieno si el silencio, un roce, un latir. Picoteando el comedero vaga imagen. La urraca golpeando el tragaluz.

Perdurando los territorios predilectos, desnudos así, una reja y la nieve, el sonido de la pala en la hojarasca. Pues buscar la paz en la forma de su origen, más allá de los cuerpos desnudos, como debió de estar Dios cuando dijo sea la luz, hágase la forma de las formas.

Antes y después del mediodía, es el frío, saben de lo negro cuando el roce acaba. Ciego estanque si la reja o la nieve, de rodillas ahí, no se tocan. Murmullo seco arriba, esa piedra que vuela, cierta vibración lastimera. Desde abajo quienes ven no se tocan. Es un sudor helado.

Modos de cambiar posturas adversas, anuncian el hambre, el trueno se desplaza. Alguna vez fue azul el estanque. Polvo de granizo ahora, tarda en derretirse, penetra, sobrevive en el lecho de algas. Vivas están si el calor. Restos de agua. Caen si la reja vibra. En el lodo refractario las esporas.

Sigue sin oírse, es la pala si los golpes. Envejecer se envejece en todas partes. Obstinados como siempre un escondite reservado a la lluvia. En forma de leves explosiones húmedas. Tregua aquí si el cedazo no vibra, si los mendrugos caen. Hay quien raspa el revestimiento de musgo. Uñas si no duelen.

Durando, pues, un eco dos gorjeos, si aquel invierno sin prisa. No es más que el principio, qué dejar a la humilde respiración en la ceniza. Perdurando así, cuando las plagas, sacudirían las cabezas, gestos que van a perdurar.

Antes y después el aire marchito, lucidez del silencio en el fondo sin destino. Otros huéspedes molestos, impávidos allí. Contornos en las hojas muertas resbalando. ¿Polvo aferrarán, crisparán? Un instante de sol o el pájaro cantaba. Viento ahora. La erosión es un proceso dilatado.

Negro tiempo que ruga a no ser que ya no esté. Y sentados mirando al frente se trata de ver, otros que aguardan el rayo en el estiércol si es el crepúsculo. Cuerpos centrales cuán felices de verse y olerse si aquella voz no ordena otra cosa. Si entonces cuando empieza el cieno a secarse, vaga estación.

Perdurando si vibra es una fuerza. Como grava cayendo así. Pues las piedras no cesan, es el enterrador cavando tumbas. Esquema complejo, moribundos si pro-

sigue la ira, otro eco. Van todos a lo oscuro cuán felices. Se despiden, gorjeos imprecisos. Susurros que se pierden a lo lejos si la calma dura.

Antes y después criaturas de cenizas lavadas por el aire caliente de ese único sector. Es el espacio del pájaro cantando si no hay ruidos. Alguien raspa el musgo y lo mastica. Picoteaba la urraca el comedero. Lucidez del silencio en el fondo sin destino.

Durando la misma previsión, aguas amargas del comienzo si el hastío, golpes o suturas en los brazos sin otoños. Tenso espacio de una sangre que se imita. Más allá, de repente, a lo lejos. El silencio. Hablan de ese espacio como de una intensidad.

Acaso una alberca taraceada es una frase provisoria. Dieciséis compases de la pala sobre el nicho sin revocar. O uno dos tres se completaba. Causa de que así por lo bajo fielmente. Faltaría la ventisca con sus agujeros, donde Dios escupe la noche, la vomita.

Forma de durar esta de los cuerpos arrumbados o extensibles en torno a las losas del cuadrilátero. Se dice el lenguaje es la niebla. Dudan de todo cuanto acaece en las inmediaciones un fragor. Insisten en las redes de cáñamo: el de oh oh, el de ah ah. Cifras aquellas de un semblante apaciguado.

Se roza la vendimia en el sueño, se susurra así, no es reproducible. Cabe escucharlo ahora cuando caen los mendrugos. Gas circular vagando en los ángulos. Una protuberancia se separa del resto aunque un conjunto. La urraca ululando frente a los vidrios del granero.

Durando el privilegio del mirlo en el centeno. Es una oración por los túmulos de la noche. Un ojo blanco sobrevive allí en los residuos. Es el cieno si reencarna en el cuerpo del castigo. O el barrizal tragándose los pies, sólo los pies.

Acaso reptar si se ofrece la ocasión de hacerlo en pos del muro paralelo. Alguien gime, las anillas, el agua fluye. Hervor de un territorio escueto y resplandeciente. *Ploc* y *grum* o *fif fif* si los golpes. Vaga estación de melancolía. Pero risas, risas.

Sonido largo de pasos en el barro, es el turbión, la hierba ha muerto ya. Aspas de metal bruñido es una imagen, el corcel de humo. Desecación del sentido: aferrará, crispará. Sin piedad las grietas, aire remoto, el calor les hace dormir. *Zap* se pegan, *zap* se despegan. Casi sangre.

Tiernos bichos larvales reptando en torno a los poros sin lodo, sumiéndose en ellos, cavernas construyendo, largos pasadizos en la piel de los cismáticos, horadando antesalas y laberintos, para después ascendiendo romper, espiras subiendo así, oh tiernos bichos

larvales, humillantes gozosos, ascender y abrir los cráteres, pústulas rosadas allí.

Forma de durar girando, los filos hacen lo suyo. La mano desmesurada que empuja las aspas cortan, cortan. Inmersión en el lodo. No se olvida con facilidad una circunstancia eterna. Picoteaba vertical las testas duras. Quiénes se oponían al lodo, en el lodo, acaso otra voz en ese firmamento de gris.

Del fondo sin destino hacia la reja, *zas*, un torso bellísimo viajaba. Nueva luz en la carne si un poniente. El véspero tañía no es lo usual. Luego una quietud o el canto del ave en el borde. Máscaras de hielo sobre, gritos o palmadas desde. Comen eso que hay allí, algo que hay allí.

Un enterrador desnudo esgrimiendo el rastrillo, molinetes. Raspa la película de musgo, en las esquinas no hay luz entonces. Un enterrador desnudo, vientos acuden a empalarlo. Es el dolor si un ruido de cartílagos. Hacen falta encías para morder, cuerpos lo bendicen largamente.

Durando así, todo duelo es inmenso, el ojo blanco y taciturno. Sequedad ahora en el cuadrilátero. Cómo entender que la luz es la sombra de Dios antes y después, si un otoño reblandece los músculos. Opacidad al fondo, en el fondo son las olas pequeñas, un regalo para quién.

Durando la pena que reptas, a rastras un buzo ojos como piedras. Cuando quizás en el estanque, franja de agua sobre honduras de barro. Se bebe o se mastica o se fornicas, azares en el transcurso, no hay diferencias. Unos en otros los cuerpos.

Antes y después el centauro que entra en la novicia pascual. Es el sueño envilecido por la música del enterrador desnudo y danzante. Quejas en la multitud desplazamientos. Aguas abiertas en canal un bautismo sin fe. La urraca graznaba en los bordes.

Desecación del sentido en la frase percepción temible del ser. Acaso el abismo o la nieve reservada a la garganta, pero los trancos, encorvados así, una vuelta trabajosa. Calor ahora, acaso un incendio forestal cercano alrededor del estanque. Se saben extrañamente libres y dueños de la noche. Bastaría subir.

Negros sudarios de improvisado en el aire. Ondas de aire quieto y enfermo. Un envoltorio para el sueño húmedo, costra de lujo, cuán circunspectos los del goce interminable. Sonido de la pala golpeando las tuercas de un ataúd. Es el aviso de las aspas sobre el lodo primordial.

Durando el estrago de la única nobleza, el mármol que se turba si el pájaro cantase. Visiones petrificadas, todos acuden allí. Perdura no se sabe, perdura la catástrofe. Bastaría subir y asomarse, pero el ojo en el objeto, percepción de entonces el blasón o el rubor.

Antes y después la sustancia que componen las cosas, pero la ilusión está en: una vez descubiertos los números y sus relaciones, se van a presentar sí. Punto original o dos la línea, o tres un plano de tantos, o cuatro el sólido objeto. Argumentaciones de Zenón contra el espacio vacío.

Acaso el *veni creator*, pero el lodo que se espesa, es el frío otra vez cuando el granizo. Oleadas de quienes no van a ausentarse jamás, pues la reja. Apenas bolsas de materia comida se mueven en pos del sol o de la luna. Todavía son estaciones cortadas por el día y la noche.

Racimos de briznas altas en los bordes, después el enlosado, después las canicas ornamentales, después los pernos de un lado de la reja, tal es como se llega al estanque, un aroma de retozos graves allí, la sangre es la falta de luz allí. Enterrador desnudo que avanza esgrimiéndose audaz.

Durando entonces el silencio, parada inmóvil ojos también. Es la sorpresa si la urraca, no transita, el pájaro cantaba. Pues los trancos en el fondo sin destino hacia la capa de musgo. Raspar y lanzar, este es el prójimo abatido. Las manos hurgando así, chorros lentos así sobre los otros.

Blancas manchas que se expanden, rostros salpicados desde arriba. Uno o dos intentando si por dentro de manera que tal vez una vez. Sonidos en la reja, escapan

hacia abajo, es la lluvia si regresa. La silueta un contorno el manadero: chorros lentos todavía. Golpes de la pala llamando sigilosa.

Antes y después la unión, borrar el pretérito, cuando el lodo fluía libremente desde el cielo hasta la tierra. Antes y después la figura del estanque en las pupilas de Dios, su sueño humano, es lo común si todo acaba, esos detalles de circunstancias. Pasos que se alejan no se sabe. El castrador blande la cuchilla.

Durando el fiasco del cálculo, 40 000 kilómetros de cielo pálido, vísceras maceradas, el mortero de Dios desde siempre si un invierno, avanza enmascarado así por los caminos de esta oblonga superficie, gran objeto se diría, cuál es la frase, una columna de nubes se retarda mientras dure el cuerpo.

Acaso errores de apreciación un tejido de sangre, pues la luna. Chispas leves van y vienen del borde al centro. Se busca un roce menos efímero que el otro, pues los golpes el ruido. Tuercas a lo lejos, de repente el silencio, es el frío. Contorno desnudo que regresa por donde hubo hierba.

Antes y después, estos son los salmos, la entrega de su voz traslúcida en el viaje de bodas: cielo o infierno entonces si cualquier primavera, pues vendrían. Se dice por donde creció la floresta, las sombras vivas de una vegetación sin destino posible.

Los del fondo otra vez durmientes, otra vez parecidos al túnel del fin, en el extremo sin luz, es el vacío. Pasos removiendo el polvo antiguo, enorme peso específico si se filtran los líquidos de la multitud, es aquello que resta, una esencia invertida. Carece de olor reconocible.

Pues llega entonces o cae es un bólido como un trozo de hielo cósmico, cuán menesteroso. Alza susurrando (eran brazos), se mueve (es la ira plateada, un fulgor si conmina) o no se mueve, así pomposamente, manera de apropiarse del estanque, hierve más, pero cuándo.

Acaso manos si el frío, no se elevan allá, trampas de quien digiere completamente, sin expulsar, creciendo y para decrecer, fornicando lo suyo, cierta implicación demorada. Es el calor si los barrotos se unen o expelen ese humo de cuerpos, bastaría trepar, son rojizos o negros, acabarán por no hacerlo.

Durando la primavera, complejas funciones del estanque popular. Es la sonrisa si una temperatura a medias, arbustos tumefactos y discretos a veces, pues el tiesto, amplio tiesto de losas en cruz, hexágonos en cruz de color rosa oscuro, pátina verdor muellemente así, resbaladiza compañía si descansan.

Pues cuerpos arbustos si se observa con claridad, en el aire transparente, helado a ratos, una masa vomitada, la bondad. Siempre aunque por lo bajo todavía. Un temblor. Después se oyen los plañideros en su busca. A lo lejos responden la pala, la urraca, tornillos, chispas en el cráter rectilíneo. Graznido largo con toques *ploc ploc*.

Antes y después la seguridad de que ningún sitio queda sin ocupar. Se dirá es el espacio abstracto, y nada tan incierto, pues allí se es, allí se pervive durando todo el espacio, los corpúsculos atareados en la viveza que se extiende.

Acaso los del fondo, dos planos convergentes, punto de mayor profundidad donde los grumos y el cieno. Forma de embudo y después al ángulo obtuso, imposible de imaginar representar. Cuerpos resbalando poco a poco es un decir, pues el vértigo, roce similar, *zip*, análogo: el pájaro cantaba.

Una dinastía de moscas curiosas y hambrientas. El enterrador sopla y escapan hacia los territorios del sur, pues el frío, la saliva impoluta de quien vive abajo perdurando si el otoño. Superficies inalterables de polvo gris después de. A un costado sonrío el de la pala. Discreto goce.

Suaves y bruscas pendientes en el cuadrilátero, provisoria morfología mientras su tamaño cambie de estación en estación. Sorpresas allí, lodo a la altura de las narices y se empinan hacia la reja, lodo a la altura de los pechos y las aspas girando: inmersión provechosa. En la profundidad se pudren los huesos más nuevos.

Cómo sería la nieve, perro negruzco un asado conveniente, sobre la reja el sol que azota si un clamor, la

urraca cantaría. Huella sin huella, la huella de la huella más abajo en el abismo, pues la superficie, erosión desde entonces por allí, uñas que raspan es el musgo agri-dulce, bendición.

Gravedad de los enfermos, ánimos volcados dislocados, gravedad de la piel y los huesos, se conjura la peste mentalmente allí, se piensa venga la peste y aparece de pronto en su modalidad de sudario abstracto sobre Job, el espíritu del venerable en sus adoraciones y blasfemias.

Antes y después esa voz como la voz, murmurando si se pierde la humedad, territorios predilectos de la pala uno dos tres miles de círculos de polvo, pues nubecillas columnas en las tierras del éxodo, la conversación del trueno si desciende en busca de sus súbditos.

Puntos y puntos en la piel, el dibujo de los puntos como el paisaje erosionado por las úlceras graves del menesteroso. Lengua sabia adornando la ira del que desespera en la luz.

Gritos es un sufrimiento eterno, luz a raudales tres ángulos, aunque orificios no transitan. Silencio, voces de silencio así en un objeto así, estanque sin tiempo, las líneas si una mano desde arriba: sea la forma de las formas, la hornacina reservada a los cuerpos.

Cómo sería el cristal del granizo si el caleidoscopio en el aire muerto, una estancia varada sobre cuerdas de

luna. El aire viajaba por la tierra del polvo suavemente. Texto sin texto su escritura redonda, azar sin palabras sin. Estatutos del pecado si la hierba creciera.

Ruidos quizás el siseo de las alas en el ventanuco, un granero de sueño picoteando es la sustancia, una frase. Acuden los toques al metal de las tumbas *clic clic*. Luego soplar unas sílabas desecación de sentidos, pues las aspas si un girar girar los filos otra vez cercenarían.

Otra inmersión, muchas distintas, pues el lodo del fondo sin destino. Salpicaduras a quienes cubren las paredes del recinto, bastaría un esfuerzo y subir a lo gris, halar lo gris y saber. Planicies tres puntos un plano cuál redondez si se despliega. Cielo también, el humo en el humo.

Condenación del abismo impregnado de sudor si no es el llanto, pues las plagas. Bárbaro signo, pues la luna, adentro vaciaría, un palor duradero. Gran feria allí o los estómagos crispados. Imagen del trigo y los pasos del enterrador, vaga transparencia. Eso marcha en el rostro, devorar algo que hay allí.

Son setenta y dos millones de años tal vez con respecto al presente si es un hoy, imposible saberlo. Entonces apareció la alberca tarareada para ellos, los del fondo sin destino. Lugar común del principio y del fin puede medirse, he aquí el espacio nunca vacío.

Durando el último refugio si es la noche templada, pues la nieve desbordando. En los frisos las partes del relato, signos bárbaros hacia afuera. Se escucha ahora un oh generoso en el embudo. Huesos disueltos es verdad, huesos blandos. Se mastica con fruición innombrable.

Se barruntará la respuesta, se esperará un proceso de pensamientos que acumule todos los reparos posibles para, finalmente, con mayor o menor prudencia, desembocar en el *sin* y afirmar lo que retóricamente se puso en duda, desenlace apoloético si cuenta con anticipos congruentes.

Soplan antes y después de la música, tallos pilosos en el muro y flores si es la carne. Lamento pastoral allí uno dos tres, tórrido sol al frente va a abrirse. Es el dueño imagen si se duerme en los estratos más secos, pues la nieve baja, son residuos del fondo atribulado, ¿crispará, aferrará?

Acaso ser es un acto interno y en círculos no se sabe. Todos los esclavos se parecen desnudos si el frío o la vendimia. Son los ojos y las cejas como trazos de hollín y la boca que procura su humedad constantemente a la vista del granero. Alvéolos en el cieno. Adentro se cuece el vacío que incendia su lenguaje.

Desdén de las manos si el silencio, se aproximan ahora, restos de un fragor arcaico. Antes y después en la luz si un cadáver de la luz. Boca oscura un sonido es la

confesión en el crepúsculo. Manos oscuras de ambos sólo las manos. Roce, átomos contables, un sudor *allegro*. Humedad si el silencio, hay silencio.

Durando, pues el día hacia la noche un sector mínima luz. Ángulo escueto si los otros duermen, es el frío. Vestigios allí, penas inciertas. Manos y torsos o el abrazo si un afecto oscilatorio. Es la refracción en el aire macizo que se asienta. Toque real, hacia lo mismo el ave tumefacta, nube de balcones irisados. Brotaría.

Micas disueltas en pequeños lagos una fase, oro una imagen son los cuerpos. Desnudez perceptible si despiertan. Voz de un lenguaje circular en cuál silencio, lenguas que articulan no profieren sino muerden. Bocas oscuras empapadas si la lluvia un conjuro, si un roce delicado en el barro, en los cuerpos aguardando definir.

Acaso un soñar sombrío, la figura de Dios como el cíclope de Odilon Redon. Cuerpo dormido abajo si la pala enmudece. Es infinitamente pequeña la alberca si lo otro una superficie extensible, polvo de antes y después, inerte aunque un viento el pájaro cantaba. A veces arrecia su soplo en forma de tormenta. Nada ocurre.

Descubren así el incendio si las nubes, a lo lejos un segmento de sol horizontal, la puesta allí pomposamente. Se asombran, cabezas rapadas y exhaustas en el borde, imagen de la hierba si creciera. Polvo otra vez, no se

remueve. Humedad que permite resbalar. Se busca el centro, el agujero.

De nuevo se perciben, es mutuo, roce sosegado allí en las esquinas. En tránsito los ojos el fragor arcaico. Procuran delante al unísono desde abajo una mitad. No les concierne el crepúsculo si las manos palimpsestos. Se diría una oquedad sellada la estancia diminuta, pero espían. Aproximación leve ahora, ya no hay luz. Bocas es el ave si cantara. Juntas así, de esa manera tragando.

Durando los rodeos si la música un espacio tangible. Formas de decir sin decir aún la ternura. Textos en el aire si la búsqueda, es buscar y decir a b c. Reinicio de un diálogo espectral, pero el ave. Noches de sueño inquieto una vez o mil, bocas apretadas si los cuerpos, la opacidad, los otros allí.

Los dos afuera es el cieno decir. Lo que se dice sin decir en la noche es el frío. Acechando afuera junto al cieno el polvo de la lluvia. Artificios de quien sopla sus sílabas como una oración trágica y feliz. Cuando los dos cuerpos de blanco una pureza, detrás o al frente lo impuro si el granizo. A la derecha y a la izquierda lo impuro, el barro infinito, el desierto afuera.

Piel o voces distantes, ángulos distantes el frío. Fusión de lejos un deseo que se posterga. Próximos dos cuerpos se interrogan. El que aguarda aguardaría son

palabras, la escritura en el viento. El que duda va a custodiarle feliz. No hay lluvia ni granizo ni siega. Es la impiedad que se desliza por los bordes.

Juego entonces se sueña el juego. Lechos de algas es difícil de representar. Percepción honda si voces allí, las voces de adentro. No proponen conflictos, los anulan. Secuencia de gestos sencillos, obras carnales si lo fuesen. Y bocas y torsos revueltos uno solo tal vez. La pregunta de si el sueño duraría.

Antes y después las manos todavía, revelación que se aísla de todo hacia lo nuevo. Estatuto de un clamor viajando por lo blanco, masas de sombra blanca es la luz, el fuego dura. Blancor del solitario que imagina. Piel empapada como en el fluir de la luz, una luz.

Durando el encuentro, es simple durar en el hallazgo a no ser que el otro haga sus preguntas. Roce apenas es la ternura, un soplo cálido de la boca al rostro del vacilante. Inquisición de cómo un roce de la boca en el cuello o en la boca misma del otro, dos cuerpos, sustancias de niebla en el crepúsculo boreal.

Lenta música, es la respiración de Dios si un dios desnudo en la estancia sin fin, ausencia de puertas es un límite, miedo allí que retumba como un llanto o las vísceras en la nieve, las moléculas del frío en la noche o el silencio, cuando él traduce las imágenes y las interpreta.

Imposible saber si es la aceptación, ruego confuso, una ansiedad de los ojos o la voz. En el sueño se practica un diálogo más recto que sinuoso. Adentro significa emancipar. Resbala ahora es una sustancia la sustancia. De ambos acaso la carne saturada de gritos. No se oyen.

Parece muerto desde afuera quien medita desde adentro la emancipación tan alta, el lleno del vacío cuando libre o tal vacío, ninguna tendencia del deseo a las imágenes, sino más bien el cuerpo aspirado hacia el campo sin representaciones, el poder es eso, no tener imágenes allí.

Lecho de algas para sí o para el otro que aguarda y sonríe. Se ignora si la sonrisa es un hecho al margen del cieno alrededor, o si un ave el ave jubilosa en los bordes del estanque. Lejos el ruido de la pala en la madera, la muerta detrás bebiéndose la lluvia. Búsqueda otra vez por entre los espectros, la opacidad del goce.

Antes y después la provincia donde se aguarda y se es aguardando, el claro de la alberca, un sitio de un encuentro en el sueño. Fluye así es el deseo fluyendo hacia el vaivén si el temor. El menesteroso se encuentra aislado en su espacio de imágenes libres, el otro vela en la inquietud de las palabras girando.

Y todo ahora es tan simple y fácil de comprender como un juego, se está en posesión del segmento libre y frío, lo que no significa alejarse del sufrimiento, el goce,

el odio y el amor, pues todo esto se percibe allí de golpe, sin distinguir o separar, todo de improviso, de golpe se dice, la persona siendo en lo múltiple del mismo modo que no es y se fragmenta.

Pues un sitio el hallazgo en el sueño, la saliva de los ángeles en las bocas de un pavor a ciegas, las bocas, los torsos, las manos y lo blanco, el aroma de la nieve todavía brotando sigilosa. Es la danza y las formas en el mar sin aguas, el océano interior arrebujado. Otra vez los destellos y las manos buscando allí, buscando la quietud o los contornos, la ternura de quien yace junto al otro.

Pobreza antes y después de un roce apenas, la exhausta vendimia, no es el sueño, en el sueño más, mucho más, son los cuerpos allí derrumbados por una fruición extensa, el espacio infinito de una soledad de pronto infinita, felices en la siega dos cuerpos, dos es todos, dioses si el polvo afuera no se palpa, si el polvo afuera es olvidable.

Una especie de alvéolo en el desierto, todo es polvo en el aire y más, sombras se desplazan y contraen, también enceguecen o deslumbran. Fortuna del que busca y encuentra al solitario, la ternura en la carne es un ave sin destino. Al fondo, después, mirar y descubrir que todo muere, un distinto clamor.

Callar a veces frente al mar, las piedras y las criaturas del mar, un seno poderoso, el mar como un sepulcro

es un júbilo si no fuera porque a veces sonrío o tiembla y el otro quisiera decir, proponer, el combate es en el cielo, juego de tomar y dar es otro júbilo, otro orden del júbilo, marjúbilo del nitrógeno y el ozono lavando las espaldas, cuerpos jubilosos así.

Durando como un círculo que viaja, durando el secreto sin palabras, no se dice, no se llega, diseminación de la voz en la no voz, el silencio que se satura de posibles. Lenguaje de decir y aludir a, evasiones es el ansia si un fulgor sucede, la atmósfera como una vela que oculta a ratos.

Y desear entonces al otro, el de la esquina aguardando la revelación, acaso lo sabe todo, acaso no, son imágenes confusas quizás. Con la ternura, primero la ternura o la oscilación de la sangre, después el resto, el roce largo que disipa los desiertos en el desierto, se borraría el polvo y vendría la plenitud (no se sabe).

En la ternura las manos o los ojos, la piel revuelta y sin fin, dos bocas una boca (¿aferrará, crispará?), así antes y después si el cántico es la luz, una luz adentro. Lenguas y labios un comienzo como la gloria de Dios, su saliva la pureza, ángeles la inocencia es eso, la entrega del otro para sí, lejos del desierto afuera.

Dos cuerpos, se dice así, en la alberca poblada de cirios. El que busca decir sin decir cuando teme que des-

pués no será igual, un enterrador y su pala doblando a muerte, a soledad, el granizo cayendo y sepultándolo todo, menos el desierto y su polvo, no es el polvo de la arena, simple polvo primordial, el vacío del inicio, cuando la vida no existía aún.

La alberca de donde no se sale, aborrecer lo demás a no ser la estancia de Dios, la que ambos procuran sin saberlo cuando logran avecinarse al destello.

O en el sueño del lodo, aniquilar el lodo como se aniquilan los senderos y llegar, son viajeros para llegar y hacer. Bastaría un roce apenas, gesto así, allí, es el principio, y luego el antes y el después de las adiciones simples, se añaden las manos a la piel, o la piel a las manos es casi lo mismo, borrar los espectros cuerpos opacos.

Durando eso allí sin tiempo bajo el resplandor que gotea y se agita, el decir oblicuo sin decir, secreto disuelto en el tono del sujeto que fluye en la música antigua, secretos y gestos para el sujeto, el cuerpo lleno sin más, el que sonríe porque es feliz hasta en la muerte.

Acaso adiciones simples, gestos y roces simples como manos en fuga sobre una superficie, coinciden allí en esos estratos de la médula sola, temperatura de lo mínimo, la porción escueta. Después los ojos, el blanco para la ternura y para la efusión que correría libremente,

tal vez lágrimas equívocas, del otro abismo perfecto hacia arriba, la estancia de Dios en su lecho de algas y peces tranquilos.

El cuerpo y el cuerpo, suprimir la palabra cuerpo cabe decirlo si no hay lenguaje. Es el incendio de quien busca aproximarse y tener, poseer al fin, incendio para el otro, no se sabe aún, no se dice aún, se ignora si las llamas en el otro, bocas y torsos, la lengua que rodea el labio, una forma de hacer llover sobre el desierto que todo lo traga. Hay polvo en el aire de siempre.

De repente en lo sólido, el abrazo en el estanque acaso sin lo opaco, sin el desierto afuera, un roce que no fuese efímero, las nubecillas manando en todos los sitios del destello, la explosión si es la cima, el firmamento.

Qué preguntar, acaso dudar o pensar si se piensa afuera o sospechar es la claridad que viene y se va en el murmullo sin oírse, no se escucha. O bocas y torsos allí, músculos buscando el horizonte, el mar que se vierte blanco, mar esa inocencia.

En el sueño real el meteoro, que el olvido le cubra de cerraduras y anatemas si no hay bocas ni torsos ni lenguas ni labios allí en la desnudez promisoría, allí en el claro acantilado desprovisto, cuerpos opacos borrándose, desaparezca en su pavor de belleza, oh Platón, como la niebla del amanecer sobre las aguas, ausente de la memoria que escancia las palabras.

Pero están allí, son dos acechando el sentido, aquello que se dice sin decir, durando allí, en la noche de espaldas al desierto, se observan, pasos para ser hasta la aniquilación de la distancia, hasta que fluyan las salivas y las bocas fluyan, estruendo bajo, música ahora (*Stabat Mater*, Pergolesi) en la carne de luz, la carne de ambos juntados en la luz.

Se dice pensar urdir una historia, son los salmos, la estructura de ceniza, sonidos y silencios en la profundidad de un relato sin final previsible, los salmos brotando en el reducto de los signos, símbolos para no decir lo que se dice todas las veces, cuerpos allí, tan cerca de la mirada de Dios.

Durando el dibujo de un relato para ambos, trozo de vida en el estanque, lejos del polvo y cerca de la nieve el espacio conjuntivo, cantando la ruta, el camino como lo ve quien espera y busca llegar, aproximarse, el camino en los ojos de quien viaja en círculos para llegar más lejos, pues si se alcanza así el horizonte, el punto de unión será en lo visible y lo invisible, furia de la pureza al fin, el mágico fragor.

Es la historia traslúcida con palabras traslúcidas como el vidrio batido en la fosforescencia de un color momentáneo. Es la historia de la noche dilatada por las voces alrededor del pivote, noche lavada por el frío aséptico que hace perdurar. Dos cuerpos, un activo del lenguaje oblicuo, un pasivo que espera: dos cuerpos, dos bocas,

dos torsos, cabezas destellos acompasados. Pues los ojos buscando, renovándose.

Más y más en ellos, esa lentitud del asombro, una noche y otra, estaciones de lo súbito, sector que pueblan las luces y las sombras, roce y júbilo una luz en la fatiga de la imagen, allí en el rectángulo de la alberca taraceada, donde el cieno es la circunstancia del polvo.

Se dice un deseo cuyo origen es la alucinación en las horas de mayor silencio. Ambos en las esquinas, los más apartados rincones si el limo devorando, pero el que busca sueña y en el sueño la nube dos cuerpos deshechos el goce. Lejos las fauces del residuo, la garganta.

Durando la noche, los vestigios de la noche para los encubrimientos del delirio, el estatuto de una demencia aquejada de solidez porque existe allí, en quien aguarda las señales para comprender al fin aquello que se decía sin decir.

Antes y después la saliva del que pretende en los labios del que espera o el torso junto al torso y las manos hurgando si la música del viaje en pos de un blancor desdichado. Soledad del cuerpo que crea a su semejante y lo ve agitarse en lo angélico, estremecerse en una inmersión profunda, como si los cuerpos fuesen el mar del principio, cuando existir no era ser todavía.

Acaso negar porque se brinda un conocimiento distinto que basta y que excluye toda otra aventura de Dios, que es la aventura en la alberca, hueco sí al que nadie ha ingresado y del que nadie puede salir. Acaso negar si se brinda cosas mejores que esa intensidad de lo efímero.

Acaso afirmar y entonces descubrir al fin la escritura en la piel del rostro desintegrado, el ave en el campo de cebada y a lo lejos el silencio del desierto, un silencio que contrasta con el silencio de los pequeños ruidos del ser, cuando se encuentra la escritura en el otro, aunque todo ocurra en los sueños del día y de la noche.

Una constelación que canta en las aguas, allí el silencio azul de la tumba, es abajo, el lecho del otro universo, la pobreza.

A veces el espacio separador se acorta ventajosamente, pues la atmósfera cambia, es el sonido que cambia, aproximación del círculo a su centro y aparecen los primeros destellos, casi el alba, pero hay otro cuerpo allí en las fronteras de la niebla.

Proposición de experimento mientras dure la música: que empiece el juego de dos cuerpos aventados por el rumor de las dunas, un roce apenas, manos mariposas, en otoño como el susurro de las hojas cayendo. Antes y después un ejercicio de gestos sobre la piel endurecida por el ascenso.

Antes y después, continuación, imposible detener una marcha singularmente pura, se van en busca de una luz que se puede palpar, en el reducto la estancia de los vientos nocturnos, trae los aromas sagrados de todo juego. Imposible cesar ahora, la boca deslizándose en torno a la boca, criaturas húmedas que hablan. Y más y más hasta el fin, fin del inicio, destellos que se yerguen.

Durando la ternura allí, es lo que más existe después de todo, oponiéndose al vacío del polvo, a la sequedad de donde nada. Durando siempre esas imágenes del sueño: dos cuerpos en el estanque solitario ahora. Se implora el júbilo del éxtasis, la risa del ser cuando surgen los pálidos estruendos de esas nieves liberadas al fin.

Se mira hacia afuera y entonces se dice son los menesterosos, los suplicantes, invisibles como el aire, pero se perciben como el aire azotando los rostros, cuerpos del privilegio, a solas para hacer los cambios de tomar y dar, de mostrar y recibir, de ofrecer para que el otro se ofrezca, pues durando así todo crecería en otra energía, bocas doblemente llenas, murmullos y alimentos mágicos.

En ambos la luz del día constituye una sombra que borra los contornos, así la noche los aclara, resultan nítidos, pues no se trata de contornos físicos, sino de líneas de adentro, proyecciones del alma despierta sobre la superficie del deseo. Esta singularidad se repite en cuanto al océano, planos de agua deslizándose en busca del corifeo de los inicios.

Blanca estación superpuesta allí, en el estanque no se sabe, acaso un sistema de vacíos poblados por la sombra de Dios, el color numinoso de sus arterias. Esta noción desdice del concepto de principio, tanto más cuanto que ahora la nieve produce células orgánicas. Cabe verlas como la estructura de una mente sin cuerpo, la energía primordial.

Hay que considerar la existencia ahora en el cuadrilátero, en los cuerpos que oscilan buscándose, de tres tipos de intuición: la místico-emotiva, la existencial-volitiva y la platónica. Se pregunta si hay alguna capa más profunda que esa capa del ser previo, si hay alguna manera en la cual el cuerpo vive antes de que se haya visto urgido a ser.

Dícese de la extensión al revés de un espacio determinado por dos miradas que convergen en su línea central, su sentido: de A a B y de B a A. En los claustros las medusas corean los salmos de ahora (*domine filii unigenite*), pues antes todo significaba un mar, los estratos del agua maciza lavando los cuerpos amontonados en el estanque del principio y el fin.

Durando la huella que esplende en lo oscuro si la reja de arriba no estremece, el pájaro cantaba. Es el frío otra vez entre picotazos de hambre y ruidos de metal sobre las tumbas. *Shhh* largo en los bordes, donde nace el polvo. Las aspas tranquilas aguardan entonces, no así la nieve, el sudario, aquello que engendra lo decible.

Pero la noche en el estanque posee los signos de una transfiguración silenciosa, es el remedo del tiempo bajo las pupilas de un cuerpo y otro que adivinan el sabor del agua en las espeluncas de la voz, es el vaso de Dios, en él bebe los recuerdos de su naturaleza ambigua, el dominio de un ardor precedente.

Lo que significa el beso del pastor de las escrituras, el cuerpo que aún se constituye más en las palabras que en la carne de niebla, la fosforescencia que se inscribe en la órbita del otro, el sendero del otro, las inclemencias de salvar o demoler un lenguaje que se escinde.

Disolvencias del cieno o de la nieve cuando el que aguarda teme las reducciones del espíritu (arquetipos de la nobleza) por el camino del roce apenas, la pureza en las manos buscando traspasar, buscando llegar a los enclaves.

El absoluto que desgarrar porque se desea la colisión de un universo a solas con la noche o el espacio vacío. Uno es uno al fin, solo y uno, frialdad de lo negro en el estanque si no ocurre la visión del otro, ver los ojos del otro, el rostro de pavor en su belleza.

Durando la estación a ciegas, manos en fuga en aquellas superficies distintas, es el frío si un temblor de la luz. Círculo central abajo, una paz que se integra en el aire dormido. Allí la estructura de ceniza, se anticipa la aniquilación extrañamente coloreada: la boca del otro es la medusa.

Lo que se ve transita en pos del que observa, le confina en la médula sola, es como el ciego desbordando su visión fija e instantánea, los ojos en los ojos así, allí no se sabe, un idioma del ojo rozando el ojo del otro, se obturan las salidas, el espacio afuera, el desierto detrás de los ciegos porque ven y consiguen.

Todas las luces son mortecinas aquí, el aire a ratos traslúcido, sólo a ratos. La otra luz es oscura como la prefijación del astro Mercurio, la cara inmóvil con su desdén de piedras blanquísimas. Luz oscura, blanco en su saturación, se dice tal vez de ese modo, después aparecen la llanura del polvo y el silencio, lo que acecha en su majestad definitiva.

Cabe hablar de almas inorgánicas, la esfera a que puede reducirse el contorno de la naturaleza. Lo demás es el estanque, la alberca taraceada que construyeron los arquetipos, las manos del arquetipo primero, cuando el tiempo era el residuo del vacío y de la ausencia de voz en el vacío.

De entonces a ahora única ocasión, dos cuerpos, dos esquinas lejanas, al fondo la saliva de los ángeles, más allá el camino en busca de lo alto, lo alto es la costumbre de la fiebre. A un costado los ojos, al otro las bocas, encima los torsos en las posturas de las estatuas, figura insensata por medio de palabras raspando aquello que resulta nutritivo.

Durando la percepción de los contrastes, cuerpos derivados por una velocidad que excluye el ver y el oír momentáneamente, para después ver y oír los saltos de agua del origen, la ruta bajando hacia el alvéolo en el que se reposa o se agita, la muesca solitaria y sin destino, gubia de Dios sobre los pobres maderos que nacen en una labor tan poco venturosa.

Acaso ir y venir hasta el fin, aun cuando se ignore el fin, la forma del fin, la disolución de los cuerpos lavados por el cieno y la virtud, si es que la pureza también se identifica con una música para ver, un sonido perdurable allí para acariciar viendo a ciegas, o ser acariciado entonces en el sueño hacia el cual se va sin desaparecer todavía.

Se trata a veces de manos cortadas que vienen a gozar de una emancipación sin ojos, es el conjunto de resquicios escondidos en ambos para descubrir el fervor que antecede al golpe involuntario del verdugo. Cercenar, caída de manos, empieza el viaje en círculos, la observación que las orugas practican inocentemente y sin prisa.

Durando así esa saturación de la tristeza que después se aposenta en las palabras, obligándolas a manifestarse en forma de cápsulas remediadoras. Raspan de ese modo la superficie sin fin del desierto, un texto de silencios, se busca la tierra, la matriz del universo en las primeras piedras. Pero más abajo no hay nada, tan solo el polvo y sus estratos.

Son los salmos diciendo esto y aquello alrededor de un punto que se desea asir y que no se desea asir, tal es la saturación en el péndulo y el cuerpo: humedad del ser que se disemina con la avidez tardía del hallazgo, *plancton* delante del pez como un humo de corpúsculos hambrientos, tenazmente prestos a la mordedura.

Conmutaciones no transitivas, categoría de una luz en otra luz si las formas no son fijas. Es acaso detenerse en una imagen con cierta estabilidad para duplicarla, de manera que en dicho proceso se alcance a conocer lo sucedido antes y después (nunca ahora, no se sabe ahora), o se vea claramente (esto es improbable) la estructura del viaje como todos los viajes al territorio de la noche.

Porque constituyen la noche, son la noche en el agua de dos cuerpos, no el agua oceánica del principio, cuando nadie era, nadie podía ser. Luz entonces como un trozo breve del fuego, un trozo esparcido por las manos sobre el cuadrilátero, manos en la desecación del sentido: crisparán, aferrarán. Son siempre las manos en el cuerpo del otro, el cuerpo del gozoso sepulcro.

Estas conmutaciones adquieren una excepcional dureza cuando el pájaro canta en el sueño, imágenes de pronto complicadas en la erección de un estado al que se deseaba llegar si no fuese porque el otro, el de la pala sobre las losas precarias de su obsesión, a cada instante se hace rodar con un bamboleo inesperado, deshaciendo la filigrana de dos cuerpos allí en la demora de la urdimbre.

Momentánea visión del riente, la urraca golpeando el tragaluz del granero en busca de un sustento especialmente arcaico. Golpes a los que se adicionan los de la pala, el enterrador clamando por su vendimia de rostros hirsutos o tranquilos, miradas que se cambian allí y que retroceden aposentándose en la piedad del ojo, la piedad de los ojos ciegos.

Acaso rozar apenas como si todo volviese a comenzar en la frontera de antes, cuando el que busca reconstruía su océano blanco, lleno de peces también blancos, el mar de la nieve durante el invierno en el estanque. Cosas así suceden a menudo, pues la temperatura de la alberca se supedita a la del desierto, ya se sabe cuál es la naturaleza del polvo allí, residuos antes de la disolución, esto puede no entenderse.

Roce para no decir, para callar entonces, es el modo de comunicar una especie de confianza que resiste el paso del tiempo, tal es la ternura de esa conversión de la carne en la luz, cuando las bocas acceden a lo húmedo y lo húmedo es un objeto de imprecisa forma, pues escapa a las profundidades del mar o a la altura donde no se habita más que para lo indecible. Este concepto es un nombre de la capacidad de prescindir de lo opaco.

Se enunciaba residuos antes de la disolución, gastarse extraño de los cuerpos cuando ingresan en el último estado previsible, aquel donde el tiempo es el tiempo del fin y la noche un tejido conjuntivo. Se pretende ig-

norar a veces las vueltas de un camino vertical, semejante al camino del espacio hacia abajo, cuando ambos se definen con respecto a nadie, pues nadie existe a excepción del alma inorgánica.

Llegada de esta náusea placentera en la que se producen los salmos si el frío asciende. El conocimiento respira con el auxilio de la música allí, cierta lentitud apaciguadora. Blanco que viene a fragmentarse en lo negro, la superficie escondida, un escamoteo para los ojos. Sólo las manos, acabadas de cercenar por el canto, desfilan en pos de lo suyo.

Durando el episodio nocturno que no se puede asir. Entre una luz y otra luz en las esquinas ha aparecido siempre aquella oscuridad de quienes vigilan imaginando. Sombras en las sombras son, contornos a ciegas en la ceguera de un trayecto circular. El punto no se ve porque aún no se sabe, las palabras no han perforado (interumpido) el proceso de la significación.

Reproducir para que se escuche: la escritura puede ser compensatoria, un suplemento del habla sólo porque el habla ya está marcada con las cualidades que se suelen predicar de la escritura: ausencia y malinterpretación.

Así entonces la desecación del sentido: ¿aferrará, crispará? Se pregunta con un doble propósito esa vez y todas las veces a partir de la náusea. Cuerpo que desea y

no desea, cuerpo en suspenso y atravesado por una devoción. Dos cuerpos allí sublimándose como los cristales del yodo en el fuego, exhalando la niebla del principio, la niebla votiva que se escancia.

Acaso una soledad que devasta la piel mientras la música. Es el silencio a la manera de los silencios entre un tono y otro, el violín callado y en medio de la multitud que aguarda los gemidos. Se gime para confundir el espacio, vaciarlo de su vacío, o lo que es igual: transformarlo en el aire remoto de donde Dios extraía sus fuerzas.

En la opacidad los otros claman por una condición traslúcida, es la tragedia del cristal en el agua, el cristal que se hace invisible de pronto. Este clamor no se escucha, pues carece de sonidos, es la algazara de los mudos que ni siquiera gesticulan, ignoran el espacio del principio y el fin, suponen que ya se encuentran en el desierto afuera, la extensión para los conceptos.

Se cava en el polvo, ruidos ásperos entonces, se cava hondo con la vehemencia del suplicante ocupado en ver y comprender, se trata de eso: ver y comprender. Quien ejecuta esa labor no sabe si su cuerpo es del color del polvo, o si ya la ventisca y el granizo le lavaron como se lava una máscara, la persona contemplando el horror de la cara sin particularidades.

Pero en las esquinas este suceso se despoja de su habitual perentoriedad. Cejas y bocas, o torsos y manos,

lo que une y desune en una ignición no muy lejana. Aquí se saturan, es la espera en lontananza, cuando lo mejor es que toda unidad física desaparezca en el érial. A esta emulsión de lo vivo y lo muerto seguirían los desastres minúsculos del pensamiento, el desorden que ambos aprovecharían.

Escapar se escapa o se regresa como un guante invertido, la superficie refugiándose en su envés ignoto. Inclusión de ambos en ambos, cálculos féreos para equilibrar la energía de dos sustancias dispares, la materia de que están hechos, se devoran en presencia de sí mismos con el propósito de que el resultado se acerque, por su especial tesitura, al sabor de la saliva de los ángeles.

Durando el viaje hacia el mar, siempre el mar sobre las rocas de basalto, el lecho como un testigo santificado por la sal y las anémonas que discurren en torno al solitario. Durando la virtud de saber que se está en un espacio usurpado, distinto de los otros espacios, o por lo menos distinto del desierto afuera. No se respira y esto es hermoso en la medida en que la muerte es un poblador efímero, un otro reverente por su manera de convertirnos en él.

Después del combate, lluvia ahora, después del combate una precipitación grisácea, durante algún tiempo aclarándose allí, ocho milímetros de altura si el cieno está sediento. Manera de atomizar un llanto que no acaba, lágrimas de Dios sobre espectros disueltos por el lodo de siempre, manera de sufrir a causa de una efímera grey.

Ajenos los otros, cuerpos ausentes, es el frío, qué duda cabe. Imposible saber si el pájaro cantaba, el sonido brillando en el aire de la noche sobre el estanque, iluminándose en una fluctuación incondicionada. La llovizna era un pasado simple, tan sólo la humedad (imposible saber si se trataba entonces del llanto o del sudor).

Lejos aquellos, muy en la distancia, secreta estación allí dibujándose. El polvo a sus espaldas, empezaba a ascender empezaba a regresar al agujero de los orígenes, cuando ser era un privilegio de las manos del arquetipo mayor. Argumentaciones de Zenón contra el espacio vacío, he aquí un espacio vacío, la gran mancha en el desierto.

Furor secreto allí, voces secretas vueltas a tañer, precozmente un cántico en la boca del que busca entonces diciendo todavía, decir eso, algo en eso, una porción, es lo que resta por convertirse en palabra, la estancia muda. Acaso la noche poblada por los ojos arañando las tinieblas, el caos invisible donde los cuerpos deshacen el espacio.

Durando el vaivén como olas si el océano agitaba, durando la escarcha simultánea, manos cercenadas desde entonces, roce apenas tal vez. Fragmentación deleitable del cuerpo A en busca del cuerpo B, obsequios abstractos de decir diciendo eso, lo que es eso, una tensión demorada del espíritu que se sublima en la carne de luz, tanta luz amasada por el escriba a ratos, la máscara de silencios y de voces.

Escritos para el descabezamiento de la hidra, pero nadie sabe qué es la hidra, la forma de la hidra en el estanque. Se dice que está, que se aproxima y se aleja como una ondulación de la niebla, pero nadie sabe de la hidra, nadie aún. Sólo el que aguarda rebelarse conoce su olor, el aroma ascendiendo de un cuerpo en suspenso.

Después de la reconvención, cuando el hollín manchaba las escrituras, sucedió la caída del pétalo púrpura clarísimo. Bajó con lentitud hacia la alberca y vino a aposentarse quietamente. Era una especie de signo sólido reposando en la ceniza, una esperanza cierta, pero no traía consigo eso, lo que eso era para ambos, las superficies flexibles de eso en el incendio del lenguaje.

Bastaba un pétalo en forma de aguijón abstracto para los suplicados característicos o para los horrores del día, la súbita estación ciega abominando de su brillo. El pájaro cantaba en los bordes, el polvo en las patas agitándose en el canto. Es el aire marchito, el aire enfermo si la nieve no existe, la que lava las palabras y se desdobra en columnas de nubes hacia la tierra.

Púrpura clarísimo el del pétalo, un diafragma obturando la espelunca de la soledad, muros de eso, un color, sosteniendo las torrenteras de un miedo tan pálido. Agua entonces, masas de agua para el solitario, la inmersión es provechosa si se ama el lleno que desborda el océano con su voz en las sinusoides calladas del crepúsculo, pues es allí donde empieza la noche, el temblor de lo oscuro.

Inmóvil y escuchando la vibración lastimera del basalto, los ojos abiertos de quien aguarda, su sombra móvil sobre los peces ciegos del abismo, el agua como un gas benefactor de la piel que se disuelve. Allí donde mejor se desea, el fondo sin destino del mar, el silencio interminable del ser gastándose en la escualidez de la gloria y de la sombra.

Reposo dilatándose allí, en la espera se reposa mal, no hay que creer en una verdad comprobable, se trata de una evidencia congruente con la lasitud del sueño, el sueño para morir temprano. Bocas y dedos, torsos y cuello, o miembros fragmentándose en ese morir a ratos, morir en la forma de la respiración incontrolada del durmiente. Los cuerpos se deslizan hacia abajo. Se ignora el polvo de afuera.

Es inminente el castigo allí, las imágenes de la duda entre el lodo y los huesos atareados en la fragmentación a solas, se suplica en silencio que todo vuelva a la noche, cuando la escritura redonda dejó de ser la saturación de lo increíble, cuando la luz era el roce apenas y los cuerpos creían en eso, lo que eso podía ser si la nieve durase.

Silencios claustral ahora en torno a la esperanza del cuerpo, silencio y ausencia entonces, *veni creator* es una frase poco eficaz, los objetos durando así porque no esperan, quien no espera se gasta poco en la alberca taraceada, escuchen la pala sobre las tuercas de la tumba, alguien vela interrumpiendo. Radicalmente oscuros los alimentos del sueño.

Acaso evanescentes, es el proyecto tardío de ofrecer y recibir, de ofrecerse para que haya un poco de luz abajo, para que el lodo no ascienda en pos de la garganta si la reja se estremece con el azote del aire sin destino. Son los del fondo graznando, el ulular de la urraca pidiéndole algo que hay allí, la cosecha de los espejos que se desplazan y hostigan.

Antes y después del espacio que obsede sin voz, la lámina del rostro incrustándose en el pálido ciego que toca todos los reductos del hambre de constituirse en el asolador de la persona. Antes y después ese espacio dilatándose en la observación de la sangre y su circuito, las anémonas de la pesadilla de no ser todavía, los arbustos oceánicos cubriéndole la boca para acariciar.

Durando los ojos envueltos en los cortísimos cabellos de tinta, pequeñas selvas en arco muy tupidas. Frases del salmista falaz interrogando al que sonríe en su aparente inexpresividad, es el antecesor del tú, durando aún en la esquina en penumbras, antes del tú existió el yo descendiendo en la pérdida de la memoria.

Un resplandor iba delante, y de las nubes caía el granizo con brasas. Saetas dispersas todavía alrededor de quien hacía molinetes con el instrumento del fin. El fondo del mar en el sueño a la vista, los cimientos del mundo aparecieron allí, en el lecho de basalto con sus huesos. El otro firmamento proclamaba las obras.

En el costado el solitario hilando las palabras de una discreción temerosa, hilando en lo negro como si de su desnudez naciera el silencio que habita en las células especialmente tensas de la médula. El pájaro cantante picoteaba sus tobillos. Gemidos allá de los cautivos osciladores, los cuerpos opacos interrumpiendo la significación de la escritura a ratos ausente y devastada.

Acaso la forma de alabar lo que vendría con el ciego del crepúsculo, el último crepúsculo antes de la noche definitiva, acaso alabar su música como flores precipitadas en el vaso de Dios. Alabe al Señor todo lo que vive es una frase de tantas, las criaturas desbordan el polvo hacia la luz, polvo del sueño allí antes del desierto, pues sólo se sueña lo inevitable ahora.

Se diría antes y después el deseo de pernoctar junto al otro, el cuerpo del sigilo y el discurso de los límites anteriores a la circunstancia del lenguaje, los límites posteriores a la quietud del océano blanco, cuando lo blanco era la esperanza de la efusión grave, la idea de las nubes rotando atravesadas por un miembro perdidizo.

Broma entonces de la búsqueda infinita, la compañía infinita, dos cuerpos en el diálogo sobre la articulación de un placer tal vez irrisorio, divino tal vez como se dice hay que llegar al lecho de basalto, al origen de los túmulos y los estigmas del planeta derivando hacia ninguna parte.

Lo que sería convertirse en un haz de sonidos para abrir las puertas de esa música, desaparecer foscamente allí y aposentarse en los silencios, saltar de un silencio a otro, como de una confidencia a otra. Es el pavor de la belleza, dícese del miedo a una belleza, arte combinatoria para que las vísceras del cuerpo empiecen a licuarse en las aguas del comienzo, para que ambos sean un tú anterior al tú y posterior al yo.

Cómo es el silencio si el lodo fluye sobre el polvo de afuera, ese rumor ahogado por la música, cómo es el silencio cuando el granizo se transforma en el caleidoscopio de la tierra muerta, se multiplican las imágenes del sueño primordial y los cuerpos vienen a articularse suavemente en lo blanco, la ternura pálida del roce apenas, o encender los trípodes que adquirió el enterrador allí, en la altura del espacio sin Dios.

Acaso una discreta separación de voces entonces, voces familiares o extrañas, voces rodantes como el trueno en el invierno, el *staccato* de las voces allí como un músico mordido por su peculiarísimo instrumento, el martirizador a ratos de sus manos en fuga sobre el cuerpo que anhela articularse en torno al otro, el vacío absorbiendo a sus pies la alabanza saturada de gritos sin ruidos, tal es una porción desmembrada del suceder allí.

Antes y después la eximia comprensión buscándose, ese registro, la voz y el rostro, los labios y la voz humedeciéndose, qué sabor posee la saliva de los ánge-

les, esta es una pregunta del fin, para el fin, en el cuadrilátero de las sombras y los cuerpos traslúcidos. La opacidad se afina apresurándose, pero ambos acercan los rostros y ocurre. Luego, en el tiempo de la vendimia, se celebran las fosforescencias.

Durando la visión del lecho, es el océano abajo, las cosas que serían si la música llegara en una rotación del tejido, las células lamidas por la lengua del otro. Dícese de quien lame indescriptiblemente allí, la inmersión en lo blanco, la distinta pureza del mar a raudales, los órganos nombrándose en la envidia benévola de Dios.

Era así tal vez en la noche ciega, la ausencia de los ojos en fila o el temor de las presencias opacas, dónde yacer para soñar eso, qué lugar silencioso en el estanque. Se trataría de devorar sin prisa el contenido de ambos, renovándose la luz poco a poco, como en el alba del territorio más desprovisto. Cuerpos así tal vez en la espera sin voces, la nieve en suspenso, todo blanco gravitando.

Dioses cuando sueñan y mendigos cuando reflexionan. Canicas ornamentales de manera que la compasión le alivie el camino. Despertar es también hermoso, con tal de que no ocurra antes de tiempo. Todo esto escrito ya en alguna parte de la galaxia, diciéndose en forma de salmodia oceánica, pues son palabras humedecidas por el fragor de la serie de imágenes que juegan allí a esconderse.

Lo que sucede si llegara la absolución, el pájaro cantando y los tobillos ensangrentados ahora limpios, el sujeto del miedo instantáneamente fijo y disolviéndose: la pala muda y los maderos de la tumba como masas de aire helado. Son los pulmones de la música sola, sin cuerpos, pues ser entonces no significaba vivir en eso, sino durar allí en el alvéolo, la duración de quien aguarda en el claustro de un limbo.

Durando la transfiguración del que busca en mendigo, la imagen del pobre vagando en el polvo de afuera, aproximándose callado al otro, el de la esquina, quien sonríe mientras la nieve se agolpa en las estancias vacías del que sueña acariciar, tan sólo eso, suplicar eso, decir eso, el roce apenas del menesteroso, los mendrugos allí en el cieno y en los huesos.

Un oh largo, son los picotazos del ave sobre los tobillos del dormido, el azote de las lluvias si no es el frío, aunque la nieve. El cuerpo del otro perdiéndose en la lejanía, en la soledad de las órbitas más allá de este gran universo del fin, el estanque de la impiedad si no hay espasmos de risa en las caras, si no hay el júbilo de decir eso sin palabras, decirlo en las nubes donde la noche se precipita con sus aguas.

Esta sequedad inmensa, todos los rincones previstos por la mancha gris azul del desierto, o adónde van los aires tranquilos de la atmósfera si no hay estaciones allí, es la temperatura sin temperatura, el tiempo ajeno al tiem-

po que no es el pretérito, ni el presente ni el porvenir, algo ocurre foscamente allí, muchas derivaciones en los ojos, ayuntamientos confusos, varios cuerpos el fin, tan sólo el fin, se busca finalizar.

Es la gravedad impía, se busca la compasión en la opacidad de los asesinos característicos. Objetos lujosos entrando y saliendo del estanque, objetos danzando allí. Son las súplicas del mendigo, el roce apenas, no despojarle del roce en los labios de quien sonrío. (Toda discreción es obscena.)

Estos ruidos nacían en la niebla, había formas gárrulas entonces, y lo que no era forma podía serlo, bastaba ascender por los costados, pulverizar con los pies algún montículo de huesos, después era el mar blanco, las nubes entrando en el mar cuyo fondo servía para mirar y comprender eso, desear eso largo tiempo aguardando.

Detrás de la aproximación venía la separación, pero quedaba lo otro, la música entera y ascética como una decapitación. La helada se acercaba mucho más, la escritura empezaría a diluirse en los bordes. Así después antes o más tarde, el ulular y el graznido, picoteando y cantando las alabanzas del Señor, dilataba en todos los ángulos.

Es el frío colosal de la eyaculación en la muerte, los muertos eyaculando, falos de piedra, el basalto del ori-

gen en el lecho del océano. Pero aquella vez el tiempo transcurría deslizándose entre las cosas, demorándose, es arañar la cáscara de los objetos más bellos, trascender el instante reservado a la admiración de las pupilas. Tiempo fluídico serpeando sin sentir que había sido el prisionero de un laberinto previsto por el ojo.

Los salmos, emisión pastoral sin pastor ni audiencia, cuadrilátero del fondo sin destino, he aquí la alberca taraceada con sus anillas inservibles, pues todos los líquidos provienen de la altura. Los salmos durando allí para la detección de alusiones a la música de ambos, cuerpos que van a redimirse del polvo afuera, adorando los caduceos de la noche.

Un movimiento que no puede concebirse a partir de la oposición presencia/ausencia. Es el juego sistemático de diferencias, las huellas de diferencias, del ordenamiento por el que los elementos se relacionan unos con otros. Este ordenamiento es la producción simultáneamente activa y pasiva de intervalos.

Vasta y fija inmersión entonces, detenida ahora y fija hasta el fin del fin, el vacío del fin, cuando sólo quede lo negro (no es la noche), la desnudez de la naturaleza, cuando no haya células que lamer ni cuerpos para recordar la humedad de eso, el pasado del sueño, cuando el estanque vuelva a ser el alvéolo de la reja con sus sombras desplazándose en busca de nada, nada aún.

No se sabe, en el silencio no se sabe, está escrito en algún lugar del poniente que se disloca en frases de distinta enunciación, formas de humo enceguedor para que alguien adore un cuerpo que se cambia durando. Certidumbre de no saber, de ver y entender sin comprender todavía, sin representar ni imaginar, todo borrándose allí en el espejismo de la voz y su niebla.

Reproducir para que se escuche: secuencia de suplementos de la cual surge una ley, la de la serie de vinculaciones interminables, multiplicando ineludiblemente las mediatizaciones suplementarias que producen la impresión de la misma cosa que retrasan, la impresión del objeto, de su presencia inmediata, o de la percepción originaria.

Recuerdos ahora del roce apenas, el nacimiento de las manos y los rostros callados, el fluir de la saliva de los ángeles en torno a la lengua de quien cierra los ojos. Todo esto ocurre en la mayor calma mientras se viaja en pos de los bordes, donde el desierto arroja muy leves partículas de su extensión indecible, donde los cuerpos opacos descansan de su ir y venir, pues ya nadie busca, nadie espera.

Confinamiento de toda esa experiencia al olvido, pérdida de la memoria o de los gestos es lo mismo, se devastan las sensaciones más nítidas ahora en el proceso de diluir los vestigios de la alabanza, se devastan los roces aplicados al umbral de la articulación en busca de Dios, para que Dios les mire hacer en el lecho del océano.

Lo terrible es que el espíritu se muera, esa muerte es la prueba de que a veces el espíritu se iguala a la sustancia del cuerpo, la que se incendia dejando sus fosforescencias como un alimento para la ternura. Después vendría la opacidad de una materia despojada, el gris del desierto implantándose en los espacios somáticos, donde antes habitaba el aire vivo.

Pues un olvido voluntario, la postulación de un olvido allí en los corredores del sueño, decir eso, el sueño de una experiencia en otra dimensión de la música, miembros traslúcidos aproximándose al silencio entre un sonido y otro, un acercamiento sin fin, de lo cual se deduce que hay la saturación del premio y del castigo, péndulo así, durando el vaivén hasta lo quieto.

Viento ahora, el afilador de las aspas cortando, se preparan al fondo, en lontananza, pues todo vuelve, todo quiere volver, lo blanco en retirada hacia las nubes, peces y rocas disolviéndose en el aire lavado por la imagen de la luz amasable, la luz del otro flotando junto a los restos de la vendimia. Intrusión de gritos y murmullos, todo vuelve, el lodo vuelve.

Ploc ploc de las burbujas irisadas, no se olvida con facilidad un sufrimiento eterno. Se desplazan o aquietan, miran sin ver, ven sin mirar abajo, es la poza de los huesos. La combustión serena de lo que sobra ahora, algo pasa cuando los vestigios se inflaman, es la superficie regular de los suplicados, la costumbre.

Si bien el pájaro cantaba y la urraca golpeaba el tragaluz del granero. El de la pala reanuda su cuita y llama blandiéndose a sí mismo, es el aviso soez sobre los maderos de la cruz, sobre las tuercas de la tumba. Aire enfermo, nieve si la reja. Pálido granizo masivo en la dirección del crepúsculo.

Quien ama el vacío ve en él un lleno que desborda, comprobar al fin que el suicidio no le infunde temor y ser libre entonces, sentencias del salmista falaz, fuga de sus manos sobre el polvo muerto, se busca la noche, son los venenos del pétalo púrpura clarísimo. Antes y después el deseo de la persona allí en su rincón, el mendigo o la música, la máscara cayendo. Se dura simplemente, pues nada hay que no haya sido nada alguna vez.

Acaso suprimir el concepto de Dios y en su lugar decir una palabra que conjugue orbes de música y hastío del ser, una invención congruente con los rumores del océano blanco y el silencio del polvo, voz y no voz en la voz desasida de una escritura que se nutre de la simple *escrituridad*, o lo que es igual, el embrión del sujeto viajando por los territorios de su existir definitivo.

No habría que reparar demasiado en las distintas tonalidades de la historia del proceso aproximativo de dos cuerpos y la historia del proceso que los aleja, situándolos como al principio, dos ángulos de vaga luminosidad, el deseo y la espera, el torrente de la voz y la sonrisa.

Los susurros tocaban a su fin y el enterrador hacía molinetes. Se anhela llegar, es el frío.

Todas las cosas en la alberca inteligible son también albercas, allí el firmamento es el espacio terrestre, como también lo son los cuerpos opacos, el desierto afuera, los amantes y el océano. Divierten el ánimo en las funciones conjuntivas de un universo que no ha sido engendrado, pues todos los objetos, móviles e inmóviles, ignoran qué es la esperanza. Este ignorar es tan completo que jamás se gastan, arrojando un tipo de luz definible, por su naturaleza, como la sombra del cuerpo de Dios.

Antes y después la desecación del sentido: ¿crispará, aferrará? Rústicos y solemnes los del fondo sin destino. Lúcida piedad si el granizo resbalara. Perdurando el cieno refractario con sus criaturas de ceniza ahora. Esquema complejo de los moribundos allí, ríen y gritan si es el frío. Llega el invisible rayo, es el ocaso que salva o condena, la renunciación.

Son las esporas, el musgo creciendo en las paredes del estanque, descubrir que la piel se deshace con sólo acariciarla, que debajo fluye una linfa dispersa y altiva, es la sustancia de muerte allí, toda muerte es líquida cuando el espíritu es orgánico. Cabezas peladas como huevos se inclinan a devorar a esos hijos del cieno dormido. Pronto ascenderá en busca de lo suyo, las gargantas.

Se murmura o se sueña el basalto, es el cojín del abismo donde mejor se espera no esperar nada, en torno las paredes y el alimento húmedo, uñas para rasparlo y amasarlo como una hostia en las lenguas de los blasfemos y los ciegos. Si necesitan algo, lo roban. No puede decirse que sean violentos, es simple, se apoderan de las cosas, las muerden, el resto se hace a un lado, dan el espacio, lo ceden a ese robo.

Imagen del guardián en el sueño allí, quien espera hace señas al guardián para avvicinarle a la boca. Quiere saber por qué, la razón de la boca preguntando, implorando. A veces la ternura desaparecía oculta por estandartes si la nieve. Lienzos flameando entonces con gran fuerza. Era como si reinara un júbilo desprovisto de voces. Confusa idea de la hierba, el incendio forestal.

Presencia del enterrador si bien, de haberlo querido, habría podido retornar libremente negándose todo principio de obstinación en la música. Dícese de las manos cercenadas cuando el movimiento llega a su fin. Por la puerta total que el cielo forma sobre la tierra o desierto afuera. Fue estrechándose más y más, según la frecuencia del deseo.

Borrasca ahora en forma de soplo, en medio del agujero rectangular, para los cuerpos de la postrimería. Insignificancias del abrevadero, tratándose de la verdad no hay nada que ocultar. Como probablemente no le veían, no quería que lo viesen, prefirió estar en la oscu-

ridad volviéndose de costado por si el otro accedía a extinguirse con él en los sollozos y sin noción precisa de lo claro.

Pese a todo cuerpos del bien, se recuerda con algún placer el ruido de los pasos. Acostumbran hacer las cosas, eso de entonces así. Extrema lentitud. Si alguno necesitaba frotarse los ojos, levantaba la mano como un peso muerto. Bromas cordiales allí, mezcla de risas sonrisas una tos. No sonaba peligrosamente, no significaba nada.

No aspiran al dominio de ellos mismos, eso significa aquello, desear actuar sobre un espacio casual de las irradiaciones del espíritu. Si deben trazar círculos, esos círculos, pues la alberca o al menos una curva memorable, y entonces prefieren hacerlo pasivamente, en simple admiración del otro, y se sumen en la noche del sueño con la gravedad ilusoria, pero fuerte, que dan los contrastes de un espectáculo invisible.

Aparecían confundidos con otros, los opacos allí a manera de obstáculos, confundidos con otros ya olvidados, ninguno excepto aquél podía prestar auxilio, inasequible ahora, se sentía aliviado cuando lograba desechar el recuerdo del cuerpo, después se perdía el deseo, volvía la luna a rozarle apenas como el ojo unánime de la muerte, discreto roce en la noche de las noches, el claustro de las palabras donde lo obsceno brillaba en una fluctuación helada.

Se disipa la fragmentación que escucharon ayer bajo el lodo refractario, pues de estación en estación es lo mismo o casi, hay que cuidarse de esa sonrisa tan nítida, el que aguarda reposa mal en el océano de música, aventada ahora por sucesivas nubes en forma de chorros, hasta la extenuación de la compañía en un entrar y salir indetenible hacia los umbrales del hastío.

En el montón un ojo huraño abierto siempre. Ellos necesitan un ojo, le ven un ojo, donde quiera que vaya irá hacia ellos, el estribillo para entonar sabiéndole en marcha, o hacia los demás que se callarán, sabiéndole en marcha, para que crea haber obrado bien, al ponerse en marcha, o hacia la voz que se hará más suave, como si se alejara en pos del silencio para que el otro no se detenga, no lo bastante, mientras se acerca cada vez más.

Aún se sucedían con fuerza las luces en el rostro, sólo en el rostro, sin ese misterio de las conjunciones no hay espera. Se veía el último anochecer en la hornacina del cirio, el túmulo aquejado de simples silencios, pues la música. Dos figuras sentadas, dos cuerpos allí abajo excluyendo la voz, no hacía falta ya la voz de eso, no sabían ya eso, percibir no es saber. Certidumbre de ser entonces el otro, el espejo, última vez de frente al espejo.

Después fueron tristemente apagándose, el sacrificador en la roca de Dios, con sus ríos y puñales, borrándose fueron, se moría un poco allí en la calma, más tarde la mano del pordiosero alzándose para cerrar el espacio,

hacerle callar en el fin si es el fin, devuelto al estanque junto a los otros, los cuerpos sombríos y pálidos, quietos y pálidos, ciegos en la bruma.

Hasta que hubo un cuerpo solo, la porción allí, cierta porción del paraje, el reducible enclave de las aguas, con su lecho de piedras lavadas por la costumbre de la nieve, los usos del ruido de la pala sobre las tuercas de la tumba, los usos del lenguaje simulando el sujeto en fragmentos, los vestigios del tú cuando quiso transformarse en el yo de las fosforescencias, el yo encubriéndose bajo las lluvias lejanas.

Y todo esto otra vez durando, la alberca antes y después, aquellas voces del principio en el abismo, el sereno abismo donde caer era bueno. Ahora el don de no esperar cayendo inmóvil, ahora el don de extinguir la espera mirando el desierto, y caminar ahora por la superficie del polvo, caminar hacia cualquier sitio, o lo que es igual hacia ninguna parte, la trayectoria del cuerpo durando así, desde ahora escapando así.

Fin del fin, fin de la historia sin hechos, goce discreto por el fin de los salmos, la estructura de ceniza en el fondo sin destino, es el punto del fin, se dice acabar en el fin si ese concepto no cambia, acabar en el fin o el viento azotándole en el borde del océano, el agua de la ternura, pasado absoluto de la ternura en su última purificación.

LA REPRESENTACIÓN (palimpsesto)

Soy un pintor excluido.
No siento vergüenza al decir que estoy solo.

Mi existencia real empezó el día en que descubrí la opacidad de Nuvoletta atisbando de nuevo en la ventana, después de haberlo hecho en otras ocasiones con exquisita puntualidad y sostenido interés.

Jamás he tenido el deseo de compartir el sitio de mis reflexiones con nadie, pero un día tomé la decisión de invitar a Nuvoletta. Se mostró tímida, como las personas que rechazan enfrentarse a quien intenta conocerlas, mas su aprensión fue diluida por el cuadro, delante del cual se detuvo completamente inmóvil y cuyos encantos la atraparon de forma irresistible.

Su presencia me pareció milagrosa porque yo tenía cierta fama de esquivo. Ella se dio cuenta de ese detalle y me preguntó si disponía de tiempo. Dije que sí y le brindé, antes de que nos sentáramos, una copita de ginebra. Accedió no sin algunos remilgos. Creo que fue definitivamente a partir de entonces que se aficionó al sabor de esa bebida.

Mientras las copas no se vaciaron hubo un silencio largo, lleno de miradas y sonrisas. Nuvoletta paseaba

los ojos entre el techo y las esquinas del fondo, esos lugares en los que la oscuridad se disuelve lenta, hasta transformar sus polvos de carbón en una franja de luz.

El cuadro estaba colgado de frente a Nuvoletta, interceptando el nacimiento de las persianas. En ese lado la claridad lo invadía desde atrás y sus figuras se tornaban más confusas. Me levanté y cerré la puerta. Tenía el propósito de alumbrarlo debajo del spot del caballete. Sentí el agradecimiento de Nuvoletta como una brisa. Con las manos en el regazo se sumió en una larga contemplación. No sé cuánto duró tan difícil ceremonia.

El asombro se le fue metamorfoseando en un inhibido cerco de palabras. Yo miraba a Nuvoletta de soslayo, mientras terminaba de limpiar el lienzo de polvo y otras suciedades, y vi que hacía una mueca breve con los ojos y la boca. Lancé a un rincón, más allá del umbral, un cepillo envuelto en un trapo. En este desvarío me sorprendió su voz balbuceante, convertida en orladura por mis cavilaciones. Le pedí disculpas y le rogué volver a lo que antes había dicho. Pero objetó, protestando, que no hacía falta repetirlo porque no era nada significativo. Entonces, azuzada por mi insistencia, Nuvoletta rió. El aire se le escapó por la nariz y yo también reí.

Pudo entablarse (lo deseábamos) un juego inteligente, impredecible y divertido como la observadora de mi cuadro. Conjeturé, al calor de esa manía que me caracteriza, la existencia de un elemento responsable de mis cálculos: que en los ojos de Nuvoletta nacía una línea imaginaria que tocaba el lienzo, rebotaba hacia mí que la esperaba y que luego la devolvía a su dueña. Un magnífico triángulo concurrente. Las torcidas figuras de mi tela se hallaban ocupadas en resolver un tejido espeso y desdeñoso. Esos cuerpos mostraban unos resplandores

insospechados. Yo solía olvidar mi obstinación, sin importarme la idea de Nuvoletta sobre ciertos gestos que me hacían irresponsable y hasta un poco grosero. No soy moderado.

Era grande en el cuadro el albedrío de la sugestión. Mi diligencia artística había sido mínima, incluso cuando pensaba en los objetos que dibujaría en él, si es que *eso* puede calificarse de serie de objetos. Había comprendido desde antes que los motivos centrales no podrían provocar más que un acompasado sentimiento de evocación sin rumbo fijo. Sólo ello era capaz de complacerme. El último destino del color no es otra cosa que un pretexto con el que uno se asegura de que, en la distancia, la obra parezca un acoplamiento de grises no cromáticos. Los volúmenes crecen de la profundidad hacia afuera. Me era dable sospechar que todo el interés de la tela radicaba en la circunstancia del color. Añoré entonces las palabras que Nuvoletta se había negado a repetir y que, seguramente, aludían a la notoriedad de semejante distinción. Pero me cuidé de urgirla otra vez y traje, en silencio, la tercera copita de ginebra.

Nada había que nos sustrajera del hervor inminente: ese silencio varado como un pez oloroso a tinta y aguarrás, a laca. Sin embargo, allí, bajo la línea de los ojos de Nuvoletta, corría otra que se hacía tangible en la concentración de mi búsqueda. Nuvoletta estornudó repentinamente y dijo que le parecía tener una bolita áspera en la base de la lengua o detrás del paladar. Eso la ponía nerviosa. Me advirtió que si la bolita se desprendía y olía mal era que estaba enferma. Si olía a simple saliva propia era que de nuevo le asaltaba la sensación de ser

hipocondríaca. No sé si se debió a la excepcional ruptura del silencio, pero yo también empecé a sentir una bolita en el sitio que ella había señalado. Se lo comuniqué y sonrió. Al darme cuenta de que los dos estábamos olvidándonos del cuadro, me acerqué y le oprimí las muñecas sobre los brazos del sillón. Me atreví a rogarle que abriera la boca, explicándole que de ese modo estaríamos al tanto de si la bolita se encontraba en la base de la lengua o detrás del paladar. Ella accedió y vi el puntico blanco, casi cristalino, justo a lado de la última papila. Dictaminé con sorna la curación de su hipocondria y el comienzo de su muerte somática. Volvió a sonreír. Yo apretaba sus muñecas con indiferente valentía hasta sentir la música del cuadro convidándonos. Luego la solté. Nuvoletta, Nuvoletta...

De pie frente a la tela y con el índice de la mano izquierda recorriendo (tenía los ojos cerrados) la línea del dibujo, empecé a albergar el propósito de mostrarle a Nuvoletta la índole del diseño general. Se había quitado los zapatos y cruzaba las piernas una sobre la otra, los hombros hacia atrás y la cabeza bien erguida, contemplando mi acto. Recordé en ese momento la presencia del retroproyector. Enchufé el cable y logré colocar el aparato delante de ella. Le dije que nos correspondía hacer un experimento a fin de ver cómo eran sus manos sobre el cuadro. Se las tomé suavemente y las dispuse encima, juntas, en los extremos de la superficie del luminoso vidrio.

Nuvoletta aguardaba la solución de mi misterio, obediente y traspasada por la luz. Se me ocurrió, al comprobar que mi sombra no era mía sino del cuadro, insertarme

en sus manos y en la tela misma, que yo juzgaba concluida. Mi silueta se mezcló con la de sus brazos y toqué sus manos inertes. Cobramos de la angustia un pudor sibilino, casi lírico. Apagué el retroproyector y me entraron unos deseos irreprimibles de tomar el pincel, el frasco de pintura blanca, y rastrear la impresión tibia de la sombra en el borde, seguir el contorno de toda la negrura superpuesta, liquidar esa obra de fastidios, abúlica y morosa. Pero toleré el deseo hasta reposar inequívocamente. Entonces la calma fue propiciando que Nuvoletta se sintiera casi una añadidura y que la violenta succión de la tela nos asaltase como un torbellino.

Regresé al tema de la bolita, pero con indignación inexplicable Nuvoletta me dijo que había desaparecido.

Yo examinaba las posibles razones de su furia. Habíamos practicado, sin saberlo a derechas, el rito de la perpetuación. La experiencia de la soledad nos encaminaba a aplaudir lo hondo, lo contumaz en la tela inmóvil. Preñada de ambos y, sin embargo, ajena a todo vestigio de concepción. Estaba allí, en el espacio. Suspendida. Y suspendidos también nosotros: Nuvoletta, con la cabeza hirsuta ahora entre sus rodillas. Yo, con los codos sobre el cojín del caballete, en el frescor de una esquina. No éramos ya los observadores vagamente alegres y circunspectos. No sabíamos valernos de la curiosidad, de los ojos abiertos que se prostituían lentos, como la doncella de ámbar que presidía el umbral y que rasgaba la juntura de sus piernas. La expectación, sorbida por los contornos macilentos de las formas que se insinuaban pero que jamás eran fieles, representaba ahora el agujero ciclópeo del lienzo, sus párpados de corifeo mudo. Yo percibía el acecho de la embriaguez y la impertinencia. El desconcierto de la luna en el espejo de la repisa,

en sus bronce sucios. La luna salida por un ángulo de la ventana, en un rincón que desconocía la presencia del umbral. El tedio de la luna. El tedio de Nuvoletta. Mi tedio.

La luna ocupó la tranquila variedad del espacio. La única luz era la de ella y la del spot, que yo apagué somnoliento. Al fondo de la pieza y adherida al umbral dormía Nuvoletta, cuya respiración me iba cautivando. Esa respiración se unía al azoro de su abrazo fetal. Mi inquietud era viva. Se veía tan inmóvil. Como si estuviese muerta.

Un dolor agudo me despertó. Había estado, en el precario descanso de los últimos momentos, con el mentón sobre el cojín del caballete. Cuando abrí bien los ojos, delante de mí había una enorme araña casera, de las zancudas, frotándose las dos patas anteriores. No me asusté, pero me invadió un temblor ligado a los deseos de orinar. Algo sucedió cuando fui a levantarme. Eché un vistazo por el trocito de ventana y comprobé que era de noche. El reloj de la iglesia daba entonces las cuatro. Miré a Nuvoletta, con su rostro cerrado oscuramente al insomnio. Experimenté una fugaz sensación de culpa. No me había importado su regreso a donde fuera, si bien la idea no pasaba de ser una formalidad. Escruté el campanario y, al tropezar con los ojos de Nuvoletta, me atemorizó que los tuviese tan abiertos. Le rogué proseguir su sueño y le expliqué la cuestión de mi insomnio. No quiso dormir otra vez. Tampoco utilizar mi cuarto. De pronto su semblante adquirió la solidez de una máscara. Supuse que lo del cuarto le molestaba, pero en mi invitación no había segundas intenciones. Después pensé que sí las había, que tenía deseos de ver el cuerpo desnudo de

Nuvoletta, de palpar su desnudez y hundirme en ella. Algo susurró.

Palabras apenas audibles. Dijo que una persona nos miraba desde el cuadro.

Me sobrecogí gozoso ante la idea de que pudiera ser cierto lo que ella afirmaba. Indagué un poco preguntándole si había visto alguna cosa extraña en la tela, pero retiró la mirada y se sumió en la contemplación del caballete. Insistí en la pregunta. No obtuve respuesta. Y cuando me dispuse a colocar otro cojín a guisa de respaldo sobre la pared, oí su voz en lontananza que me decía cómo *un brazo enorme estaba acariciándole la espalda con enormes y negrísimos dedos*. Entonces distinguí, al amparo de mi posición con respecto al cuadro, cinco pequeñas protuberancias que sobresalían de él, antes tan liso y escueto de empastes. Me pareció que algo luchaba por esconderse tras un ámbito breve, un ámbito bastante reducido en comparación con lo que intentaba acomodarse en la profundidad.

(Nuvoletta se ha quedado dormida otra vez. Decido comprobar, tocar con cuidado la identidad del milagro en la tela, y, apenas lo hago, noto que las protuberancias han desaparecido.)

A gatas me aproximé a Nuvoletta. Reía en sueños y contraía la boca en un placer equívoco. Su rumor acucioso no cesaba. Me tendí muy cerca procurando no despertarla. Temía que de un momento a otro atrapara al vuelo mi acto de robarle la cara. Al rato escuché las cinco campanadas de la iglesia. Habría besado la boca de Nuvoletta.

Y si me dejaba, habría lamido su espalda como hacen las serpientes antes de la devoración.

Eran más de las diez cuando despertamos. Había sol. También un insensato poema en prosa que yo corregía en el bloc de los apuntes. Le supliqué leerlo para los dos y accedió sin titubear:

Los ojos eran atentos y móviles. Me forzaban a mirar en una dirección transitada de antiguo. Seguramente me placera hacerlo de nuevo. Hay en el ámbito apagado del cuadro (mi cuadro) otro que me inquieta porque no me pertenece. Está dentro de este mío cuya hondura no se expande. Creemos hundir el puñal en el pecho de la figura ladrona que se asemeja a los olvidados jefes de la conspiración. Mas, ¿dónde está ese pecho que de pronto no es pecho y que luego es falsa rodilla o músculo escondido en el oropel de los antifaces? No sabemos. Ese otro, inquisitivo, vuelto al revés (no vemos más que la armazón del bastidor y los clavos, eso imaginamos), se nos aparece como quien dispara un dardo en la penumbra. Hundimos el puñal, pero la fría hoja sólo escarba un filo de labios en la tela, en ese género conseguido y que elegimos material esclavo. Desconocemos si en el otro cuadro, perteneciente a quién sabe cuál pintor que no soy yo, algo ya fue pintado, lo está siendo, lo va a ser.

Me di cuenta de que Nuvoletta iba incorporando a la entonación un esmero no solicitado. Me guardé la sutileza y le dije que permaneciera allí mientras yo buscaba el desayuno. Su inexpresividad era intolerable, pero comprendí que asentía agradecida. No quiso quedarse sola en la habitación y me siguió. Polvo de luz en el aire. Deferencia de la inútil claridad en torno a su cuerpo. Una música de órgano en la lejanía. Una música dispersa. Prístina música.

Cuando abandonamos la cocina recordé que habíamos cerrado la puerta del estudio y que la llave estaba adentro. Nuvoletta observó con disgusto el hueco del cerrojo y alargó el brazo hasta acariciarlo. Empujamos, pero la puerta era inmovible. De improviso sentimos como si alguien, del otro lado, estuviese haciendo girar el picaporte. No hubo ruido salvo ese. La puerta se abrió y nos dejó ver los espacios diversos de la estancia: el umbral con su nueva franja de sol, el cuadro, el caballete, los sillones, los cojines. Alcancé a percibir las protuberancias. Se agitaban en una lucha por desaparecer de nuestra vista. Los ojos de Nuvoletta se movían inquietos. Entramos.

Más bien se trataba de la atmósfera. Creo que lancé un grito, mi grito del sueño. Creo que grité sin ser escuchado. Nuvoletta se mantuvo de pie con las manos sobre el regazo blanco de su vestido. Empecé a odiar los cinco empastes salientes, que todavía olían a resina. (El grito, ya me acuerdo, no escapó jamás. Mi alma había deseado conservarlo para rumiar los senti-

dos más leves de esas negruzcas mentiras, esas señales apócrifas de la adición.)

Nuvoletta me pregunta si debemos hablar, por fin, del significado que el cuadro arroja como una niebla enteriza. Me apresuro a responderle que sí, independientemente de mis ganas de ducharme y afeitarme. Le confieso esto último y parece no entender mis palabras. Entonces nos sentamos.

Se le escapa un bostezo. Yo miro al cielo raso y enseguida me seducen las repugnantes telarañas.

Nuvoletta vacila.

Tiene ojos de milano ahora.

(Soy una presa fácil, me digo.)

De empezar a venerarla como a un objeto oracular, la tela no sería más que la ancha boca de una misteriosa y vasta galería. Esta suposición de Nuvoletta no me tomó desprevenido. Aquí y allá había muestras de su inteligencia, que supe valorar en un plazo muy corto. No obstante, Nuvoletta solía ovillarse en dilatados mutismos. El sonido de su frase era pulcro y artificioso. Yo anhelaba su voz, la voz auténtica y natural que me narraría la experiencia de una seducción.

Habló con el aliento entrecortado por el aturdimiento. Se emocionaba a causa de sus mismas agudezas, no exentas de gracia. No la interrumpí una sola vez, esperando un final de cascada que accedería al remanso cuya brevedad nos hace desear el despeñadero. Al final, lánguida, Nuvoletta se apagó. Deshizo su discurso en explicaciones bastante áridas sobre la técnica del cuadro.

Pero he aquí que concluye otra vez y me dice, con el acento de lo banal, que quizás podría haber una tela re-

velada, un bastidor nuevo vuelto hacia el rostro del artista ignoto.

Entonces me atrapó la soledad de mi sangre.

Un poco después de esas observaciones, que agradecí apenado, salí del estudio y, al pasar por la cocina, vi una redoma de vino y dos vasos. Era una tácita invitación a dejar los ardores de la ginebra. Cargué con todo y regresé.

Al entrar vi que Nuvoletta desaparecía entre los enormes dedos del cuadro.

Dejé caer la redoma y el vino corrió libre, manchando los cojines todavía tibios. Me acerqué al lienzo y pude verla aún, escondida en los ropajes blancos de una joven que me daba la espalda para posarle a ÉL, al Imprevisible. Ambas figuras se licuaban en sombras y líneas prolijas.

En ese momento empecé a llorar. Había perdido la generosa ilusión de tener una amiga a cambio de mirar, para siempre, el cuadro más hermoso del mundo.

INTERLUDIO

(El más hermoso, ciertamente.) El pintor se sienta y agota la ginebra compartida. La ebriedad le acomete con furia. Piensa que no entiende mucho sobre el suceso. Se trata de algo mágico. Y duerme. En el sueño sueña que sería magnífico soñar con un desprendimiento de estrellas, pero que más le vale apoderarse de la idea, el concepto, la representación precisa de los hechos.

Al siguiente día nota que la visión ha quedado intacta, fija, como una sombra dura, volumétrica. Un aconte-

cer en forma de sueño, o un sueño en forma de acontecer realista. (En el bloc de los apuntes van los detalles.) Empieza a reflexionar. Se expone a sí mismo la situación y concluye rotundamente: TODO fue soñado. Pero el microbio de la sospecha, la larva de los vislumbres, no le abandonan. Se retrotrae a los últimos minutos, al instante supremo del fin: realidad o alucinación. Discurre hacia la certidumbre por esos dos senderos, idénticos en rectitud y en anchura. Infinitos. En la confusión momentánea abandona su labor de escribano cejijunto y sobre un cojín del caballete se acomoda de frente al cuadro. Lo observa con fruición, con angustia y con rencor. Pero cuando alcanza a ver (es imposible precisar cuáles medios han servido a ese fin) las dos figuras (¿apócrifas?), experimenta un terror sin piedad. Dos figuras que son semejantes a dos huellas: la doncella blanquecina (¿será, acaso, Nuvoletta?) y el artista ladrón. La mascarada del desenlace. Y parpadea volteando la cabeza. Se niega a continuar mirando. Más tarde se dice (expresa al alma que debe tener): “concéntrate, ¿a qué viene ese remilgo tan pueril? Querías una experiencia vital, ¿no? Pues ahí la tienes: *la tomas o ella te toma a ti.*” (Estas palabras no suenan exactamente así, del modo en que se dejan leer. Son más bien retazos, percepciones desordenadas y disímiles que se agrupan en un mismo espacio, en un mismo tiempo.)

Quien quiera ver, verá (y viceversa). Hay claridad en este complejísimo asunto. Entonces escucha: «¿no vas a mirar *ahora?*» La voz del alma. Las tenazas del recelo, sí. La endiablada pinza de la duda: «pero, ¿tengo que hacerlo, mirar ahora? (y qué mirar, y qué ahora)» Y el alma, la contestación del alma en un hilo de voz: «voy a mirar, sí, tengo que hacerlo, mirar.»

Y mira.
Lo que ve es precisamente *lo que está viendo*.
Los ve a ambos: *ella* posa y *él*, absorto, contempla.
Y los ve a *ellos* también. Que los atisban (a ella, a él). Intrusos fisgones.
El cuerpo de Nuvoletta...

La curiosidad puede desbaratar el sentimiento, romper el dulce sueño de la melancolía, trucidar el enojo, suprimir el torbellino de la angustia:

Los fisgones, quiénes son los fisgones.

(El pintor va imaginando la raíz de su sueño, es el originador de la escena y de los contrincantes. Alma byrónica, todo pasaje le pertenece. No es de Dios la inteligencia, no.)

Repara más en los atisbadores que en la perdida doncella.

Que en el mismo enemigo.

Que en su obra inconcebible.

A cambio de mirar, para siempre, el cuadro más hermoso del mundo.

El cuadro *empieza* así:

1

El estudiante ha sentido imprevistamente la pulcra vecindad de la nube. La ve reptar bajo el cielo gris hacia un sol disuelto y enorme, quizás magnificado por la ce-

leridad de las horas. La nube atraviesa la luz, y el flujo brevísimo de la sombra queda intacto en el ámbito cerrado por los ventanales. Entonces, una vez transcurrido el tiempo, ese que podría hacerle olvidar las figuras entrevistas, casi recortadas bajo el marco del lienzo en el fondo, le sorprende (aunque no mucho) el perfil de una Anciana cuya nariz de verdura magra se aplasta contra los vidrios, tan limpios. La Anciana está allá, a unos metros, rozando el borde del lienzo. No lo mira. Tampoco al estudiante. Se diría que guarda los ojos para las figuras del centro, sin importarle nada salvo ellas, o las cosas que allí tienen lugar. La Anciana es fea. Sus córneas brillan como las del estudiante. Ahora él se olvida de ella. En ese razonar leve, desasido, van sus pensamientos. Hasta quedar confinado otra vez por la manera en que las figuras se desplazan por la estancia.

Un tercer observador llega ahora a los ventanales de la derecha. Huele las hierbas que por ese lado crecen (es un jardín de grandes begonias) y mordisquea algunas. Deja la huella de su respiración en los vidrios. El vapor se achica y se esfuma en una transparencia. La Anciana no repara en el Ciervo (es un ciervo), pero el estudiante sí. Este último abandona su disciplinada curiosidad y advierte una rara inteligencia en los ojos del Ciervo. El estudiante mira a la Anciana y ve que ella se ha fijado en el Ciervo. Este jamás se apartará de las figuras. Aunque le oprime un temor: la oblicua *cortina de colores* que hay a su izquierda. Pende inmóvil. A veces permite la entrada de un filo de luz que, sin embargo, no cae encima de las figuras. Ellas están muy al centro. Unidas.

De pronto, a la derecha del estudiante los vidrios estallan hacia adentro. Alguien ha dejado caer, con oculto

propósito, una Catedral. Qué inusitado: una Catedral-juguete, de cartón piedra. Cierta mano la inserta en el cuarto sitial de los visionarios. Mano de cíclope, oscura, que desdeña el natural indagar de quien se invita a sí mismo.

Suponemos que ese oficio colectivo comporta el milagro de la soledad que viene a aposentarse en cada observador. Ya están los cuatro allí, en los cuatro ventanales. Y no habrá razón para otro sobresalto.

Las figuras se encuentran tan ocupadas que no escuchan el trueno lento de los vidrios. La tarea les absorbe y les excluye y no se sienten alzadas, sopesadas, evaluadas por el múltiple mirar.

Seriedad y tiesura en el estudiante, pero disfruta de los hechos. La Anciana blasfema instantáneamente, como un resorte, y deja fluir su ira, que es una lava amarga. El Ciervo regresa del espanto, no se mueve. Tiemblan sus patas finas. De las ancas brota un fragante sudor que sólo él percibe. Cuando cesa el miedo que le produce el estar robando un paisaje nuevo, lleno de estruendos.

¿Y la Catedral?

Pronto acaba el movimiento que les atrapa. Hay reposo, horizontalidad de salto de agua, tensión en un punto ciego. Así cada figón resuelve, para compartir unos minutos las particulares agudezas de sus posiciones, cambiar su sitio por el del otro. Todos prueban los cuatro ángulos para reconstruir la insensata escena del centro.

Es inútil. La cosa no marcha.

(Las figuras se comprenden ellas mismas. Representan e ignoran algo. Mas esto es remanso, calle empinada que tornamos a viajar hacia abajo, todo lo fácilmente que el cansancio nos permite.) *Los observadores son implacables y nadie es capaz de perturbarlos.*

Duraderos.

Adelantados.
Perpetuadores.
Crónicos.
Incesantes.
Monótonos.

Con gran acento viene la curiosidad del estudiante. Procura celoso el detalle, las máscaras en la luz del fuego transparente, como si ese resplandor callado se originara en los cuerpos sobre el lecho enorme. Rendido por la fulguración, entrecierra los ojos. Va en busca de la alfombra que traía arrollada entre los brazos. Cubre con ella los ventanales del fondo. Pero no es una alfombra. Se trata de un lienzo ganado —mañas no faltan— al ilusorio prestamista del callejón vecino. Hace tiempo lo guardaba con amor en el polvo. Para él, un estudiante.

Su sombra cayó rendida en la frialdad de los vidrios. Obediente permanece allí. El cuerpo se escurre con el fardo cuyo viejo aroma de lacas quedó en el estante mayor de la calleja. Inserta las puntas en las persianas y el cristal cruje. Y el estudiante regresa a atisbar al lado de su sombra.

¿Qué mira con tanto fervor, allí detenido, entre las altas begonias que tocan el ventanal norte? Abiertos y fijos como los de la muerte, sus ojos no pierden detalle del virtuosismo de la escena. Figuras, sí. Leznas amarillas que la penumbra dispara. La luz se escurre por las matas hacia la cristalería. Catapulteada la luz en dirección a los cuerpos que ruedan. Entonces las figuras se congelan y retoman los instrumentos, unos instrumentos. Una de ellas se incorpora y asume la postura de ayer. Las dos en el gesto pretérito de mirar al fondo de los ojos respectivos. Luego atienden dulcemente los trazos del colgadizo.

Van a sonreír ahora, sí.
Les place hacerlo de nuevo.
Empuñan los instrumentos (bis).
Renuévanse.

Enterado del milagro, el estudiante recorre al amanecer la calleja que se eriza de palos y ofrendas podridas. Tiene las manos enteramente cubiertas de vello algodonoso, como briznas de hollín. Los azares de la ambición engendran cosas parecidas: hollín, carcoma de huesos, unas arruguitas perversas en el costado, que no dejan de crecer hasta convertirse en labios voceadores. En soledad hablan, escancian un vino tan espeso. Recuerda a la sangre. Pero amanece ya y, cuando el día empieza, todo es nuevo, todo reanuda un despertar elusivo, todo es casi benévolo y, en fin, todo quiere prodigar bondades. Ambicioso, nada lerdo en cuestiones de ganancia, el estudiante ha acudido a su cita con el milagro. Entre veras y burlas le han dicho: un milagro, a pocos minutos de camino, en la casona de empeños: un milagro de milagros. Y helo aquí, aguardando al prestamista. En procura de una rápida liquidación de su enfermedad (el vello oscuro, la carcoma de arenas, las arruguitas parlantes), el estudiante echa mano de la invención al percibir con desagrado las voces que le salen del cuerpo. Piensa que va a adquirir el milagro y que lo va a obsequiar a alguien que haya sido afectuoso. Pero no, no al de las bondades (todo quiere prodigarlas). Puede parecer un trueque. Mejor al que no le brindó nada excepto la fiereza de un odio. Pero no. No sutil venganza, qué flaca riposta. Regalo al mendigo, al pordiosero esquinado en la calleja, a una puta endeble pero linda

todavía, a un criminal por caridad, sólo por caridad. Y estas posibilidades le indican la trampa ingeniosa de confundir a las voces. El hollín-pelambre oscura hace de las manos unos guantes horribles. La carcoma, orillando el más perfecto de los ascos, roe las tibias entrañas. El estudiante cierra los ojos y se permite una genuflexión. Ahora las voces van puliéndose en susurros y sobreviene la calma. Hay ventisca en la urbe.

El prestamista anda vestido, esa mañana, como los maestros de la diócesis. Capa encarnada y blusón de bastilla. El estudiante va a su encuentro y le interpela ansioso. El otro escruta las palabras, la fulgurante avidez de quien se atropella en un hablar de hipos y silencios. Se abre la mazmorra del salón y se oye decir: «¡ahí lo tienes! Vale lo que vale...» La reticencia turba al estudiante. Luego de una corta vacilación, tiende la mano horrible en cuya palma ahuecada hay unas monedas. El prestamista las mira satisfecho porque el trato es bueno.

2

La Catedral es juiciosa. Frunce el ceño continuamente. Sus ojos parpadean levantiscos, empequeñecidos por ese esfuerzo que ninguno de los presentes reconoce. Suele musitar frases levísimas cuya índole condenatoria es provecho de sonrisas que esboza con fruición. La Catedral es juiciosa. Tanto como el estudiante. Exhibe implacable una actitud muy selectiva ante las raras formas que se agrupan o dispersan allí, en la estancia. A veces desvía su atención hacia el resto de los observadores. O se vuelve y mira detrás, en dirección a la mano que la

trajo. La mano pertenece a alguien que está embozado y que no es, empero, objeto de ningún interés.

Algo imprevisto sucede. La Catedral recula, se estremece y deja escapar un estentóreo silbido. Los visitantes dejan la escena y se aproximan. A la Catedral le cruza el rostro una mueca vertical. Donde las gárgolas parecen juntarse en tejadillos, la piel de cartón piedra se rotura en anchas grietas. De los cuerpos, las figuras, fluye un esplendor gaseoso. Borbota en grumos sobre el tejido. Obnubila a los atisbadores. Ciegos ya están.

La primera violencia es torva y no cesa en el gesto de las figuras. Aunque el suceso agrandará la emancipación que los observadores habían visto antes en los observados. Un escozor cerebral reptaba por el rostro del juguete como un ácido helado. Va a proferir un insulto, pero la lengua de piedra tritura las oraciones acampanadas y mortíferas. No es elástica la lengua. Mendacidad de payaso, gnomo que se revuelca envidioso en una cena nupcial. Es alimaña azotada.

Esa ineficacia rompe el encanto del azoro que iban sembrando las figuras en quienes otean. Pero nadie fue capaz de perturbarlas, desnudas y extenuadas, cayendo sobre ellas mismas hondamente, como corolas mustias en el invierno desapacible. Vertida la luz en río de sierpes que diseminan la brillantez. En todos los puntos de la estancia. Y la Catedral, vacía de gritos, terminó por rajarse en dos mitades que olían a madera ardida.

La mano grande, la mano enorme, la mano enjugándose el sudor con otra mano y un pañuelo, la mano avisada, imperceptible tras la dura red de las begonias, la mano

próxima, con el índice y el pulgar unidos sobre el aro de la cadenilla que se hunde en el techo de escamas, la mano cariñosa, entusiasmada con el juguete, la mano que tropieza y rompe los debiluchos vidrios, finos, muy finos para estar allí, en el ventanal del estudio (un estudio de pintor, sí). Así entra la Catedral y, junto a los demás, completa el cerco de los figones que pretenden.

En su breve interior pernocta un acicalado hombrecillo de infolios y tinta, plumas de ganso y lentes redondos como la claraboya del cielo raso. El hombrecillo se dedica a inventar cosas absurdas y jamás ríe. Tan exiguo es su oficio de censor de obras (digamos que sólo ve lo que precariamente le es dado mirar a través del agujero de arriba, auxiliándose de un largo taburete). El hombrecillo duerme envuelto en un edredón de plumas. Todos los días, a la misma hora, hace correr su diestra y enyojada mano derecha sobre papeles en los que hay trazos que podrían ser erizos de mar. Su tesoro consiste en una bocina de cuerno en compañía de la cual se siente feliz y poderoso. Le engorda la voz y la garganta. Ruge al leer el contenido de los papeles.

Cuando se rompieron los vidrios, supo que había llegado el momento de trabajar intensamente. Calza los espejuelos, ablanda las sucias orejas de ratón y trepa alto en busca de la oquedad, su mirador. Poco después se empinan sus escasos cabellos y le tiembla la punta de la nariz.

Un resplandor le escalda las pupilas.

A la bruja (la anciana de marras) las escenas le parecen tímidamente lentas y harto engañosas a causa del celo con que las figuras operan en el espacio. Hiede la bruja. Pero cuando algo la atrae, sabe muy bien qué hacer con sus más ostensibles defectos. Suele mirar de soslayo y ahora lo hace de frente, parpadeando apenas. Sus tobillos ensayan un cómico bailecito que ella se empeña en ocultar. Este insólito movimiento le permite entrar en calor y mantenerse tibia. Porque, de enfriarse, la bruja se convertiría en un sapo nefando y gutural.

Se descubre, luego de bien examinadas sus pantorri-llas, que la anciana ha venido de muy lejos. Tan visible es la costra de lodo que, en manchas pardinegras, el aire del camino le esparce. Por la agitación de sus manos podemos sospechar el carácter terrible de su cólera o de su endemoniada jocundia. Tiene ahora los puños apretados y empuja el marco inferior del ventanal. La pierna izquierda frota deseosa contra la derecha y una llaga se reabre húmeda.

*(que vapor
qué olor
la viejita
qué vapor
ese olor
de viejita
podridita
qué vapor)*

Lo de la bruja es contento. La escena le aviva el ánimo. De un momento a otro le recordará cosas de hace mucho tiempo, cosas de su juventud o de cuando el aquelarre, en las noches de plata, la instruía en los menesteres del daño y la adivinación. La bruja nació vieja, una anciana, y pequeñita. Terror e hilo sedosos de la locura que adquirió su madre con su asfixia de sombras. De esta vejez iniciada creció la envidia, un lustroso rencor al suspiro que las doncellas exhalaban sobre la paja de los establos. Muchas veces se acercó la anciana, achicándose bajo el peso del zurrón maldito, dejando correr las verdes culebras del veneno. Siempre aguardaba en silencio las cumbres de ese placer ajeno, mientras una lágrima redonda se escurre por el pergamino de su faz.

Los espectros acuden a la hermosura de este fuego impío. El aquelarre convoca al son de un caramillo robado al pastor que los fieles asaetean con muérdago e idolillos filosos. Sus restos velan en círculo estrecho. Ella está aquí, pero se ausenta en pos de los efluvios de un discorrir que clarea en la visión. Inadvertida escapa hacia atrás. Se interna en la fronda y se apercibe. Las moscas cubren la Caja. Sus dueños offician en el aquelarre. Olvidan a la fugitiva.

Ya en el lugar de la Caja.

Inmóvil.

Resudada.

Le atraen los aromas de la Noche y los gritos de las criaturas que van a perecer trucidadas por la brisa de la muerte. Pero más aún le imantan los ojos las palabras de una historia rara que la Caja guarda. Razona que, si existe

la historia, sus protagonistas también: enterizos y fijados en alguna parte del mundo.

Carece, sin embargo, de la evidencia mayor: el sitio adonde fue la oscurecida representación de los sucesos que ocurren en la historia.

Ahora gime el pastor, se derrite.

La bruja otra vez en el fuego adormecido por las letanías.

Un hombre cuece el vino de quien va a iniciarse.

De pronto la niña-anciana grita. Brama sangrientamente y muerde las hierbas color de ceniza. El aquelarre se agita. El caramillo se apaga.

Ha visto, en el fondo de su testa que pueblan pájaros y rabias, a un estudiante que llega a la tienda de un anticuario. Tras breves palabras, el primero adquiere un objeto. Es la representación de la historia.

4

Los ojos del Ciervo: he aquí su fiereza. Porque todo él, excepto los ojos, es afelpada bondad, género suave al tacto. Hay, incluso, fragancia en la espuma de su sudor.

(Viene de lejos, como los otros observadores.)

El Ciervo ha sembrado sus patas en los terrones del jardín de las begonias que rodea a la estancia. Después de la ruidosa intrusión de la Catedral, le acecha un temblor en la sangre.

(Sangre remota. La vieron crecer antiguos paisajes de nieve.)

Y aprueba emocionado, con el hocico descansando sobre el filo del ventanal, el polvo de luces que irradian las figuras del centro. Más que ver, el Ciervo imagina y

completa los gestos de quienes son atisbados. Repara en la exquisita cortina (no es una cortina, no) del lado derecho. Le recorre la pelambre electrizada un creciente asombro.

El Ciervo ha visto. Nadie más.

El ciervo pisa la nieve. Lleva anteojos de luciérnaga y vislumbra el horizonte. Más allá, en el pálido bosque, adivinará el rielar de la luna encima de dos cuerpos que danzan entre las tumbas. El Gran Rey de los Ciervos ha muerto. Queda él, un ciervo contrito y avezado. Le acoge la llanura exánime, fría, endurecida por el hielo. Está solo el ciervo después de la batalla.

5

Gustaban de los crespos océanos invernales y podían tener siempre, allí en el breñal del montículo, una barcaza de maderos lamidos por la lluvia. Ir a las islas los domingos, desde el mediodía hasta el crepúsculo, era como ir al sitio palaciego de un reposo. Sentía él una fácil devoción por las horas en que la brisa era menos fría. Ella no. El alba constante su apoteosis. El rugido final de la noche frente a la luz.

Octubre. Un día, luego de un turbión escarchado, la barcaza hiperbórea viajó hacia la isleta de las hornacinas, eludiendo las rocas y el saludo de los ejércitos de medusas. Ella adivinó la intención de su amigo el remero. Entonces bajó los ojos y los fijó en el suelo de la embarcación. Después recordó que habría una obligada quie-

tud en la orilla y que las palabras del remero se alargaban como la sombra de los peces del canal.

La fila de los árboles empezaba allá, a escasos metros. Detrás de los árboles, las columnatas. Encima de éstas, las hornacinas pulidas por el aire y la sal. Antes los jóvenes de la ciudad acudían a la isleta. Era grato ver el conjunto de falúas y tancales varados. Ahora la costumbre no existía ya.

Respetuosa prudencia la de ambos, conocedores del ritual: ir a los mármoles y leer los documentos labrados en ellos, sin tocar las figuras tutelares. Más tarde, ofrecer a los dioses el espectáculo de la fecundación. Así, pues, sortearon los rectos árboles y se quitaron las ropas.

Ya están desnudos: él irá a la guerra, tan dispuesto. Ella no para de reír. Se escrutan súbitamente serios y ella lee una inscripción, un verso que la sal oscureció, una máxima tan convincente como el abrazo del remero.

En la hierba: sol afilado, zigzagueante.

Jalea de cerezas.

Y él cantó muy bajo una historia de guerreros altivos y crueles.

Ruidos de pasos en la cruda hojarasca. Turbado, el ciervo recelando. Acecha: los músculos son arcos de fresno.

Salto.

Las coces en el pecho del remero.

La sangre hacia la muerte.

Aúlla el ciervo en el fin de la agonía.

Furia y tristeza juntas. Corazón ambiguo.

Recula el ciervo y se impulsa. Da otro salto y cubre espesamente a la muchacha. Poseída por un dios gentil, violento y soberbio.

Implacable ángel el ciervo.

(Las estaciones se suceden en la isleta de las hornacinas.)

6

En estas gráciles incoherencias disipa el ciervo su memoria azuzada por los gestos de las figuras del centro. Vuelve los ojos a la cortina-representación que ganó el estudiante. Las imágenes en la isleta terminan por deshacerse, pero renacen y se implantan en las de la estancia atisbada.

Un temblor jubiloso y homicida.

El del ciervo, sí.

Ahora.

Y salta.

Vuela.

Y cae.

Sobre un charco de aguarrás (pintor memorioso, enmohecido) y una paleta de colores turbios.

//Sin embargo, ¿dónde ha caído el Ciervo? ¿Qué son las figuras que se mueven en la estancia? ¿Es acaso irreal ese vaho respirado por los contritos observadores (astutos y contritos, prístinos e imperturbables?) El espacio mismo, ¿empieza y acaba? Y el paraván del fondo, la cortina sospechosa en la que reparan inquietos, ¿qué es?//

Tu nariz bajo mi nariz, delicia en la gloria del aliento. Y no respiro el aire de la alcoba, no respiro ese éter habitual, evado la presencia adusta, sobre la mejilla, en la fruta de la almohada. En las noches los escarabajos reptan por mi vientre y prefieren esconderse entre los libros para asaltarme en forma de sueños humedecidos, o transparentes murallas de perfume. La preciosa almohada demora el juego de la turbulencia. La almohada que pongo aquí, sibilina, entre mis piernas. Protege el envión de las calaveras de fuego, el árbol enhiesto como una torre de basalto. Quise decirte una vez: amo tu cuerpo más que el espíritu que lo llena porque tus rodillas son tan lisas. No me percibes enteramente cuerdo. Mi nariz allí, junto a la tuya. Discierne el olor de las murallas de perfume. Tu boca es pimienta negra y miel: somos dioses o vértebras de un animal que se agazapa eterno en la galaxia. La almohada se dispersa y agita. Mis brazos descansando alrededor, en círculo, de tu espalda en la seda. No veo la risa. En los cristales empieza el día y, asimismo, el dorado fulgor de la condena. Tú entras en la zona intangible de una frialdad. Hay mordeduras súbitas antes de que nazca la intención de dibujar. Qué espantoso saber que somos inmortales, qué dura verdad. Pero el arroz y el sésamo van a fundirse al pie de las murallas de perfume. El estuor nos alcanza y vamos descendiendo al pozo sin fin, asustados por la rara belleza del brocal. Allí sus figurillas. Allí los venablos en la llama de la pira, allí la playa y las reses del sacrificio, gordezuelas reses para descabezar la posibilidad de una derrota. El ejército de los bárbaros del

Norte ha acampado sobre las piedras blancas que rodean la puerta de la ciudad, la ciudad confundida por lo irreal y lo real. Nadie sabrá nunca.

Nos avvicinamos a la entraña del brocal que se anima en las candelas del rito. Alguien incendia unos caballos de paja y la menos fea de las madrecitas de la costa atrae a las demás con piedras de fina historia. Se oye un entrechocar de piedras y un gemido de olifantes. Es la fiesta de la victoria prometida por el alba a punto de nacer.

Cortan los muslos vivos de las reses y en el fuego el aceite pule los riscos del suelo. Hay una mujer joven que es virgen y que avanza callada bajo el techo de las picas y las lanzas y los venablos y las mazas y los escudos. Mengua el resplandor del brocal, pues nos hemos introducido entre los figurantes. La doncella sonríe a los guerreros y va arrojándoles flores de una fría estación. Delante se alzan la pira mayor y el potro. Son objetos que se inscriben en una memoria común.

Los jefes olvidan, casi desprecian ahora los movimientos tácticos del futuro combate. Un buril y una tablilla se deshacen cuando entra, en el círculo de luz, la joven que va a morir. Es la elegida y posee. La muerte espera, curiosa, la pregunta del sacerdote. El último deseo de quien será el ánima del potro negro. Va a cumplirse allí, a la vista de todos, protegido por todos. La muerte también ayuda.

Nos quedamos sin respirar: la doncella susurra unas palabras y el sacerdote se inclina. Después se marchita su adustez y busca en las filas de hombres al objeto del deseo. De pie, el cuarto, empezando a contar por la derecha. La derecha del lugar donde está el pellejo de vino. El escanciador mira hacia la luna polvorienta. «Aquél», se oye decir a la muchacha.

Ya el joven la ha tomado por los hombros y se alejan hasta tocar la arena mojada. Las ropas caen en la concavidad de su escudo. El ejército observa y hay gritos de entusiasmo. El objeto del deseo clava una lanza en las rocas

y yo, contento, hundo mi puñal sin prisa

Vamos cayendo al fondo del pozo y ellos caen sobre una túnica bermeja. La arena los va puliendo en la prolongada libación

y tú me ofreces otra vez la pelvis humeante

El sacerdote tiembla y llora. La elegida se perdió, pues ya no es una virgen. «Quiero que un hombre me desnude y me acaricie, eso quiero antes del fuego», había dicho. Entonces va y regresa con su bastón mágico y horada el aire en remolino. Los cuerpos duermen. Las candelas han cobrado un brillo de amanecer. De la tierra asciende un vapor ceniciento que adquiere la silueta de una doncella de ámbar. Pira de ámbar, también, en los crujientes caballos de paja. Alguien ordena traer más maderos y el fuego crece.

Planas, pulcras, renegridas piedras en la playa. Allá los navíos, perdiéndose en la combadura del océano.

Nosotros aquí, en el pedestal del lecho, de vuelta

La almohada sobre un ángulo desapacible, en la previsión de querer usarla luego. En el entreacto. En el silencio. Conozco el límite del silencio.
Augurio en el norte del abismo del pozo.
Estamos obligados al fuego: siembra sin cosecha.

¿Sabrías tú devolverme íntegro este muslo preso en los tuyos, sabrías hacerlo sin que yo percibiese un movimiento que da origen a otro, más sensible, más imaginado por los dos que por mí mismo? Los alientos viajan abajo, retornan al inicio. Es una evasión del fin, como un pájaro suicida en la parábola antes de unirse con el mar

El guerrero y la doncella.

Lo que hacen es aquello que repiten nuestras rodillas, nuestras piernas, los tobillos.

Tengo que trazar los contornos viejos y que el tiempo retroceda, sí, que retroceda.

Míralo allí, sobre el cojín del caballete. Va a morirse comprendiendo que es un dios.

Los dioses son seres para la soledad. Vamos a regresar. Al fuego todo.

Al fuego todo cuanto hay aquí. (Pero un bis, un bis, una tregua. Ahora, sí.)

Caer aquí, cómo ahora, entonces, infinitos ahora.

Es triste que no seamos más que una imagen.

Qué perversión un cosmos indefinido porque todo es posible.

Y esos cuatro rostros demudados y contradictores.

Acaso reprobamos nuestra unión en la imagen y no en la realidad.

Estos malditos y acechantes, los embozados por la
bruma, los sin tiempo.

Oponen razones a la cita.

Algo dirán interrumpiendo.

Querrían entrar.

Hacerlo, sí.

Pero a mano están los pinceles.

Y mi modelo dispuesta.

El lienzo primordial me han enseñado.

Vamos a reír de la argucia.

Voy a empezar a no ser perfecto.

Mira lo que trae la perfección.

Nadie te raptará con negros dedos.

Volvamos.

Sí, volvamos.

El sendero: a la inversa.

Ahora.

Sí.

8

*Al entrar vi a la muchacha desnuda, inmóvil, espe-
rando mi desnudez*

BROG
cuarteto de la desolación
como obra de arte

*Arthur Rimbaud juntó un poco de leña,
hizo fuego y encendió un puro.
Miró al visitante y le dijo:
“¿Por dónde quiere que empiece?
No hay mucho que contar.”*
Alain Borer, Rimbaud de Arabia

1

El paralítico que estaba tendido de costado se levantó. Le vieron franquear la galería con paso singularmente firme, como huyendo. Esa temporada la piscina era un sitio de hastío. La Ciudad parecía un siniestro lavadero negro. Los mendigos se agitaban a lo lejos. Detrás de los lisiados había una claridad igual a toda la esperanza humana.

Si lo recuerdo bien, antaño mi vida era un festín. Todos los corazones se abrían en mis rodillas. Encontré amarga a la belleza. (Me horrorizan los oficios innobles.) ¿Quién ha hecho tan pérfida a mi lengua? Soy un leproso sentado sobre los trastos y las ortigas. El aire marino quemará mis pulmones y tendré miembros de hierro.

En la Ciudad el fango me pareció súbitamente rojo. Ahora me están prohibidas las orgías y se me ha ahorrado el arrepentimiento. Me ofrezco, en el abandono, a cualquier imagen.

Cuando aún era niño husmeaba en la fatalidad de las ciudades. Hoy puedo salvarme, inspirado por la fiebre. Lisiados y ancianos son muy respetables. Pienso unir-me a ellos porque me escogieron entre los náufragos. Les diré: el mundo es bueno. Les diré: he de amar a mis hermanos. La noche rueda en mis ojos. La felicidad doméstica está en ese dorado punto de la Ciudad.

Me derriba la violencia de un enorme trago de veneno que bebí. Ardo como hay que arder. Ya están aquí las delicias profundas de la condenación. Mi cólera es terriblemente tonta. Una linterna nos mostró al paralítico, avaro de su suerte. Acabó su última cuita y entonces echa de menos al mundo. Hace todas las muecas imaginables.

El grupo a que pertenezco escucha la confesión de un personaje infernal. Es una mujer ebria e impura a quien todo se le permite, pues es tan triste, tan insignificante. Lloro enlutada y tiene miedo. Con frío desdén hace de la crueldad un encanto. Habla en una especie de enternecido dialecto. Dijo que hay una piedad perversa para los niños. Se refirió a actos extraños y complicados. Yo veía la decoración de su palinodia: vestidos, muebles, paisajes. Ninguna otra alma tendría bastante fuerza. Como su pena aumentaba sin cesar, la engañé con la descripción de un cielo en el que desaparecerían sus sufrimientos. Nos comprendimos de inmediato y después hubo una penetrante caricia.

Un día tendré que irme lejos, pero es necesario ayudar aquí. Tal es mi responsabilidad, aunque no sea agradable. Me hicieron prometer que no les abandonaría. Ahora duermen sobre el empedrado en la Ciudad frívola y adversa. Es una vida de aventuras que compensa todos mis sinsabores. No sé orar.

La mujer se consagra al paralítico de la piscina. Su destino es el de los corazones caritativos. Reía en el delirio y más tarde recuperaba sus modales salvajes. Vaya una pareja. Él se vanagloria de poseer telas de saltimbanquis. Ella grita que es dueña de juguetes grotescos y de refranes bobos. Lejos de los pájaros y del rebaño de leprosos, la virgen loca y el paralítico abrevan en aquella maleza. Al mediodía surge una tibia bruma verde. A las cuatro la amorosa fatiga aún perdura. Una tempestad desterró el olor de la tarde de fiesta. La virgen loca ha visto un salón en el fondo de un lago. Se oscurece todo.

Me arrastró por callejuelas hediondas, diciéndome al oído que los moscardones se embriagaban en el mingitorio donde había nacido. Detrás iba la pandilla, con sed de incienso y de cizaña. ¡Que venga, que venga el tiempo de amar!, exclama la loca. El paralítico no lamenta nuestra huida. Tenemos apetito de tierra, piedras, viejas piedras de iglesia. En el centro de la Ciudad, junto a la piscina de las cinco galerías, hay una alta torre. Vamos en dirección a ella.

Los rasgos de mi cara son bufonescos. Es el resultado de la alegría. A pesar de la noche solitaria (la república de las sombras y los torbellinos) éramos felices.

Devoramos los peñascos mientras un lobo aullaba bajo las hojas. Nos hemos convertido en una canción sobre la fatalidad de la dicha. Tuve que distraer los encantamientos reunidos en mi cerebro. Yo, el condenado, gusano maduro en pos de la muerte, traía la salud amenazada por los sofismas de la demencia. Fue entonces cuando hallé la forma de saludar a la belleza amarga y llamé a las plagas. Creo que hicieron lo suyo.

Hace poco estuve a punto de emitir el último cuac y pensé en el festín. Todo era cuestión de ganarle a la

muerte con mis egoísmos y cobardías. Ayer suspiraba aún, orgulloso de no tener patria ni amigos. Tan sólo una Ciudad. Me dije que cualquier camino es amplio en cualquier tiempo. El mejor de los mendigos no despreciaría la ocasión. Así, al recobrar un tercio de mi cordura, fui al encuentro de la virgen loca, pues el paralítico, hombre autoritario, había desaparecido. No me guiaba la sabiduría, sino la grosera audacia de mi amante. Supongo que ella es la fuente de mis necias y sutiles divagaciones de hoy.

El paralítico se hincha de placer ante un plato de legumbres. También ha cedido a instintos deletéreos y exclama que los cadáveres de los malvados y los holgazanes tuvieron alguna vez juventud amable y heroica. ¿Por cuál crimen ha merecido su actual debilidad? La Ciudad le oye. La Ciudad de cielo manchado de fuego y lodo. Vuelvo a mirarme la piel roída por la peste. ¿Cuándo iremos mi virgen loca y yo más allá de las playas y las estepas? ¡Nuestra barca marcharía agitando sus pabellones! Los mendigos nos observan y piden perdón por haber alimentado mi sueño.

Todos estos inmundos recuerdos se borran. La hora es nueva y severa. La sangre seca humea en mi rostro y mis últimos lamentos huyen. Mientras tanto, ha llegado la víspera del viaje.

Regresamos a la piscina. Ahí está el paralítico. Mi compañera bromea a propósito de sus pálidos ojos de ciego. El agua negra acoge a la primera acción grave del lisiado. En el lavadero popular pueden verse los retoños de su pecado. La luz es amarilla. Me apoyo en una columna donde la limosna es segura. Después he saltado sobre un idiota para estrangular su risa incansable.

Salgo al fin. No sé explicarme sin palabras paganas. Voy al calvero de las viejas y los niños. Danzo. Hay

buenas mujeres, canciones, juegos. Soy de raza inferior y me aparto a beber licores fuertes como metal fundido. Lo mejor es dormir perfectamente ebrio. Me gustaría tener oro y ser ocioso y brutal.

Es de día aún. Acabaron ya la inocencia y la timidez. Ahora la caminata, el fardo, la cólera. El trayecto hacia los albergues, sin pan, casi sin ropas. Una voz oprimía mi corazón helado de rencor. Otra vez solo. Tenía el aspecto de un muerto y probablemente no me veían.

Creo que abandonaré este lugar donde habita ese tipo de locura que convierte en rehenes a los miserables. ¡Hambre, sed, gritos, danza, danza, danza, danza! Ni siquiera pienso en caer dentro de la nada. Hay un féretro cubierto de límpidas lágrimas. He recibido el golpe de gracia y un canto razonable se eleva del navío salvador. Pero la virgen loca no está. El reloj dará sólo las horas del otro bautismo, no las de la última cuita. Ya no soy capaz de pedir el consuelo de una paliza.

Es el infierno, es la pena. No puedo describir mi visión porque nadie tolera los himnos. Allá lejos, ¿habrá almas honradas que me deseen el bien? Las murallas de la Ciudad son altas. ¡Y saber que poseo la verdad, que tengo el juicio sano, que estoy listo para la perfección! No quisiera derramar mi tesoro, el fuego que arde en el condenado.

Los mendigos y yo nos topamos con una sierva que se empeña en demostrar su inocencia al público de leprosos, mis hermanos. La sierva proclamaba su honestidad. Dijo que jamás se transformaría en esqueleto. Incluso a mí, que he perdido la prudencia, su confesión me pareció insensata. Aquella mujer pretendía herirse todo el cuerpo. Andaba arrastrándose y se retorció sobre una alfombra llena de puñales. Intervine y calmé su do-

lor, a riesgo de que los beodos me cortaran el cuello, lo cual sería asqueroso. Pensé en mi esposa loca, ida con el paralítico. La sierva explicó a los beodos, en un imprevisto arranque de serenidad, que yo estaba hechizándola y que la tenía prisionera. Su alma era como aquel palacio desprovisto de joyas. Ya empezaba a habituarme. Así, nos fuimos al arrabal, junto a las murallas, y vimos a un joven elegante que penetraba en su hermosa y tranquila residencia. Dormimos sin remordimiento ni esperanza.

Nos despertó la pesadilla común de unas ovejas que representaban la inocencia de los limbos. Mi humor se agriaba y visitamos un pequeño desierto donde únicamente crecía el musgo. Aguardaríamos allí la oportunidad de bañarnos en el mar y, al mismo tiempo, de envenenar sus aguas. Comimos aire, rocas, carbones, herrumbre. ¡Cuán feliz el almuerzo!

Hay que desprenderse, sin maldecir, de los impulsos y votos humanos. El suplicio es seguro. (Comprobé que mis males provienen de haber pensado alguna vez, con envidia, en las palmas de los mártires.)

Examino las partes de la sierva, que en nada se parecen a las de mi virgen loca, y supongo que nos divertiremos al soñar con amores monstruosos mientras haya ocasión de una queja por las apariencias, un sollozo por el dolor de los enfermos que desesperan en el vaporcillo de las tisanas, tendidos sin edad, sin sentimientos, tratando de inventar nuevos idiomas. ¡Los harapos, el pan de lluvia, los mil afectos que me han crucificado!

No me engaño: la caridad es hermana de la muerte.

A las doce del día se moderan los pestilentes suspiros de la sierva. Al menos es una inmensa ventaja que pueda ella mofarse de las parejas embusteras que han de

verse allá, en la playa, cuando aparezcan esos fulgores de tempestad que preceden al relámpago. Recojo el lienzo blanco o azul con que yo, infame lisiado, envuelvo mis muñones. Acaso habrá luz en el agua.

Entramos en el mar después del mediodía. Nadie lavaba ni conducía animales. La arena ostenta el color de las últimas hojas de la vid. La sierva sacaba la lengua y reía, pues los vinos ya empezaban a correr. Sin embargo, todo mi goce se desvaneció. El paralítico estaba allí. Entre sordos, a gritos, dijo palabras desdichadas sobre mí.

El vestido que uso es tan bárbaro como el suyo, ciertamente, pero yo no engraso mi cabellera. Los criminales me dan asco. Son más ociosos que el sapo. No utilizan el cuerpo para nada que sea honorable. Ahora voy a utilizar el mío. (Carezco de manos y de la honradez, saben ustedes, que se origina en la mendicidad.) Pero es igual. La jornada está casi hecha y no pienso entregar al mundo mis vicios, que han hundido bien sus raíces, ni mis traiciones, que son actos de Dios (sí: de Dios) por los cuales me digo que es mejor cuidarse de la justicia y llevar una vida de simple embrutecimiento, una vida para levantar sin timidez, y cuando sea preciso, la tapa del cercano féretro.

En el mar hay un presidiario intratable sobre el que casi siempre se cierran las puertas de la cárcel. Es fuerte como un santo. Dijo que en el cielo se podía ver un océano en llamas. El paralítico fue a su encuentro de inmediato. Se abrazaron. Supongo que pertenecen al grupo de quienes cantan en medio del suplicio. ¿Habrán padecido los tormentos del alma que muere para el bien, esa estancia adonde sube (dicen) la luz severa de los cirios? Ahora me contemplan. Veo que la naturaleza es algo

más que un espectáculo de bondad. Digo adiós a las quimeras, los ideales, los errores, y presiento que en el crepúsculo de la tarde abandonaré a la desapercibida sierva. Su pena ha de crecer con mi próxima partida.

Pero, ¿qué hablaba yo de mano amiga? ¡Mano amiga! Al recibir los influjos vigorosos de la ternura, me siento como si fuera a regresar. Una espléndida ciudad de condenados, sí. Pero ninguna mano amiga. Se pide socorro a los salteadores. Se pide un eterno sol. Se echa de menos el descubrimiento de la claridad, tan lejos de la gente que muere. (Reconozco, en fin, que estos pensamientos de leproso se remiten a la triste educación de mi infancia, cuando sobre un lecho de hospital el olor del incienso me hacía, por un instante, guardián de los aromas sagrados.)

La trayectoria de la vuelta estuvo bien. Por encima del mar, al que amaba como si me fuese a lavar una mancha, veía alzarse una consoladora cruz. Pero la sierva no me permitió contarle mi visión. ¿Qué alma no carece de defectos? Ante varios hombres, y en voz muy alta para asegurarse de que iba a ser escuchada, hizo comentarios acerca de sus otras vidas. Supe así de su fornicación con un cerdo. Sería necesario hacerle callar, pero pensé en mi recompensa de carne de grupa y me vi en un serio aprieto. ¿Cómo interrumpir su discurso y no humillarla, no perderla después? Me resigné a sus palabras y fui gentil con los oyentes, pues alenté juegos innobles alrededor de mi sierva.

El hombre más temerario, un tal Ferdinand, adivina mi angustia. Ordena silencio a los demás y, sin dejar de mirarme, exclama retador: ¡venid todos, para que se os prodigue su corazón! De inmediato se acerca y roza mi cuello con sus labios. La fe consuela, guía, cura. Eso ha dicho. Seducida por Ferdinand, la sierva

se encoleriza conmigo. ¿Qué esperaba ella de mi opaca y cobarde existencia?

Los carpinteros del patíbulo se agitan bajo el sol de la tarde. Alguien les lleva aguardiente. En una tienda de aspecto marchito cuece su saña el verdugo.

Sin decir adiós, sin la correspondiente piedad, sin mujer que recostar en mi pecho, me he resuelto a enterrar las imágenes de la Ciudad. (Si se me dispensa de toda moral, volveré a ella, a la nación jubilosa.) Nada de cánticos. ¿Será posible poseer la verdad en un alma y en un cuerpo? Oh, la visión de la justicia. Dios tiene sus placeres y no los comparte. Hablo de familias obsesionadas por el viaje a una tierra en la que se esconde una reliquia. El viaje está próximo a realizarse.

En el camino, durante la noche, evito la camaradería de ciertas mujeres huérfanas de razón. Pero una de ellas, ayudada por su vecina, habrá de precipitarme al suelo barroso. Quedaré privado de una oreja o de la nariz, quién sabe. No me dolerá. (La podredumbre disuelve los nervios, es una ventaja a proclamar.)

A poco lamerán mi semen hasta bebérselo. Les diré: está corrompido. Por turnos se sentarán sobre mí. Otras dos repetirán la experiencia mientras languidece la oscuridad y asoma el alba azulencia.

Y sucedió así.

Dile que cruzaré el océano, fue mi única petición. La muchacha del pelo ceniciento me escuchaba asintiendo. *Búscala donde encuentres a Ferdinand*, le expliqué. Es delgaducha y exhibe un ojo velado por la ceguera. *¿Le harás ese favor a tu Brog dotadísimo?* Y respondió que sí, que lo haría, pero que antes entrara

en el corazón de su grupa con mi bastonete violáceo. *Oh, estoy cansado*, dije. *Una última vez*, rogó. *Una última vez*, repetí saboreando las sílabas, oteando la lejanía del embarcadero, pues era el momento en que los navíos regresaban o partían.

A gran distancia los gritos que amenazan en la lengua del temor. El tumulto procaz. Las adiciones quejumbrosas. La cuadrilla de escribanos que comanda el sacerdote está a punto de empezar el alistamiento. Tra-siego y urdimbre. No pretendo alistarme.

¿Qué reliquia es esa? ¿En tierra de infieles?

Tan sólo me ocupan el recuerdo de los martillazos en el patíbulo (hay que cuidarse) y el deseo de que mi sierva y mi virgen loca conozcan de mi partida y rueguen a la buena ventura. El resto son elogios y ripostas de mi destino. Se sostienen en vivencias terriblemente banales, en el discurrir por la zona de los falsos límites.

Ahora podré concluir mi preludio

Crucé el fastidioso umbral que me separaba de la línea de bitas y sorteé el variado reclamo de los apuntadores. Uno de ellos adivinó mi propósito y señaló hacia un brioso velero mal amarrado. Tuve que lanzar al agua al marinerito guardián. Mis muñones hicieron lo suyo antes: violar su doncellez esbelta, aderezar su alma lisa, aderezarla para el sueño de la irredención. El apuntador silbaba. No quería ser testigo de lo ocurrido. Al cabo extendió su brazo y me miró muy serio. Le di una moneda que capturó sin entusiasmo y cuya efigie empezó a frotar, ensimismado como un perro...

La navegación solitaria tiene algo de espera inmóvil

Ráfagas de frío tiempo negro entre los palos de cubierta, al atravesar las delgadas paredes de hielo que sobrevenían.

El mismo blanco paisaje, sí.

Oh, ven, acércate. Voy a decirte qué es el vacío. Qué es un soñar sin fin, qué es el vértigo ese de la última cuita. Cuando llegas a saber quién eres.

Así, de pronto, en el remolino.

Y lentamente el choque, la gruta en arco, el sol, el impávido sol alumbrándote. Y mirar. Ea, bribón, ¡una mirada en torno! ¿Es esa la isla que querías? Lo parece. O bien caer y dormir en el lecho de algas. O bien otra cosa: evocar, por ejemplo.

Caer y evocar, dormir y sentir el reflujó de aquella tranquila y gloriosa imagen. A la sombra del navío roto. Lo parece, sí. Es aquí, mi Señor. Desde aquí.

He llegado.

Aunque con dolor un próspero cosquilleo una certeza.

Si luego vehemente los trancos ir o fijo el sitio. Que me ven, que la forma de mi alma achaparrada. (¿Qué significan esas suaves arrugas?) O sembrar fina ponzoña hasta el trono reservado. ¿Es aquí, mi Señor? Escucho tu voz (trazos de la inocencia en la arena) y me reclino ávidamente.

Vamos, vamos. Algo hay que afloja mis cuerdas. Músculos míos de repente usurpados. Y el temblor apacible, la filigrana.

O representarme campos de grama parda bajo el cielo enrojecido por las batallas. Ellos en busca de la reliquia, abismados quizás o cubiertos de impía sangre. Pero yo jamás sentí deseos de irme. Repulsivo sueño que he de arrancar.

Y caer aquí y humear de cacerola. Sin respirar aún sin morir. Un reposo apenas agitado. ¡Ah, vamos, vamos! Se suceden también los días resbalando como la brea entre los maderos de aquella gris ensenada. Ahora mismo expandiéndose el agua pestífera del leproso seco, el agua de mi cuerpo. Labra el agua sus caminos en la piel, sus espeluncas cavando así, es el hormigueo de la caducidad. Percibirlo desde un tiempo lento, sentir el viaje irrecuperable de la carne. Después cesar, un instante brevísimo en el que todo acaba, a semejanza de la figurilla que moldean los dedos del alfarero ignoto, la figurilla de pronto libre, sin nervios (es una ventaja a proclamar, lo dije), sin las caricias del amo, pues él entonces abandona su labor, se retira unos pasos atrás, frunce la cara, observa los detalles del trabajo y piensa que el epílogo anda cerca, que el epílogo ya está ahí.

¿Qué ser negro y tibio con olor a polvo y a canela?

Lentos pasos, dilatada traslación hacia la arboleda. ¡Oh, los condenados caminan así! ¿Qué quieren? La vejez pesa, no quiero repetir eso. Me aguarda mi Señor. Se avecina el día en que el negro tiempo desdibuje por completo los restos de mi cabellera apelmazada. El día en que mi piel descienda al fin, como un sudario, deslignándose, soltándose, y caiga sobre mi vientre. El día en que su peso estire mis párpados, mi boca, y alguien (¿qué hay, Mahood?) diga: protejámonos de la merodeadora alimaña. ¡Ah, pero mi virilidad no será tocada jamás!

¿Y dices, mi Señor, que este no es el cuac del fin? Mis brazos parece ahora toscas ramas parásitas. Al andar cargo con mi pellejo grasiento. Mis ojos se hallan permanentemente abiertos. Y dices que una especial gloria va a sellar la agonía. Oh, no te burles. Si de un nuevo Job se tratase, pronunciaría (imposible articularlas) frases de resignación. Pero creo que mi actual forma de pirámide, cono nudoso, bulbo resoplador...

El goce de regresar a mi vida errática, el goce de hablar y de embriagarme junto a mi virgen loca, mi sirva. (Tocar con mis extrañas manos la grupa altiva de una muchacha pobre como yo.) ¿He de olvidar ese anhelo? ¿Me harás olvidar las maneras en que se ansía el retorno? ¡Ah, señor, mi Señor! Acaba pronto. ¿No ves que ya no soy un hombre, sino un trémulo montón de vísceras vapuleadas por tí? Los contornos de la arena dicen que me escogiste un destino singularmente firme (los pasos del paralítico, efímeras voces que se cambian), pero me agradecería terminar, diluir esta infame vigilia en

el reposo del último cuac, pues incluso he visto que ante mi sombra los moradores de esta isla huyen envueltos en el pesar de las maldiciones.

¿Qué lengua es esa?

Ruidos rítmicos que alternan con el ruido rítmico del desplazamiento en pos del trono. A mi paso las bestias vomitan. Hay algunas que defecan inconteniblemente un estiércol agusanado. Hasta morir escuálidas y en silencio. (No es del todo cierto: cuac, cuac, exclaman.) Oye, escucha ese dialecto, esa palabra. Cuac. ¿Qué significa? Apesado fui, pero se me secaron, con la lascivia, las úlceras. Después del júbilo, el perdidizo amor, el vino santificado por la horda miserable de la Ciudad. Un regalo todos los días de mi vida. Iba a la piscina. Amplios mis trancos allí pomposamente. Un requiebro obsceno, cuán divertido mi hablar. Y de las raudas, solemnes fornicaciones, ¿qué diré? Un pálido estatuto de la sobrevida. Y del acto de corromper un alma joven, ¿qué diré?

Pues un evaporado jardín arcaico, ceñido de especímenes en fuga. ¿Es ahí, mi Señor? ¡Que tengo el pecho listo a la aventura que me reservas, Altísimo! Avanzo enmascarado, sin sufrir.

Como ves, para cerrar mis mandíbulas debo esforzarme mucho, levantar mis pellejos hilarantes, transpiradores. ¿Podrías remediar el mecanismo de la masticación? Oh, insisto en que todavía me acuerdo de los sabores de antaño (si no resuelves quitármelos). Otra

cosa: un espejo. Moriré de risa cuando me vea. Y que tu poder me acompañe siempre, mi Señor, padre amantísimo. Adoro la frialdad con que escribes tus ordenanzas en la arena. Soy obediente, sí.

Ya los abolsados pliegues se acomodan a la perfección de los muchos y disímiles vientres que poseo a causa de mi descalabro celular.

¡Mentor! ¿Qué explicación dar al súbito y sostenido acarreo de piedras en torno mío? ¿Es que van a emparedarme? Valiosa fuerza desperdician quienes con miedo aluden al intruso. ¿Están las labores de construir comprendidas en el cismático destino de Brog (no olvido mi nombre aún) la patata abortada, Brog la postilla tartajosa, Brog el insaciable? Mera curiosidad, mi Señor. Como ves, nada me impacienta. Sólo que ahora, cuando compruebo que mi sexo anuncia su índole eréctil a pesar de la general metamorfosis (sapo atortugado), cuando se me aparecen las cálidas grupas y el bastonete alcanza su proporción ventajosa, cuando una imagen sugeridora hace gotear al manadero que se empina, no puedo evitar pedirte que ayudes a tu elegido con el tributo de una mujer. ¡Oh, padre mío devastador minucioso de mi juventud, ya que de todos mis bríos respetaste uno, el de mi porra violácea, accede por el bien de tu hijo y envía a la receptora de mis corpúsculos!

Caravana innúmera vocea languideces. ¿A qué vienen, Supremo?

Ese tañer de liras hiperbóreas... Oigo címbalos detrás de los notables...

¿Por qué caen y se arrastran como ciegos y empieza a llover y las hojas que dispersó el otoño despiden tan execrables vaharadas y reptan oh reptan así a mi alrededor y lamen lo que queda de mis pies hasta desfallecer mi Señor por qué resbalan y caen y se arrastran enloquecidos en un ágil y espasmódico moverse?

Brog el errante, el merodeador de extramuros, el nocturno Brog de las orgías y las pavesas, el bienamado de los corros. Sin embargo, continuó obediente. A cada instante del hoy corresponden sucesivas lealtades.

Dime quién soy.

Equivocada ofrenda, mi Señor: un muchacho encomiable, pero incapaz de soportar mis asaltos. Prefiero los honores de una mujer. Con menstruación de dos días, si no es una petición excesiva.

En mi sobresaltado despertar, cuando el soplo de las frondas arrancó los fermentos de mis párpados y vi que le tomaban por los brazos alejándolo, en su delirio, de mi seno especialmente bondadoso, deseé otra vez practicar ese ejercicio, pero en persona distinta y ciega. ¡Presta atención a tu súbdito, Mentor, y no lo engañes con mendrugos!

Sangre de amargas y nobles viñas. Es, mi Señor, el vago prelude escamoteado. Basta un roce apenas, falsos pasos así en la lejanía, y empieza una adoración grave dibujando zalemas. Yo, hijo de la sombra, morder su carne rubia fatalmente, con el hambre instintiva que ves, urdida en mi cabezota. Imagen que es de mi placer. Encárnala y devuélvemela, Altísimo.

¿Y dices que esta nación carece de mujeres? ¿Cómo creerte sin ofender después, cuando sobrevenga el sueño, la gloria que inyectaste en mí? ¡Oh, padre mío, ojalá me escondieras en el lugar de los muertos, ojalá me ocultaras allí! Mi oración ha sido pura, busqué agradarte hundiendo la frente en el polvo con enorme esfuerzo. ¡Que la noche en que nací siga siempre en la oscuridad! ¿Por qué hubo dos rodillas para acogerme y dos pechos para darme de mamar? ¡Dar luz a un desdichado del porvenir, vida al que no tendría un alma dulce, resuello a quien saltará de júbilo ante el sepulcro! ¿Acabarás de soltar mi mano? Siquiera un consuelo en medio del terrible susto del fin. Aparta de mí tus ojos, padre. Como el adiós de los justos, mis días han sido rápidos. ¿Por qué me sacaste del seno de mi madre? ¡Ningún ojo me habría visto! ¡Ah, si pudiese volver a los días estivales en que los hijos de la noche me rodeaban y escuchaban en silencio, esperando mi parecer! Yo era el guardián de los pobres violentos y alguna vez quebré la dentadura del malvado. Ahora mi vida se derrama y mi piel se ennegrece. ¡Oh, juro que no pensé merecer este destino, aquí, en un bosque umbroso cuyos árboles son las palmas que baten, que no descansan su batir!

Que aplauden al quebrantado, al visitador, al inmóvil.

Burbujas de irisada piel. Estallan cuando la voz, mi voz. Gotas invisibles de mi voz interceptando la cordura. Y viajan deliciosamente vivas al villorrio. Y truecan los sueños y llaman. Tocan. Despiertan. Crisálida el Anfitrión. Gotas, gotas.

Quejas y máscaras. Picas a mi alrededor. ¡Ah, vengan, intentaré cerrar los ojos en esta especial ocasión!

Es la mentira, el azote que exaspera y se cambia en acertijo. Diversión pasajera. ¿No te agradecería conocer al vástago esencial? Atroz hijo inefable, compañía de su padre baldado y decrepito. Anda, échale el lazo. ¡Que venga la madre de Berg!

Sí, ya tiene el suyo. ¿No te gusta? O Breg, o Greb (tal vez como yo, Brog). O Bourg o Borg, ¡Hay muchos que son estimables!

¿Qué nueva risa es esa?

Negativas, sucedáneos. Tengo que hacerte una última pregunta, antes del dormitar, antes del falso regreso. (¿O es que anhelas descansar? Al final de las grandes obras nos aguarda el aburrimiento, ¿verdad? Eso, la inabitable melancolía.) ¿Cómo descubriste mi ardid, Altísimo? El hijo vendría (imaginemos la escena), crecería fuerte, estudiando el relámpago morado de mis ojos,

las letras fatídicas que dibujaste en mi cráneo, se acercaría curioso en pos de mis signos, tocándome con dedos de ciego, llegaría a comprender mi solitaria ansia, me acariciaría despidiéndose agradecido, rezando los poemas ilícitos que entonces traería en la memoria de su sangre, los poemas que preceden a la muerte, y luego, alumbrándose con la tea de las ofrendas a mí hechas, avanzaría desnudo, como un rey sonámbulo que quisiera coger la luna gárrula, dialogando con ella en el idioma de los astros, para después buscar mi corazón y traspasarlo. Así iba a acontecer, padre mío. Pero no demoraré más tu flaco servicio. Házmelo esta misma noche, cuando empiece la noche, cuando el crepúsculo abandone su campo de sable y los moribundos locos pidan un sorbo de adormideras y descansen en la progresiva frialdad de los entumecimientos. ¡Ea, Mentor, que llegue el sueño y me reclame! Supondré que estoy de nuevo en casa. Que mi sierva yace aquí, calentándose los pies helados con su boca. Oh, una gran vida, sí. Una gran vida dentro de mi parco y humillado cerebro. Y, mientras, el cuerpo de Brog seguirá absorbiendo los líquidos de la tierra. Hasta que el restaurador anime los pozos de su entendimiento. Apresúrate, mi Señor. ¡Ya siento los pujos del cielo, que en oro se marchita!

2

¡Sssh! ¿Quién habla ahí? ¡Tiene que haber una total ausencia de palabras! Apaguen esa luz. ¿No lo he dicho ya? ¡Apáguenla! Y sin comentarios. Veamos...¡sssh! ¡A callar! Bien. Así está mejor. Oigamos ahora. Oh, ¿quién murmura ahí, miserables? Empiecen. Desde el inicio,

sí. Esa bocina, por favor, sobre la mesa. Más al centro. Más. Ahí, gracias. ¿Alguna pregunta? ¿No? Adelante. Atención... ¡ya!

—¿Y vio la isla, desde el mar, de tan lejos?

—Tenía una muralla, eso ya lo sabe.

—¿Pero la vio?

—Me acerqué. Desembarcamos. La muralla estaba ahí.

—Dijo que se adentraba en el mar.

—Unos cien metros, sí.

—Dijo que la muralla cruzaba la isla del sur al este.

—Eso. Y muy alta. He ofrecido datos.

—¿La escalaron?

—Logramos hacerlo. Del otro lado había un bosque. Lo dije también.

—Los habitantes del lugar evitaron encontrarse con ustedes, ¿no?

—Parecían dormidos.

—Temerosos de algo.

—Eso. Temían eso.

—¿Qué era eso?

—El bosque del otro lado, la oscuridad, el Anfitrión.

—No se apesure. Usted afirmó que desembarcaron a media mañana.

—No lo niego. Pero detrás de la muralla era de noche.

—¿Cómo es posible?

—No lo sé. El capitán no pudo explicarlo.

—Es importante que nos diga su opinión sobre el fenómeno.

—No tengo opinión. Era de noche y ya. Usted se asomaba y veía la sombra, la noche.

—La del bosque.

- Muchos árboles juntos, abrazados.
- Les pareció extraño.
- Sí, y bajamos de la muralla para explorar.
- Fue entonces cuando ocurrió aquello.
- Sí, entonces. El capitán no quería ir e intentó retenernos.
- Y usted lo mató.
- Le corté el cuello, lo dije ya. Fue fácil, no opuso resistencia.
- ¿Sólo por eso le privó de la vida?
- Fue un impulso. Algo dirigió mi mano y me hizo tomar el puñal. El capitán me enseñó su garganta y dijo «aquí, corta aquí». Y obedecí su orden.
- ¿Era una orden?
- Parecía una orden, seguramente lo era.
- Bien. Después bajaron todos.
- Las mujeres habían quedado en el navío.
- Usted mencionó un bote de salvamento.
- Eso, un bote. El barco estaba vacío.
- Vuelvo a mi pregunta: ¿vio la isla?
- Claro que la vi. No sé por qué insiste.
- Mire el mapa. Pertenece a la Armada. La isla no figura en él.
- Pero desembarcamos en ella. No puede dudarse.

¡Alto ahí! ¡Tiene que haber una total ausencia de palabras! Los gestos, los gestos no están bien. Y usted, operador, ¿qué dificultades tiene para sincronizar? Seguramente no anotó los números. ¡Desconfíe de su memoria y aplíquese a lo indicado! Atención ahora... luz naranja... ¡ya!

—Olvidemos ahora esa cuestión. ¿Dónde estaban los habitantes con quienes ustedes se encontraron?

—Del otro lado. Se negaron a cruzar.

—¿Por qué?

—No lo sé. No quisieron dar explicaciones. Se mostraban temerosos.

—Temían cruzar. Usted lo dijo.

—Supongo que algo en el bosque les infundía temor.

—Yo diría que espanto, pavor.

—Pensé en una cosa horrible.

—¿En qué?

—No puedo explicarlo.

—¿Una atmósfera o algo más concreto?

—Ambas ideas me preocuparon al principio.

—Pero usted es valiente, si descontamos el crimen.

—Había que mirar, simplemente.

—Dijo que al principio estaba preocupado. ¿Y luego?

—Cuando bajamos me olvidé de todo. Era un lugar lúgubre, pero agradable en cierta forma.

—Explíquese.

—¿Estoy obligado a simular que usted lo ignora todo?

—Está obligado. Explique esa doble sensación de lo lúgubre y lo agradable, vamos.

—Explicar... es imposible.

—¿Por qué?

—Las voces.

—¡Ah! Ya salió lo de las voces. Vamos a ver, hableme de ellas.

—En los árboles había voces, muchas voces.

—¿Qué decían?

—Nada. Eran voces del silencio y del sueño.

—Sea claro. Usted es un hombre de ciencia, un explorador.

—Hacia tiempo buscaba lo que hallé en la isla. La voz del silencio final.

—¿Escucharon ustedes algo?

—El silencio es un tipo de sonido.

—Bien, aceptemos eso. Trate de detallar la experiencia de las voces.

—Antes hubo otra experiencia.

—Cuénteme.

—Los habitantes dijeron: «el verdadero paraíso». Indagué y sólo obtuve muecas aprensivas. Después apareció el ovejero ciego y cantó...

—Siga. Es importante.

—Sabía muchas canciones, pero me atrajo nada más que una. Hablaba del verdadero paraíso.

—Eso indica tal vez que, para ellos, el verdadero paraíso es el bosque detrás de la muralla.

—No exactamente.

—Explíquese.

—Una metáfora.

—¿Metáfora?

—Una metáfora es algo así como una abstracción.

—¿Qué quiere decir?

—El silencio nos devolvió la paz y no nos importaba morir.

—Le aconsejo que no lo asegure. Usted va a ser condenado por el asesinato del capitán. Además, ¿cómo supieron que iban a morir?

—Se trata de un hecho sin importancia, puede creerme.

—¿El asesinato o la próxima muerte?

—Pensándolo bien, diría que ambas cosas.

—No se obstine y regresemos al asunto que nos ocupa ahora, las voces.

—Debo decir que el capitán recurrió a la eutanasia...

¡Deténganse, incapaces! ¿Qué ordené hacer cuando se hable de eutanasia? Usted le agarra la mano al interrogador y se golpea el pecho con ella, ¿no? ¡Y por qué ese gesto tan impúdico! Otra cosa: los aplausos del fondo no se oyeron bien. Cuando vayan a aplaudir, asegúrense ustedes de que el diálogo se opaque y desaparezca momentáneamente. Uno, dos, tres... ¡ya!

—Sí, pero no estaba en sus cabales. La eutanasia se pide en sano juicio.

—A veces me imagino que quiso suicidarse.

—Usted lo mató, no hay vueltas que dar al asunto.

—Me pidió que le abriera la garganta.

—Pero usted estaba en el deber de resistirse.

—No puede hablar de resistencia. Nadie podía resistir nada.

—¡Ah! Ya sé. Las voces son las culpables.

—Acaso. Fueron circunstancias de excepción.

—Ya habrá tiempo de pensar en sus atenuantes.

Ahora siga.

—Una última cosa: no tengo miedo ni deseo atenuantes.

—Lo de las voces...

—Eran voces de silencio, hechas de silencio. Uno experimentaba sentimientos dispersos, contrastantes.

—¿Por las voces?

—No. Por los seres que las proyectaban.

—¿Cuáles seres? ¿No dijo que en el bosque...déjeme ver... aquí: en la entrevista anterior usted afirmó que el bosque estaba despoblado.

—Es una frase. Supongo que las voces provenían de algo o de alguien. ¿Por qué tengo que fingir que desconocemos al Anfitrión?

—Continúe según lo previsto.

—Se escuchaba una voz de alerta, después una segunda voz en la que predominaba la violencia. Más tarde intervenía una tercera que infundía cierta felicidad. Y otras de matices variados.

—Una alucinación colectiva.

—No es posible. El maquinista no escuchó nada.

—Sin embargo, todos los demás sí. O la mayoría.

—Recuerdo que el maquinista murió de puro terror.

Los ojos ensangrentados.

—Estaría ebrio. ¿No dijo que bebía demasiado?

—Yo mismo comprobé lo de sus ojos. Se llenaron de sangre.

—Sí, y que se puso pálido y dijo incoherencias.

—No eran necedades, si es eso lo que quiere decir.

Además, hacía dos días que se había agotado la reserva de vino.

—¿Qué fue lo que dijo el maquinista antes de morir?

—Habló en el idioma *aklo*. Era pavoroso oírle decir cosas sobre el Anfitrión.

—Vamos por partes. Primero lo del *aklo* y luego lo que dijo el maquinista. Deje para el final lo del Anfitrión.

—El *aklo* es la lengua primordial.

—Siga. Se hará constar en el acta, aunque es una circunstancia improbable, como tantas aquí.

—Digo lo que conozco, ni más ni menos.

—Está bien. Prosiga.

—El maquinista decía que eran demasiado horribles y que cultivaban el silencio, el último acto.

—Usted mencionó una frase: la última cuita.

—Eso es, la última cuita. El silencio empezaría cuando acabase la última cuita.

—¿Y el Anfitrión?

—El Anfitrión es el dueño del bosque. Entendí que se trataba del bosque en sí, todo el bosque. Después, como usted sabe...

—No se adelante. ¿Un bosque vivo?

—Algo así.

—Ahora trate de ser preciso en lo que concierne a la muerte del maquinista.

—Ya dije todo.

—Los detalles.

—¿Otra vez?

—Precisemos.

—El maquinista avanzaba junto a nosotros. De repente se detuvo y me pareció que se ahogaba. Tenía los ojos muy abiertos y con sangre. Ahí empezó su delirio.

—Usted se contradice.

—Su delirio estuvo motivado por algo real.

—¿Todo el bosque fue siempre oscuro? Es decir, ¿jamás se vio nada?

—Era noche cerrada, pero algo se veía.

—¿Qué?

—Árboles, sólo árboles.

—¿Entonces, qué vio el maquinista?

—Al Anfitrión, el dueño de la isla. Supongo que es dueño de las voces también.

—¿El maquinista le pidió morir, como el capitán?

—No. No podía tenerse en pie.

—Cargaron con él.

—No. Le dejamos allí.

—¿Por qué?

—Tuvimos miedo de su rostro.

—¿Descompuesto?

—Más que eso.

—Describalo. Puede ser de utilidad.

—Preferiría no hacerlo. Una especie de petrificación...

—Como quiera. Dígame, ¿cuál era su estado de ánimo?

—¿El mío o el del maquinista?

—El suyo propio.

—Pues bueno. Me sentía bien. Íbamos al silencio.

Nos faltaba tan sólo la última cuita.

—¿Cómo sabían todo eso?

—Nos lo decían las voces.

—Vuelva a explicar ese punto. Las voces decían, sí, pero estaban según usted hechas de silencio.

—Exacto.

—No entiendo.

—Un bombardeo de sensaciones e imágenes. Sin palabras.

—¿Es eso posible?

—¿Acaso no?

—Pero lo que usted describe es fantástico.

—No oculto que lo sea en apariencia.

—¿Me hace perder el tiempo entonces con invenciones?

—Es mi testimonio, mi quinto testimonio. Reproduzco lo que observé y escuché. Lo demás carece de sentido.

—¿Qué es lo demás?

—Lo demás es que sí, para no aburrirme, invento y añado matices irreales, no soy consciente de ello. No me hago responsable.

—¡No se hace responsable! ¿Oyen ustedes?

¡Pausa, pausa ahí! El público se levantará sólo cuando él pregunte: «¿Oyen ustedes?» Vamos a repetirlo. Unanimidad en eso. Oh, ¿quién murmura? ¡Tiene que ha-

ber una total ausencia de palabras! Que traigan a los arqueros de inmediato. La orden es estricta. Traspasen al primero que murmure. ¿Y la luz, qué dije de los filtros azules? A ver, a ver... atención.... ¡ya!

—¿Desea más simulaciones?

—Desde luego. Ha narrado sólo el principio de su aventura y es menester la precisión.

—Sí, es nada más que el principio. Si supiera...

—¿Por que la muralla se adentraba en el mar? ¿No pidió explicaciones sobre ese pormenor?

—Vaya, creí que no íbamos a retroceder.

—Hay oportunidad de esclarecer ciertos tópicos. Conteste.

—Indagué, sí, pero no hubo respuesta. Imagino que se extendía hasta el mar porque así nadie pasaría al otro lado.

—¿Una prohibición?

—No me lo parece. Tal vez una forma de evitar la última cuita.

—¿Qué es, por fin, la última cuita?

—Lo diré al final. Pero en ese momento tal vez me arrepienta...

—No abuse de las facilidades que se le han ofrecido.

—No me interesa abusar. Pero al final, al final...

—¿Por qué?

—Quiero que comprenda lo que sucedió. Para saber a qué me refiero, usted está en la obligación de enterarse de todo lo anterior. ¿No quiso que repitiera lo mismo como si yo nada hubiese contado?

—Acepto. Veamos lo de la muralla.

—Ya le dije. Se extendía del sur al este. Unos doce pies de altura.

—Y sin puertas.

—En la parte que vimos no las había. Quizás hacia el este. Abundaban las ofrendas a todo lo largo de la base. Alimentos y figuras de madera.

—Vi las muestras que traje.

—Tal vez usted no se detuvo a pensar en la forma única que adoptaban.

—Curioso. Acostadas, ¿no? Reptando...

—El maquinista reptaba.

—¿Cómo?

—Que reptaba. Ya era un ciego, o lo parecía.

—¿En su delirio? Usted me ha dicho que apenas podía tenerse en pie.

—Se arrastraba. Hasta que se derrumbó.

—¿Iba hacia algún sitio en específico?

—No supimos. En todo caso hacia adelante. Como si buscara algo desesperadamente.

—¿Puede reproducir lo que el maquinista dijo?

—«Han de cultivarse el silencio, el acto del fin y el pozo de los ciegos.»

—¿Ha intentado explicarse la frase, es posible interpretarla?

—Es una sentencia extraña, hija de los bárbaros del norte, muy mediterránea, y debe atribuirse al Anfitrión. No creo que el maquinista la haya concebido, pues se encontraba en muy mal estado.

—Supongamos que el Anfitrión es real. Pero no lo conocemos. Ni siquiera se sabe, aceptando de antemano su existencia, si es o no un ser humano.

—Hay que inferir entonces que la frase es inexplicable.

—No tanto. Vale la pena examinarla. Hágalo.

—¿Otra vez?

—Precisemos.

—En principio significa lo que he dicho. ‘Silencio’, ‘acto del fin’ y ‘pozo de los ciegos’ pueden ser diversas maneras de aludir a una misma cosa. O tal vez sean aspectos diferentes de una sola cuestión. Cuando utilizo la palabra ‘cultivarse’, no estoy siendo exacto. Pude haber dicho ‘crearse’, ‘pensarse’ o ‘promoverse’. El *aklo* es una lengua demasiado flexible.

—¿Y en definitiva a qué se refiere la frase?

—De lo único que estoy convencido es de que, por muy enigmática que sea, es en fin de cuentas una alusión a la última cuita.

—Bien. Ahora quisiera concentrarme en el *aklo* para hacer una precisión de valor. Dígame su opinión sobre ese idioma. ¿Es una invención?

—Sí y no. Debe tratarse de un código primordial.

—Amplíe eso.

—Es un poco difícil. Una teoría...

—No importa, dígala. Antes no constaba.

—El *aklo* es el idioma que todos somos capaces de hablar cuando llegamos al límite de la fascinación.

—Perfecto, es comprensible. Siga.

—¿Conoce usted a la Gran Madre?

—Ni idea.

—Bien, el *aklo* es algo así como la lengua del pavor. De lo cual puede derivarse que existe una lengua opuesta, un código que se expresa ante el no-miedo absoluto. Pero no sé qué es el no-miedo absoluto.

—¿La valentía?

—No es tan sencillo.

¡Alto! ¡Alto ahí! Saquen a esos dos. Gimen demasiado. A la calle con ellos, vamos. ¿Qué, el público tie-

ne miedo? ¡Ja! Rechistando siempre. No dan la cara. Ustedes: a lo suyo. No, esperen. Esa lámpara debe estar más lejos aún, para que la sombra crezca proporcionalmente. El actor que se arrastra detrás de la pantalla, ¿por qué empuja el culo como si fuera un sodomizado? Apréstense... ¡ya!

—Bien. ¿Y qué o quién produjo ese pavor supremo?

—¡Ah! Yo diría que en el bosque de la isla estuvo el proveedor del miedo absoluto, la fascinación que mató al maquinista.

—Y que motivó al capitán a pedir a usted...

—Exacto. Sólo que no pude resistirme. Me ordenó...

—Lo sé. Volvamos al *aklo*.

—Ya le dije mi teoría.

—Necesito saber qué opina usted de su teoría. ¿Le parece aceptable o ve en ella algún inconveniente?

—¡Oh, juguemos! A primera vista resulta una teoría de serios inconvenientes. Las criaturas que dan origen al *aklo* bien podrían estar alojadas aquí dentro.

—¿En la mente?

—Sí. Aunque lo del bosque, ¿sabe?, me hizo desear esa idea. Los arquetipos...

—Claro. Pero el miedo del maquinista pudo ser inmotivado.

—Póngalo en duda. Había algo. Esas voces de silencio, la frase del maquinista, el capitán diciéndome «corta aquí»...

—Circunstancias extrañas aparte, ¿era o no un bosque normal?

—Sí, lo era. Pero, ¿dónde deja usted la muralla y la abrupta transición del día a la noche?

—¿No mencionó el hecho de que era un bosque muy tupido?

—Tupido, pero no tanto. De día, en cualquier parte del mundo, un bosque así no sería completamente oscuro. ¿Por qué no envía una expedición de la Armada para verificarlo?

—Cálmese. Sólo intento hacer precisiones.

—¿Para qué sirven las precisiones? Los arquetipos...

—Esclarecen el problema.

—Pero voy a ser condenado con o sin precisiones.

—Eso depende.

—Ya le dije que no me importaba. Es mi última cuita.

—¿Así que eso es la última cuita, eh?

—Vamos, no se ilusione. Aún falta un poco para que sepa qué es la última cuita. Este necio interrogatorio...

—¡Hombre, qué persona más difícil de tratar es usted! Antes de conocerle supe que me las vería con un sujeto raro, pero confiaba en que no fuese del tipo de los que se niegan a colaborar con su propia salvación.

—No me entiende. ¿Todavía cree que hay salvación?

—¿Acaso no?

—Pasemos a otra cuestión.

—De acuerdo. Usted dijo que el bosque era húmedo. ¿Qué hay con eso?

—El fango. Hojas podridas y fango por todas partes. Lo dije ya.

—¿Muy profundo?

—No lo sé. Chapoteábamos. Un hedor terrible.

—Vegetación podrida.

—No exactamente. Carne podrida.

—¿En el fango?

—No, el hedor. El fango era fango. Tierra y hojas. Se sentía.

- Pudo tocarlo.
- Me arrastré.
- ¿Por qué?
- Hubo ocasiones en que fue preciso. Había ramas muy bajas.
- No podían abrirse paso de otra manera.
- A veces no.
- Llovía a menudo.
- Estuvimos allí unas horas. No llovió.
- Ayer usted dijo que había gotas en los árboles. Que solían caer y mojarlos.
- No era lluvia. Era la transpiración del Anfitrión.
- El bosque vivo.
- Un paraíso muy especial. La última cuita.
- Entonces las voces provenían de la vegetación.
- Probablemente sí.
- ¿No está seguro?
- Es irrelevante estarlo. Como reptar, por ejemplo.
- Se trata de un acto necesario, ¿no?
- Probablemente no.
- ¿Tampoco está seguro? Caramba...
- Es irrelevante estarlo.

¡Stop! Cuando dices, por segunda vez, «Es irrelevante estarlo», entonces en tu cara sólo habrá una mueca. Te sientes agobiado, maltrecho, y odias al interrogador. ¿Cómo puedes suponer que van a creerte si esbozas esa sonrisa de cretino? Tú no eres un cretino, eres la estrella del espectáculo, mi espectáculo. ¡Eres el mejor, querido mío! Hazlo bien, vamos. Filtros verdes, atención... ¡ya!

- ¿Por qué?
- Todo muy confuso.
- Una manera de decir.
- No, la única.
- ¿Y las voces?
- Súplicas, súplicas. Una desgarrada petición.
- ¿Quién la hacía?
- El Anfitrión.
- ¿Cómo lo sabe?
- Estaba ahí, al frente, entonando sus maldiciones.

¡A callar, bobazo! ¿No ves cuán mal lo haces? El tono es pobrísimo. Y olvidaste señalar hacia la pantalla. Dirás esa última frase con serenidad impetuosa, ¿comprendes? Mira el guión: hay dos insoslayables comas que dividen la frase en tres partes. ¿De dónde vienen esos gemidos? ¡Oh, he dicho que los expulsen! (Pronto me quedaré sin público, bah.) Y tú, enciende la lámpara cuando él diga «al frente». Adelante... ¡ya!

- Lo vieron.
- Una visión fugaz.
- ¿Se movía?
- Palpitaba. Una crisálida. Un huevo traslúcido. Espasmos.

¡Pausa! ¿Quién maneja la maldita bomba de aire? ¡Ahí dice «palpitaciones y espasmos», inútil! Espero no verme obligado a inyectarte otra vez. Un infierno, ¿verdad? Entonces sé bueno. ¡La cuestión no mar-

cha, señores, sin rigor! Veamos: sustituye la bolsa de papel por una de nylon. No parece muy gastada. Es innecesario engrasar el pistón, magnífico. Uno, dos, tres, ¡ya!

—¿Está convencido de que era él?

—Por supuesto.

—¡No tuvo tiempo de comprobarlo entonces!

—Una visión fugaz, sí. Pero hay cosas inolvidables.

—Usted dijo que el Anfitrión suplicaba.

—Entiendo que se trataba de una súplica.

—¿Dirigida a todos?

—No, sólo a mí. Oiga, ¿por qué sigue preguntando lo que ya conoce?

—Tengo que asegurarme de la congruencia de sus versiones. Los cotejos ayudan.

—Perdemos tiempo. ¿Cuándo es la ejecución?

—Seamos ordenados. Es preciso ir en el orden correcto.

—Acabemos de una vez... ¿No le bastan más de quince horas de grabación? Una era suficiente. Lo tenía calculado.

—De acuerdo, tiene razón. Vamos al final. Sólo el final.

—¿Desde dónde?

—Usted se acercaba, le preguntaba quién era...

—Me acerqué a él y le pregunté quién era. Dijo un nombre: Brog. Voz extraña...

—Y después él le rogó que lo sacara de allí.

—¿Por qué me interrumpes?

—Lo lamento. Prosiga.

—Cuando me volví para llamar a mis compañeros, ya no había nada que hacer. Se arrastraban injuriándose. Estaban ciegos, como el maquinista. Enfrenté a Brog y

le pregunté: «¿Has sido tú?» Me contestó que sí y añadió que no lo culpaba.

—Diga ahora de dónde sacó esa sangre fría, ese aplomo que venció a su fascinación, a su curiosidad...

—¿Por qué me interrumpe otra vez? ¡Curiosidad...!

—Lo lamento. No ha dicho quién era el Anfitrión.

—Ignoro su identidad. Sólo me importa que hablé con él, que me comuniqué con el milagro.

—¿Cuál milagro? Sea claro.

—Su mero existir, la última cuita.

¡Alto ahí! ¿Te propones encolerizarme, querido? No reparaste en el cambio. Observa: es como si despertaras de un sueño cálido y, de pronto, ¡ploc!, te zambulles en el piélago helado de la vigilia. Tu advertencia debe ser radical, energética. Lo anterior es zozobranante y brumoso. ¡Preparen la cinta y las filminas! Esas voces, esas voces...atención... ¡ya!

—¿Entonces?

—Pues... entendí de golpe. No me pregunte qué. Me di cuenta de que había llegado a tiempo para ayudarlo. «Llévame contigo», dijo. «¿Adónde?», le pregunté. «A la ciudad de los condenados», dijo. «¿Qué lugar es ese?», le pregunté. Y ya no habló más.

—¿Puedo interrumpir ahora?

—Hágalo. Queda bien poco.

—¿Se dirigió a usted en *aklo*?

—No. Su voz resonaba en mi cabeza. Es decir, era mi propia voz, pero ajena, sin inflexiones y dislocada. ¿Comprende? ¿No? Una sintaxis enfermiza, muy rara.

—Comprendo. Termine el relato.

—Cargué con él. Pesaba mucho. En la muralla había un boquete por el que se veía el barco. Cuando salimos, frente a nosotros estaban los nativos, de bruces, cantando. Seguimos la muralla hasta el mar. El bote se hallaba vacío. Supongo que las mujeres resolvieron permanecer en la parte habitada de la isla. Lo demás usted lo sabe.

¡Stop, stop! ¿Qué dije de la cinta, sonidista? Anjá, que el coro entraba después de «nativos». ¿Y por qué se escuchó después de «cantando»? Es un sabotaje. Eso mismo, un sabotaje. Vaya porquería, sonidista. Tendrás lo tuyo. Vas a sufrir. Arqueros: fléchenlo y cuélguenlo de la marquesina. ¿Qué miran ustedes? Cierren las bocas, peles. ¡Tiene que haber una total ausencia de palabras! Prepárense ahora... ¡ya!

—Dos últimas cuestiones, para concluir.

—¿La travesía y la despedida?

—Exacto. Puede abreviar si lo desea.

—No ocurrió nada digno de mención. Él viajó encerrado en el camarote del maquinista. Yo, en el mío. No nos hablamos. Antes de atracar, bordeé la ensenada de Bub y lo dejé en un caletal. Inesperadamente se agitó y murmuró algo. «Gracias», creo que dijo. Tal vez era eso, me lo estaría agradeciendo. Después llegué al puerto y empezó la requisa. Y los aduaneros le llamaron a usted.

—No se ha encontrado a nadie en el caletal. Aunque sí, mire usted: sorprendimos a dos sodomitas en plena faena, junto a un Ferrari espléndido...

—Allí lo dejé. Criatura desdichada...

- Un monstruo, querrá decir usted.
- Tengo formada mi opinión y no voy a cambiarla ahora.
- Bien, olvidemos lo concerniente a la monstruosidad del Anfitrión. El problema reside ahora en el hecho de que, sin él, usted está perdido. No podría demostrar su inocencia. Además, ya confesó el asesinato del capitán: usted lo mató.
- Es irrelevante demostrar que soy inocente. Dije que no me importa morir.
- Le queda el recurso de la apelación. Puede apelar...
- Eso es para otros. Yo soy un hombre feliz.
- Me gustaría creer en su versión, de veras.
- ¿Por qué?
- Usted quedaría absuelto (posiblemente absuelto) y nosotros iríamos tras él, convencidos de estar persiguiendo una cosa real.
- He dicho la verdad. Por otra parte, en caso de que decida creerme, le aconsejo no ir tras él.
- ¿Tan mal juzga a nuestros hombres?
- No es eso.
- ¿Entonces?
- Mire: estaría en la obligación de referirme a demasiadas cosas y estoy cansado de hablar.
- ¿Ni por su propio bien?
- Ordene que me conduzcan a la celda. Allí por lo menos estoy solo.
- En el juicio podrá defenderse mejor. Ya se estudian los pormenores del caso.
- Se avecina el día, gracias a Dios.

¡Pausa! En «gracias a Dios» se adivina un regusto incongruente. ¿No puede mi primer actor hacerse el so-

carrón? Procura ser irónico. Recuerda el hermoso Padrenuestro quietista: Padre nuestro que no estás en el cielo ni en la tierra ni en el infierno, no quiero que tu nombre sea santificado, tú sabes de sobra lo que te conviene, etc. (No olvides esas esclarecedoras palabras cuando digas la frase.) Atención... ¡ya!

—Menos mal que es creyente.

—¡Oh, no! Es un modo de decir.

—Vamos. No me diga que es ateo.

—Lo soy, ciertamente.

—Pues trate de encomendarse al Señor. Es una ayuda.

—Me encomiendo a la última cuita, tan sólo a ella.

Ahora desearía regresar a la celda.

—¿No va a satisfacer mi curiosidad?

—Quiere saber qué es la última cuita, claro.

—Sí.

—Olvidelo.

—Por favor...

—Se trata de una experiencia incommunicable.

—Quizás pueda intentarlo.

—Es de noche.

—¿Cómo?

—Es de noche. Hará frío.

¡Bien! Me agrada que sean ustedes en cada ocasión más dóciles y atentos. Es una lástima lo del sonidista. (Hallaremos un sustituto.) ¿Cuántas bajas, Arquero Mayor? Oh, demasiadas. Seré flexible, sí, pero no tanto. La fecha del estreno es incambiable. ¡Ustedes, a callar!

Volvamos al principio. La bocina y la mesa, por favor. ¿Preguntas? ¿No? Correcto. A ver, a ver... no protesten... silencio... ¡una total ausencia de palabras! Atención... uno, dos, tres... ¡ya!

3

Mi felicidad este tránsito oh cuán deseada. Al frente estallar simular que estallo y penetrar allí. No menos que transformarme una vez para ellos y saber. La burbuja en el aire y la atmósfera son mías he de pasar al recinto sí. Turbiamente ahora pues antes no acaso una crisálida y sin moverme. Yo estaré siempre aquí qué tremenda luz al frente va a abrirse. Demoro el placer de saber que nunca jamás el tiempo sin mí. Este tránsito a poco completar el viaje del silencio. Termina la cura de silencio cuán feliz me tiene es pronto sin duda. Voy a simular el estallido observen el pliegue de aire uf. No menos que esa transfiguración simultánea aquí allí tras el parapeto fin del silencio. Pues sospecho ahora sospecho es efectiva mi fuerza. No está comprendida en lo que se me prohibía tal vez decirlo y abrir. Las uñas mis garras oh tan viejas y fieles aún podría acercarme. No me ven perciben qué despilfarro de la sensibilidad padre mío. Vencerles empobrece mi tránsito supuse mejores un tiempo mejor mi destino. Los hombres son diferentes es posible abrir y comprobarlo. Juego de caza a ver una causa una probabilidad sin desencanto. Quiero sí simularé entonando mi maldición estallaré ah cuán fieles mis garras. Entender que sí un cuerpo ojalá de metal suponer es carne por eso despertar y reconocermé. Probar algo la duda mis súbditos no digo mis cenas soy el que soy. Fin

de la cura fin del silencio acaso recular volver dormir inmóvil. Sin ese regalo sí ahora o el próximo ciclo mi entrada el abandono

Escoger el sueño pausa la alternativa del silencio pausa y olvidar otra vez quién lo diría. Foscamente dormir fin de la burbuja otro tiempo un despeñadero quizás. Inquieto ahora mi felicidad un deseado tránsito. Frente a mí simulando que estallo y penetrar allí empujar. No decir imaginar no pensar tampoco sí la transformación ahora. Observen cómo lo hago así en el duermevela y me demoro fin de la cura fin. Cuán feliz no menos que simultánea el traspaso cuán extenso ahora. Aguarda oh me dices vamos ahora y es que algo de sueño como un velo. Podrían serlo sí mis súbditos de entonces y mejor el juego un universo. Efectivamente un cuerpo de metal y de carne supuesto reconocirme sembrar qué sembrar no lo dijiste. Sin duda mis cenas allí los encuentros y luego dormir hasta el fin del dormir. Dices padre dices te escucho algo sucumbe efímera pasión abajo sin las prédicas soy ahora. Oh se abre y disperso el centelleo la quietud no oigo tampoco acaso no. Estalla sí me dispongo cuáles rutas me dicen sí me dicen tal vez. La quietud entonces la transformación una trampa quiero en el silencio. Ondas cuán leves los pasos tiemblo vamos a ver de dónde una vibrante algazara. Yo la quietud esa quiero es de noche el agua. El cielo padre no escapes la ruta. Cómo así observa mi tránsito dormir foscamente es el fin. Penetrar inquieto imaginar reconocirme nunca jamás el tiempo sin mí. Ondas turbias ahora cuán feliz el viaje termina la cura de silencio en la algazara. Sospecho mi fuerza efectiva la burbuja mejor un tiempo mejor. Algo probar mis súbditos vencerles y cuándo mi imagen

Oh sí mi imagen carne y metal fundidos desconocen no dijeron un juego pero acaso el juego y salgo. Observaciones sí removerme y temblar horrible el que aparece lo siento es un sitio sombrío. Eso padre oval repulsivo recuerdo oval me sostengo hay que avanzar dijeron rostros rostros los veo claramente y voy. Avanzo si carne y metal enmascarado no pensar mis garras eso mis garras sucumbir lucha breve caminar el deseado. Tránsito aquí el invisible los rostros deshechos pronto las prédicas no lo soporto estallar. Tampoco la transformación zarpazo y concluye el primero los demás ciudad el miedo el éxtasis Ciudad. Me ves padre quizás así mis cenas un numeroso grupo sobran crees eso sobran soy el que soy es estimulante sucumbir. Disperso un centelleo los gestos detrás los rostros cuánta fealdad allí pomposamente. De modo que un velo mis uñas el resto sí una lucha breve y la quietud insustituible. Rostros y gestos van a gritar yo gritaré me adviertes no no no me adviertes implorar un silencio el fin tránsito feliz. El ruido mi ruido metal y se vuelven y buscan se espantan gritar acaso pero no. Observa es así cómo así el zarpazo correcto abajo el rostro hacia el vientre suave cuán suave padre mío no es difícil hacerlo. Ya va empieza va empieza gusto declaro recesar dormir aunque un modo tal vez quién lo diría. Aguarda oh no me dicen sigue aguarda una irradiación la quietud la noche es de día. Turbias ondas el viaje la cura entonces turbias y acabar es fácil cuán fácil eso

Imprecisa estación la luz y sombría por los rostros los gestos desconozco te escucho. Oh definitivo sí una or-

den podría algo de sueño como un velo pero día noche no mi imagen. En la noche es mejor carne y metal invisibles la transformación el deseado tránsito. Repulsivos sí es la costumbre amorfo entiendo oval casi oval alargado ondas turbias voces así a eso llaman voces. Pero acaso de cuáles enmascarado mi opositor el hijo un juego no sé un tiempo. Del soñar posiblemente aquello y breve. El sucumbir delante fijos un conjunto los gestos los rostros un costado. Algo el paisaje y mi imagen recuerdo soy afortunado doy gracias una máscara. Pues imprecisa estación noche día un crepúsculo inmóvil impreciso mi contorno. Un silencio sí un aplacar ahora la muchedumbre recesar dormir el hormiguero hasta el sol. Fácil Ciudad fácil formas direcciones posibles los trancos mis pasos sepan cuántos no veo el descanso. Hacerlo padre mío no veo el descanso desgarrar contemplar abajo arriba y ascender cómo sería remover y detrás la fealdad. Disperso oh mi centelleo vamos he de gritar correcta desunión tampoco allí el silencio

Una irradiación mi palimpsesto implorar. O advertir de manera deshechos pronto variedad y remover. Un velo así pomposamente allí ahora sí temo hacia abajo decías y avanzar qué vibración sospecharían. Va empieza ya empieza aguarda oh desorientado carne y metal mis medios no obstante mis atributos. Mis hombros el escudo centelleo y deslumbrar acaso un yelmo la pirámide si vieran. Que mi lengua la fascinación de mi imagen implorar sobran eso terminar y descansar y soñar. Turbias ondas después la vibración las voces los gestos los rostros deshechos llaman. Cuánta fealdad es la costumbre breve lucha ovals repulsivos hay que dominar el asco sí ahora es efectivo

Declaro salir salgo actuar suaves gritar no escucho esa voz acaso prometido el viaje la cura mis garras sí. Oh una orden es posible definitivo centelleo acabaría como un sueño has dicho y cómo despertar padre un velo. Vendría el Restaurador deleitables sí mi imagen es mejor carne y metal combinación eso ideas contrapuestas difícil saber aquí es extraño imprecisa estación no lo dijiste. Una incongruencia sí los rostros los gestos falso y estéril de nuevo aquello a que temo algo terriblemente ovales mis atributos del principio. Busco buscar estoy en la línea buscar la voz definir una vibración terminar y descansar hasta el milenio oh se llaman formas tales. Cuán horrible pero mis uñas el metal frío de mis uñas subir bajar un líquido oscuro y estallar dormir abandonan es muy fácil. Acaso volvería un privilegio padre concesión no más la cena prometida iré enmascarado allí pomposamente iré. Más agujijones dicen que coces y otros dispersos la alegre muesca vertical el borde. O lo que llaman mar pensamientos una soledad instantánea batir la espera un rumor. Tal vez y la contemplación formas gestos evocar el aire humedecido por qué. Evocar ahora silbaba entonces aguardaría cuántas historias sobre lo inmóvil la vejez

Una orden pero una orden vamos a dibujar el origen la ruta qué burbuja los jirones. Dónde empieza sí el líquido oscuro una vez yo oscuro ya ya una vez yo dilaciones habrá no menos que la cura de silencio. No más gestos un reposo son muy débiles y actitudes me espantarían verles el reposo. Sí gestos sí fuera y cierro la indefensión mis uñas el invisible avanzo hacia dónde. Informes ondas las noticias el clamor cesaría. Mi cura y feliz hay

que seguir pero no ese camino continuar cuándo. Acabar eso y soñar que acaba concluir. La primera hambre oh padre mis desechos los trozos hambre efectivos. Rostros sí cuántos la fealdad ovals repulsivos dominar el asco y acabar

Última cuita declaro salir no hay hambre sostengo no hay hambre la burbuja mi fuga. Mis atributos no obstante iniciación el príncipe depredador fácil Ciudad. Mi imagen el paisaje avanza músculos enmascarado la irradiación el éxtasis. No viene aún el opositor el vástago salvaría la cuita el centelleo. Sucumbir y salgo acaso un juego lugar sombrío. Observaciones temblar y observar ovals un odio lastimero dije cuerpos cuerpos. El deseado tránsito no soporto las prédicas diferentes mis garras el invisible yo. Tampoco el sopor de la atmósfera concluye el primero se acerca pregunta sus desechos. La transformación zarpazo la Ciudad mutilada oh los fragmentos húmedos qué es rojo recordé eso. Ves padre el miedo recordé las cenas un grupo numeroso quizás sobren perdonar e irme. Es estimulante hacer sucumbir dispersos una vibración allí pomposamente. Velo y quietud implorar el fin tránsito cura tan deseada al cabo. Breve es y mi imagen el ruido zas ploc ploc uf dije eso antes. Es correcto el sendero arriba abajo y brotar sí cuán suave el asco irremediable. Un regusto quizás pero sólo el principio aguarda oh imprecisa estación declaro recesar

Dormiría aunque un modo la quietud. Turbias ondas. Me llaman adoran al invisible. Luz sombría gestos te escucho

Ya sé olvidar y continuar abrir sorber y contar vuelvo a mi imagen la burbuja. Reducir el estallido es mi última cuita. La alternativa escoger el silencio y olvidar quién lo diría otro despenado

Frente a mí el discurso lamento duermo invisible forma. Reconocerme y preparar mi cena efímera pasión innecesario vuelvo al límite. Dicen una vibrante algazara foscamente el acuerdo penetrar inquieto imaginar oh imaginar. Sospecho efectiva mi fuerza y tiemblo para reír fuerza de huir alejar el enviado principio de contraste natural es de presumir. No reconocerme mis súbditos voy a simular que les expulsó qué hacen bestias una inteligencia débil. Pronto el ciclo la entrada una simiente la burbuja estallar y nacer. Oh fin del silencio y dormir hundir las uñas la mano de metal vengan aquí es el final del orden el fin. Cesa primera cena ahora allí en el centro allí apercebida fealdad. La tristeza proferir eso tristeza sé el significado esa tristeza descompongo sé recordaría porque acaso volver y degustar el último reducto. Cuerpos otra imagen el asco total una idea ahora el meandro quizás tan viejas y fieles

Mis garras mi piel retraerlas mi imagen oh la burbuja cambiar y volver estancia placentera. Orden sí pero mi libertad el límite padre mío a poca luz. Pienso el aire turbias ondas estallan igual estallan otra vez el líquido oscuro es lo mismo acabar eso. Pienso acaso mi piel mi voz una voz para mí quiero una voz ovals sí defectuosos dices el contradictor ahora. Pienso mi contradictor última cuita

salir descansar inmóvil el milenio mi felicidad tránsito
cuán deseada. Cambiar mi rostro cambiar el olor de mi
boca las fieras semejante cuidarlas dices qué débiles mus-
tias huellas las fieras. Ejércitos buscan avanzo enmasca-
rado el príncipe invisible voy allí despojar cierro me
detengo cierro es mi libertad. Simular y seguir juego de
caza mis súbditos no quiero súbditos la soledad fuerza
mayor desgarrar convivir. Una palabra espiar curiosear
convivir eso otro cuerpo otra imagen necesitaría la bur-
buja oh regresar el tiempo y salir ovals ovals como ellos
el rebaño la Ciudad. Yo desprovisto y no sospechar avan-
zar creerían eso fin del invisible el castigo fin el fin del fin
y empezar adentrarme es mejor no es mejor pregunto

Y conocer diría al opositor vástago mío diría del prínci-
pe otro universo el invisible enmascarado es importante
que lo sepa si hay opositor contradictor oh mi último
velo la cuita y el silencio del fin el sueño sin límites

Sus cuerpos mi cuerpo un sexo no dos en un cuerpo mi
cuerpo cambiar y penetrar allí confiadamente algo be-
llo. Dicen hay actitudes dicen escucha padre dicen eso
la palabra que es el inicio de la tristeza. Dicen y explicar
amor el sonido quizás el sonido quizás no lo sé oh padre
lo ignoro. Vago recuerdo otra vez y el enfado el mime-
tismo concepto qué contorno elegir y pasar eso inadver-
tido cosmos. Pues acecho cuándo volvería más agujones
que coces el silencio entonces o mirar detener. Allí
pomposamente me explico no sorber el oscuro líquido
génesis empezaría el tránsito oh el verdadero. Me pre-
gunto si no habrá un procedimiento más efectivo para

conocer o sí. Pura conquista mi lenguaje observa dije una frase ordenada. Por esa estación la costumbre de la noche ocultar la burbuja y tal vez partir tan dispuesto mis máscaras de ahora. Pero que la luz inmune el pasado se divierten no lo percibes van a descansar la irradiación. Otro éxtasis demorado y muy eficaz para mí oh padre es la última cuita del príncipe. Ya no más prédicas las trampas zafadas probabilidad dicen foscamente acabó jamás el tiempo sin mí. Sin duda las cenas el zarpazo correcto gritar es así observen cómo el espacio algo de sueño el velo. Fácil Ciudad cuán fieles mis garras ocultas y estallar intacto. Probar oh probar algo mis súbditos no diré mis cenas sólo despertar y reconocer el próximo ciclo. Me vean un hábito eso dicen eso una costumbre y llegar siempre allí ahora comprobar o conocer estoy. Informe principal descripción he jugado despoblar van dos docenas *cuac* dicen así oh padre no la orden introducirme no lo ves. No está comprendida en mis libertades pero voy a hacerlo en cambio no trascender. No más esbozos pacto hasta el fin entonces acaso el fin y el tránsito tan deseado o feliz. Tal vez peligro y mi fuerza dónde aplacaríase asombrosa magia dirán repartida. Extraña bondad primero después otra exposición aquí dentro mejor acabar de una vez no vaciles. Repito el mimetismo lo ordeno yo el príncipe ahora en este mi universo contrito por la disolución pobreza forma de hastío. Pues fin de la cura por otra sin desencanto voy a simular que estallo el tránsito mi destino mejor cambiante estructura esa persona ahí blanco precisa función. Mi entrada ciclo ahora el abandono probar es primario oh la última cuita empezar. Persona un sexo yo dos padre mío dije negar siempre simpleza momentáneo tránsito y conocer más este extravío. Mis máscaras ahora caen se borran ya es-

tán los datos una piel de afuera hacia adentro empiecen ya. Pequeño éxtasis digo así sonido llaman a eso dije palabras las olvidé tengo palabras

Es lo que llaman una mujer hermosa bebiendo una copa de vino repito eso así sin altibajos muy simple una mujer hermosa beber copa de vino tragar digerir expulsar tan sencillo. También yo ahora una copa lo mismo eficaz huelo a fiera borrar eso atención borrar el color de mis ojos insoportable tono. Dominar el espectro pulsarlo acaso ciclo ahora explosión susurrante no más esbozos penetré

Falsos pasos la algazara y declaro recesar opondría mi simiente no hay el silencio no existe levedad. Sombria persona soledad sensación tardía una mujer hermosa el ciclo por fin el tránsito es razonable la perspectiva. Aunque hablar los sonidos y contar eso es contar las palabras dos mil confianza ambas direcciones la mirada su olor. Preguntar soy extranjero sola allí pomposamente su castigo preguntar irremediable acercaría padre el color de mis ojos. A punto ahora aunque perfectible repito bien y entro ya verdiazul común entonces sí. Aparente quietud veo allí turbia expresión soledad hastío sufrimientos la plenitud del hastío puedo verla me mira ya. Entonces los trancos uno dos uno dos reverencia apaciguadora oh sin vencer aún sin doblegar dos copas más también yo y la tristeza el camino. Levedad del sobresalto extrañeza de acción de bruma de cómo por las manos tocarlas así no es mi cena salto ya. Con ella obturante el centelleo el aire y la ciudad expiraba el pla-

zo crepúsculo dicen el crepúsculo día cerrar. Oh un tiempo atrás no menos que decir atrás atrás el príncipe lo exige pero se van o regresan no hay burbuja mi silencio tal vez. Volver y calmar y estar allí simplemente ella sí ahora andar falsos pasos mis viejas piernas uno dos uno dos las calles en compañía. Trancos voces acá a lo lejos o detrás murmullos gritos no sé confusa algazara una extensión de repente y arboledas recuerdo oh recuerdo eso. Ocultar sajaduras mis cenas esperaba y vencer en silencio cortar el resuello débiles inteligencias entonces. Descifrar mi nombre Brog mi felicidad nueva este tránsito cuán deseada al fin aquí y saber conocer por qué uno y nada más en uno. Pienso sexo uno solamente ella uno solamente repetir aprender reproducir con lentitud y ganar. Definitivo un modo de hacerlo tocar sus manos embriaguez oval sí ahora distensión el músculo y significa qué es. Me digo risa una palabra me dice el sonido reparar es risa solaz parco brevemente allí las manos en las mías cuán suaves lo olvidaba olor de fiera borrar eso. Inducción o soñar inyectar reproduzco la risa costumbre otra vez se me escucha oh padre un acierto memorable aquí en otro cuerpo el origen creerías. Y palpa retraer mis protuberancias borrar eso alisar pensar doblegando fin de la metamorfosis fin listo eso que llaman atracción muy rápido caminar otra vez inducción de la confianza. Oscura estación pronto la luz el centro de la luz y no sé qué sucedería la burbuja no está es mi última cuita. Acaso volver mis cenas avanzo enmascarado olvidar el silencio y hablar del hastío por qué el hastío y la copa allá

Olor de fiera otra vez confuso proceso. Adónde va mi olor de fiera qué lo provoca me pregunto y qué y uf el

súbiteo abrazo el aroma acentuación del aroma un centelleo en mi piel transformación negativa mis temores. Registrar pensar líquido oscuro allí pomposamente y alargar es así un hábito incontrolable y el placer recordaba uno en uno. Cuán detestables las formas oh padre soportar las formas y saber. Falsos pasos y contactos un súbito segundo abrazo correspondo como quiere o mis fauces inducción todavía mi poder soy el príncipe. Probar sí probar hablar del hastío un extranjero digo así pero confianza sentir que la inunda o reír para reír. Más arboledas allá someter el recuerdo y doblar esa imagen del rebaño no trucidar nuevamente ruta ruta. Sobria oposición a la arboleda dice parque un parque dice en casa mejor yo pregunto sola prostituta dice cómo olvidarlo nadie más ese efectivo sí andar los pasos del rebaño y llegar. Me digo a gusto sentiría tal vez pero ya sin límites y practicar ese otro tipo de caza más sutil. Tiempo hasta el amanecer y ordenar oh padre recuerdo que dijo un goce y nada más al fin es el fin acabaría y no sé si de vuelta al silencio y las zarpas entre el cero y lo múltiple una perfección mi costumbre. Después partir ignoro y nunca otro ciclo o regresar al emporio del sueño inmóvil del otro universo sin alba

Pero ahora los falsos trancos tercer abrazo adaptación de imagen mi imagen ahora y las protuberancias códigos prestos a decir las palabras decir respuestas. Abolsados pliegues acomodan esfuman cese del descalabro celular cuando proc y glum o fif alternaban con el saag-saag del desplazamiento hacia el trono. Aunque con dolor un próspero cosquilleo una certeza vientre seno de gloria mis corpúsculos. Mi rastro fina ponzoña ella no fina ponzoña en pos del lecho reservado blando suelo

Preludio suntuoso ya sin promesas este es el último *cuac*. Mi libertad doy gracias callaré oh padre el vacío ante ti. Voy a callar ahora una desnudez sin promesas escasas palabras se agotan y repetir quizás. Una desnudez mi virgen loca el recuerdo un signo vamos una estela o la sierva sus grupas las dos en este cosquilleo feliz. Tránsito oh cuán deseado me apresto y ella ven sí un segmento de. Ayúdame tengo que decir eso ah ternura un segmento de ternura ven y después más sin hablar. Y entro ahora ven oh dicha de los cielos primordial entro fulguración chorro de palabras de mi lengua ven. Miedo hasta saciar los nombres del que empieza a crecer en sus entrañas. Entonces dormida allí pomposamente tibia en el hartazgo de la noche. Y salir yo y confundirme con los otros esperar durar simulación deliciosa. Pues los condenados son así condenados siempre entonar mi cántico el de la vieja Ciudad vapuleada. Qué tremenda luz al frente va a abrirse. O saber que nunca jamás el tiempo sin mí. En la última pasión de los vivos

4

No involucraré a ningún inocente en los sucesos de aquella noche, y menos aún a los dos gentiles caballeros japoneses que venían a fotografiar el jardín. Es sensato que cuente exactamente lo que vi. El resto es improbable y no me concierte en absoluto, qué quieren ustedes.

Los años han pasado, pero recuerdo que Propter y yo estábamos en el bar y oímos unos insultos. Los atribuí a Kropp el lelo, curador del museo. La voz, sin embargo, no era la de Kropp. Me asomé y distinguí al dueño

de los gritos, un hombre enjuto y bien vestido que parecía el doble del loco Antonin. Señalaba hacia el reloj de la pared. Parecía sorprendido, y al mismo tiempo, irritado. Fue entonces cuando le escuché decir que se llamaba Berg (no Antonin) y que tenía el propósito de matar a su padre. Regresé a nuestra mesa y le rogué a Propter que me disculpara, pues debía interceder en el asunto. Los escándalos no eran convenientes a esa hora, cerca de la medianoche. Me acerqué al tal Berg (al principio creí que me las veía con un loco) y le pregunté, con toda la amabilidad posible, la causa de su malestar. Me observó con aquellos ojos lobunos tan peculiares y me explicó de manera fragmentaria que su padre le había citado diez años antes en el hotel (mi hotel; como se sabe, soy un próspero empresario) para que llevara a cabo la eutanasia. En ese momento no comprendí lo que quería Berg y le supliqué entrar en la sala de conciertos. Se negó a hacerlo, pero logré convencerle de que estaría con él allí tan pronto disipara mis dudas sobre su visita, a lo cual respondió moviendo la cabeza significativamente. Después me siguió y se puso a jugar con el piano.

Cuando regresé, en poder de un diccionario de los muchos que había en la biblioteca, Berg ensayaba una frase barroca de rara paternidad. Esperé a que terminara, pero él mismo se levantó al verme con el libro. Le pedí que leyera lo que decía después de la palabra eutanasia. Tomó el diccionario con burlón desgano y, en lugar del significado de eutanasia, leyó el de eufonía, palabra que le resultaba muy grata, supongo, pues la repetía incansablemente. Me senté a su lado y de pronto, sin yo indagar, se refirió al problema de la hora (eran más o menos las once y cincuenta). Me confesó su desesperación. La cita había sido concertada para las doce en punto y el portero

le cerraría el paso. «Soy el dueño del hotel», dije. Me miró suspicazmente y añadí que podía resolver su necesidad. «No es mía, sino de mi padre», aclaró. «Bueno —terminé—, en todo caso el portero le dejará subir al piso y usted hará lo que tiene que hacer.»

Salimos en dirección a la entrada y hablé con Mup, el vigoroso policía de Túnez. Mup se mostró inteligente al comprender mis disimuladas señas y nos acompañó hasta el elevador. Cuando la puerta se hubo cerrado, Berg abrió su maletín (por poco me olvido de ese detalle) y extrajo una marioneta de tela de raso, cobre y madera pintada. Me la mostró con gran orgullo y después la guardó. «Es el instrumento de la eutanasia», dijo misteriosamente. Me sorprendió aquella inesperada revelación y le hice algunas preguntas en torno al muñeco, pero supe tan sólo que el artesano se hospedaba en el hotel y que Berg jamás me diría su nombre. «Es una promesa de muchos años», se disculpó.

El elevador se detuvo frente a la habitación 322, lo cual habría sido una comodidad extrema si hubiésemos estado buscando precisamente ese número. Pero el nuestro era el 356 y no había más remedio que recorrer toda el ala izquierda del edificio. «Me gusta caminar», dijo adivinando mi incomodidad. Entonces aproveché la sonrisa que acababa de esbozar y le pregunté de dónde venía. «Oh, vivo muy lejos», dijo. «Válgame Dios, ¿y en qué lugar?», insistí. «Lejos, lejos», repitió dando muestras de inquietud. Así, entre evasivas y frases absolutamente prescindibles, llegamos a la habitación 356. Ni Berg ni yo teníamos llave de la misma, lo que nos ocasionó un serio disgusto. Pero en el ropero del piso había copias de las llaves para el uso de la señora Cock. Fuimos en su busca y la encontramos cabeceante y gutural,

en un duermevela procaz. Su voz andrógina se endureció aún más al ver que yo iba en compañía de un desconocido, de modo que ella misma se levantó para abrirnos.

Todo había ocurrido tan rápidamente que ni siquiera me acordaba de mi amigo Propter. Resolví que allí mismo daría fin al problema, pues debía despedirme del invitado y encerrarme en mi oficina para elaborar los pormenores de la compra de ceniceros WZ. Además, sentía sueño. Antes de que la señora Cock abriese, le pregunté quién se hospedaba en la 356. «Un tal Brog», dijo somnolienta. Di un brinco y nos apartamos. Me llevé un dedo a los labios conminándola a callar. «¿Qué dice usted?», inquirí por lo bajo. Berg nos miró receloso. Había escuchado. «Ostento un apellido similar al de mi padre», aclaró. Entonces la anciana abrió la puerta, penetró ágilmente en la habitación, encendió las luces, se volvió hacia nosotros y dijo, como si fuera lo más natural del mundo: «Creo que Brog se ha marchado.» Berg entró y buscó, pero no había nadie. Se sentó en el borde de la cama y sollozó inconteniblemente. «No se disguste, hijo», le propuso la señora Cock. Mencionó algo de un paseo y me sobresalté, pues Berg podía prolongar aquel absurdo. «Hay otros hoteles en las inmediaciones y es posible que su padre buscara un alojamiento más barato», dije. De repente vislumbré un papel que estaba sobre la mesa de luz. Me adelanté y vi que contenía un mensaje rarísimo, una comunicación que casi borraba mis dudas acerca de lo que Berg me había dicho:

Renuncia la etansia.

¡No lograrás ponerme un debercina, verdugo!

Brog

La nota me llenó de confusión. La estrujé (ahora está en poder de la Policía Turca) y me la guardé. Me acerqué a Berg. «¿Se siente usted mal?», le pregunté. «Tengo que vomitar», dijo y corrió al baño. Escuchamos sus puercos ruidos y le vi (la señora Cock se había retirado ya, con asco) regresar con pasos vacilantes y la mirada turbia.

—Me quedo, voy a buscarle.

—¡Pero si se ha ido ya! ¿No lo ve?

—Algo me dice que se esconde aquí.

—No es posible, Berg.

—Sí, ya sé. Sus pertenencias no están. Pero eso no indica nada.

—Supongo que lo de la eutanasia era una broma.

—Supone mal, señor. Nos citamos hace diez años para hoy a las doce.

—Son las doce y nueve. El plazo ha expirado.

—Tuvo miedo, lo sé. No obstante, hay que cumplir los acuerdos.

—¡Oh, no le haga caso! Tal vez se trata de un juego de mal gusto.

—Y yo le creí, sí. Pero no era un juego, sino un pacto.

—Le propongo, si no se opone, buscar en otra parte. Soy una persona ocupada. Miles de asuntos, ¿sabe?

—Buscaré aquí.

—No se empeñe, Berg. No querrá usted molestar-nos, ¿verdad?

—Mi padre es un cochino, una rata. Es un cochino porque es una rata.

—Bueno, creo que tendré que acudir a Mup. Suele encargarse de irregularidades como la suya. Hasta luego.

Aunque el diálogo había transcurrido en paz, yo estaba furioso con el sujeto. Tomé el elevador y regresé al bar. Propter no se encontraba allí. En el pasillo me topé

con Mup y le di instrucciones muy claras. Me instalé en la oficina sólo cuando cerró la entrada y le vi irse a la habitación del padre de Berg. Pero yo no dormiría esa noche, comprenderán ustedes. En la oficina me esperaban Kropp el lelo, que apestaba a resinas (en esos días no hacía otra cosa que restaurar el Beardsley de la sala de conciertos), y los dos gentiles caballeros japoneses. «Estos chinos acaban de levantarse porque no pueden resistir el trasiego de los niños», dijo Kropp. «¿Qué sucede?», les pregunté en japonés. «Alguien corre por el pasillo dando terribles golpes en el suelo», se lamentaron cuidadosamente. «Pero aquí no hay niños», expliqué mirando con severidad al curador. «Entonces, ¿cuál es el origen de esas carreras?», preguntaron. «Vamos arriba», dije.

Los caballeros japoneses —los señores jardineros Kenzaburo y Kumatsi— ocupaban la habitación 350. Me habían dicho, en tono de divertido misterio, que preparaban un libro por encargo de una prestigiosa editorial holandesa cuyo director, un millonario bengalí, costeaba el viaje. Eran personas casi bobas, pero discretas y amantes del silencio, virtudes que me parecían supremamente encomiables. Cuando llegamos a la habitación, Kropp me hizo notar la presencia, en medio del pasillo, de un artefacto que se movía en nuestra dirección con gran escándalo y rapidez. «El instrumento de la eutanasia», dije para mí. Los caballeros japoneses se miraron extrañados y el lelo recomendó encerrarnos en el aposento sin más dilaciones. Entonces apareció Berg, transfigurado, semejante a un príncipe. Escrutó mis ojos y luego, con total indiferencia, ordenó a su marioneta: «¡Busca, Micomicona! ¡Busca, busca!» Pensé en Mup y entré el último en la 350. Oímos el traqueteo fosco de la marioneta en una especie de recogimiento. «Debe de ser un robot», dijo

Kumatsi con una sonrisa celestial. Cuando el ruido hubo cesado, Kropp se asomó y confirmó que el pasillo se hallaba desierto. Pensé que Berg estaría rastreando a su padre en los pisos superiores —lo que me pareció una suposición razonable— y salimos. Los japoneses, haciendo sucesivas reverencias, se despidieron.

En el libro de registro constaba la firma de Berg, que tal vez no era Berg sino Borg, o Bourg, quién puede precisarlo ahora. Busqué en la página inicial el número de la Policía Turca (entonces los turcos demostraban ser los mejores policías del mundo) y, muy nervioso, di vueltas al disco. Me contestó una voz rotunda y de inflexiones germánicas que exigió detalles del caso. Hice lo que pude y aguardé la llegada del pelotón. A los pocos minutos se presentó un explorador sudoroso. Extrajo su arma y me dijo que lo acompañara. Subí con él a revisar la habitación del padre de Berg.

Quedé atónito. Allí había un desorden increíble. El explorador se dio cuenta de mi estupor y ofreció una disculpa que no entendí. «Soy telepata», añadió. Debajo de la cama estaba el cuerpo sin cabeza de Mup, mi fiel portero. La sangre se deslizaba hacia el baño formando un curioso dibujo. «¿Qué me dice?», pregunté. «Es cosa de los expertos, señor», dijo. «El asesino anda por ahí», indiqué al hombre. Se notaba su palidez. «¿Berg?», preguntó. «El objeto de la eutanasia, la marioneta que describí al oficial de guardia», dije. «Es una pena», se lamentó. «¿Por qué?», pregunté extrañado. «El circo acaba de partir con un títere de menos», dijo. Se trataba evidentemente de una insinuación. «Pero no es posible que un hecho tenga que ver con el otro, ¿no cree?», observé. «Nadie sabe», objetó alzando sus finas cejas. Se acercó al cadáver y lo palpó con desdén.

«Lleva seis horas de muerto», concluyó. «No puede ser», exclamé. «Bueno, quizás dos o tres», dijo. «Usted no es experto, ¿o sí?», señalé incómodo. «¿No se me permite opinar?», dijo molesto. «¡Se trata de una cuestión muy seria!», prorrumpí. «En ese caso me abstengo», se disculpó. Tenía una lámina de metal dorado que le colgaba del pescuezo.

Fuimos abajo. En el trayecto sufrí la historia de la familia del explorador. Le resultaba difícil mantenerse callado. Entramos en la sala de conciertos. Kropp trabajaba en la restauración de la **Salomé** de Beardsley. Había mezclado las tintas y se disponía a probarlas con la punta de la lengua, como era su costumbre. El explorador miró el cuadro e hizo una mueca. Juntó los talones, dio media vuelta y desapareció. «Propter estuvo aquí», dijo Kropp. Pero a mí ya no me importaba aquello. Sacudí el hombro del lelo y le conté lo de Mup. Tragó convulsivamente un poco de tinta (después me di cuenta de que no era un frasco de FIX-25, sino una copa ámbar con café y brandy). Sus ojos se enrojecieron. Elevó las sucias manos a su cara y me preparé para escucharle llorar por la muerte de su amigo. Pero cuando le vi bien el rostro, me pareció que sonreía estúpidamente, como si el golpe de la noticia le hubiera borrado la memoria. «Acabo de verlo», dijo. «¿A quién?», pregunté. «A Mup, en la puerta. Ustedes no habían llegado», dijo. «Escucha: he visto su cadáver en la habitación del tal Brog», dije. «No me opongo a que hayas visto su cadáver, sino a que esté muerto», recalcó. «¡Pero lo está!», grité. «Incierto, no era su cadáver», dijo. «Deja ya de beber esa porquería y explícate», amenacé. «Lo que viste fue un muñeco», concluyó.

Poco después de mi desconcierto llegó la muy armada tropilla. El sargento traía esposada a la señora Cock, que iba improvisando obscenidades en su artificioso dialecto. «Ella nada tiene que ver con esto», intervine señalándola. «Trataba de escapar», dijo el sargento. «Déjela», insistí.

Después de su liberación, cuando ya habíamos determinado subir al piso y registrar el aposento de Brog, la señora Cock me llamó aparte y me confesó que sus propósitos eran los de irse definitivamente, pues no aceptaba insultos de ese tipo de personas. Le rogué permanecer a mi lado porque necesitaba su eficaz servicio y porque le había tomado cariño (así, en ese orden), y repuso que por esa vez aceptaba quedarse, aunque no le parecía honorable a su edad. «A propósito —dijo—, ¿sabe usted que me roban?» «Oh, no lo sabía», expresé con delicado asombro. «No finja. Yo sé bien que a usted eso le tiene sin cuidado y que está al tanto de todo —aseguró furiosa—, pero de todas maneras vuelvo a decírselo. Diez años hace que me roban. ¿Tendré que marcharme de verdad? Han desaparecido mi aceite limpiador y veintidós toallas nuevas. Comuníquesele a ese turco pestífero.»

Subí detrás de los policías. Serían como las dos de la madrugada, no estoy seguro. Abajo, de un momento a otro, empezaría a desarrollarse un extraño diálogo del que, por supuesto, no pude ser testigo, pero cuyos detalles conocí más tarde, aclarada ya la equívoca cuestión del asesinato de Mup. Resulta que el cuerpo no era lo que el explorador y yo pensábamos. Kropp tenía razón. Se trataba de un muñeco de cera y goma. El sargento tomó nota de todo, interesándose particularmente en el hecho de que el curador estuvie-

se enterado de la verdad antes de su comprobación. «Nos llevaremos la copia —precisó con vago acento—. Después habrá que buscar al portero.» «¿Y Kropp?», indagué. «A ese vamos a interrogarlo ahora mismo», dijo.

Pero Kropp ya no estaba en la sala de conciertos. Frente a la **Salomé** había una reproductora *walkman*, dos aceiteras plásticas y un buen número de toallas. Fue entonces cuando recordé a la pobre señora Cock y sus inútiles quejas. Referí al sargento lo que me había dicho la anciana y vi las cosas claras: una conjuración insensata en torno a un hombre llamado Brog que huía del hijo loco y sus cómplices. Dinero quizás. U otros atractivos más codiciables, quién podría saberlo con exactitud. Pero el sargento me ripostó en silencio y comenzó a desbaratar mi claridad. «No es lo que parece», dijo tras mucho meditar. «¿Hay otra explicación?», pregunté. «Debe de haberla», señaló con algún énfasis. «Pero lo que acabo de decirle es lógico, ¿no cree?», dije. «Indudablemente —observó con una risita terca—. Sin embargo, hay que aceptar que no siempre la verdad depende de la lógica. Aquí los motivos son otros. Piense que todavía no ha habido crimen alguno. Y necesito por lo menos uno para entrar en calor.» Aquella tontería me llenó de una cólera asombrada y movediza, vean ustedes. No sabía qué contestar. «Kropp y Mup están involucrados en el plan del loco que se hace llamar Berg o Bourg, un tipo que anda detrás de su padre (escondido por ahí) con un títere automático, y que tiene propósitos nada edificantes, ¿no es ese el caso?», pregunté al impávido sargento en un raptó de serenidad. «Así es —dijo con otra risita—, sólo que la Micomicona no es un robot, como dijo el japonés Kumatsi, ni una marioneta, como dijo mi explorador (que, dicho sea oportunamente, no hace labores de exploración, sino

que se ocupa de sembrar necesarias dudas en el cliente, es decir, en usted).» Ignoré la insensata aclaración sobre el explorador y me aferré al asunto del artefacto traído por Berg para realizar la eutanasia, según me había confiado él mismo. «¿Y qué es la Micomicona?», pregunté casi paralizado a causa de la fatiga. «¡Vamos! —dijo— ¿De veras no lo sabe? Me han dicho que usted es un hombre culto», dijo. Se estaba burlando de mí y sentí deseos de hacerle beber las tintas de Kropp. «No lo sé. No me conciernen esas minucias», contesté con mejor aire. «Pues un ídolo animado hecho por una *stryga* hija de Canidia», explicó. «No entiendo», dije. «Consulte el *Picatrix*, o a los idólatras de Siria y Judea. Es bueno saber de esas minucias, como usted las llama», sugirió. «Sigo sin entender», insistí. Qué terco he sido. Aunque le habría rogado si hubiera sido preciso, a pesar de sus ironías. «Consulte, consulte», repitió con indiferencia, e inmediatamente después se marchó en compañía de sus hombres.

Me dirigí a la biblioteca para revisar mis numerosos diccionarios, pero más me atraía el recuerdo de la reproductora *Walkman* y regresé a la sala de conciertos. Di marcha atrás a la cinta (ahora se encuentra en los archivos del sargento) y pulsé el botón de arrancada. Escuché esto:

—*¿Trajiste el aceite?*

—*Nada más que dos aceiteras.*

—*Es poco. Micomicona quiere alimentarse bien.*

—*¿Cómo puedes saber si es poco o mucho? Soy el ingeniero.*

—*De acuerdo. Pero necesita más.*

—*Aquí están las toallas. No protestes.*

—*Menos mal. ¿Viste a mi padre?*

—*No hay modo de convencerlo.*

—Convéncelo. Es muy importante.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo?

—Sabes que puede matarme.

—Me dijo que apenas tenía fuerzas.

—Vamos, vamos. Es un pícaro. Maniobra suya.

—¿Podrás cumplir la eutanasia?

—Antes de que amanezca. Es mi obligación.

—Te quedan algunas horas.

—Es bastante. Dime ahora dónde se esconde el cochino.

—Lo vi en la cubeta de las hortalizas, bajo la lona.

Cuida de él la stryga Altagracia. Es una vieja cocinera del hotel.

—¡Ah! No quisiera vérmelas con ella.

—Me habló de una isla. No entendí.

—Sí, todavía el cochino se acuerda de aquello.

Altagracia sabe escucharle.

—¿A qué te refieres?

—A la isla de la muralla. Mi padre era el dueño del bosque.

Así, más o menos, fue la entrevista. Extraje la cinta y la puse junto al papel firmado por Brog. Es inútil que diga que apenas entendí el contenido de la grabación, aunque a ratos, y cada vez con mayor fuerza, volvía a mí la sospecha de una brumosa conjura criminal. Ordené retirar la **Salomé**, pues corría el peligro de deteriorarse más de lo que estaba, y me encerré en la biblioteca. El empleado Flap, uno de esos árabes soñadores que entonces abundaban en la región, se condujo cortésmente. Sin yo pedirselo trajo café y un poco de pavo frío con habichuelas. «¿Quiere que lo despierte a alguna hora?», me preguntó. «No pienso dormir», dije. «Debería hacerlo», protestó con su característica dulzura. «Duerma usted, Flap —le aconsejé—. Son más de las dos».

Pero yo sabía que su anhelo consistía en permanecer junto a mí, de manera que lo invité a sentarse y le sugerí revisar las revistas de publicidad llegadas la semana anterior, por si había algo que valiera el esfuerzo de una gestión de compra. Entretanto, yo revisaría los diccionarios. Al fin di con uno (publicado por la casa editora del millonario bengalí que costeara el viaje de los japoneses) mediante el cual supe lo de Canidia, las *lamias*, las *empusas* y las *strygas* (a esta última especie pertenecía mi cocinera Altagracia), entidades adictas a cortar niños en pedazos y reducirlos luego en vasijas de cobre hasta conseguir un unguento que se mezclaba con jugos de beleño, belladona y adormideras negras. El producto era untado en las partes interior y exterior del sexo. Canidia solía mostrar a sus hijas cómo saciar sus deseos en la carne muerta de los adolescentes. «Vaya costumbre», me dije. En otra parte del volumen hallé lo referente a los idólatras de Siria y Judea. Escuchen el texto:

Destinaban la ceremonia a arrancar las cabezas a los niños, después de haberles puesto bajo la lengua una lámina de oro con caracteres ignotos. Hacían disecar dichas cabezas y les construían cuerpos nuevos utilizando plantas mágicas envueltas en vendajes, cobre y madera. Así nacían unos ídolos que servían para frecuentes consultas y que estaban situados en un altar de asfódelos y verbenas. En él ardía un fuego de ciprés y laurel alrededor del cual se trazaba, con una espada sangrienta, el círculo de las evocaciones terrestres.

El explorador tenía una de esas láminas y era, sin duda, un idólatra. Sólo me restaba averiguar si el sargento amparaba las ocupaciones de tan vil sujeto. ¿O piensan ustedes que entonces me equivocaba, registrando y atando hechos sin trascendencia?

Fui en pos de Altagracia en compañía de Flap. Cuando llegamos a la cocina, la obesa *stryga* limpiaba (a esa hora inconveniente) una pierna de carnero. Nos dijo que era para el desayuno de los huéspedes. «Algunos piden carnero con aceitunas», afirmó. Flap, a quien ya había puesto al corriente de todo cuanto sucedía (sus familiaridades conmigo le autorizaban a ello), se aproximó a la cocinera. Ésta, con ejemplar agilidad, lo detuvo a punta de cuchillo. «Apártese», le ordenó. Flap reculó, no sin antes echar un vistazo en busca de la cubeta que servía de escondrijo al padre de Berg. La localizó en un rincón, cubierta por la lona a que se había referido Kropp. «No se le ocurra ir», amenazó Altagracia al darse cuenta de las intenciones de mi criado. Pero éste, esquivando el arma, se encontraba ya a punto de alcanzar nuestro objetivo. Alzó la pesada lona. Altagracia sonreía. Yo obedecí al inexplicable instinto de cerrar los ojos. Recuerdo muy bien el estallido de la cabeza de Flap.

Salí de allí corriendo. El cuchillo, disparado por la cocinera, había ido a clavarse en el batiente de salida de platos. Sonó como un diapasón. Me detuve a fin de examinar el entorno, y pude escuchar el traqueteo de la marioneta. Berg se dirigía a la cocina. Fue entonces cuando, de improviso, comprendí que de algún modo el acto que se disponía a ejecutar era justo, aunque los motivos me fueran ajenos, vagamente repudiables e, incluso, opuestos por su extrañeza a mi vida, a la protectora rutina del hotel y, en fin, al orden natural de las cosas.

Me acerqué a la portezuela y atisbé por el óvalo de cristal. La Micomicona resoplaba ante el ventrudo cazo, lanzando chorritos de aceite. Detrás se veía a Berg. Rezaba, en voz muy alta, poemas que me parecieron ilícitos por su contenido, de innecesaria divulgación. En la esquina, Altagracia dilapidaba embrujos y reclamaba ayuda (¿a quién?) para el sujeto bajo la lona. Éste se debatía con fuerza tremenda entre gemidos, como si estuviera ahogándose, lo que resultaba ser algo más que una conjetura, pues el cuerpo obeso de la *stryga* obstruía por completo la boca del cazo.

Pero al fin el perseguido habló. «¡Es la última cuita!», le escuché gritar. Sus raras palabras (es decir, raras en lo que a mí concernía) originaron un momento de ansiosa calma. «Estoy aquí, padre», dijo Berg con emoción. Un brutal desengaño se pintó en la cara de Altagracia. «¿Vas a cambiar de idea ahora?», preguntó dirigiéndose al tonel. Pero la trémula voz no quiso (o no pudo) contestar y, acongojada, mi cocinera se irguió. «Ven. Acércate y hazlo —dijo a Berg—. No me niegues el privilegio de asistir al final.» En aquella petición se ocultaba un muy distinto propósito. Berg lo vio escrito en sus ojos, mas no tuvo tiempo de impedir que se realizara. Altagracia ya oprimía con sus encontradizas ubres a la Micomicona, y las zarpas del artefacto hicieron lo suyo. Se desvaneció muerta.

De repente la lona se hinchó y, al recordar el ingrato destino de Flap, cerré los ojos otra vez. «¡Eres tan torpe, hijo mío!», se lamentó Brog. «Esa idiota», murmuró airado Berg. «Una leal servidora», dijo Brog. Ambos hicieron silencio.

Es harto difícil prolongar, con interpolaciones de índole explicativa, la descripción de una escena en la que casi todos los detalles se remitían a una ambigua y

vieja complicidad —como razoné después—, y más si la prudencia me aconsejaba no mirar, mantenerme ciego, huir de una visión que era simplemente letal (y no vayan a preguntarme por qué). Pero ahí tienen: decidí abrir los ojos de golpe. Brog y Berg se volvieron hacia mí con inesperada vivacidad. El anciano (tan sólo eso, un anciano: puedo jurarlo por lo que ustedes quieran) me miraba inexpresivo. «Márchese, es un asunto privado», dijo Berg. Y, sin esperar a que yo desapareciera, abrazó largamente al padre.

Hasta aquí el resumen de lo que conozco en calidad de testigo. Lo demás puedo suponerlo, o lo suponen otros. Me largué de allí en busca del sargento, que acudió al alba, consumada ya la eutanasia. Berg no estaba entonces en el hotel. Tampoco Kropp. Ni Mup, que seguramente entendió mal las cosas y se ofendió. (No, no voy a desarrollar esa hipótesis.) Dicen que el cadáver de Brog no presentaba herida alguna, salvo un leve rasguño que se perdió de vista y que, tal vez por ese motivo, no llegó a figurar en el acta.

En cuanto a mí, aunque ignoro la mitad de las piezas que componen esa arcaica aventura, debo añadir que insisto (es ridículo, sí) en la inocencia de Kenzaburo y Kumatsi, los dos gentiles caballeros japoneses. Lograron hacer excelentes fotografías del jardín en compañía de la señora Cock. Mi dulce ama de llaves no sabe cuánto le agradezco que continúe a mi lado. La alentará a cultivar esa súbita afición suya a las instantáneas. Son delicados objetos capaces de hacernos entender, por analogía, nuestro fundamental estatismo.

VELOZ REANIMACIÓN DE LA SUICIDA

para oír en compañía de Modesto Mussorgski
—Cuadros de una exposición—

Cuando llegamos, había en el tapiz una extraña sucesión de palacios, y en la parte inferior se veían la pradera, el lago, los Negros Caballeros Sinuosos. Me acerqué a ellos y les pregunté: *¿conocen dónde hallar el Embarcadero de las Almas?* Y me miraron casi con reprobación. Uno de ellos sonrió como quien alberga un propósito malsano. *Nadie aquí sabe de ese lugar*, contestó el de la sonrisa. *Qué lástima* —dije para mí—, *vengo de muy lejos*. El Caballero del Yelmo Dorado, que parecía el jefe de aquella atemorizadora comitiva, azotó su caballo y lo detuvo a pocos centímetros de mi cara. *Por tu atuendo sé que vienes del Reino de los Muertos, ¿me equivoco?*, preguntó. Yo no acertaba a verle la expresión, lo cual era, por cierto, un motivo más para mi desasosiego. *De allí vengo*, respondí. *¿Habrás visto a la Dama de la Luna Nueva?*, preguntó. *Con ella he estado hoy* —dije—, *pero ya ves, no me quiso más a su lado*. El Caballero del Yelmo Dorado se volvió hacia sus hombres y les gritó: *vámonos, ella nos aguarda*. Y después, antes de marcharse, alzó la visera y tras mostrarme las espantosas cuencas vacías susurró: *camina al sur, siempre al sur, y allí encontrarás el Embarcadero de las Almas*.

Sobre la comunicabilidad del pensamiento psicótico: Rousseau clausurando el espacio de la ciudad y labrando su isla, su refugio, en el mundo rural de una granja de Dauphine, en las montañas. Bajo el asedio de quienes anhelan impedir el florecimiento de la verdad, Rousseau, que padece un delirio persecutorio, comienza a emplear hacia 1762 una amplia bata armenia que le hará posible aliviarse. Vuelve al texto de sus *Memorias*, que ahora se llama *Confesiones*. (Alza un pliegue de la bata y orina sin más, contra un arbusto.) Su incontinencia es tanta que necesita desafiar la moda escandalosamente. No usa, por cierto, calzones. Y antes de morir deja dicho: *que mi cuerpo vaya a manos de cirujanos competentes, para que lo abran y sepan dónde se halla el mal*. Pero el gran Rousseau no tenía nada fuera de lo común en la vejiga ni en los genitales. *Queriendo ser lo que no se es, uno llega a creerse algo distinto de lo que es en realidad. Y así es cómo uno se va volviendo loco*, dice en el prefacio de *La Nueva Eloísa*. Ovidio exclamaba: *me consideran un bárbaro porque no entienden mi lengua*.

El enano sarraceno trajo su copa —nos lo dijo así: *voy a traer mi copa*— y empezó a dar muestras de un creciente entusiasmo. Sentado ya a la mesa, nos miró con el gozo propio de los borrachos y alzó la copa, de roble dorado. *Brindo por la flecha en la oscuridad*, exclamó. Tragó un sorbo grandísimo. Lo vimos derrumbarse aparatosamente y, desde el suelo, acomodándose encima de los gastados ladrillos, empezó a cantar una tonadilla bárbara. Nos miramos. *La flecha en la oscuridad avanza segura de su destino*, comentó uno de nosotros por lo bajo. *Pero a veces se desvía, como las agujas de oro de*

Cleopatra, silabeó el enano inesperadamente. *No vale la pena, amigos: es invencible*, se quejó Chaw Chaw Nebuloso. Era el perro más pusilánime del mundo y nunca hallaba nada que estuviera hecho con corrección. Yo me acordé de las esclavas. Quise huir. *Esta criatura jamás tendrá el alma de los conversos, hay que matarlo de una vez*, pensé. Y en la sombra subterránea tronó la voz del enano: *no puedes imaginar lo difícil que es acabar conmigo*.

Mi nombre es Murray y estoy en camino. Morris no debe escapárseme. He salido en busca de Morris esta mañana. Hace un poco de frío, pero la luz no es mortecina como otras veces. Si me preguntaran cómo está el día, yo diría, no obstante la fea misión que me dispongo a cumplir, que la mañana es digna de pajaritos primaverales y que el mundo es bueno. Hasta esa tontería soy capaz de decir si no me presionan demasiado con alusiones a un optimismo en el que no creo. Hablaré poco de mí, y sin embargo no me disgustaría revelar unas cosas acerca de mi padre, que no tiene, es cierto, nada que ver en esta historia. El padre de uno casi siempre acaba significando nada en la existencia, que se puebla de vacíos y espejismos inútiles, pero el mío, Murray se llamaba, como yo, y no debe haber confusiones porque somos muy distintos, el mío me aconsejaba aprovechar las oportunidades (todas las oportunidades, quería decir) y caminar erguido y mirando al frente, lo que jamás he hecho.

Como suele pasar, siempre hay explicaciones sobre el origen de una palabra que la civilización atomiza o pervierte: pornografía es un término griego que alude a la

descripción del oficio de prostituta. Lo complejo está en el hecho de que, sobre una cama —de paja de establo, hebrea, victoriana, imperial—, un hombre y una mujer jóvenes, sanos, *decentes*, alegres y bien casados por añadidura, harían en esencia lo mismo que una ramera y un petimetre. En *La montaña mágica*, de Thomas Mann, Hans Castorp también se abstiene de ser obsceno cuando requiebra, desde el deseo y la emoción, la belleza de Claudia Chauchat. Sin embargo, la gárgola por donde habrían de arrojarse semejantes «inmundicias», las que él no se atreve a proferir, continúa perteneciendo al dominio de lo somático. Hans alaba los pulmones, la sangre, el páncreas y otras vísceras de Claudia como si se tratara de joyas exquisitas. Se entiende que detrás de este tenue simbolismo hay un anhelo de *nombrar* lo que querría él hacer *en y con* el cuerpo de ella, una tísica succulenta.

Mientras leo mi edición —G. P. Putnam's Sons— de *Lolita*, escucho los gritos de una vieja en el asilo. El asilo queda a unos cien metros de mi puerta y es indudable que la vieja renuncia a someterse al baño de las seis de la tarde. Por eso grita como una poseída, y quizás a causa de eso mismo va poco a poco convenciéndome de que debería interrogarla. Se trata de un sistema de preguntas y respuestas más o menos así: Pregunta: «¿Ha pensado en decir algo serio antes de estirar la pata?» Respuesta: «No tengo nada serio que declarar salvo mi inconformidad con el baño de las seis.» Pregunta: «¿Y por qué?» Respuesta: «Hace frío a esa hora y ellos no calientan el agua como es debido.» Pregunta: «¿Y no ha pensado en elevar una queja?» Respues-

ta: «Es inútil, nadie va a oírme: tengo noventa y cuatro años y nadie va a oírme.»

La hija de Blanca Luz vino hoy, de parte de su madre, con la misión de seducirme. Ellas, diablitas insaciables, saben que guardo un trozo del sudario de Nuestro Señor Jesucristo, y han determinado quitármelo artimañosamente. La hija de Blanca Luz aprendió a tejer redes de sangre coagulada y sabe vencer la resistencia de sus amantes con sólo echarles encima una red de éstas, donde previamente han quedado aprisionadas las almas oscuras y los monstruos del aire. Se trata de una jovencita morena con aires de zarzamora. La princesa Micomicona, prendada de su sapiencia en materia de amores, ya no se queja de su esterilizadora fealdad, puesto que la hija de Blanca Luz la provee de ensalmos y discursos. Para colmo recibe un salario rico en monedas antiguas y piedras preciosas. Un salario que Blanca Luz le guarda en una hucha de piel de cristiano viejo para cuando sea desposada por Lucifer. Esos serán los dineros del banquete, suele decir la hija de Blanca Luz cuando, en la intimidad de su alcoba, enseña a la princesa Micomicona cómo acariciarse el cuerpo ante el espejo y cómo manipular las vergas de los notables. *Pero la de Lucifer está hecha de luz*, le dice la princesa Micomicona cuando hablan del Divino Esposo de la amiga. Entonces la hija de Blanca Luz se preocupa y piensa en Su Alteza Real Jean Genet.

Duda e imaginación son hijas del deseo, y desear es preguntar con interés por *lo otro*, lo que no conocemos más allá del misterio, lo que —precisamente en virtud de su

otredad— rompe nuestro equilibrio y afecta nuestra esperanza. El problema de un dios, y del Dios bíblico —tanto el Padre, el Hijo, como el Espíritu Santo, que según Blake era para Milton un sucedáneo del vacío—, es en parte un conflicto de la imaginación. Por otro lado, cuando se duda, lo que hay detrás es un aprieto congruente con la expectativa del individuo, con la ilusión (trágica o no) del sujeto. En su *Historia de las serpientes y las bestias cuadrúpedas*, de 1658, Edward Topsell observa que, si no hubiera ningún unicornio, Dios necesitaría ser traducido. El dios de Pascal es una entidad de límites históricos, y ya conocemos de qué forma agónica la fe pascaliana es más persuasión que convicción. En Pascal hay una duda humana, del sentido común, una duda casi popular, de la razón popular y no metódica. El hombre de Pascal busca salvarse de los asedios de esa razón, pues ella le dice al oído que el dios metafísico apenas existe y que la resurrección del cuerpo es tan sólo un deseo del ensueño y la piedad.

Una perdiz cuitada y laboriosa ascendía por el aire transparente del prado, frente a la mansión, y el Sublime Doctor dejó un momento la lectura del libro para verla remontarse y caer, abatida en tierra, luego del súbito disparo de la señora Mastrantonio. Esa tarde el Sublime Doctor había recibido una encomienda de la Compañía. La encomienda, impresa (caracteres negros, *Bodoni* en itálicas) en papel *couché* berlinés, daba al Sublime Doctor plenos poderes para ir en busca del Celeste Divo, quien entonces ya era, por así decir, un problema bastante molesto en la región. De acuerdo con el Reglamento, el Sublime Doctor debería salir al mundo, o sea,

fuera de la mansión, bajo una identidad diferente, una máscara devota de sí misma. La Compañía suministraba, así, una lista no muy larga de seudónimos que también eran enviados al Celeste Divo, de modo que él, como el Sublime Doctor, pudiera sustituir (gozar de la sustitución) su nombre por otro. Comprobados los reemplazos, la Compañía hacía saber a los elegidos, mediante un oportuno mensaje, la fecha de inicio de aquellas penosas trayectorias durante las cuales hasta el sol perdía su belleza.

El padre de Sapho dice que *las muchachas judías tienen el sexo como un bosque denso y ribeteado de una piel de tersura notable, y se solazan en una sediciosa arrogancia carnal; son concupiscentes, solitarias, enigmáticas como el sinsonte: su cuerpo sangra el oscuro silabario de la sensualidad hasta sumergirte en la simple seducción de la seda y la sal*. Nada como el vientre moreno de la delgada hija de Blanca Luz, con ese hilo de vellos alrededor del ombligo, y en picada. La miel y la pimienta en la navaja del barbero, oh Padre mío Adán. Ahora vivo aquí, nada material me falta, en la Torre hay tantos libros como granos de arena en el desierto. Leo de continuo, mientras no tengo que alimentar el fuego del faro. Porque, ya ven ustedes, el trabajo no escasea. Entiendo que mi misión consiste en vigilar la entrada del Golfo y sus alrededores, para que los forajidos del Reino de los Sueños no invadan esta tierra. Y como ya todo me sale de maravilla y a pedir de boca, suelo aventurarme en la nao de los fareros. Me adentro en el océano y salgo a la boca del Golfo. Me asomo al borde, donde las aguas se precipitan hacia el abismo sin fin del Caos y la Noche. Sólo

así puedo —yo, el temerario— ver las llamas, que están abajo, en el Reino de los Muertos.

El Sublime Doctor empujó la puerta de la mansión y notó, desde un cansancio anticipado, la necesidad de limpieza que manifestaba la cristalería de las vigas altas. En ningún otro sitio se concentraba tanta belleza. La butaca de cuero verde, desfondada y sucia, con restos de tabaco y un par de huesos de pavo, no había perdido su aire de objeto palaciego, y era como si él sintiera su voz bronca invitándole al reposo. El Sublime Doctor oyó aquella voz, o creyó oírla, y descansó unos minutos repasando la tarea ingente de barrer el techo con cuidado de no lesionar la colosal emplomadura, cuyo tenue dibujo, salpicado de hollines centenarios, se proyectaba dentro de la mansión, para disgusto de la señora Mastrantonio, con unos violetas muy venenosos y mercuriales. Ella había entrado mientras él dormitaba encima del granulado del cuero, y se había detenido en el umbral sin importarle el goteo pertinaz de la sangre sobre las alfombras sucesivas. La perdiz cuitada, muerta ahora, no proclamaría ya su tristeza de ave de sueño, pero la señora Mastrantonio, con el cadáver en su mano afiladísima, añadía a la muerte un contorno impío que el Sublime Doctor no vio. *No me ha dicho que se va, y sin embargo tiene cara de estar a punto de irse*, dijo. El Sublime Doctor, hombre bondadoso, abrió los ojos y desestimó la posibilidad, muy merecida, de llamar a los criados para que azotaran a la señora Mastrantonio. *Cocíneme algo para el camino, parto dentro de una hora, a lo más*, dijo. *Nuvoletta lo haría por mí, si usted se lo pide*, le insinuó. *Deje a Nuvoletta, ella hará mi equipaje y llamará a Baltasar*,

susurró el Sublime Doctor. *¡Baltasar!, ¿no sabe usted que Baltasar es un pillo?*, exclamó la señora. *Ha sido mi cochero durante años y no veo otro mejor.*

El Caballero del Yelmo Dorado llegó a la boca de la caverna y preguntó al Guardián de Piedra cómo se iba a la Gran Sala Consular. El brazo derecho del Guardián empezó a moverse, y con él la cadena que lo unía a los inmensos aldabones de la entrada. Las puertas se abrieron y la oscuridad se presentó, gélida y humeante, como una amenaza antigua y llena de prestigio. *Gorgona te espera, no la mires de frente*, escuchamos decir al Guardián de Piedra. Inquieto, pero sin abatirse, el Caballero del Yelmo Dorado traspuso las puertas y avanzó por el túnel. Al final, en el centro del anfiteatro o Sala Consular, vio el Trono de Cuarzo, y en él a la Dama de la Luna Nueva. Todo estaba allí cubierto por tapices —o por un único tapiz circular— que mostraban una extraña sucesión de palacios. La tierra y el mundo eran un absoluto; había tan sólo una extraña sucesión de palacios, muchos palacios distintos que se levantaban sobre una llanura con leones virtuales y meditativos. La Dama de la Luna Nueva estaba rezando en ese momento y él no vio sus ojos. Cuando alzó la cabeza, el caballo relinchó y, herido de muerte, vomitó una sangre pestilente. El Caballero del Yelmo Dorado desenvainó la espada, dispuesto a morir. La diosa, sin embargo, se puso una máscara de terciopelo rojo. Estaba desnuda y fajada de sierpes.

Soy, ya lo dije, Murray. Sobrevivo en esta cama bajo una bujía lamentable. Tengo ciento dos años, quizás más.

Me dicen que no, que en realidad no paso de los noventicinco. Pero eso qué importa. Tengo también un lápiz de carpintero y hojas de papel de envolver. Una enfermera que goza de androginia se relame cada vez que viene a inyectarme las vitaminas. Hay un tipo ahí que viene todos los fines de semana para que yo le entregue un par de hojas escritas. Se supone que en ellas vaya contando mi existencia, pero soy perezoso, si el sol no saliera jamás me levantaría. El hombre de los papeles anhela saberlo todo acerca de mi madre. Le confío algunas noticias dispersas y bastante ambiguas que tienen que ver con mi infancia, cuando solía yo devorar lagartos en el rosal de la iglesia. No recuerdo quién era el párroco. Me acuerdo, sin embargo, de sus asedios sexuales, de los que yo escapé de puro milagro. Nadie quiere afilar mi lápiz porque, de entre los visitantes del sanatorio, es el hombre de los papeles quien únicamente se interesa en mis escritos. Si pudiera hacerle un agujero al lenguaje, lo haría. Detrás de ese agujero uno encuentra cosas muy interesantes, como el rostro vacío de Dios.

Debajo del tapiz, casi en el límite de borlas y flecos, se podía ver una graciosa escena campestre intervenida por un aguacero que caía rectamente encima de los grupos humanos. La mujer que me había conducido a aquella sala del castillo, una dama de cincuenticinco años aproximadamente, me advirtió que no me acercara demasiado al tapiz. Me senté, cómodo, en un banco de época próximo al juego de muebles recepcionales del Emperador, y allí me estuve largo rato mientras la dama, en la distancia del dilatado corredor, fumaba un cigarrillo. Sentí sus pasos en torno mío y salí de mi deliciosa modorra con

lentitud. *En realidad nunca hemos sabido bien qué hay en el centro de esa gente*, dijo señalando la escena que había llamado mi atención. *Discuten acerca de algo*, aventuré. Ella me miró consternada. *Por supuesto que no están discutiendo*, dijo. Y adelantó un dedo afilado. *Vea —añadió—, hay una especie de receptáculo, o quemadero, o quizás un tímulo para ofrendas pequeñas*. Intenté darme cuenta. No supe hacerlo. Los hilos, de tan antiguos y ajetrechos, ya no constituían ninguna figura precisa.

Una mano manchada de semen es la mano de Dios sobre las aguas amargas del comienzo. Está como cortada, viajando en el aire hasta que las gotas se desprenden o corren al encuentro del brazo. La mano así enjoyada tiene la virtud de borrar las palabras, limpiarlas de niebla. La otra mano, la que vigila en pos de una sustitución ventajosa, pernocta junto a la carne y es el espíritu de la nieve. Cuando un escritor auténtico persigue a la literatura tiende a desconocer, al principio, que ya en dicha persecución se funda lo literario, especialmente si lo perseguido es, para él, no algo abstracto, no un modelo que la tradición corteja, sino más bien el fragmento de un cuerpo que irá en busca de su adultez, de su justificación dentro del mundo. *Roger Caillois ha confesado creer en un universo finito, en el que las ideas son limitadas, contables y transparentes. Y ha subrayado, además, que existe una ciega proliferación de pensamientos, basada tan sólo en la controversia y la originalidad.*

Cuando la marea subía el ojo del mar quedaba tapado por una lágrima inmensa que manaba de su viejo rostro

taciturno. Este tranquilo suceso no representa mucho para quien busca los sonidos del agua en una especie de orden del lenguaje. Con la marea alta recorriamos los estrechos pasillos de cemento, deteniéndonos en los quioscos desiertos para respirar el fragor de los seres que allí habían estado, entre risas y exclamaciones del verano feliz. Pero cuando la marea bajaba se producía una metamorfosis radical en las aguas, que permitían la visión de aquel círculo de rocas oscuras, el cráter de la poza dibujado como una trazadura impía en el semblante más bien nocturno de la playa. Entonces no era difícil imaginar que el océano, de un momento a otro, quedaría exhausto si las aguas continuaban su descenso. Tampoco era difícil fantasear sobre el hallazgo de una orografía torva, la de las profundidades, con árboles, monolitos y animales en la agonía de la respiración, y barcos en la sobrevida de las madréporas, llenos de muertos y adornados con caracoles e insignias rotas.

Volvería a caminar un poco si me fuera posible. Sin embargo, de cualquier manera caminar significa, en mi caso, un bamboleo frenético. Cuando camino —y hay que verme en eso— parezco un poseído a quien la calle no le alcanza. Estoy acostumbrado a la mirada de los niños, a la fruta podrida, no así al dolor en las rodillas, que me sube hasta la garganta si mis empeños son suficientemente tercos. Si ustedes me vieran. Recuerdo que mi mujer, no la suicida sino la otra, me recomendaba comer plátanos por aquello del potasio y la energía. Qué potasio ni qué ocho cuartos. Y de la suicida ni qué decir. Medio loca y todo era una muchacha de lo más buena. Algo extraña. Le molestaba que yo bebiera. Yo la zurra-

ba a mis anchas, durante media hora, sin parar. A veces me pasaba toda una mañana dándole golpes con un palo de guayabo, que es lo mejor que existe para las mujeres rebeldes y suficientes. Después le hacía cosas tremendas y ella suspiraba. Creo que eran suspiros de placer.

A ella quizás lo que le quedaba era el recuerdo de muchas visiones parecidas del tapiz, y por eso afirmaba cosas en realidad bastante improbables. Un objeto predeterminado por su tozudez no tendría más consistencia que la de una suposición. Yo intentaba convencerla: tomaba mi bolígrafo y movía un hilo. Ese simple movimiento convertía un eje para piedras mágicas (es un decir) en una hornacina o en una mera mancha del suelo. *Contrarrestar la evidencia de la magia es una blasfemia*, me dijo. Lo pensé dos veces, pero me atreví a preguntarle: *¿cuánto tiempo hace que trabaja aquí?* Mi pregunta le pareció extraña, bastante sospechosa. *Desde que era joven, toda mi vida ha sido este palacio, el museo, el olor conservado de las telas y las camas*, dijo. Miraba por encima de sus espejuelos y aguardaba. *Se lo pregunto porque tengo la impresión de que a usted no le importa el mundo de afuera*. Le di la espalda, para no ver su cara. *Tiene razón, el mundo de afuera me tiene sin cuidado*, escuché.

Hace cuarenticinco siglos los egipcios construyeron la Esfinge: un cuerpo de león con una cabeza humana que parece de mujer. Este símbolo expresa la alianza de la fuerza y el raciocinio mediante un ser mitológico, una criatura que no existe salvo en la imaginación. Representaciones mitológicas como ésta son inmortales en tanto ideas, e im-

practicables como realidad. Tal es el destino de las ficciones en el terreno del símbolo: sobrevivir al paso de las épocas y jamás ostentar la animación de la vida.

Platón dice: Hemos reconocido a la belleza por el más penetrante de todos los sentidos: la vista. La vista es, en efecto, el más sutil de todos los órganos corporales; pero no llega a percibir la sabiduría, porque experimentaríamos amores increíbles si su imagen y la de las demás esencias dignas de nuestro amor se ofreciesen a nuestra vista tan vivas y distintas. Pero la belleza es la única que tiene el privilegio de ser al mismo tiempo la más visible y la más encantadora. El alma que no tiene un recuerdo reciente de los divinos misterios, o que se ve abandonada a las corrupciones de la Tierra, lucha con dificultades para elevarse desde las cosas del mundo hasta la perfecta belleza. Sin embargo, lejos de sentir respeto ante su vista, se deja dominar por el atractivo del placer y, como una bestia salvaje, violando el orden natural, se abandona a un brutal deseo, y, en su grosero comercio, ni teme ni se avergüenza de perseguir un deleite contra naturaleza. El hombre que ha sido perfectamente iniciado y que contempló alguna vez un gran número de esencias, cuando ve un rostro que presenta la belleza celestial, o un cuerpo que por sus formas le recuerda la esencia de la belleza, siente desde luego cierto pavor y experimenta los antiguos terrores religiosos. Y apenas sus ojos reciben los efluvios de la belleza, siente el dulce calor que nutre las alas del espíritu.

El custodio me preguntó de dónde venía yo, y pensando que su curiosidad se desvanecería cuando le dijera que yo venía del Paraíso de los Suicidas, le contesté eso mismo desde una expresión de triunfo: *vengo del Paraíso de los Suicidas*. Y no bien hube dicho aquello, se alzó de la piedra que le servía de asiento y, con una gruesa espada en alto, me increpó de este modo: *¡ahora vas a ver, infiel, cómo se castiga a gusanos de tu estirpe!* Salí de allí corriendo. Era evidente que el sujeto tenía firmes intenciones de matarme. Pero al correr no me di cuenta de que había dejado atrás a mi sombra, y me detuve hasta que ella me alcanzó. Y al darme alcance, muy poco antes de pegárseme, mi sombra reuló y se cruzó de brazos independientemente, con una viveza nueva. *No te había mirado bien* —dice—; *fuiste un hombre hermoso*. El nerviosismo no me ha impedido, sin embargo, mantener el aplomo. *Mis muchas mujeres lo aseguran, en efecto, digo. Pues llevan razón* —observa—, *sólo que ahora yo, con todo y ser una sombra, valgo más que tú mismo, criatura desvanecida y sin futuro*. Entonces mi sombra me vuelve la espalda y se retira. Veo cómo cumple su necesaria infidelidad al impregnarse de otro cuerpo, tan parecido al mío que es como si fuera yo, pero con muchos años menos.

Prefiere desecar el discurso, salarlo, hacer de él una sustancia magra, no refrigerada sino magra y desértica, que puede dejarse oír como la música de Edgar Varese y, en ocasiones, como la de Stockhausen o la de John Cage, en sus *pianos preparados*. Se trata de una irresolución que compromete toda referencia a los actos en la medida en que no habla de ninguno específicamente. Y se

declara contra el adjetivo, contra la fantasmal predicación del adjetivo, porque su efecto es el de preparar la muerte del texto, ya que éste, así desnudo, estepario y ralo, preso en el Kafka ocultadamente lírico, regresaría a cierta condición original, la de las primeras metáforas, las grandes primeras metáforas del mundo, cuando todo era en sus inicios la irresolución, precisamente, del habla, y el lenguaje era aún escaso y reconcentrado, devoto del fragmento intempestivo, como lo denominó Nietzsche al referirse a las mejores ideas, que son, casi siempre, inoportunas y tienen un toque demencialmente poético. Tal es lo que podríamos llamar la lucidez dórica.

Yo me aposenté en el bar, frente a mi vaso de brandy con hielo, el vaso de siempre. ¿Por qué todo allí, en un cayo de demonios, un islote para el extravío de la fruición? ¿Por qué todo, todo allí, con aquel Orfeo de joyas abstractas y atroces, cuyo corazón era como un trozo de seda envolviendo una espina de muérdago? Yo no había practicado ningún engaño, ni falsificado las medidas, ni robado nada a las estatuas de los dioses, ni quitado las vendas de lino de los cadáveres, ni adulterado los sellos de las sortijas, ni disminuido el peso de las balanzas, ni molestado a las gacelas en sus viviendas, ni tratado de apoderarme de las aves divinas, ni perseguido los rebaños sagrados, y era puro, muy puro, porque tampoco había deseado el falo de cuarzo de Osiris, ni amado en silencio los muslos oscuros de Isis, ni venerado en sueños el rizo de otra mujer, ni paladeado el sabor vertiginoso del semen de Aquiles, ni tocado, Dios mío, los nenúfares resplandecientes que crecían sobre el pecho del otro.

Jaspers lo ha dicho ya: la verdad del mundo no tiene mucho que ver con la comprensión ni la inteligibilidad del mundo. Conocer esto y aceptarlo es pasar de la tiranía de los sujetos líricos a la libertad —a veces amarga y exigentemente esforzada— de los arquetipos. Los toros lineales de Picasso son hijos de un proceso, no de una magia instantánea. Lo inefable es el límite que impone esa lógica del escamoteo a la expresión (mediante el lenguaje que nos es propio) de ciertas verdades. Lo inefable, pues, no existe. Cuando digo que sé algo, y añado que, sin embargo, no lo puedo expresar, en realidad ocurre que no sé. Alguien exhibe una especie de movimiento pendular entre la ilusión, la esperanza (ambas como formas derivadas del deseo, de un anhelo que se cifra en fuerzas ausentes de la lengua, *retiradas* de ella), y una desesperación hija de lo insatisfactorio, de la debilidad que muestra la lengua al resbalar, frágilmente, hacia la parte ineficaz de la tradición. Y en un mundo icónico hasta el delirio, que nos presenta la imagen *obscena* de las cosas...

Kafka dice: *Si fuera a suicidarme, es evidente que nadie tendría la culpa, aunque, por ejemplo, el motivo aparentemente más inmediato fuese la conducta de F. Incluso una vez, medio en sueños, me representé la escena que se produciría cuando, previendo el final, con la carta de despedida en el bolsillo, me presentara en su casa, fuera rechazado como pretendiente, dejara la carta sobre la mesa, me dirigiera al balcón, consiguiera desprenderme de todos los que habrían acudido corriendo a detenerme y saltara por encima de la balaustrada, teniendo que soltar una mano y después la otra. Y en la*

carta diría que, aunque he saltado a causa de F., nada esencial hubiera cambiado para mí; F. es casualmente quien ha puesto en evidencia mi destino, no soy capaz de vivir sin ella y tengo que saltar, aunque tampoco sería capaz —y F. lo adivina— de vivir con ella.

En 1939, en el Gotham Book, Anaïs Nin conoce al anciano místico Claude Bragdon. Se trata de un hombre austero, de gran estatura, que invita a Anaïs a almorzar. Ella se siente fascinada por la rígida petrificación del señor Bragdon, quien es una especie de puritano dogmático. Luego del almuerzo en el hotel donde Bragdon se encuentra hospedado, éste lleva a Anaïs al último piso. Allí existe un jardín de plantas artificiales entre paredes de vidrio. A Anaïs le parece adecuado que ese hombre extemporáneo hable en medio de aquellas plantas irreales, sin rechazar la escandalosa simulación. Bragdon le dice a Anaïs que ella es una de las mujeres délficas. Y le advierte que sus poderes síquicos de adivinación e intuición quedarán abolidos por una existencia demasiado humana. Le dice a Anaïs que se resguarde de su propia sensualidad. La invita a una purificación. Es entonces cuando Anaïs escribe: «Renuncié a ser una mujer délfica.»

Ayer descubrí una realidad espantosa: alrededor de mi cabeza vuela un cuervo silencioso. Le pregunté, cuando tuve oportunidad de llamar su atención, de dónde había venido, y contestó que no venía de ningún sitio porque siempre había estado ahí, dando vueltas alrededor de mi cráneo. Esta ligera diferencia —no es lo mismo cráneo

que cabeza— me alarmó lo suficiente. *¿Por qué hablas de cráneo y no de cabeza?*, le dije ansiosa. Sin dejar de batir las alas, mirándome desde la hondura de su cuervidad, expresó: *Al final de tu vida ascenderás y seré yo quien te lleve, entre mis garras, a un acantilado de Escocia donde duerme tu rey-esposo.* En rigor, el cuervo no había contestado lo que yo estaba preguntándole. *Supondré que todo eso es cierto, aunque sea muy extraño —dije—, pero, ¿por qué cráneo y no cabeza?* Hubo, creo, un suspiro, e inmediatamente después un graznido se alzó en el aire marchito. *Las suicidas son diosas muy peculiares; yo vendré y hundiré mis garras en tu cráneo y levantaré tu cuerpo desnudo por sobre la tierra muerta.*

ÍNDICE

Cibersade

(un síndrome vertiginoso en estudio) / 7

En el *Grand Hotel*

(diorama de sueños viejos) / 38

Durando

(salmos paganos) / 103

La representación

(palimpsesto) / 157

Brog

(cuarteto de la desolación como obra de arte) / 188

veloz reanimación de la suicida

(para oír en compañía de M. Mussorgski —*Cuadros de una exposición*) / 255

